

# Plaga de palomas

LOUISE ERDRICH



Lectulandia

En 1911, un terrible crimen cambia la vida de varias familias residentes en Pluto (Dakota del Norte) y sus alrededores, una ciudad de población blanca en la frontera oeste de una reserva de indios chippewa. Los años pasan y los descendientes de los asesinos y de las víctimas se mezclan, casándose. Las nuevas generaciones con cruce de sangre crecen ignorando el pasado, pero poco a poco descubren que sus pasiones, destinos y secretos están irrevocablemente marcados por una historia de violencia e injusticia.

Un rico tapiz humano y una narración poderosa surgen mientras la elegante prosa de Erdrich arrastra a los lectores hacia el sorprendente final de esta espléndida novela.

**Lectulandia**

Louise Erdrich

# **Plaga de palomas**

ePub r1.0  
dacordase 17.12.13

Título original: *The plague of doves*

Louise Erdrich, 2008

Traducción: Susana de la Higuera Glynne-Jones

En cubierta: detalle de una foto de Ferdinando Scianna

Editor digital: dacordase

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## **Plaga de palomas**

## Un solo de violín

El arma se encasquilló en el último disparo y el bebé permaneció de pie, agarrado al borde de la cuna, berreando con los ojos desorbitados. El hombre se sentó en una butaca tapizada y empezó a desmontar el arma intentando averiguar por qué no había disparado. El llanto del niño le sacaba de quicio. Dejó el arma y miró a su alrededor en busca de un martillo; en su lugar descubrió un gramófono. Se acercó. Ya había un disco en el plato, de modo que dio vueltas a la manivela y bajó la aguja. Regresó a su butaca y reanudó el trabajo mientras la música inundaba la habitación. El bebé se calmó. Un celestial solo de violín a la mitad del disco hizo que el hombre se detuviese, con las piezas del arma entre las manos. Cuando la música acabó, se levantó, volvió a darle cuerda al gramófono y puso de nuevo el disco. Repitió aquella operación tres veces. El niño se durmió. El hombre reparó el arma y la bala se deslizó suavemente en la recámara. Lo comprobó varias veces, se levantó y se acercó a la cuna. El violín alcanzó un crescendo de una extraña armonía. Alzó el arma. El olor a sangre fresca impregnaba la habitación cerrada.

**Evelina**

## Plaga de palomas

En el año 1896, mi tío abuelo, uno de los primeros sacerdotes católicos de sangre aborigen, convocó a sus feligreses para que acudieran a la iglesia de Saint Joseph con los escapularios puestos y provistos de un misal. Desde allí procederían a avanzar por los campos formando una larga y ancha fila, rezando en voz alta a cada paso con el objetivo de ahuyentar a las palomas. Su rebaño humano había empezado a labrar y cultivar la tierra junto a los colonos alemanes y noruegos. Al contrario de los franceses, que se mezclaron con mis antepasados, esa gente prestó escasa atención a las mujeres indígenas y no se casó con ellas. De hecho, los noruegos despreciaban a cualquiera que no fuera uno de los suyos y constituían un clan muy cerrado. Pero las palomas se comían sus cosechas igual que las de los demás.

Cuando los pájaros descendían, tanto los indios como los hombres blancos encendían enormes hogueras e intentaban atraparlos en unas redes. Las palomas se comían los brotes de trigo y de centeno y luego atacaban el maíz. Devoraban los capullos de las nuevas flores, los brotes de las manzanas, las gruesas hojas de los robles e incluso la paja del año anterior. Las palomas eran gordas, y ahumadas estaban deliciosas, pero se podía retorcer el cuello a miles de ellas sin que ello supusiera una disminución visible de su número. Las casas de adobe de los mestizos y las chozas de corteza de los indios osage acababan siendo aplastadas bajo el peso de las aves. Se asaban, quemaban, cocinaban en pasteles, guisaban, conservaban en salazón dentro de toneles, o se mataban a palos y se dejaban pudrir ahí mismo. Pero las muertas sólo servían para alimentar a las vivas, y cada mañana los aldeanos se despertaban por los ruidos que producían la fricción y el aleteo, el rumor de los arrullos, el espantoso parloteo ronroneante y, aquellos que aún poseían las ventanas intactas, con la visión de los extraños y delicados rostros de esas criaturas.

Mi tío abuelo había construido apresuradamente unas rejillas de palos entrecruzados para proteger los cristales de lo que se llamaba, con gran pretensión, la casa del párroco. En un rincón de esa cabaña de una sola estancia, dormía en un catre hecho con ramas de abeto y un jergón relleno de hierba su hermano pequeño, a quien había salvado de una vida de excesiva libertad. Aquélla era la cama más mullida en la que se había echado nunca, y el muchacho no quería abandonarla por nada del mundo. Pero mi tío abuelo le lanzó la ropa de monaguillo y le mandó sacar brillo a los candelabros que tendría que llevar en la procesión.

Con el tiempo, ese muchacho se convertiría en el padre de mi madre, mi Mooshum. Le pusieron el nombre de Seraph Milk y, como vivió más de cien años, yo



tendría unos once cuando le oía contar, una y otra vez, la historia del día más trascendental de su vida, que empezó con el intento de acabar con la plaga de palomas. Se sentaba en una silla de madera, entre el primer televisor que tuvimos y la estantería con libros empotrada en un pequeño hueco de la pared de nuestra casa, que era propiedad del Gobierno, en una parcela de la reserva de la Oficina de Asuntos Indios. Mooshum nos explicaba cómo podía oír el tableteo que hacían las patas de las palomas sobre las rejillas de palos fabricadas por su hermano. Le daba pavor ir al excusado, donde numerosos pájaros se habían quedado atrapados en el lodo bajo el agujero y soltaban un estridente y desesperado graznido que llevaba a sus congéneres a lanzarse contra la cabaña para intentar rescatarlos. Sin embargo, no se atrevía a aliviarse en ninguna otra parte. Así que, atravesando ráfagas de alas y arrastrando los pies para no pisarles las patas o la espalda, se abría paso hasta el retrete para satisfacer sus necesidades fisiológicas con los ojos cerrados. Al marcharse, atrancaba bien la puerta para que no quedaran atrapadas más palomas.

Adornaba la peripecia del excusado —siempre lo primero en ese día trascendental— con el tipo de detalles que a mi hermano y a mí nos parecían interesantes. El retrete, que conocíamos muy bien a pesar de que ahora disponíamos de una instalación de cañerías, y el horror de la muerte de los pájaros bajo los excrementos, así como otros elementos del principio de la historia, cautivaban nuestra atención. Mooshum era nuestra diversión de interior preferida junto con la televisión. Pero nuestro padre había quitado los mandos del televisor y los había escondido. A pesar de nuestros incesantes esfuerzos, nunca los encontrábamos, por lo que acabamos pensando que los llevaba encima a todas horas. Así que escuchábamos a Mooshum. Mientras hablaba, permanecíamos sentados en sillas de cocina y nos trenzábamos el pelo. Nuestra madre le había dado un tarro de café rojo para que escupiera en él el tabaco de mascar. Llevaba una sencilla y desgastada ropa de trabajo verde de los almacenes Sears, un par de estropeadas botas marrones con cordones y una gorra de sarga, incluso dentro de casa. Sus ojos brillaban dentro de dos profundas hendiduras en su rostro. Le faltaba la parte superior de la oreja izquierda, lo que le daba un aspecto oblicuo. Tenía el cuerpo encorvado y la piel ajada, con pequeños mechones de pelo cano cayéndole por las orejas y la nuca. De vez en cuando, mientras hablaba, vislumbrábamos su desvencijada y sucia dentadura. Aun así, contaba la historia con tal convicción que no costaba nada imaginarle a la edad de doce años.

Su hermano mayor se vistió con sus mejores galas, una ropa de segunda mano procedente de una parroquia de Minneapolis. Puesto que era imposible conseguir incienso de verdad, había rellenado el incensario con bolas de salvia seca enrollada. En la cabaña había una bomba de agua de hierro y un lavabo; el hermano o medio hermano de Mooshum, el padre Severine Milk, mojó un peine y peinó hacia atrás su pelo negro y, a continuación, el de su hermano pequeño. La iglesia consistía en una

amplia cabaña al otro lado del patio, al que, desde hacía más de una hora, iban llegando numerosas carretas. La gente se hallaba ahora en el interior del templo y el patio estaba atestado de carros aparcados, cada uno de ellos con uno o dos perros atados en el pescante para ahuyentar a los pájaros y evitar que sus excrementos cayeran en el heno amontonado donde se sentaban los parroquianos. El continuo vaivén de las aves ponía nerviosos a algunos caballos. Muchos animales llevaban anteojeas y ramos de manzanilla atados al arnés para calmarlos. Cuando nuestro Mooshum atravesó el patio, se fijó en que el tejado de la iglesia estaba cubierto de pájaros que una y otra vez, como si de un juego se tratara, alzaban el vuelo y caían en picado hasta derribar a algún pájaro de la santa cruz, que identificaba la cabaña como una iglesia, para ocupar su lugar hasta que otro le echara a su vez de la cruz. Mi tío abuelo era un hombre enjuto y huraño, de más de un metro ochenta de estatura, con una voz nerviosa que resonó por encima de la fuerte algarabía mientras intentaba poner orden entre los feligreses. Los dos hermanos se hallaban en el centro de la fila y, rodeados por los fieles a ambos lados, se abrieron paso lentamente ladera abajo hasta el primero de los campos que esperaban despejar.

Era un día gris, con un cielo muy cubierto. El aire resultaba opresivo, y las acres nubes de humo de salvia flotaban alrededor del incensario metálico que se balanceaba al final de la cadena en todas las direcciones. La gente avanzaba deprisa. Sin embargo, en el primer campo, las palomas abarrotaban de tal manera el suelo que se produjo un gran revuelo entre las mujeres, que no podían seguir sin arrastrar las aves en sus faldas. Atemorizados, los pájaros se enredaban solos en las ropas. La fila se detuvo de repente cuando, ante los ojos de nuestro Mooshum, las mujeres estallaron en un baile frenético; cada una daba vueltas a su manera, golpeaba el suelo con los pies al compás y sacudía su falda. La danza resultaba tan vehemente que todas las aves a su alrededor echaron a volar, asustando a su vez a otros pájaros, de modo que en cuestión de segundos todo el campo y el bosque próximos se habían convertido en un torbellino de pájaros que graznaban y atacaban a las personas, que no obstante se mantenían firmes con sus misales abiertos sobre la cabeza. Las mujeres renunciaron a todo pudor, se anudaron las faldas a la altura de los muslos, extendieron las manos con sus rosarios o escapularios y continuaron avanzando. Empezaron a entonar un avemaría al viento del batir de alas. Mooshum, que rara vez había visto los miembros inferiores de una mujer, aprovechó que su hermano luchaba por mantener el incensario encendido y se quedó rezagado. Se deleitó en admirar las piernas morenas, redondas y desnudas de las mujeres mientras avanzaban; bajó el candelabro, que no llevaba velas pero que su hermano le había dado para protegerse la cara. Al instante un pájaro caído del cielo le golpeó la frente con tanta fuerza que parecía haber sido enviado directamente por la mano de Dios para fustigarle y cegarle antes de que llevara más lejos su pecado de lascivia.

En ese punto del relato, Mooshum se ponía tan nervioso que a menudo representaba la escena del pájaro golpeándole y, para nuestro gozo, se arrojaba al suelo. Escenificaba su desplome, luego abría los ojos, levantaba la cabeza y miraba al vacío, donde todavía podía contemplar con claridad la visión del Espíritu Santo, que no se le aparecía bajo la forma de un pájaro blanco en medio de las palomas pardas, sino encarnado en el cuerpo terrenal de una muchacha.

Nuestra familia siempre ha conservado una cierta reputación histórica en lo referente a encuentros románticos e inmortales. Incluso mi padre, un profesor de ciencias de aspecto tranquilo, atravesó indemne la Segunda Guerra Mundial gracias a una sola mirada esperanzadora de mi madre. Y su hermana, la tía Geraldine, alcanzada por la sonrisa de un joven que viajaba en un tren de pasajeros, alzó la mano desde la zanja en la que se hallaba recogiendo bayas y no pudo ver la mano que le devolvía el saludo. Pero algo hizo que permaneciera allí recogiendo bayas hasta el anochecer, que pasara allí toda la noche y esperara otro día entero, tranquilamente sentada en su taburete plegable, hasta que el hombre regresó caminando hasta ella desde la estación, cien kilómetros más allá. Mi tío Whitey cortejaba a la princesa india de la tribu Haskell, que se cortó las trenzas y se las regaló la noche en que murió de tuberculosis. En su honor, permaneció soltero hasta cumplidos los cincuenta años, cuando desposó a una *stripper* de pueblo. Agathe, o «Feliz», la prima de mi madre, colgó los hábitos por un cura y nunca más se supo de ella. Mi hermano Joseph entró en una comuna en un arrebato. Jack, el primo segundo de mi padre, secuestró a su propia esposa y empleó el dinero del rescate en mantener a su amante en Fargo. Despechado por una mujer, Octave Harp, tío de mi padre, consiguió ahogarse en tres palmas de agua. Y así sucesivamente. Estas historias de encuentros extravagantes contrastaban con la modestia de los posteriores matrimonios y oficios de mis familiares, al igual que en el caso de mi padre. Somos una tribu de oficinistas, cajeros de banca, lectores de libros y burócratas. El más alocado de todos nosotros (Whitey) es cocinero de comida rápida, y el más heroico (mi padre) es profesor. Sin embargo, creo que este continuo flujo de dramas ha mantenido unidas a las diversas generaciones, y mi hermano y yo no sólo escuchábamos a Mooshum por el suspense de su relato, sino para encontrar las claves que nos permitirían comportarnos adecuadamente cuando llegase nuestro momento de revelación, o quizá nuestra prueba romántica.

El millón de nombres

En realidad, yo pensaba que la mía probablemente ya había tenido lugar, pues incluso mientras escuchaba a Mooshum, sentada allí, mis dedos deletreaban reiteradamente el nombre de mi amado en mi brazo, en mi mano o en mi rodilla. Pensaba que si escribía su nombre un millón de veces, él me besaría. Sabía que me quería y él estaba seguro de que yo le correspondía, pero estudiábamos en una

escuela primaria católica, apostólica y romana a mediados de los años sesenta, y los chicos y las chicas que se enamoraban apenas se hablaban y jamás se tocaban. Jugábamos juntos al *softball* y al *kickball* y nos comunicábamos por medio de otros niños ávidos de entregar nuestros mensajes. Había copiado una serie de declaraciones de amor de segunda mano en mi diminuto diario de piel de leopardo con cerradura dorada. Escondía la llave en el pomo hueco del armazón de mi cama. Había escrito además, en la cara interior del armario, el nombre de mi amado con la sangre que había brotado tras rascarme una picadura de mosquito. Su nombre tenía para mí el sonido sagrado de aquellas palabras del Antiguo Testamento escritas a fuego por una mano invisible. *Mene, mene, tekel, uparsin*. No podía pronunciar su nombre en voz alta. Sólo podía escribirlo con los dedos en mi piel sin cesar, hasta que mi madre temió que tuviera piojos, me llenó el pelo de mayonesa, me cubrió la cabeza con un gorro de ducha y me mandó sentarme en la bañera mientras la llenaba de agua lo más caliente que yo podía soportar.

El cuarto de baño, la bañera, las cañerías: todo era nuevo. Como mis padres trabajaban para el colegio y en las oficinas tribales, nos conectaron a la red general de aguas. Cerré la puerta del cuarto de baño con llave, comprobé la temperatura del agua con el dedo gordo del pie y decidí incrementar el número total de nombres escritos en varias centenas. No tenía nada mejor que hacer. Mientras escribía, descubrí partes de mi cuerpo que cambiaban y se excitaban ante la repetición de esas letras, y sin tener la menor idea de lo que estaba haciendo, me regalé una sucesión de orgasmos alfabéticos de una intensidad y una delicadeza tan escandalosas que, sin duda, la mayonesa debió de derretirse en mi cabeza. Entonces dejé de escribir sobre mi cuerpo. Estaba convencida de que había alcanzado el millón y no me atrevía a repetirlo otra vez.

Por esa misma época más o menos, celebramos el Miércoles de Ceniza y me recordaron que no era más que polvo y en polvo me convertiría en cuanto la vida acabara conmigo. Mi cuerpo, cubierto por completo con la escritura del nombre sagrado de Corwin Peace (ahora ya puedo decirlo), no era más que una superficie temporal, tan efímera como el hielo, y pronto se marchitaría como una hoja seca. Como siempre, empezamos la cuaresma advertidos de nuestra transitoriedad y conscientes de que nuestra ansia de caramelos o galletas saladas, o lo que quiera que fuese a lo que habíamos renunciado, no eran más que antojos ilusorios. Sólo el hambre del espíritu era real. Fue una suerte para mí no darme cuenta de que escribir el nombre de mi enamorado sobre mi cuerpo había sido un acto impuro, de modo que, a mi juicio, lo único que debía expiar era mi colaboración en el descubrimiento que había hecho mi hermano: los alicates de la caja de herramientas funcionaban con el televisor tan bien como los mandos. En cuanto mis padres se marchaban de casa, podíamos ver *Los tres chiflados*, nuestro programa favorito y el de Mooshum, que a

mis padres les parecía horroroso. Y no fue hasta el Domingo de Ramos cuando mi padre se presentó en casa después de hacer un recado, colocó la mano en la superficie caliente del televisor y, a continuación, nos dirigió una mirada llena de recelo que sin duda temían sus alumnos. Pronto nos sonsacó la verdad. Los alicates fueron escondidos y la historia de Mooshum se reanudó.

#### Una aparición

La muchacha que se convertiría en mi abuela se había quedado rezagada detrás de las demás mujeres en el campo, porque le daba demasiada vergüenza anudarse las faldas. Se llamaba Junesse. Descubrió que el truco residía en caminar muy despacio para que las aves tuviesen tiempo de apartarse a un lado educadamente y no levantar el vuelo espantadas. Junesse llevaba un vestido de comunión largo y blanco, compuesto por varias capas de vaporosa muselina. Había insistido en ponerse ese vestido y la tía que la cuidaba acabó agotada ante su terquedad y accedió, si bien la amenazó con darle una buena paliza si regresaba con el menor rasguño o mancha. Además del pudor, esa amenaza disuadió a Junesse de unirse a aquel baile frenético con una falda repleta de pájaros. Pero ahora, en su intento de reanimar al portador del candelabro que se había caído, tal vez forzara su destino en el mundo al arrodillarse en un charco de excrementos de pájaro y después lo sellara al utilizar la faja que llevaba para limpiar la sangre de la frente de Mooshum y de su oreja, que, según nos contó, las palomas habían picoteado a conciencia mientras yacía sin conocimiento. Y entonces él despertó.

¡Y ahí estaba ella! Mooshum hizo una pausa en su relato. Abrió las manos y frunció las infinitas arrugas de su rostro para dibujar una máscara de insuperable felicidad. Había una foto de ella de aquella época aunque un poco más tarde, y era preciosa. Llevaba un lazo blanco en su cabellera negra. Su vestido blanco tenía un florido corpiño, bordado con pétalos blancos y hojas del mismo color. Tenía la piel clara y opaca y los ojos negros y rasgados de las mujeres metis o michif, las cuales habían motivado que el obispo de esa diócesis enviara una advertencia a sus párrocos, recomendándoles que rezaran mucho en presencia de mujeres mestizas y que recordaran que, aunque lucían un aspecto extremadamente claro, sus corazones eran salvajes y permeables. El diablo entraba y salía de ellas a su antojo. Por supuesto, Junesse Malaterre era inocente, pero también tenía una mente muy astuta. Su apellido, que provenía de algún viajero francés, describía las grietas y los surcos de una roca impía, los valles estériles, los riscos con estrías y la configuración laberíntica de piedra rosa, gris, canela y violeta que caracterizaba las tierras baldías de Dakota del Norte. Y hasta ese lugar se encaminaron finalmente Mooshum y Junesse.

«Nos miramos a los ojos y nos vimos el alma», así fue como lo expresó Mooshum con su suave acento de la vieja reserva.

Se produjo un silencio entre los tres mientras transcurría la escena. Mooshum veía lo que describía. No puedo imaginar lo que veía mi hermano: después de su experiencia en la comuna pareció inmune a todo romance durante mucho tiempo. Se convirtió en profesor de ciencias, como nuestro padre, y tras un leve accidente de coche sin importancia se acomodó en una aburrida pero feliz rutina con su asesor de seguros. Yo vi a dos seres humanos: un muchacho conmocionado y con el gesto contrito, y una muchacha de blanco arrodillada sobre él, apretando en la mano con elegancia la faja de su vestido y apoyando la compresa en la herida de la cabeza del joven para contener la hemorragia. Más importante aún, imaginé su mirada cómplice y oscura. El Espíritu Santo planeó sobre ellos. La faja se tornó roja. La sangre desafió la ley de la gravedad y subió por el brazo de la muchacha. Entonces la joven abrió la boca. ¿Se besaron? No me atrevía a preguntárselo a Mooshum. Tal vez sonrió. No tuvo tiempo, sin embargo, de escribir su nombre en su propio cuerpo ni una sola vez, y además ni siquiera sabía su nombre. Se veían el alma, por lo tanto los nombres eran irrelevantes. Escaparon juntos, contó Mooshum, antes de que a ninguno de los dos se le ocurriera preguntarle su nombre al otro. Y ambos decidieron no tener nombre por un tiempo: lo único que importaba era que se habían fugado, habían soltado sus ataduras y cortado los arneses que sus familias ya habían tensado.

Junesse escapó de la segura paliza de su tía y del tedioso y sempiterno trabajo que suponía cuidar de seis primos más pequeños, que murieron todos de tosferina el siguiente invierno. Mooshum huyó del sacrosanto futuro que su medio hermano había elegido para él. Los dos niños vestidos de blanco se fundieron en el muro de pájaros. Su ropa pronto se volvió tan sucia como la tierra, de modo que se mezclaron con el suelo a medida que se alejaban por los límites de las parcelas, campo a través, hasta donde acababan los cultivos y se abría la tierra dando paso a las rocas erosionadas y los cañones de las tierras baldías. Aunque tardaron varios años en consumir físicamente su amor (Mooshum lo insinuaba, pero nunca llegó a expresarlo claramente), estaban enamorados. Y eran supervivientes. Ambos sabían, de manera natural, cómo prender un fuego de la nada, así que durante los primeros días pudieron vivir a base de palomas asadas. Era demasiado pronto para conseguir otros alimentos, pero robaron huevos de pájaros y arrancaron hierbajos. Prepararon trampas para conejos y mendigaron comida en granjas aisladas.

#### La mirada ardiente

El mismo lunes en que trenzamos las hojas de palma bendecidas en el colegio, me colocaron un aparato en los dientes. A diferencia de ahora, cuando casi todos los niños se someten a algún tipo de ortodoncia, los aparatos dentales eran poco frecuentes entonces. Debo reconocer que es realmente increíble que mis padres, con una situación económica tan precaria, decidieran siquiera corregir mi dentadura. El dentista estaba en las afueras de la reserva, en el pueblo de Pluto, y era un hombre

anticuado que creía que para proteger el esmalte de mis dientes de los alambres había que cubrirlos con una funda de oro. De modo que al día siguiente me presenté en el colegio con dos incisivos resplandecientes y el resto de la boca como una ferretería. No había caído en la cuenta de que se burlarían de mí hasta que alguien susurró: «¡Conejito de Pascua!». Para cuando llegó el mediodía, los chicos daban vueltas a mi alrededor en el recreo, metiéndose conmigo para intentar sonsacarme una sonrisa. De pronto, como si una gran ráfaga de viento se hubiera llevado a todos los demás del patio de gravilla, apareció ante mí Corwin Peace. Me empujó y se rió en mi cara. Los demás muchachos se lo llevaron. Me alejé para resguardarme en el único refugio que había en el patio, un hueco en el muro sur de ladrillos que daba al aparcamiento abarrotado de coches detrás de la estación de servicio. Permanecí en una burbuja de silencio, mientras me frotaba la clavícula justo en el lugar donde sus manos me habían empujado, preguntándome qué había pasado. Nuestro amor estaba en peligro, tal vez había terminado. Y todo por culpa de unos dientes de oro. Incluso en ese momento me resultaba imposible soportar un cambio de sentimiento tan drástico. Sin embargo, debido a nuestra tradición familiar, me repuse ante el desafío. Las historias románticas incluían sufrir algún que otro revés. Tenía la injusticia de mi parte y, además, cuando me quitara el aparato estaría guapísima. De eso estaba segura. Por tanto, mientras entrábamos en clase en dos filas paralelas como de costumbre, yo en la fila de las chicas y él en la de los chicos, me desplazé para ponerme a la altura de Corwin, le di un golpe en el brazo y le dije:

—Quiéreme o déjame.

Y luego me alejé. Me temblaban las rodillas y el corazón se me desbocaba. Había sido un gesto desesperado e inaudito. Pronto, todo el mundo se enteró y mi audaz declaración de telenovela me hizo famosa incluso entre las alumnas de octavo, entre las que Beryl Hoop se ofreció a pegarle una paliza a Corwin por mí. Tenía la sartén por el mango y era Semana Santa. Las figuras religiosas estaban envueltas de morado, salvo las estaciones de la Cruz de nuestra parroquia, que eran excepcionalmente gráficas.

Hoy día las imágenes que se contemplan en las iglesias son tallas de madera noble y representaciones sobrias. Pero los pasos de nuestra iglesia habían sido moldeados en escayola y pintados con detalles sanguinolentos por doquier. Ojos en blanco, bocas contorsionadas y miembros estremecidos. Todo estaba ahí. Las naves laterales de la iglesia eran amplias y había mucho sitio para que se arrodillaran los colegiales en el árido suelo de piedra y contemplaran los duros rigores de la tortura. Las niñas más sensibles y un muchacho, no destinado al sacerdocio sino a un espectacular agotamiento físico y emocional en una compañía de teatro aficionado, lloraban a mares sin ningún pudor. El resto de nosotros, abrumados por la culpa o admirando en secreto toda esa sangre, intentábamos sentarnos discretamente sobre el

trасero y salvaguardar así nuestras rótulas. En un momento dado se nos permitía sentarnos en los bancos, donde, a lo largo de las tres horas más sagradas del Viernes Santo y mientras Jesús moría poco a poco bajo su manto morado, debíamos mantenernos en silencio. Durante todo ese tiempo había decidido empezar a borrar el nombre de Corwin de mi cuerpo, escribiéndolo al revés un millón de veces: «ecaepniwroc». Inicié la tarea en la palma de la mano y luego proseguí con la rodilla. Sólo llevaba cien nombres borrados cuando me llenó de emoción comprobar que Corwin intentaba desesperadamente llamar mi atención, algo que jamás había sucedido antes. Como ya he dicho, nuestra historia de amor se fraguaba a través de terceros. Aquel puñetazo en el brazo había sido nuestro primer contacto físico y aquellas ahora famosas frases eran las primeras palabras que le había dirigido nunca. Pero mi encarnizado golpe parecía haber atizado unas intensas pasiones. ¡Que se sintiera tan impetuoso, tan desesperado como para buscarme directamente, era increíble! Me invadió una oleada de vergüenza y pánico. La respiración se me entrecortaba. Deseaba responder a Corwin, pero era incapaz de hacerlo. Permanecí petrificada hasta que nos dejaron salir.

Domingo de Pascua. Llevo un vestido moteado de nailon azul. Las costuras pican y el cuello me roza, pero creo que el efecto general es espectacular. No son para mí los lazos hechos con un pañuelo de papel y fijados encima de la cabeza con una horquilla. Yo tengo un sombrero con lirios sintéticos y una cinta elástica que se me clava en la barbilla. Pero en el último momento supliqué para que me dejaran llevar en su lugar la mantilla de encaje de mi madre, que es como la de Jackie Kennedy, y el tocado que sólo llevan las chicas mayores más modernas. Estoy fantástica, pero no estoy preparada en absoluto para lo que me va a suceder tras tomar la comunión. Me encuentro arrodillada al final del banco. Nos ordenan que nos quedemos muy callados para permitir que la presencia de Jesús fluya dentro de nosotros. Lo hago lo mejor que puedo. Pero entonces diviso a Corwin en la cola para comulgar que se forma a mi lado de la iglesia, lo que implica que, al regresar a su sitio más atrás, pasará a pocos centímetros de mí. Puedo mantener la cabeza gacha, muy recatada, o puedo mirar. La elección me aturde. Y miro. Da media vuelta ante el primer banco. Mantengo la mirada firme. Y él ve que le estoy mirando —cabello negro y húmedo, finos ojos castaños— y no aparta la mirada. Con la sagrada hostia de la resurrección en la boca, mi primer amor me dirige una mirada ardiente de atormentada pasión que, de repente, enciende el millón de nombres invisibles.

Maude la Bigotuda

Durante todo un verano, mis abuelos vivieron de un saco de judías pintas de contrabando. Mataban serpientes de cascabel que cazaban en el arroyo y las asaban. Para sazonar la carne, utilizaban sal procedente de un pequeño cauce seco. Encontraban algunos arbustos con bayas y lograban atrapar en sus trampas a algunos



topos y liebres. Pero el sabor de la libertad se veía ahora eclipsado por una ansiada comida caliente. Aunque eran desérticas, las tierras baldías no estaban vacías en absoluto, sino pobladas en los tiempos de Mooshum tanto por villanos y forajidos sin propósito como por honrados granjeros. Un día, oyeron un alarido inhumano procedente de unos matorrales en el fondo de un pequeño barranco donde habían colocado varias trampas. Tras una prudente investigación, descubrieron que habían atrapado un cerdo por una pata trasera. Mientras deliberaban sobre cómo matarlo, en una elevación del terreno surgió, montada a caballo, la silueta de un ser humano imponente con un gran sombrero de fieltro. Podían haber salido corriendo, pero mientras el jinete se acercaba se sintieron demasiado fascinados como para moverse, o no quisieron hacerlo, pues la luz desvelaba ahora los rasgos de una enorme mujer vestida con ropa de hombre. Tenía los ojos pequeños y sagaces, la nariz prominente, las mejillas regordetas y los labios finos como un pliegue en la carne. Una larga trenza le caía sobre unos pechos generosos y maternales. Llevaba unos pantalones de sarga, botas, zahones, guantes de cuero de puño largo y un cinturón de piel de vaca con incrustaciones de plata. Sujetaba su sombrero de ala ancha con una banda hecha de piel de serpiente. Su purasangre pardo se detuvo en seco, obediente y adiestrado. La mujer lanzó un esputo lleno de tabaco sobre una lagartija inmóvil y soltó una risotada cuando el bicho se sobresaltó y se esfumó. Después, ordenó a los dos niños que no se movieran mientras enlazaba el cerdo. En cuanto acabó, lo ató con gran rapidez y destreza al pomo de la montura y le liberó la pata trasera.

—Arriba —les ordenó, señalando el caballo.

Cuando los muchachos lo hicieron, la mujer agarró el ronzal y echó a andar. El cerdo atado les seguía el paso. Para cuando llegaron al rancho, que se encontraba a varios kilómetros de allí, ambos se habían quedado dormidos a lomos del amigable caballo. La mujer ordenó a un peón que bajara a los muchachos dormidos y los llevara a un dormitorio de la casa, que consistía en una estancia amplia, destartalada, con una parte de tepe y otra de madera. Había dos camas en la habitación, además de una cama nido donde la mujer dormía a veces, roncando como un motor, cuando se enfadaba con su marido, el famoso Ott Black. En aquel lugar, mi Mooshum y su futura esposa vivieron seis años, hasta que el rancho fue destruido y Mooshum estuvo a punto de ser linchado.

En el compendio de mujeres y hombres memorables de Dakota del Norte de Erling Nicolai Rolfsrud no se describe a Maude Black la Bigotuda —pues ése era el nombre de la benefactora de mis abuelos— como a una mujer masculina, a pesar de que vestía como un hombre, fumaba, bebía, era una gran tiradora y dirigía el rancho con mano de hierro. Todo ello, decía mi Mooshum, era cierto, así como lo eran su amabilidad y su inclinación esporádica a robar ganado. Esto último, explicaba Mooshum, era una especie de deporte para ella; nunca pretendía perjudicar a nadie

con ello. De vez en cuando sustraía unos cerdos. El del matorral no le pertenecía. Maude la Bigotuda llevaba a veces bigote, y otras no, cuando se depilaba. Mantenía un gallinero impecable y la cocina ordenada. Se encariñó con Mooshum y Junesse, les enseñó a enlazar, montar a caballo, disparar y cocinar un rico estofado de albóndigas de pollo. Al adivinar su amor, desterró a Mooshum al barracón de los vaqueros, donde pronto aprendió todas las formas en que podría tener hijos con Junesse en el futuro. Ensayaba mentalmente y apenas podía soportar la espera. Pero Maude les prohibió casarse hasta que ambos cumplieran diecisiete años. Cuando llegó ese día, organizó una cena de bodas de la que se habló durante años, donde ofreció deliciosos animales asados que parecían del mismo tamaño y tipo que los que habían perdido los comensales. Aquello causó cierto revuelo, pero cuando acabó la fiesta sólo quedaban los huesos, y Maude se aseguró de que el alcohol corriera a raudales, de modo que la mayoría de los rancheros le restó importancia. Lo que no pasaron por alto, sin embargo, provocando cierto malestar y fomentando una subyacente corriente de recelo, fue el hecho de que Maud hubiera organizado una enorme y espléndida fiesta para un par de indios. O mestizos. Daba igual. Aquello era Dakota del Norte a finales del siglo pasado. Incluso años más tarde, cuando toda una familia fue asesinada a las afueras de Pluto, cuatro indios, incluido un muchacho llamado Sendero Sagrado, fueron culpados y linchados por la turba.

Según el relato de Mooshum, se produjo otro asesinato infame: el de una mujer en una granja un poco más al oeste. Los vecinos no prestaron atención a la repentina ausencia del marido de dicha mujer y se cebaron en el primer indio que tenían a mano.

«Y ahí estaba yo», contaba Mooshum. Una noche, el patio de tierra pisoteada que había entre el barracón, la cocina de Maude y los dormitorios se llenó de hombres que blandían antorchas y bengalas. Sus alaridos sacaron a Maude de la cama, y eso la irritaba profundamente. Como precaución tras oír que vendrían a por él, Maude había enviado a Mooshum al sótano de la cocina con una manta para que pasara allí la noche. De modo que él sólo supo lo que había sucedido por el relato de su bendita mujer, pues no oyó nada y pasó durmiendo los momentos de peligro.

—¡Entréganoslo! —vociferaron—, ¡o entraremos a por él!

Maude permaneció firme en la entrada, en camisón, con la pistolera colgada a la cintura y un arma lista para disparar en cada mano. No le gustaba nada que la despertaran.

—Dispararé a los dos primeros que bajen del caballo —dijo, y a continuación señaló al hombre adormilado que se hallaba junto a ella—. Y Ott Black freirá al siguiente.

Los hombres estaban ebrios y apenas conseguían controlar sus monturas. Uno se cayó del caballo y Ott le disparó en la pierna. Empezó a gritar más fuerte de lo que lo

había hecho el cerdo atrapado en la trampa.

—¿Cuál de vosotros es el siguiente? —bramó Maude.

—¡Entréganos al maldito indio!

Pero la interpelación sonaba menos convincente y estaba salpicada de los roncros gritos de dolor del hombre herido.

—¿Qué indio?

—¡El chico!

—No es indio —contestó Maude—. Es un judío de la tierra de Galilea. ¡De una de las tribus perdidas de Israel!

Ott Black casi se atragantó ante el ingenio de su esposa.

—¡Ella tiene una maleta llena de libros, malditos idiotas! —y apuntó a los hombres uno por uno.

Los hombres se echaron a reír, nerviosos, y volvieron a reclamar la entrega del muchacho.

—Sólo os estaba tomando un poco el pelo —dijo Maude—. Pero la verdad es que... es el hijo de Ott Black.

Aquello devolvió a los hombres a sus monturas. Ott pestañeó, después lo entendió y bramó:

—¡Nunca habíais visto a una mujer de verdad hasta que conocisteis a Maude Black!

Los hombres se desvanecieron en la oscuridad y abandonaron al malherido linchador pataleando en el suelo y rogando a Dios misericordia. Tal vez la bala de Ott le había dado en un nervio o un hueso, pues el hombre parecía sufrir un dolor inaudito para tratarse de una herida de bala. Empezó a delirar y a echar espuma por la boca, así que Maude le emborrachó, le ató a su silla de montar y se encaminó hacia la casa del médico, porque no quería que lo curasen en su propia casa. El hombre murió de camino, desangrado. Antes del amanecer, Maude regresó, entregó a mis abuelos sus dos mejores caballos y les dijo que cabalgaran rápido por donde habían venido. Así fue como acabaron en su reserva natal a tiempo de recibir la parcela que les correspondía, donde cultivaron la tierra con semillas y arados del Gobierno, donde criaron a sus cinco hijos, entre los que se encontraba Clemence, mi madre, y adonde mis padres nos dejaban ir cada verano a montar a caballo cuando desaparecían las garrapatas de los bosques.

La historia

La historia podría haber sido real, puesto que, como he dicho, existió de verdad una tal Maude Black la Bigotuda, casada con un hombre llamado Ott. Sólo que de vez en cuando era Maude quien alegaba que Mooshum era su hijo en la historia, y otras veces afirmaba que había mantenido una aventura amorosa con el jefe Gall. Y en algunas ocasiones Ott Black golpeaba al hombre en el estómago. Pero comoquiera

que la historia se adornase, se ceñía a los hechos. La iglesia de Saint Joseph fue bautizada con ese nombre en honor al carpintero que creyó a su esposa y crió a un hijo que no era suyo, y se venera como el santo patrón de nuestro audaz y apasionado pueblo: los metis. Esas palomas, sin duda, eran las palomas del pasajero, mito y realidad, cuyo número era tal que nadie creía posible que pudieran ser borradas de la faz de la tierra.

Aquella primavera, Mooshum se tomó las cosas con más calma y le costó trabajo plantar el huerto. Mientras disfrutaba cada vez más de su sillón, nuestros padres relajaron la prohibición. Ahora, nuestro padre colocaba más a menudo los círculos mágicos de plástico en sus pivotes metálicos y los giraba hasta que la imagen quedaba nítida. A veces veíamos *Los tres chiflados* todos juntos. El moreno se parecía mucho a la mujer que le había salvado la vida, decía Mooshum mientras asentía y señalaba el televisor con la cabeza. Recuerdo que observaba su dedo moreno y retorcido y me lo imaginaba perteneciendo a la mano de un hombre joven y fuerte que agarraba un arado o a la de un muchacho que sujetaba el candelabro que, por cierto, mis abuelos habían llevado consigo por todas las tierras baldías, donde había resultado muy útil para matar serpientes y topos. Había regalado a Maude el único bien que poseían como muestra de su gratitud. Ella se lo devolvió bruscamente la noche en que huyeron.

Aquel imponente candelabro plateado de seis brazos, desgastado en algunos puntos hasta dejar al descubierto el metal, ocupaba ahora un sitio de honor en el centro de la mesa del comedor. Sostenía unas velas de cera de abeja que habían sido encendidas recientemente durante la cena de Pascua. El día siguiente al lunes de Pascua, en el pequeño recoveco del patio del colegio, besé a Corwin Peace. Fue un beso intenso, apasionado y extrañamente maduro. Después, volví a casa sola. Caminé muy despacio. A la mitad del camino, me detuve y observé una parte de la acera que había cruzado miles de veces y conocía al dedillo. Tenía una grieta profunda, larga, irregular y oscura. Ese día se desprendía la pelusa de los enormes y viejos álamos blancos. El aire estaba lleno de pelusilla y la hierba de las acequias y canalones lucía un manto de luz. Esperaba sentir una gran alegría. En cambio, sentí una mezcla de tristeza y tal vez miedo, pues mi vida parecía una historia hambrienta y yo era su fuente. Ese beso me había arrojado a las palabras.

## Un mordisquito

En la pared de la cocina, junto al reloj metálico negro cuyas agujas de radio tóxico brillaban en la oscuridad, colgaban tres retratos: John F. Kennedy, el papa Juan XXIII y Louis Riel. Los dos primeros eran fotografías en color que mis padres habían adquirido a través de la escuela y la iglesia. El último era un recorte de periódico, amarillento y frágil. Mi madre había recortado la fotografía y la había colocado con sumo cuidado en un marco comprado en una tienda de baratijas. En la fotografía, Riel tenía un aspecto taciturno y despeinado, y aparecía un poco borroso. Sin embargo, era el héroe visionario de nuestro pueblo y prácticamente el líder de lo que podría haber sido la nación michif. Mooshum y nuestra madre le veneraban, aunque los padres de Mooshum habían vivido cómodamente cerca de Batoche, en Saskatchewan, y su enorme granja habría pasado a sus hijos de no ser por Riel. Aquella granja fue incendiada antes de que Mooshum tuviera edad de hablar, porque la familia Milk había dado refugio al genial Riel, apoyado su causa con dinero, acogido a su mujer e hijo, alimentado a sus oficiales, luchado a su lado y enojado a los curas que amenazaron con excomulgar a los seguidores de Riel y que al final los terminaron entregando a sus asesinos.

Tras la reyerta de Batoche, la familia huyó al sur y cruzó la frontera en la oscuridad, sin saber exactamente dónde se encontraban. En cuanto hallaron un lugar agradable, intentaron empezar de nuevo, pero ya les faltaba la ilusión. Perdieron un bebé, vivieron con lo justo y, desmotivados, se vinieron abajo cuando se enteraron de que Riel había sido juzgado y ahorcado. Riel subió al cadalso con unos mocasines y sujetando en la mano un crucifijo labrado en plata. Sus últimas palabras, dirigidas al clérigo que le atendió, fueron *Courage, mon père*. Joseph Milk, nuestro bisabuelo, profesaba un cariño especial al temperamental profeta del nuevo catolicismo mestizo y maldijo a los curas, a pesar de que su propio hijo Severine acababa de ordenarse.

Mooshum tenía un hermano más pequeño, un violinista llamado Shamengwa, que era pulcro y virtuoso, al contrario que Mooshum, que era muy desordenado e irreverente. Salvo por su brazo encogido, Shamengwa exhalaba pura elegancia. Los últimos de su generación, ambos muchachos disfrutaban de su mutua compañía a pesar de sus diferencias. Crecieron en ese hogar melancólico y la historia afectó a cada uno de una manera distinta. A Shamengwa le condujo a la música, y a Mooshum a contar historias. Ambos escaparon en cuanto pudieron, pero la historia les persiguió, por supuesto, y ahora, convertidos ya en dos ancianos, encontraban cierto consuelo en rumiarla una y otra vez. Cuando Shamengwa nos visitaba, se sentaba

muy recto en una dura silla de la cocina, y a menudo tocaba viejas melodías, mientras que a Mooshum le gustaba no hacer nada o marcar el ritmo lentamente golpeándose la rodilla. En verano, Mooshum reivindicó para sí el asiento trasero de un viejo coche que había en el patio, y no permitió que mi madre lo tirara. En casa, el sofá hundido, lleno de nudos y con un exceso de relleno, era suyo. A veces, ambos hermanos se sentaban a la mesa de la cocina y se tomaban un té caliente y azucarado, en el que Mooshum «echaba alguna cosita». Pero nada les procuraba tanto placer como la oportunidad de restregar la historia por la cara de algún miembro de la tan odiada iglesia. Así, en los días en que el anciano sacerdote ya retirado, tan frágil como una flor marchita pero en absoluto olvidado en lo alto de la colina, bajaba laboriosamente para visitar a los dos hermanos, o cuando llegaba en una enorme silla de ruedas improvisada, empujado por una servicial hermana franciscana, los hermanos se emocionaban mucho. Se tomaban grandes molestias para conseguir whisky e incordiaban a mamá o a la tía Geraldine para que les hiciesen *boulettes* o la ligera e inflada tortita especial que les había enseñado a preparar Junesse. Otras comidas descansaban, rotundas, en sus tripas, pero los tres ancianos alegaban que el caldo de carne con pan les soltaba el vientre de maravilla si estaba bañado en bastante grasa. El viejo sacerdote se ayudaba de un pulido bastón de madera de sauce para sortear los surcos del camino y lo clavaba con firmeza entre sus pies mientras se sentaba en el voluminoso sofá de color burdeos. Desde ahí, asintiendo con su fino cráneo de cáscara de huevo, expresaba sus dogmáticas opiniones en un tono suave y susurrante, que resultaban tal vez demasiado convincentes para los dos hermanos. A veces permanecían en silencio, desilusionados ante la falta de oposición del cura. No obstante, las visitas siempre finalizaban con un educado brindis tras otro. Pero el buen sacerdote falleció y los hermanos se quedaron sin un clérigo con quien enfrentarse hasta que fue trasladado desde Montana un cura corpulento, de tez lechosa, pomposo y terriblemente campechano. Le pusieron el apodo de Padre Brinco Alegre por sus orígenes vaqueros, aunque su nombre real era Cassidy, y por su desafortunada tendencia a dar delicados saltitos de puntillas cuando utilizaba el hisopo para rociar con agua bendita a los feligreses durante la misa mayor.

En aquel verano después de mi primer beso, la televisión empezó a parpadear y se quedó sin sonido. No conseguíamos más que unos zumbidos ocasionales y la imagen daba vueltas tan rápido que nos mareaba. Pero de todos modos pasábamos la mayor parte del tiempo fuera de casa. Joseph y yo teníamos permiso para atrapar y montar, cuando quisiéramos, los caballos pintos que pertenecían a la tía Geraldine. Ambos animales eran veloces y les gustaba galopar. El blanco y negro era bastante manso; en cambio el otro, un caballo pío alazán, mordía con gran fiereza si uno se colocaba en su ángulo muerto. Los montábamos a pelo con roncales de cuerda y los atábamos al

final del patio cuando hacíamos un largo descanso para comer. Un día, mientras estábamos tomando sopa a la mesa al otro extremo de donde estaban sentados Mooshum y Shamengwa, tras haber atado a los caballos debajo de los árboles en el patio trasero, empezó a lloviznar. Resguardados bajo las gruesas hojas, los caballos comían afanosamente la larga hierba a su alrededor, de modo que cuando mamá abrió la puerta e hizo pasar rápidamente al padre Cassidy no intentamos escapar, sino que decidimos jugar a las cartas junto a la puerta hasta que aclarara.

Los dos ancianos saludaron al sacerdote con gran alegría.

—*Tawnshi! Tawnshi ta sawntee, Père Cassidy!* Qué amable de su parte visitarnos. Tiene usted muy buen aspecto. Siéntese, por favor. Siéntese con nosotros. Tómese algo, un poco de sopa o un trocito de pan.

—Quizá también una copita de la jarra, Clemence.

—No me vendría mal —respondió el padre Cassidy tiritando levemente, más aún ante la expectativa del trago, pues no hacía frío—. Un ligero refrigerio me haría entrar en calor.

Joseph me miró, alzó una ceja y torció la boca como solía hacer. Fuera no hacía ni pizca de frío. El aire seguía siendo cálido y la lluvia había provocado que manara vapor de la hierba, por lo que se hizo enseguida evidente que teníamos a un cura sediento. Mooshum rugió de alegría y levantó la mano de Clemence mientras ésta vertía la bebida con cicatería.

—¡Hija, sé un poco más hospitalaria!

—Y bien, padre Cassidy, ya lleva usted aquí varios meses. ¿Qué le parecen nuestras costumbres?

Pero el párroco tenía la cabeza echada hacia atrás para apurar hasta la última gota de su copa.

—¡Sí, señor! Recuerdo cuando los sacerdotes solían tomarse el whisky con agua, pero a éste le gusta el alcohol fuerte solo. Hermano, hagamos lo mismo.

—Así somos los hombres de Montana —dijo el padre Cassidy, procurando disimular que había apurado la copa con demasiadas ansias—. No nos andamos con formalidades y no rebajamos el whisky con agua, pero sí creemos en asistir a la misa mayor. Clemence acude con regularidad y lleva a Edward con ella; los muchachos, por supuesto, están obligados a confesarse cada viernes y a asistir al menos a tres misas por semana. Pero ustedes..., no he visto a ninguno de los dos en la iglesia desde que llegué aquí. Así que eso significa, como poco, que hace muchísimo tiempo que se tendrían que haber confesado.

—*Tawpway, Père Cassidy,* dice usted la verdad. Pero los viejos tenemos pocas oportunidades para pecar —respondió Mooshum con pesar. Miró a Shamengwa—. Hermano, ¿has tenido ya oportunidad de pecar este año?

Shamengwa puso cara de circunstancias y suspiró con vehemencia.

—*Frère*, lo sabrías, te lo contaría inmediatamente para darte envidia. *Hyin*, no, me he mantenido puro.

—Yo también, completamente puro —dijo Mooshum con un temblor en la barbilla.

—¿Están seguros? —insistió el padre Cassidy, mirando la botella. Agarró con una mano su vaso de agua vacío y lo alzó hacia la botella—. No son necesarios grandes pecados. ¿No han utilizado, tal vez, el nombre de Dios en vano?

—*Mon Dieu!* ¡Jamás!

Los hermanos se indignaron y manifestaron su desaprobación ante la idea, así que sirvieron rápidamente un doble trago al fraile a la vez que rellenaban sus propios vasos.

El padre Cassidy se quedó pensativo, tal vez un poco alicaído al descubrir que los dos hermanos se mantenían libres de pecado. Después dio un largo sorbo y se animó.

—¡Hay tantas maneras de pecar que no saltan a la vista! Por ejemplo, es posible que compartan la culpa del pecado de otra persona sin haberlo cometido ustedes mismos, mediante el pecado de silencio. ¿Ha pecado alguien que conozcan?

Los dos hermanos negaron con la cabeza, sorprendidos. El cura miró a su alrededor agitando su mano regordeta en busca de inspiración.

—Puede que hayan pecado contra el Espíritu Santo resistiéndose a la verdad, al negar el valor de la misa mayor y, por consiguiente, ¡endureciendo sus almas a la influencia de la gracia de Dios!

El padre Cassidy estaba muy satisfecho de sí mismo. En cambio los hermanos parecían tan ofendidos de que el fraile pudiera imaginar que sus almas se hubieran endurecido que se llevaron las manos al corazón, que les latía con fuerza. Sin embargo, el cura no desistió y enseguida enunció una lista de pecados veniales.

—Una punzada de envidia u orgullo o..., ¿no? Una chispa de mal humor o incluso una pequeña mentirijilla, ¿tal vez? O incluso, no sé si decirlo... —la suave mano del cura tembló un poco mientras agarraba el vaso y el hombre sonrió con gran deleite ante su contenido, mientras agitaba despacio el líquido dorado a la vez que hablaba. Ahora parecía un poco distraído—. Pensamientos impuros —susurró—. Es muy habitual.

Ante esa sugerencia, Mooshum dirigió a su hermano una mirada entre dolida y perpleja. Después alzó la ceja, interrogante. Shamengwa se santiguó con su brazo bueno y luego tomó un pequeño sorbo de su vaso.

—*Deberíamos* saber de lo que nos está hablando —comentó Mooshum, tocándose su oreja tullida—, pero hemos de reconocer que somos totalmente ignorantes de esos...

—Pensamientos impuros —intervino Joseph desde la puerta, mirando sus cartas con el ceño fruncido.



—*Gin* —anuncié.

—Ya.

—Pensamientos impuros —repitió Shamengwa—. Querido cura, ¿podría usted explicarnos exactamente cuáles *son* esos pensamientos impuros de los que habla? Si son tan habituales como dice, debemos de haberlos experimentado y, sin embargo, por alguna razón no nos hemos dado cuenta de ello.

—Tal vez pecamos sin saberlo —continuó Mooshum con ojos sinceros mientras observaba al sacerdote por encima de la copa que sujetaba en el aire. Intentó poner cara de dignidad, pero su oreja maltrecha siempre le daba un aspecto ridículo—. Eso sería algo...

—¡Trágico! —completó Joseph. Intentó disimular una risita burlona barajando rápidamente las cartas.

—Trágico... puesto que acabaríamos en el lugar equivocado sin previo aviso, si llegáramos a morir.

—¿Acaso nos podrían enviar al infierno esos pensamientos impuros?

Petrificados de susto, los dos hermanos se pusieron muy tiesos. El cura bizqueó sobre el vaso vacío y Mooshum se lo rellenó con esmero.

—Concupiscencia —enunció el padre Cassidy levantando un dedo junto al vaso, que sujetaba a la altura de su alzacuellos. Con la otra mano tiró de éste, como si le apretase demasiado—. Del latín *concupiseria*, creo, lo que significa... eh... pensar obsesivamente en emisiones impuras de nuestro pasado o desear... cualquier acto de fornicación imaginaria o eyaculatoria. Por hablar sin rodeos.

—¡Ah, la fornicación! —se animaron los hermanos, chocaron sus copas y, a continuación, buscaron la del padre Cassidy, que se había unido al brindis sin pensar, antes de bajar los ojos, incómodo, mientras farfullaba.

—Del latín *for*, como en «forasteros», por tener relaciones con forasteros —irrumpió Joseph.

—¡Vaya, vaya! —exclamaron los hermanos, brindando de nuevo mientras Joseph dejaba sus cartas y se escabullía por la puerta.

Rápidamente corrí tras él, pero el padre Cassidy y mi madre salieron por la puerta detrás de nosotros y mi madre nos interpeló:

—Vosotros dos, ¡quedaos donde estáis y disculpaos ante el padre Cassidy!

Pero el padre Cassidy, quizá para demostrar su inmenso conocimiento de los caballos, como buen hombre de Montana que era, caminó con paso largo detrás de nosotros, con toda su papada sobresaliéndole del alzacuellos, y dijo:

—No hace falta, no hace falta, son vuestros, ¿verdad? Bonitos ponis enanos y dóciles. Horrible constitución, por supuesto, claramente patizambos, y desde luego necesitan un buen cepillado con la almohaza.

Un centelleo malintencionado brilló en el ojo del caballo pinto de cuello largo. El

padre Cassidy se acercó a la cabeza del animal y extendió la mano. Veloz como una serpiente de cascabel, el caballo atacó y le dio un buen mordisco a su carnoso bíceps. El padre Cassidy soltó un alarido y empezó a dar brincos sin parar. Pero el animal no soltaba la pieza, como una madre que tiene bien agarrado a un niño travieso. El padre Cassidy intentó aplastarle el hocico con la palma de la mano. El poni puso los ojos en blanco, soltó unos gruñidos entrecortados que sonaban a risotada y mordió con más fuerza antes de soltar su brazo por fin. Los ojos del padre Cassidy reflejaban una fuerte conmoción.

—Ay —dijo mi madre—. Lo siento muchísimo, padre. Por favor, venga a casa y le pondré un poco de hielo en ese mordisquito.

—¡Mordisquito! —espetó el padre Cassidy. Colocó su mano sobre el brazo como si quisiera mantener la carne en su sitio y retrocedió hacia su automóvil, que estaba aparcado en la carretera delante de nuestra casa—. Adiós, Clemence, muy agradecido. El traguito me vino bien. Ay. ¡Quién iba a saber que necesitaría el anestésico!

—Del latín *anestiado*, que significa «atontado» —me explicó Joseph.

El padre Cassidy se montó en su coche.

—¡Dígale a su padre y a su hermano que están coqueteando con la perdición al no acudir a misa!

—Se lo diré, padre, no se preocupe.

Mi madre dio un paso adelante para despedir educadamente al padre Cassidy con la mano, y para cuando se dio la vuelta para dirigirse hacia nosotros como una bala ya nos habíamos montado en los caballos y habíamos escapado a toda velocidad. Así que creo que ese día entró en casa y pagó su disgusto con su padre y su tío, aunque solía mostrarse cariñosa con los dos ancianos, a los que quería tanto como nos quería a nosotros. Quedaron escarmentados y los encontramos callados cuando regresamos a la hora de la cena. Shamengwa se quedó porque mi madre no había permitido que «se escabullera», tal y como lo expresó. La televisión atronaba y las imágenes desfilaban lentamente de arriba abajo por la pantalla, de modo que las piernas de una mujer aparecían encima de su cabeza mientras hablaba. Después, su cabeza subía y las piernas se ponían a temblar por un momento debajo de ella, hasta que la cabeza desaparecía y aparecía abajo de golpe. Los dos ancianos se recostaron y cerraron los ojos, incapaces de soportar una visión que les aturdiría tanto. Se quedaron dormidos. Roncaban suavemente con profunda inocencia.

Aquello no fue el fin de la historia. Mooshum y su hermano asistieron a la misa mayor y, después, dejaron de acudir intencionadamente para provocar una visita del padre Cassidy. El párroco vio un rayo de esperanza cuando descubrió en el banco delante de él, tan cerca de la eternidad, a los dos ancianos y se propuso garantizar la

salvación de sus almas. La segunda visita resultó tan ridícula como la primera. Mooshum le prometió que haría un esfuerzo heroico para pecar, de modo que así tendría algo que confesar. Joseph observó toda la escena con la paciente omnisciencia de un adolescente.

La vida de niño era difícil para mi hermano. Ser el hijo de un profesor de ciencias en una escuela de la reserva le colocaba siempre bajo sospecha, mientras que a mí me beneficiaba. Para una chica estaba bien visto tener un padre conocido. Era peor para Joseph; le encantaban las ciencias y, de hecho, aprendía por su cuenta los nombres en latín de todas las cosas. Para compensar, montaba cualquiera de los caballos pintos de la tía Geraldine hasta adentrarse en el monte y se emborrachaba con vino de contrabando en cuanto podía. Ambos teníamos amigos, así como unos ocho o nueve primos hermanos, segundos y terceros de la rama Peace, otros dieciséis que podíamos contar, y Corwin. Yo tenía amigas y no me importaba ir a la escuela, pero de alguna manera me bastaba mi familia fuera del colegio. No éramos muy sociables. Además, Joseph y nuestro padre vivían un poco al margen por sus aficiones: coleccionaban sellos, por supuesto, que era una forma de viajar sin hacer las maletas, pero también les atraían los astros y los fenómenos celestiales, las plantas, árboles, aves, reptiles e insectos casuales, que recogían metódicamente, prendían con alfileres en cartulinas blancas y etiquetaban.

A Joseph le interesaba particularmente una especie de salamandra negra y gorda, que consideraba endémica en nuestra región, y convenció a nuestro padre para que le ayudara a seguir su ciclo vital durante todo un año, mediante la observación en el campo. Para ello salían, incluso en lo más crudo del invierno, con una pala y un piolet y desenterraban a los bichos que hibernaban en el barro endurecido del cenagal de la tía Geraldine. O en verano, como ahora, pergeñaban falsos terrarios para los bichos y observaban cada uno de sus movimientos, mientras tomaban nota con cuidada letra de imprenta. Por alguna razón se habían puesto de acuerdo para evitar la cursiva.

Quizá el hecho de que yo me criara admirando a Joseph hiciera que se mostrara más cariñoso conmigo que la mayoría de los hermanos. También sabíamos que no habría más hijos. Mamá nos lo había dicho, y cuando nos peleábamos, nos callaba diciéndonos: «Imaginaos cómo os sentiríais si *os pasara algo*». Imaginar que el otro se moría nos ayudaba, en cierto modo, a disfrutar el uno del otro. Yo ayudaba a Joseph a recolectar especímenes en tarros de cristal robados y memorizaba algunos nombres en latín sólo para complacerle. También influía que me gustaran las salamandras acuáticas o necturos, como también son conocidas. Eran pequeñas masas de tierra, oscuras y con manchas amarillas e indefensas en cuanto salían del agua. Durante las fuertes lluvias, pululaban con parsimoniosa gravedad entre las húmedas grietas del suelo. Había algo grandioso y a la vez terrible en esa miríada silenciosa. Mooshum contaba que las monjas creían que eran emisarios de los muertos profanos,

enviados por el demonio, y que el infierno estaba repleto de esas alimañas. Removíamos la hierba despacio y les dábamos la vuelta con el pie con sumo cuidado. Las recogíamos y las atesorábamos en un terreno más elevado, cubriéndolas con hojas húmedas. Caían a montones por los recovecos mojados de los edificios de la escuela —podíamos encontrar diez o doce en los huecos de las ventanas—. Joseph siempre me despertaba temprano cuando empezaban las lluvias torrenciales, a finales de la primavera, y éramos los primeros en llegar al colegio para poder atrapar a los bichos antes de que los encontraran los demás niños y los pisotearan hasta matarlos.

Aquel verano, ayudados con piolets y palas, Joseph y mi padre habían cavado una profunda charca en el patio trasero. El nivel freático había subido mucho ese año y enseguida se llenó de agua. Plantaron espadañas y un sauce en la ribera y, después, añadieron ranas y salamandras. El estanque no estaba destinado a los peces, aquellos enemigos de las *neotenic larvae*, pero lo rellenaron con ranas de coro y ranas leopardo que trasladaron desde el cenagal de la tía Geraldine y, a continuación, las salamandras, que llevamos a casa en cubos. Para desilusión de Joseph, las salamandras desaparecieron en el fango, como si se las hubiera tragado la tierra. Aunque encontráramos una, costaba mucho observarlas haciendo alguna cosa. Nos llevaba un día entero ver a alguna abrir sólo la boca. Joseph se impacientó y le robó un equipo de disección a papá. La caja de cartón contenía un escalpelo, pinzas, alfileres, pequeñas placas de cristal, un vial de cloroformo y unas bolas de algodón. También había un diagrama de una rana abierta en canal con todos sus órganos etiquetados.

Joseph colocó con cuidado los instrumentos en el alféizar de la ventana de la pequeña habitación que compartíamos. Cogió un tarro de debajo de la cama. Contenía un ejemplar de *ambystoma tigrinum*, la salamandra tigre del este. En el frasco, dejó caer una bola de algodón impregnada de cloroformo, y acto seguido lo escondió debajo de la cama. A nuestro padre no le gustaban mucho las disecciones.

Esa misma noche, acerqué una vela para proporcionar más luz a Joseph donde lo necesitaba. Observé mientras rajaba la tripa de la salamandra, dejando al descubierto sus entrañas mugrientas y viscosas: un enjambre de tubos rellenos de baba transparente.

—Estaba a punto de liberar su espermátforo —constató Joseph, sobrecogido, y tocó un trocito de esa masa blanda y blanquecina. Al otro lado de la puerta se oyeron unos pasos. Apagué la vela. Papá abrió la puerta.

—Nada de velas —dijo—. Riesgo de incendio. Dámela —hice rodar la vela hasta sus pies desde debajo de la cama y prosiguió—: Evey, sal de ahí y vete a la cama.

A la mañana siguiente, me levanté antes que Joseph y descubrí que la salamandra había vuelto en sí y había intentado escapar, desenredando las entrañas que Joseph había prendido con alfileres en la madera blanda de la cómoda. La estela de sus

entrañas llegaba hasta la ventana, donde había conseguido morir con la nariz aplastada contra el cristal. Ese día, en el sepelio, Joseph enterró el equipo de disección junto a la salamandra. Resopló mucho mientras cubría el cuerpecito regordete y grisáceo, pero no pronunció palabra, ni yo tampoco. Pasaron meses antes de que desenterrara el equipo de disección y puede que pasara un año antes de que lo volviéramos a utilizar.

Tanto Mooshum como Shamengwa insistían en que si Louis Riel hubiera dejado que Gabriel Dumont, su temible jefe de guerra, tomase todas las decisiones previas así como las que hubo que adoptar en Batoche, no sólo habría conseguido una posición más prominente en el mundo para los indios metis, sino que además la victoria habría animado a los indios más al sur de la frontera para que se unieran en un momento crucial de la historia. Las cosas podrían haber sido por completo diferentes. A los dos hermanos también les gustaba especular sobre la forma que habría tomado el catolicismo metis y si tal vez hubieran podido tener sus propios curas. Mooshum insistía en que sería mucho mejor que a los sacerdotes del cisma se les permitiera casarse, y Shamengwa opinaba en cambio que incluso los curas metis debían mantener la castidad. Ambos estaban de acuerdo en que la revelación de Louis Riel, que experimentó tras enterarse de que tanto él como sus seguidores habían sido excomulgados, fue sin duda contundente. Tras meditar largamente, el místico Riel anunció que el infierno no duraba para siempre y que ni siquiera hacía tanto calor allí.

—Y yo lo creo —mantenía Mooshum—. No sólo porque Riel recibió el consuelo de los ángeles, sino porque es lógico.

—Ilumíname.

Mi padre iba a misa para complacer a Clemence y desaparecía en cuanto llegaba el padre Cassidy. Era un católico sin la menor convicción.

—Si en el infierno hiciese tanto calor que devorase la carne, no nos quedaría carne para sufrir —explicó Mooshum—. Y si el infierno estuviera diseñado para abrasar el alma, que es invisible, tendría que tratarse de un fuego imaginario, cuyas llamas no se pueden sentir.

—Así que, de una forma u otra, el infierno está en entredicho.

—De una forma u otra —asintió Mooshum.

—Me parece bastante verosímil —asintió a su vez mi padre—. Tiene mucho sentido. Desde un punto de vista científico, claro, nada puede arder para siempre sin una fuente de combustible ilimitada. Así que da que pensar.

Clemence, que sí creía en fuegos abrasadores que ardían eternamente y hasta la médula, sacudió la cabeza con pena mirando a los hombres. Consideraba que no creer en el infierno demostraba un carácter débil, una conveniente artimaña mental para justificar una conducta laxa. Había notado que esa añagaza se daba más y de manera

más pronunciada en aquellos que no mantenían ninguna esperanza de ir al cielo. Pero aunque con todas sus fuerzas deseaba criar a sus hijos de modo que fueran conducidos con total certeza al reino de los cielos (su legado), sus intenciones se veían frustradas de alguna manera por sus propias afinidades.

Por ejemplo, era fácil convencerla de que tuviera la mano generosa a la hora de servir un trago a Mooshum; además ella también se tomaba una copita de vez en cuando. Asimismo, cualquiera podía darse cuenta de que el padre Cassidy no era santo de su devoción. Era patente su falta de entusiasmo en su presencia, tras aquella primera visita. A veces, dejaba escapar alguna que otra crítica a sus espaldas. Joseph y yo estábamos seguros de haberla oído farfullar «estúpido gordinflón» al final de uno de sus sermones sobre los designios de Dios de crear a los niños en el vientre de las mujeres. El padre Cassidy predicaba contra la intromisión en dichos planes, pero en unos términos tan crípticos que yo no lograba entender nada de lo que decía. Cuando le pregunté a mamá qué quería decir el padre Cassidy, me miró fijamente y afirmó:

—Quiere decir que el plan de Dios era que yo volviese a quedarme embarazada y muriese. Sin embargo, el médico con quien hablé no estaba de acuerdo con esos designios divinos y aquí me tienes, vivita y coleando.

Vio una sombra de preocupación en mi rostro y comprendió, supongo, cómo me habían impactado sus palabras.

—Te lo explicaré cuando tengas catorce años —dijo, con una voz que pretendía ser tranquilizante. No estaba tranquila en absoluto y tuve que preguntar a Joseph si había entendido al padre Cassidy.

—Claro —afirmó Joseph—, se refiere al control de la natalidad. Si necesitas información sexual habla con la tía Geraldine. Te lo explicará con pelos y señales.

De modo que la siguiente vez que fui a buscar un caballo, regresé a casa con más conocimientos. Gracias a Geraldine, también entendí a qué se referían cuando hablaban de pensamientos impuros y me di cuenta de que aquellos prodigiosos sentimientos, que formaban parte del plan de Dios para mí y que había experimentado en la bañera con una dosis de mayonesa, se consideraban pecados.

—¿Tengo que confesarlos? —pregunté, horrorizada ante la idea.

—Yo no lo hago —respondió Geraldine.

La siguiente vez que el padre Cassidy se presentó ante nuestra puerta, le recibí con la conciencia impoluta, recogí su ligera chaqueta y su sombrero y los dejé en la silla junto a la puerta. Luego me retiré a un rincón de la habitación. Esta vez, en cuanto el cura fue conducido rápidamente a la mesa, mamá no dejó la botella después de servir los tragos. Se la llevó con ella a otra habitación. Sin la botella, se instaló una cierta frialdad entre los hombres.

—Bueno... —dijo Mooshum—, no bebieron vino en las trincheras de Batoche y

los sacerdotes también pasaron hambre. Padre Cassidy, ¿está usted familiarizado con nuestra historia?

—Soy un hombre de Montana —dijo el cura—. Sé cómo acabaron con la rebelión.

—¡Rebelión! —Mooshum hinchó los carrillos, sin probar aún una gota de su vaso.

—¡Con una ametralladora Gatling! —puntualizó Shamengwa—. Traída desde el este. Un invento de cobardes.

El padre Cassidy se encogió de hombros. De pronto Mooshum se puso furioso. Se le encendió el rostro, su oreja maltrecha se volvió roja incandescente y frunció el ceño. Apretó los dientes, temblando, lleno de odio.

—Era una cuestión de derechos —vociferó, dando un puñetazo sobre la mesa—. Lograr que se les reconocieran sus derechos cuando ya habían demostrado que las tierras eran suyas. Los michif y los blancos. El viejo Poundmaker<sup>[1]</sup>. Querían que el Gobierno hiciera algo. Nada más. Y el Gobierno se dedicó a marear la perdiz, así que el bueno de Riel dijo: «¡Lo haremos nosotros en vuestro lugar!». *Howah!* «¡Lo haremos nosotros en vuestro lugar!»

Alzó su vaso levemente y miró al padre Cassidy con los ojos entrecerrados.

Una expresión de felicidad iluminó la cara de Shamengwa. Sorbió un traguito de licor con la lengua y sonrió.

—Vaya —dijo—, esto sí que está suave.

—La semana pasada cobré la pensión —explicó Mooshum—. Clemence me compró una botella especial. ¡Pero hay que ver lo tacaña que es! Si tuviéramos nuestros derechos, tal y como los dispuso Riel, padre Cassidy, usted trabajaría a nuestro servicio y no vendría a darnos lecciones. Y además, Clemence nos serviría un trago más generoso.

—Bueno, déjame que lo ponga en duda —respondió Shamengwa—, pero hay muchas otras cosas —Shamengwa se había animado de repente—. He pensado mucho en ello, hermano. De haber ganado Riel, nuestros padres se habrían quedado en Canadá, un pueblo entero. No dividido. Nos habrían educado correctamente. Mi brazo funcionaría perfectamente.

—Muchas cosas —repitió Mooshum en voz baja—. Muchas... Pero no cabe la menor duda sobre una palabra, hermano mío.

—¿Qué palabra es ésa?

—Respeto.

—Respetuoso es aquel que obra con respeto —sermoneó el padre Cassidy—. ¿Han respetado la voluntad de Dios Nuestro Señor esta semana?

—¿Nos ha creado Dios Nuestro Señor? —preguntó Mooshum, beligerante.

—Pues claro —respondió el padre Cassidy.

—¿Tal y como somos, de carne y hueso? —prosiguió Mooshum.

—Por supuesto.

—¿Hasta el último detalle? ¿Incluidas las partes masculinas?

—¿Adónde quiere llegar? —inquirió el padre Cassidy.

—Si Dios Nuestro Señor es el creador de nuestros cuerpos incluídas las partes pudendas masculinas, entonces también creó los deseos de esas partes masculinas. Esta semana he respetado esos deseos, es lo que puedo decirle.

Antes de que el padre Cassidy pudiera abrir la boca, Shamengwa intervino.

—El respeto —dijo— es una cuestión mucho más amplia que tus partes pudendas, hermano. Hablabas del respeto político de nuestro pueblo. Y estabas en lo cierto, absolutamente en lo cierto, pues no hay duda alguna. Si Riel hubiese salido airoso, habríamos obtenido ese respeto.

—¡Por nuestra nación! ¡Por nuestro pueblo! —dijo Mooshum apurando su vaso.

—Tierra —rumió Shamengwa.

—Mujeres —continuó Mooshum, mareado.

—Ni siquiera el gran Riel te podría haber ayudado con eso.

—Pero no habrían colgado a nuestro pueblo...

—Ah, sí —dijo el padre Cassidy observando el fondo de su vaso—. ¡Las ejecuciones! Una historiadora local...

—No hable mal de ella, padre. ¡Estoy enamorado de ella!

—Yo no...

—No hablemos de las ejecuciones —dijo Shamengwa con tono firme—. Hablemos en cambio de solicitar otro vaso de esto a Clemence. ¡Sobrina, sobrinita favorita!

—No me vengas con zalamerías.

Mi madre volvió a la habitación y sirvió otro trago a los hombres. Salió otra vez con la botella, tan rápido que no me vio. Me había agazapado detrás del sofá, porque no me apetecía tener que ir a limpiar las judías en ese momento. Que no se mostrara más hospitalaria con el cura confirmaba la poca consideración que le tenía. Pero, a continuación, comprendí que también había ido a verla a ella.

—¿Podemos hablar un momento?

El padre Cassidy intentó detener sus pasos alzando la voz para sacarla de la cocina, pero ya había atravesado la puerta trasera para escabullirse en el jardín.

Mooshum estaba realmente enamorado de la señora Neve Harp, una pesada tía nuestra, una dama de Pluto que se denominaba a sí misma «la historiadora del pueblo». Se dejaba caer por nuestra casa a menudo. Nunca estábamos libres de esa amenaza. Iba siempre lo que la gente llama «emperifollada», con demasiado maquillaje y ropa muy pomposa. Era rica y consentida, y también estaba un poco



loca. A veces soltaba una risita nerviosa que duraba demasiado y parecía fuera de su control. Mamá decía que le daba pena, pero no quería explicarme por qué. Neve Harp se mostraba orgullosa de haber zurrado a dos maridos —incluso mandó a uno a prisión—. Ahora se esmeraba con un tercero y hacía alarde de sus hijastros, si bien ya había empezado a firmar con su apellido de soltera para evitar malos entendidos. Como a Mooshum no se le permitía visitar a Neve Harp tanto como deseaba, le escribía cartas. Algunas noches, cuando el televisor funcionaba, Joseph y yo veíamos la televisión mientras Mooshum se sentaba a la mesa y escribía con su pulcra letra de monja. Entonces atacaba a nuestro padre para sonsacarle información.

—¿Le gustan las flores a tu hermana? ¿Cuáles son sus preferidas?

—Las ortigas.

—¿Tú dirías que tiene un color favorito?

—Blanco como la panza de un pez.

—¿Cuáles eran sus mayores encantos de moza?

—Podía tocar el himno nacional sólo con los pedos que se tiraba.

—¿Entero?

—Sí.

—*Howah!* ¿Siempre ha tenido ese pelo tan bonito?

—Se lo tiñe.

—¿Cómo es que ha tenido tantos maridos?

—Tiene unas dotes obscenas.

—¿Qué piensa? ¿Cómo funciona su mente?

Nuestro padre dejaba escapar una risa cansina.

—¿Su «mente»? —repetía—. ¿«Pensar»?

—Tiene todos sus dientes, ¿no?

—Menos aquellos que dejó clavados en la yugular de sus maridos.

—Me pregunto si le interesarían los recuerdos de mis días de carreras de caballos, aquí en la reserva. Podrían considerarse históricas.

—Lo dejaste hace sólo dos años.

—Ya, pero se remontan a hace mucho tiempo.

Y así continuaban hasta que Mooshum se sentía satisfecho con su carta. Doblaba la hoja de papel, marcaba cada pliegue con el pulgar, la metía en un sobre y arrancaba con mucho cuidado un sello de una hoja de estampillas conmemorativas. Guardaba la carta en el bolsillo interior de su chaqueta hasta que mi madre iba a la tienda. Entonces la acompañaba y la entregaba directamente en manos de la señora Bannock, la cartera. Sabía que su acoso sobre Neve Harp estaba mal visto y creía que Clemence tiraría sus cartas a la basura.

Es probable que yo no advirtiera ni valorara la relativa comodidad con la que

vivía nuestra familia en la reserva. Aunque todos los miembros de la familia, salvo mi padre, eran en algún grado mezcla de chippewa con francés, y aunque la mujer de Shamengwa había sido una purasangre tradicional y Mooshum había abandonado la iglesia más tarde para seguir costumbres paganas, la verdad era que vivíamos en una vivienda de la Oficina de Asuntos Indios. En la ciudad había luz eléctrica y agua corriente, como ya he mencionado, e incluso una señal intermitente de televisión. La tía Geraldine seguía viviendo en la vieja casa, en el campo, y no tenía agua corriente. Sus caballos eran los descendientes de los caballos de carreras de Mooshum. También teníamos estanterías con libros, de los que algunos eran permanentes y otros cambiaban cada semana. Pero al vivir en la ciudad, el cura nos visitaba más a menudo. Se produjo, de hecho, una última visita del padre Cassidy; un drama que tuvo unas consecuencias de gran impacto para nuestra familia. Por una parte, nuestra madre le echó la culpa al alcohol y prohibió lo mejor que pudo que Mooshum volviera a beber. Y por otra, el poder de la Iglesia sobre nuestra familia se vino abajo cuando Mooshum rompió con ella con enorme entusiasmo.

Era un día de verano gris y lluvioso. Joseph y yo habíamos atrapado unas cuantas salamandras después de la lluvia y estábamos entretenidos reponiendo la charca de atrás con un cubo metálico galvanizado, cuando apareció el padre Cassidy en el patio y cruzó el césped con toda su corpulencia para inspeccionar lo que hacíamos. Levantamos la vista desde debajo de su voluminosa panza y nos sorprendimos al ver que se santiguaba dos veces.

—¿Qué ocurre? —preguntó Joseph.

—Hay quien cree que esas criaturas representan al demonio —respondió el cura—. Por supuesto, yo no creo en las supersticiones.

Pero quizá había algo de eso, tal y como pudimos comprobar más tarde.

Para cuando Joseph y yo acabamos de soltar las salamandras y de regresar a casa, la conversación estaba en su apogeo y la botella salió en cuanto nuestra madre salió... Los tres hombres nos saludaron con un movimiento de cabeza. No bebían en vasos sino en tazas de café de plástico, el nuevo juego de café preferido de mamá, de color mostaza.

—Será mejor que nos quedemos aquí y los vigilemos —me dijo Joseph en voz baja, y serví un vaso de agua fresca para mi hermano y para mí.

Nos sentamos en el sofá. No cabía la menor duda de que las cosas iban muy rápido. El padre Cassidy había hecho a Mooshum una pregunta concreta, a la que éste nunca daba dos veces la misma respuesta. Era la siguiente: ¿qué le había pasado a su oreja? En realidad —nos contó más tarde—, su oreja no había sido picoteada por las palomas.

Mooshum entrecerró los ojos, frunció los labios y preguntó al padre Cassidy si había oído hablar de Johnson el Devorador de Hígados.

El padre Cassidy sonrió con indulgencia y soltó un chiste que no tenía la menor gracia:

—Debía de ser de Montana.

—*Tawpway* —dijo Mooshum.

—Retrátalo con palabras, *mon frère* —dijo Shamengwa.

Mooshum se transformó en una bestia enorme y se arañó la barbilla imitando la barba desaliñada y ensangrentada del hombre. Después, relató la estremecedora historia del odio que Johnson el Devorador de Hígados sentía por los indios y de cómo, en los días sin ley, este malvado y cobarde trampero atacaba a sus presas y, según decían, arrancaba el hígado de sus víctimas mientras permanecían con vida y lo devoraba ante sus propios ojos. También le gustaba perseguirlos a lo largo de grandes distancias.

El padre Cassidy tragó saliva y exhaló una risa nerviosa.

—¡Ya es suficiente!

Pero Mooshum bebió un sorbo de su taza y prosiguió.

—Yo era un crío, todavía no era un hombre, y me encontraba solo en la pradera intentando cazar cualquier cosa para comer. Me había escapado de casa. A lo lejos vi que alguien se acercaba corriendo, un hombre peludo que parecía desesperado. Pero yo no le tenía miedo a nada.

Shamengwa nos miró, se dio unos golpecitos en la cabeza y nos guiñó un ojo.

—Seguí caminando a mi ritmo, ya que buscaba algo para comer. Un conejo quizá, un urogallo, incluso una serpiente de cascabel me habría venido bien. Estaba muerto de hambre.

—Los chicos suelen tener hambre —puntualizó Shamengwa.

—Echo un vistazo a mi alrededor con la esperanza de que tal vez al forastero le sobre algo de comida. Viene hacia mí sin dejar de correr. Va vestido con harapos y lleva una barba desaliñada, y la barba..., ¿eh?, pues de pronto veo, cuando está lo bastante cerca, que está cubierta de sangre seca. Y sé que es él.

—El Devorador de Hígados —añadió Shamengwa.

—Veo ese brillo en sus ojos. ¡Él también está hambriento! Echo a correr lo más rápido que puedo, vamos, salgo disparado como un conejo, como una flecha. Yo soy veloz, pero sé que el Devorador de Hígados tiene resistencia. Como esto dure todo el día, me agotará y acabará conmigo. Y claro, en cuanto aminoro el paso, me alcanza. Acelero. Es el juego del gato y el ratón, del lince y el conejo. Entonces, en una brusca embestida, me ataca.

El padre Cassidy estaba tan horrorizado que se olvidó de beber. Mooshum se palpó despacio lo que le quedaba de oreja.

—Sí, esto fue lo que conseguí. Tenía unos dientes muy afilados. Pero debía de haber perdido su navaja, porque no me apuñaló. Luché para liberarme —Mooshum

peleó con sus propios brazos y se liberó de sus propias manos—. Me zafo y salgo corriendo de nuevo, un poco por delante de él, pero mientras avanzo, con la sangre de mi oreja rociando el aire, me pongo a pensar. Si Riel hubiese ganado, ¡habría algo de justicia! Este demonio no se atrevería a cazar a un indio. Oye, yo también tengo hambre. Vamos a darle al Devorador de Hígados un poco de su propia medicina. Yo también tengo los dientes afilados. Así que me paro en seco.

Mooshum se movía en su silla.

—El barbudo hombre blanco se abalanza sobre mí, y mientras lo hace, le arranco un dedo de un mordisco.

—¿Cuál? —preguntó Shamengwa.

—Sólo conseguí el meñique —contestó Mooshum—. Pero está furioso, así que dejo que se acerque otra vez. Ahora le ataco como una comadreja. ¡Zas! Un pulgar fuera.

—¿Te lo comiste? —preguntó Joseph.

—Tuve que tragármelo entero, sin masticar. Sabía asqueroso —explicó Mooshum—. Lo necesitaba para tener fuerzas, muchacho. Volvimos a rugir. La siguiente vez que aminoré el paso, se lanzó contra mi hígado, pero sólo consiguió arrancar un bocado de mi nalga izquierda, aquí —Mooshum señaló los fondillos anchos de su pantalón—. Yo también le arranqué un bocado de sus posaderas. Conseguí tumbarle y logré un trocito de muslo después. Yo era joven. ¡Debimos de recorrer unos treinta o cuarenta kilómetros! Y durante todos esos kilómetros le fui recortando.

—*Howah!* —exclamó Shamengwa.

—Para cuando se derrumbó, tras perder mucha sangre, le faltaban seis dedos. Conseguí además una de sus orejas, entera. También le arranqué un par de dedos del pie, sólo para ralentizarle. Pero los escupí enseguida. Y le dejé sin nariz.

—Qué asco —exclamé.

—Es mi amuleto de la suerte —continuó Mooshum—. ¿Quiere verlo, padre?

—¡No, no quiero verlo!

Pero Mooshum ya había sacado su pañuelo del bolsillo y, con gran reverencia, lo abrió para mostrar un trozo ennegrecido de una sustancia viscosa y repugnante que parecía cuero.

—Un poco de *thamnophis radix* —dijo Joseph, observándolo por encima del hombro de Mooshum—. ¿Por qué lo guardas?

—Es su amuleto del amor —dijo Shamengwa.

—Pero eso es... ¡totalmente pagano! —espetó el padre Cassidy, y los ojos de Mooshum se iluminaron.

—¿Cómo es eso, querido fraile? —preguntó con un aire de inocente curiosidad, mientras vertía un poco de whisky en la taza de café que el padre Cassidy sujetaba entre sus temblorosos dedos.

—¡Una nariz! —exclamó el padre Cassidy.

—¿Y qué parte del bueno de san José se guarda en el altar de nuestra parroquia? —preguntó Mooshum. Habló con la voz suave y reprobadora de una monja.

El padre Cassidy apretó los dientes y frunció el ceño.

—*Comparar*, sólo el hecho de comparar...

—Me han contado —interrumpió Joseph de buena gana—, como me han puesto el nombre por el santo..., me han contado que en nuestro altar se guarda parte de la médula espinal de san José.

El padre Cassidy apuró su taza de un solo trago.

—Sacrilégio.

Sacudió la cabeza. Meneó su taza vacía, que Mooshum se apresuró a rellenar.

—Me entristece y me indigna —añadió el padre Cassidy mientras sorbía del borde de la taza—. Me entristece y me indigna —repitió con voz más débil. Después se soliviantó, como si algún pensamiento se hubiera abierto paso entre la niebla. Era la misma idea que ya había expresado—. Comparar... —bramó, casi entre lágrimas.

—Sin embargo, debo comparar —precisó Mooshum— si me paro a pensar en cómo, en cada misa, se toma el cuerpo y la sangre de Cristo.

Las lágrimas del padre Cassidy desaparecieron bajo un arrebato de cólera. Aquello le hizo explotar. Se le hincharon las mejillas y se levantó con grandes aspavientos.

—Eso es la transubstanciación, es decir que está usted hablando del aspecto más sagrado de nuestra Santa Madre Iglesia, que acontece en la eucaristía.

El padre Cassidy empezó a bullir exacerbado, y pronto le salieron pequeños esputos por la comisura de los labios. Mooshum se inclinó hacia delante, inquisitivo.

—Entonces, lo que usted me quiere decir es que el cuerpo y la sangre están, eh, digamos, solamente en la cabeza, ¿no es así? ¿El pan representa la cosa de verdad? En ese caso, puedo entenderle. De lo contrario, la eucaristía es un acto de canibalismo.

Los labios del padre Cassidy se tornaron morados e intentó rugir, aunque sonó como un gorjeo.

—¡Herejía! Lo que usted describe es una herejía. El pan *se convierte* realmente en el cuerpo de Cristo. El vino *se convierte* realmente en su sangre. No obstante, no puede compararse de ninguna manera con comerse a otro ser humano —el padre Cassidy agitó un dedo—. ¡Me temo que usted ha ido demasiado lejos! ¡Me temo que ha rebasado el límite con estas palabras! Me temo que habrá de hacer una confesión muy especial y muy seria para que le dejemos volver a la iglesia.

—Pues volveré a las costumbres ancestrales —Mooshum estaba exaltado, regocijándose—. Nuestras viejas tradiciones me van bien. Ya he visto lo suficiente de su iglesia. Durante mucho tiempo he tenido mis recelos. Y además, ¿por qué los curas

tienen tantas ganas de escuchar sucios secretos?

—Está bien, sea un pagano, ¡arda en el infierno! —el padre Cassidy contuvo un eructo y extendió la taza para que le sirvieran otro trago. La botella ya estaba casi vacía.

—Nosotros no creemos en un infierno que arde eternamente, ¿se acuerda? —añadió Shamengwa con gazmoñería.

—Confiamos en que haya un infierno misericordioso —continuó Mooshum.

—¡Pues ya no hay nada que yo pueda hacer!

El padre Cassidy levantó las manos y se dirigió hacia la puerta tambaleándose. Salió con torpeza y bajó las escaleras. Joseph y yo permanecimos en el sofá, sorbiendo todavía un poco de agua fresca. Shamengwa y Mooshum se quedaron mirando la puerta, meditabundos. Shamengwa acababa de coger su violín cuando retumbó fuera un tremendo estruendo, un rotundo ruido sordo, como si se hubiera desplomado una vaca. Yo me encontraba más cerca de la puerta y fui la primera en salir. El padre Cassidy yacía sobre la hierba como un enorme cadáver. Parecía estar muerto, pero cuando me incliné sobre él comprobé que todavía respiraba, pues echaba espumarajos por la comisura de sus labios.

—¡Oh, no! —gritó Joseph, arrodillándose a los pies del padre Cassidy. Retiró algo de la suela del negro zapato clerical del padre Cassidy y lo acunó con ambas manos. Se alejó con la salamandra aplastada y sólo se volvió una vez para mirar al cura tendido en el suelo.

Mooshum nos miraba boquiabierto, agarrado a la barandilla de madera. Ni él ni Shamengwa confiaban en que sus piernas lograsen bajar los escalones y se las arreglaban para descender despacio y de costado, como si se tratara de una fuerte pendiente.

—Ha resbalado con una salamandra —expliqué.

—¿Sigue con vida?

—Respira.

—*Payhtik, mon frère* —dijo, mientras Shamengwa se marchaba con cuidado hacia su casa, agitando su brazo sano sin volverse. Mooshum se dirigió al asiento del coche en el jardín trasero, se tumbó y se quedó dormido. Yo me quedé junto al padre Cassidy, que permaneció roncando en la hierba durante un buen rato. Cuando volvió en sí, le ayudé a levantarse y, después, a llegar hasta su coche, en el que se alejó cuesta arriba, algo errático.

Las cosas se pondrían ahora más difíciles para el padre Cassidy. Mientras entraba en casa para esconder la botella vacía y fregar las tazas de mamá, sabía que se correría la voz: el cura borracho, tropezando con el demonio bajo la forma de una salamandra acuática, maldiciendo a un anciano y amenazándole con arder en el infierno. Mooshum y Shamengwa narrarían una y otra vez todos los detalles a sus

amigos. Y Mooshum sí llevó a cabo lo que había parecido la amenaza de un borracho. Poco después unió su suerte a la de los seguidores de las tradiciones ancestrales y empezó a asistir a ceremonias que se celebraban en los confines de la reserva y a las que nuestro padre le llevaba en coche en secreto. Clemence estaba furiosa con la deserción de Mooshum. Cuando le pregunté a mi abuelo por qué decidió cambiar tan drásticamente a tan avanzada edad, Mooshum me respondió:

—Hay un momento en la vida de todo hombre en el que éste sabe exactamente quién es. El viejo Brinco Alegre no lo pretendía, pero me ayudó a llegar a ese momento.

—Pero estabas borracho, Mooshum.

—*Awee, tawpway*, hija mía, tienes razón. Pero mi embriaguez me ayudó a aclararme las ideas. Seraph Milk tenía una madre purasangre que murió de tristeza sin el menor apoyo del cura. Comprendí que yo era el hijo de esa buena mujer, por muy callada que fuese. Además, no estaba llegando a ninguna parte con esas señoras católicas. Pensé que podría encontrar a algunas bien parecidas en el monte.

—Ése no es un buen motivo.

—Te equivocas, es el mejor.

Y Mooshum me guiñó un ojo como si supiera que yo iba a la iglesia porque esperaba poder ver a Corwin.

## La hermana Godzilla

Mi amor por Corwin Peace se convirtió en una furibunda traición cuando le dio por contar a los demás muchachos que me había besado. Ahora yo estaba rabiosa de amor y decidida a vengarme de Corwin aunque se me partiera el corazón. Sin embargo, pronto descubrí que mi corazón no se partía en absoluto, más bien disfrutaba atormentando a Corwin. Durante todo ese verano, le atacaba en cuanto se atrevía a jugar algún partido, y esperaba con ansia el momento en que Corwin arrojaba el bate a sus espaldas con furia, golpeando a veces la espinilla de sus compañeros y convirtiendo sus abucheos en gritos de dolor. Le disparé con un rifle de aire comprimido. Años más tarde, mantuvo que el perdigón atravesó su cuerpo y le salió por el riñón, lo que le causó un dolor atroz. Mi hermano y yo montábamos nuestros ponis por todas partes y nos turnábamos para dar una vuelta a todo el mundo, salvo a Corwin, a cuyo alrededor cabalgaba en círculo a gran velocidad, cubriéndole poco a poco de tierra mientras él permanecía quieto e indefenso, con las manos extendidas.

Sin embargo, por mucho que intentara humillarle, Corwin seguía estando enamorado de mí. Crecimos codo con codo. No sé qué le pasó a él debajo de su ropa, pero aquel verano mis pechos se transformaron en unos dolorosos capullos y casi rompí a llorar cuando descubrí vello donde no correspondía. Soporté estoicamente los nuevos secretos de mi cuerpo. El verano acabó y el aire se volvió más fresco. Me compraron un vestido nuevo con la parte de arriba muy holgada. Estábamos en sexto, por fin, y era el primer día de clase. Mamá nos levantó y nos puso en el camino de tierra colina arriba. Nos entretuvimos por el camino hasta que oímos a los demás niños en el patio y entonces echamos a correr. Formamos dos filas como siempre. Entramos, pues ya sabíamos en qué clase estábamos. La puerta se cerró de golpe y nos encontramos a solas con la profesora.

Los hábitos de las monjas franciscanas envolvían a las mujeres por completo y sólo dejaban al descubierto sus rostros, de modo que cada rasgo de la nueva monja quedaba realzado y escrutado cuarenta veces ante nuestra extrañeza. Enmarcados en una rígida y blanca toca de tela almidonada, resaltaban los ojos de la hermana, su nariz y su boca protuberante, como una máscara salida de un mal sueño, el enorme y huesudo hocico de un chacal.

—¡Dios mío! —soltó Corwin, lo bastante alto como para que le oyera.

Había tomado la decisión de ignorarle durante el primer mes, al menos, pero la extrema fealdad de la monja resultó irresistible.



—Godzilla —susurré mientras me volvía hacia él, alzando las cejas.

La profesora era en realidad la hermana Mary Anita. La gente que la conocía desde antes de tomar los hábitos decía que se apellidaba Buckendorf. Era joven, tendría veintitantos o treinta años, y se movía con gran agilidad a pesar de sus aparatosos ropajes, de modo que, al cruzar la clase desde el fondo hacia delante con paso rápido, a menudo sorprendía a sus alumnos y nos hacía imaginar unas piernas atléticas y unos músculos fuertes bajo el vaivén de lana negra. Cuando movía las manos en el aire en un gesto que pretendía incluirnos a todos en sus comentarios iniciales, sus manos atrapaban nuestras miradas. Eran justo lo contrario de su rostro. Sus manos eran hermosas, blancas como la leche, y mostraban unos dedos rectos y bien torneados. Eran las manos de la reproducción que había en el vestíbulo de María a los pies de la cruz. Eran las manos de los apóstoles, moldeadas en yeso y que se encendían por las noches sobre los televisores: manos que rezaban.

Manos de jugadora de béisbol. Nos sorprendió aún más cuando, en el recreo, salió al campo de gravilla con el cuello de su hábito apretándole la garganta debajo de su fuerte mandíbula. Con una gracia natural, se sacó de la manga del hábito un guante de cuero de color mostaza oscuro y lo levantó, y en su interior cayó una pelota de *softball*. Saltaba a la vista que se le daba muy bien. Los buenos jugadores casi nunca se estiraban o torcían el gesto. Simplemente alargaban la mano hacia la pelota como si fuera un imán y ya estaba. Cuando le tocaba lanzar, Mary Anita se convertía en una espiral de lana, grácil como la capa del Zorro ondeando al viento, una silueta conmovedora que removía algo en mí. Cuando me tocó el turno de batear, yo estaba tan impregnada de ese sentimiento que llegué a la conclusión, mientras machacaba la base de meta formada por un salvamanteles de goma, bateaba el aire dos veces a modo de entrenamiento y agarraba el bate un poco más arriba, de que no tenía más opción que conseguir una carrera completa.

No lo logré. A decir verdad, lo hice aún peor que Corwin: en tres golpes, no conseguí marcar ni lanzar siquiera la bola fuera. Enfadada conmigo misma, me senté en la barandilla del estacionamiento para bicicletas y observé cómo la hermana regalaba un par de pelotas y, después, lanzaba unos fáciles golpes al resto del equipo. Era como si, desde el principio, las dos hubiésemos presentido lo que iba a ocurrir. O también es posible que Mary Anita hubiese obtenido información sencillamente a través de mis anteriores profesoras, que vivían en el convento de ladrillos rojos frente al colegio. Una chica difícil de manejar. Impertinente. Mejor no darle la espalda. Tenían razón. Después del recreo, estaba herida en mi orgullo. Volví a mi mesa y dibujé un dinosaurio revestido con un hábito de monja y con la boca abierta, rugiendo. Los dientes, largos y torcidos, de un color grisáceo, se llevaron toda mi concentración: quería que las sombras quedaran perfectas, con la profunda y negra garganta detrás. Me concentré tanto en el dibujo que no me di cuenta de que se iba

haciendo silencio a mi alrededor. Sin embargo, sentí una presencia, la tensión de unos ojos sobre mí cuando Mary Anita se detuvo a mirarme. Como muestra de mi arrogancia, seguí dibujando.

Pinté la sombra del último diente y me recosté para contemplar mi obra. La página fue arrancada en el aire antes de que pudiera intentar taparla. Se produjo un gran silencio. Se me aceleró el pulso de la emoción.

—Te quedarás después de clase —sentenció la monja.

Pasó la última media hora. Los demás salieron en fila dejándome atrás, entre risitas y susurros. Y de pronto, algo cayó sobre mi mesa. Era la hoja de papel, el macilento dinosaurio representado con gran esmero en pleno rugido. Lo miré, llena de furia, con mis pensamientos en un fogonazo de expectación. No tenía miedo.

—Mírame —dijo Mary Anita.

Creo que fue en ese momento cuando sucedió. No podía levantar la cabeza. Sentía un nudo en la garganta. Reparé en las iniciales grabadas en la superficie de la mesa: las mías.

—Mírame —repitió Mary Anita. Alcé la mirada, como tirada por un hilo, hasta que mis ojos encontraron los de mi profesora. Tenía los ojos azul profundo como el manto de María, llenos de una tristeza eléctrica. Me estremeció la imperturbabilidad de su mirada.

—Lo siento —dije.

Una vez que mis labios pronunciaron esas dos insólitas palabras, supe que algo terrible acababa de suceder. La sangre me subió a la cabeza tan deprisa que me dolían los oídos; sin embargo, todavía tenía dormidas las yemas de los dedos. Me picaban los ojos y empecé a moquear, a la vez que se me reseca la boca. Mi cuerpo se había convertido en una masa de extremos opuestos y contradictorios.

—Cuando yo era una jovencita —empezó a decir la hermana Mary Anita—, una jovencita como tú, me dolía mucho que se burlaran de mi aspecto. Desde entonces, hace mucho que he asumido mi... deformidad. La mandíbula prognática me viene de familia. Pero he de reconocer que todavía me duelen los insultos esporádicos, o los dibujos como el tuyo.

Empecé a farfullar, pero enseguida desistí, con la garganta reseca. La hermana Mary Anita esperó y, después, me tendió su propio pañuelo. Hundí mi cara en el paño. Lo utilizaba para secarse la frente cuando las gotas de sudor caían por debajo de la tela blanca y almidonada que le cubría la cabeza. No desprendía el menor perfume, por supuesto, pero tal vez olía a algo más que a limpio. Quizá a lavanda. O caléndula. Alguna planta aromática.

—Lo siento —estaba intoxicada por el pañuelo. Me soné la nariz. Le pregunté si me podía quedar con el pequeño pañito blanco, pero la hermana Mary Anita negó con la cabeza y me quitó el pañuelo arrugado.

—¿Puedo irme ahora?

—Claro que no —contestó Mary Anita.

Estaba confundida. Las dos palabras mágicas —una disculpa— habían brotado de mis labios. Aun así todavía esperaba algo más. ¿Qué?

—Quiero que entiendas una cosa —dijo la monja—. Te he explicado cómo me siento. Y espero que no vuelvas a hacerme daño nunca más.

De nuevo la monja esperó, y esperó, hasta que nuestras miradas se cruzaron. Abrí la boca de par en par. Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Sabía que las extrañas emociones que estaba experimentando y que me paralizaban eran las mismas emociones que sentía Mary Anita. Jamás había sentido las emociones de otra persona, nunca en mi vida.

—No haré nada que pueda hacerle daño —balbuceé en un acceso de dolor sobrecogido—. Antes me mataría.

—Estoy segura de que eso no será necesario —respondió la hermana Mary Anita.

Intenté entonces salvar mi orgullo y me marché rápidamente. Sin pedir permiso, escapé corriendo por la puerta, bajé las escaleras y salí a la carretera, donde se fue debilitando la fuerza magnética del encuentro y por fin pude respirar. Sin embargo, incluso eso era diferente. Mientras caminaba, me di cuenta de que mi cuerpo todavía estaba luchando. Mis pulmones se llenaron de aire como dos grandes bolsas, pero a cada inspiración sentía una punzante presión en algún punto por debajo de ellos, hasta que lo vi claro.

—Ahora la quiero —espeté. Me detuve sobre una grieta y la pisé. Luego la pisoteé con fuerza, asqueada—. Dios mío, estoy enamorada.

Corwin lo intentó todo para recuperarme. A punto estuvo de acabar con su reputación al comerse un poco de corteza. Después, se metió dos lápices por la nariz a modo de colmillos. El lápiz rosa se quedó atascado y la hermana Mary Anita lo envió a la clínica del Servicio de Salud indio. Sólo consiguió salvar su imagen gracias al lavado de estómago que le hubieron de practicar en urgencias. Yo ahora le despreciaba, pero eso sólo parecía alentar su adoración por mí.

Una mañana soleada y fresca de la segunda semana de septiembre, al llegar al patio del colegio, Corwin corrió hasta mí y se deslizó hasta pararse en seco delante de mí, como si fuera un corredor robando una base.

—Godzilla —exclamó—. Sí, no está tan mal.

Se enderezó y salió disparado, con los cordones de sus zapatos desatados. Le seguí con la mirada y noté cómo me retumbaba otra vez ese zumbido en la cabeza. Quería tragarme esa palabra, o al menos hacer que se la tragara Corwin.

—¡Ojalá te tropieces y te mates! —grité.

Pero Corwin no tropezó. A pesar de su temeridad, se mantuvo en pie y, mientras

yo permanecía anclada en medio del patio, le observé corriendo de un grupo a otro de niños, burlándose y gesticulando, llenando el aire de pequeños sonidos desdeñosos. La hermana Mary Anita apareció en el umbral de la puerta con una campana de latón con mango de madera en la mano. Cuando la agitó, los niños que jugaban por parejas o en grupos de tres se volvieron hacia ella y la observaron entrecerrando los ojos o abriéndolos como platos antes de mirarse unos a otros con regocijo. Algunos rompieron a reír. En realidad, a mí me pareció que todos lo hacían y que ese sonido que manaba de sus labios sonaba fuerte, extraño y terriblemente delicioso. Brotaba como agua en mi propia garganta y sabía agrio.

—Godzilla, Godzilla —murmuraban entre dientes—. Hermana Godzilla.

En los escalones delante de ellos, la hermana Mary Anita les seguía sonriendo a la cara. No los había oído... todavía. Pero yo sabía que lo haría. Por encima de la campana, sus ojos brillaban, oscuros y vivos. Sus horribles y torcidos dientes esbozaron una sonrisa. Corrí hacia ella. Metí la mano en mi bolsa del almuerzo y saqué las galletas que mi madre había preparado siguiendo las recetas que recortaba de los paquetes de copos de avena y tarros de melaza.

—¡Tenga! —y puse una galleta dulce y grumosa en la mano de la monja. Se deshizo en pedazos y aquello desvió su atención mientras los alumnos pasaban por delante de ella.

Durante toda la semana, mis compañeros de clase parecían olvidar a veces ese mote. Algunos días todo indicaba que habían incurrido en nuevas maldades: o se dedicaban a otras profesoras o algún incidente en la clase centraba su atención. Pero entonces Corwin revoloteaba a su alrededor durante el recreo, contraía los brazos para mostrar sus bíceps y hacía ademán de rugir detrás de la hermana Mary Anita mientras ella se acercaba a la base de meta. Cuando bateaba, dándole a la pelota e impulsándose para correr, con el hábito levantado y los músculos de sus hombros encorvados como la joroba de las alas de un ave de rapiña, Corwin avanzaba detrás de ella arrastrando las piernas de la misma manera en que lo hacía Godzilla en la película de King Kong. Pero Mary Anita no se percataba de ello mientras corría de base en base, toda emocionada, con unos pies largos y ágiles para su edad, enfundados en los típicos botines negros de cordones de monja. Sin embargo yo sí lo veía, sin poder hacer nada, con un sabor metálico en la garganta.

—«Las serpientes viven en agujeros. Las serpientes son reptiles. Éstos son datos científicos» —estaba leyendo en voz alta a toda la clase un fragmento de mi libro de descubrimientos científicos—. «Las serpientes no amamantan. Algunas serpientes son ovíparas. Otras son vivíparas».

—Muy bien —dijo la hermana—. ¿Puedes nombrarme otros reptiles?

Tragué saliva.

—Sí —respondí con voz ronca.

Esperó, mirándome con paciencia.

—Está la *chrysemys picta* —dije—, la tortuga pintada. Y la serpiente de las praderas *Thamnophis radix*, y la *Thamnophis sirtilis*, la culebra rayada. Viven aquí mismo, en las ciénagas, a nuestro alrededor.

La hermana asintió con gesto sorprendido y pensativo. Después debió de recordar que mi padre era profesor de ciencias y esbozó su espantosa y amable sonrisa.

—Bueno, eso está muy bien. ¿Alguien más? —preguntó la hermana—. ¿Reptiles de otras partes del mundo?

Corwin Peace levantó la mano. La hermana le reconoció.

—¿Y Godzilla?

Se oyeron unos murmullos. Pequeños susurros de excitación. Los niños se quedaron boquiabiertos. Una gran admiración por las agallas de Corwin fue recorriendo las hileras de niños como el ulular del viento sobre el campo. La descomunal mandíbula de la hermana Mary Anita se abrió de par en par y luego se cerró de golpe. Sus hombros se estremecieron. Nadie supo qué hacer al principio. Luego la hermana se echó a reír. Fue una risa estridente, como el pío de un pájaro, tan aguda como las notas más altas de un piano. Los demás alumnos abrieron la boca, dudaron un momento y, después, rieron con ella, incluido Corwin. Las miradas se cruzaron a vuelapluma hasta caer sobre mí, y Corwin se rió.

Pero yo estaba a punto de reventar de rabia. Cuando la hermana Mary Anita se dispuso a empezar una nueva tarea, cerré el puño contra mi cuerpo como un pistón y, a continuación, me incliné sobre la mesa de Corwin.

—Te voy a dar un puñetazo en la barriga —dije.

Corwin parecía contento, así que de un solo y certero golpe —que había aprendido de mi tío Whitey, que había peleado en los Guantes de Oro— le dejé sin aliento y jadeando. Me volví al frente, con el rostro sereno y el corazón apaciguado, para atender la lección que empezaba la hermana.

Una luz cegadora. Un hábito negro. Me había sentado en el columpio de hierro y la barra se me clavaba en la parte trasera de las piernas. Mientras me balanceaba, observaba a la hermana Mary Anita. El viento soplaba con fuerza y llevaba unos guantes maravillosos: negros, con los dedos recortados de modo que su mano pudiera agarrar mejor el bate. La pelota hendió el aire sinuosamente hacia ella. Al bajar, el bate golpeó la bola con un sonido limpio. La pelota salió disparada, más allá del campo, hasta el jardín de la residencia del cura. Los hábitos de la hermana Mary Anita se entreabrieron mientras corría. El frío le cortaba la cara enrojecida. Al llegar

a la tercera base, echó una mirada por encima del hombro, jadeante, y acto seguido corrió hasta la base de meta. Marcó un tanto suavemente y empezó a saltar.

Mis brazos se me hicieron muy pesados, débiles. Me dejé caer del columpio y me fui a apoyar contra el muro de ladrillos del colegio. El corazón me latía con fuerza. Supe lo que quería hacer de mayor. Proclamaría mi vocación y entraría en el convento. La hermana Mary Anita y yo viviríamos en la casa de las monjas, juntas, codo con codo. Comeríamos, trabajaríamos y cocinaríamos. Para relajarnos, la hermana Mary Anita batearía voleas y yo las atraparía.

Algún día, las dos pasearíamos con las manos metidas en las mangas y el largo hábito ondeando a cada paso. «Querida hermana», le diría, «¿recuerdas ese viejo apodo que tenías aquel año que diste clase a los alumnos de sexto?». «Pues no», respondería la hermana Mary Anita sonriéndome, «pues no».

Entonces yo sabría que la había protegido.

Las cosas empeoraron. Me puse a escribir cartas para luego romperlas. Me temblaba la mano cuando la hermana pasaba a mi lado por el pasillo y se me cerraban los ojos. Tomaba aire. Jabón. Jabón puro. Un imperceptible toque de ácido carbónico. Caléndula, seguro. Oía a todo eso. La cabeza me daba vueltas. Cerraba los puños. Me frotaba los ojos con los nudillos y me disculpaba en voz alta. Me dirigía al baño de chicas y me metía en un retrete. Mi vida era horrible. La verdad es que yo no quería ser monja.

—Debe de haber otro modo —susurré, desesperada.

El panel metálico blanco tembló cuando golpeé el tabique del retrete. Decidí que tendría que convencer a Mary Anita para que renunciara a sus votos y se viniese a vivir conmigo y mi familia a nuestra casa de la Oficina de Asuntos Indios. Alguien aguardaba fuera. Entreabrí la puerta y me quedé mirando el enorme y curtido rostro.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas irte a casa? —preguntó la hermana Mary Anita, preocupada.

Sentí que se me encendía todo el cuerpo. El baño de chicas, con su luz tenue y fría, un lugar de secretos, de cristales con escarcha, me paralizó. Me recompuse. Ésta era mi oportunidad, como si Dios la hubiera puesto en mi camino.

—Por favor —susurré—. Escapémonos juntas.

La hermana se detuvo.

—¿Tienes problemas en casa? —preguntó.

—No.

La mano de la hermana, blanca como la leche, franqueó el umbral de la puerta y cubrió mi frente. Mis pensamientos desesperados vibraban contra la palma fresca de su delgada mano. Mientras miraba a los ojos a mi amada, sujeté el pequeño pomo metálico en la parte interior de la puerta, empujé y me dejé caer hacia delante,

convirtiéndome despacio en una hoja mecida por el viento, manteniéndome a flote en un dulce bramido. Parecía como si nunca fuera a alcanzar los brazos de la hermana, pero cuando lo hice, volví en mí con un sobresalto.

—Estás enferma —dijo la hermana—. Ven a mi despacho y avisaremos a tu madre.

Como sabía que sucedería, quizá desde aquel mismo instante en el baño de chicas, llegó el día. El día del juicio final.

Fuera, en el patio del colegio, una mañana después de la misa y antes de que sonara la primera campana, todo el mundo se había aglomerado alrededor de Corwin Peace. Sujetaba en sus manos un Godzilla de hojalata y cuerda: un juguete inmenso, que casi llegaba hasta la rodilla, una réplica verde y dorada a la que le habían pintado un ojo feroz hasta el más mínimo detalle. Las escamas eran perfectas medias lunas que se sobreponían unas encima de otras y los ojos eran grandes y maniáticos, de un color negro azabache, extrañamente humanos. Corwin había prendido con alfileres una especie de tela sobre el muñeco: un pañuelo negro. Mis brazos se abrieron paso entre los hombros fornidos, pero sonó la campana y Corwin escondió el muñeco debajo de su abrigo. Sus ojos se fijaron en mí entre todos los presentes.

—¡Tuve que encargarlo! —gritó.

El puñetazo no le había puesto en mi contra, sino que le había hecho enamorarse locamente de mí. Dio media vuelta y desapareció a través de las pesadas puertas rojizas del colegio. Me quedé mirando el suelo y pensé en marcharme de casa. Podía hacerlo. Haría dedo hasta que parase un furgón de mercancías. El mundo se tornó inhóspito y los colores violentos. Los pequeños guijarros marrones del patio saltaron de la tierra sellada con alquitrán. Di un paso. Las piedras crujieron y silbaron bajo mis pies.

—¡Última llamada! —avisó la hermana Mary Anita—. Vas a llegar tarde.

La oración de la mañana. El compromiso. Corwin prolongó el suspense entre su público, disfrutando de cada mirada y cada murmullo. Guardaba el juguete en su pupitre. De vez en cuando, levantaba la tapa y miraba a su alrededor para comprobar cuántos de nosotros le observábamos mientras se inclinaba para colocar el muñeco. Para cuando la hermana empezó con la lectura del día, había tal tensión en el aula que ni siquiera Corwin aguantaba ya más.

Nuestra aula era una habitación amplia, con el techo alto y el suelo de tablas de madera enceradas. Varias lámparas circulares colgaban de unas gruesas cadenas y amplios ventanales rectangulares dejaban entrar intensos haces de luz. Nuestra clase llevaba ocupando esta aula los dos últimos años. Me había pasado todos los días allí.

Conocía cada una de sus grietas, el sonido apagado y metálico que hacían las mesas al moverse sobre los tornillos del suelo de madera, los golpes demenciales que producían los radiadores, como si hubiera miles de elfos encerrados, de modo que percibí el chasquido. Y después el chirrido seco, cuando Corwin le dio cuerda. La hermana Mary Anita no. Se volvió hacia la pizarra, con el libro abierto sobre su mesa, y empezó a escribir instrucciones para que las copiáramos.

Estaba concentrada mientras repetía en voz alta las instrucciones que iba escribiendo. Me parecía que movía el brazo arriba y abajo con una especie de frenética alegría. Estaba inventando un tipo de lección, una nueva manera de hacer las cosas, de la que nadie escuchó una sola palabra. Todos los ojos estaban puestos en la tercera fila, donde se sentaba Corwin Peace. Todos los ojos estaban pendientes de su mano mientras daba cuerda al muñeco hasta el final, se agachaba y depositaba el juguete en el suelo. Entonces los ojos se centraron en el juguete a la vez que Corwin apartaba su mano. Y el muñeco empezó a moverse solo.

El pañuelo que llevaba puesto, el manto, no dificultaba los movimientos de la bestia. Las piernas se doblaban y avanzaban a buen paso. Las pequeñas garras daban palmas como pistones y la cola hueca de hojalata se balanceaba de un lado a otro mientras progresaba por el pasillo central, hacia el frente, hacia la hermana Mary Anita, que permanecía de espaldas, enfrascada en su tarea en la pizarra.

Yo me había situado en la primera fila, para estar más cerca de mi amada, de modo que vi perfectamente a la criatura antes de que se dirigiera al espacio encerado y vacío que había en la parte delantera del aula. Las poderosas mandíbulas sobresalían de la tela negra. Los enormes dientes no se movían, exhibiendo una sonrisa espantosa. Los ojos pintados reflejaban una mirada resuelta y llena de ira.

Sus movimientos se hacían vacilantes a medida que se acercaba a Mary Anita. Toda la clase aguantó la respiración, pero el muñeco prosiguió su lento y fascinante avance, directamente hacia el dobladillo del hábito de Mary Anita. La mujer no parecía percatarse de nada. Continuó escribiendo, hablando, rodeando números con un círculo y subrayando con cuidado algunas palabras. Y mientras ella hacía todo eso, y a medida que el momento se aproximaba, mi cerebro al fin hizo saltar todas las alarmas. Salí disparada de mi pupitre. En dos pasos crucé ese espacio lustroso de madera y me planté delante del aula. Pero en el momento en que me incliné para llevarme el muñeco al pecho, apareció a centímetros de mi nariz una impoluta bota negra. La hermana Mary Anita se había girado con la tiza en la mano. Delicadamente, con indiferencia, se levantó el hábito y con una patada lanzó al aire el dinosaurio. El muñeco ascendió, mientras pedaleaba con sus garras traseras, y la capa se abrió como un paraguas. Siguió una trayectoria recta, sin desviarse. Golpeó el techo con la cabeza y volvió a bajar hecho pedazos. La clase se agachó bajo la lluvia de fragmentos de hojalata. Sólo la hermana Mary Anita y yo permanecemos erguidas,



con aplomo, impasibles, absortas en lo que sucedía entre nosotras.

No había otro lugar para mí donde fijar la mirada que no fuese mi profesora. Sin embargo, cuando levanté la vista esta vez, la hermana Mary Anita no me estaba mirando. Había apartado la mirada y su ruda mejilla ardía como si la hubiesen abofeteado; su rostro se había ensombrecido y estaba cabizbaja. La hermana se acercó a la ventana, dándonos de nuevo la espalda a mí y al resto de la clase, y a medida que las risas empezaron a oírse, unos gruñidos incómodos al principio y luego más estridentes y fuertes hasta convertirse en un rugido animal, sentí que me invadía un cariño irrefrenable que me inundaba el corazón. Para mis adentros, rogué a Mary Anita que se diera la vuelta y detuviera ese ruido. Pero la hermana no lo hizo. Dejó que pasara por encima de nosotras sin la menor piedad. Perdí de vista su indefinible perfil mientras miraba hacia el patio. Bañado por una luz resplandeciente, su semblante había palidecido como una hoja de papel, como el cielo, sin rasgos distintivos como todos los seres que entran en el paraíso.

## Sendero Sagrado

Aunque desde entonces me tratara con un interés neutro y no me castigara, la indiferencia de la hermana Mary Anita me dolió. Escribí cartas, las rompí, y al final, como no había nada más que pudiera hacer, reuní datos y me puse a estudiar a la hermana Mary Anita. En un arranque de añoranza, recogí las hojas que mi profesora había escrito y desechado. Su letra inclinada era totalmente uniforme. Se podía colocar cada mayúscula una encima de otra y sujetar las hojas al trasluz: no se apreciaba la menor variación ni floritura. Sin embargo, su caligrafía no era una estricta letra *palmer*, sino una creación personal suya.

Un asombroso día, descubrí que era alérgica al chocolate y que le producía urticaria. Las ronchas rojizas que le cubrían el rostro le daban la intensidad de un guerrero. No se rascaba jamás, pero debía de ser un suplicio. Aun así, de vez en cuando no podía resistirse, y era bien sabido que se comía un dulce o un pastelito de chocolate en las bodas y espetaba: «¡A la porra las consecuencias!», aunque en una monja «a la porra» se consideraba una palabrota.

Al contrario de otras monjas que enseñaban en la escuela y provenían de la casa madre en Kentucky, la hermana Mary Anita se había criado cerca de la reserva, en una granja situada entre Hoopdance y Pluto. Nos lo contó en medio de la clase de historia. A ninguno de los alumnos le pareció extraño, pero yo lo interpreté como una señal. En casa, hablaba de ella sin cesar, y un día mi madre me miró fijamente.

—Que si la hermana Mary Anita por aquí, que si la hermana Mary Anita por allá. Tú hablas mucho de la hermana Mary Anita. Además, ¿cuál es su nombre completo?

Me volví y balbuceé:

—Hermana Mary Anita Buckendorf.

Miré de reojo a mi madre. Alzó las cejas y miró a mi padre. Éste no dio la menor muestra de que ese nombre significara nada particular y continuó pegando sellos en el álbum. Había heredado aquellos pulidos álbumes de cuero y completaba poco a poco la arcana colección que había ordenado originalmente el tío Octave, aquel que había fallecido de forma trágica, por amor. Cuando se dedicaba a sus álbumes, mi padre se ensimismaba por completo, de modo que se volvía inalcanzable. Mooshum estaba sentado a la mesa y jugaba al *rummy* con Joseph. No obstante, oyó el nombre y exclamó:

—¡Buckendorf!

Intentó continuar con el juego, pero Joseph le dio un codazo para que lo dejara. Mi madre salió a tender la ropa mojada, a pesar de la tormenta que se avecinaba. Al

igual que mi hermano, advertí el tono de voz de Mooshum, y volví a mirar a mi padre, que seguía examinando con una lupa algún sello que sujetaba con unas pinzas. Nuestro padre suspiró, embelesado, como si el delicado fragmento de papel guardara algún secreto místico. Me acerqué al extremo de la mesa y pregunté:

—¿Qué pasa con ese nombre?

—¿Qué nombre? —Mooshum sabía de sobra que nos tenía intrigados.

—Ya sabes, mi profesora, la hermana Mary Anita Buckendorf.

—¡Ya! ¡Los Buckendorf! —dijo, torciendo la boca.

—Es monja.

Mooshum apretó las mandíbulas y movió la cabeza hacia su escupidera. Joseph gruñó haciendo ascos, pero salió afuera con el bote de esputos —un tarro de café Sandborn, metálico y rojo, que mostraba a un hombre vestido con un batín amarillo paseando mientras sorbía una taza de café—. Siempre vaciábamos el bote sobre las raíces del abeto azul de Colorado de mamá, que luchaba por seguir viviendo y acabó rindiéndose ante los jugos asesinos, ennegreciéndose y marchitándose.

—Al fin y al cabo, tú sabes por qué se hizo monja, hija —dijo Mooshum mientras Joseph estaba fuera—. Pocas personas tienen el privilegio de ver ante sus propios ojos que no hay justicia en la tierra —pronunció la palabra «tierra» con suavidad.

Mooshum extendió las manos y empujó el aire dos veces hacia abajo. Empujó el aire como si lo estuviera aplastando en una caja.

—Ella lo vio. No hay justicia.

—¿Ah, sí?

Joseph había vuelto y estábamos esperando, pero Mooshum nos dio de pronto la espalda y hurgó en el bolsillo de su camisa. No alcanzábamos a ver lo que hacía. Volvió a mirarnos y escupió en el bote de café vacío con un golpe metálico tan agudo que mi padre levantó la vista, aunque sus ojos ni siquiera repararon en nosotros y los sellos centraron de nuevo toda su atención. Mooshum masticó un rato la bola de tabaco sin dejar de observarnos con los ojos entornados. Nos ponderaba. Permanecimos quietos, mirándole fijamente e intentando controlarnos. El televisor había sucumbido ante alguna perturbación atmosférica y ningún cuidadoso ajuste de la larga antena había conseguido limpiar la imagen de la nieve. Nos estábamos aburriendo mucho, pero había algo más que tal vez podría añadir a lo que ya sabía sobre la hermana Mary Anita. Por lo visto, Mooshum tenía conocimiento de algo nuevo acerca de ella, o al menos de su familia, y yo sospechaba que se trataba de algo que nadie más me contaría.

Mooshum se incorporó con un gruñido y se inclinó hacia delante. Encontró el equilibrio y se lanzó. Le seguimos por la puerta y bajamos los peldaños de madera hasta el maltrecho césped. Se dejó caer en la desconchada silla de cocina amarilla que sacaba en primavera y volvía a guardar después de la escarcha. Aunque estábamos a

finales de septiembre, el aire todavía era cálido. Le gustaba sentarse fuera en el césped marchito y pasar revista a la gente que caminaba por la carretera en dirección a las oficinas de la agencia. Mi hermano y yo cogimos un par de taburetes plegables y nos sentamos a observarle mientras reflexionaba. Su boca se relajó y luego su rostro se agarrotó. Se rascó la barbilla y nos miró. Las extrañas reticencias de Mooshum a contarnos esta historia nos tenían hechizados. Cuanto menos quería hablar, más queríamos oír. Apartó de nuevo la mirada, agachó la cabeza y, con un rápido vistazo, metió la mano en su bolsillo. Aspiró un poco de algo que no conseguimos ver. Se dio media vuelta rápidamente para mirar de hito en hito a nuestra madre, que se había metido una pinza de madera en la boca antes de coger una funda de almohada y, dándole una sacudida seca, colgarla con las dos pinzas que sujetaba con una mano. La pinza que tenía entre los dientes era una pinza de más, que utilizaba para sujetar su ropa interior bajo las finas sábanas, de tan pudorosa que era.

Mooshum escupió, haciendo sonar de nuevo el bote, y esperó a ver si nuestra madre se daba la vuelta. No lo hizo, así que empezó a hablarnos en voz muy baja, regresando al tiempo en que era joven, aunque no tanto como cuando las palomas habían invadido el cielo. Ya habían desaparecido cuando ocurrió lo que se disponía a contarnos, dijo, y Joseph le preguntó si las oraciones habían surtido efecto para ahuyentarlas. Mooshum explicó que todo había menguado para entonces, incluidos los búfalos, que, según le contaron, eran innumerables en una determinada época. Los mataron, explicó, encogiéndose de hombros a la vez que escupía —un gesto que intentamos imitar más adelante— el tabaco de mascar robado. Mooshum nos pidió que no contáramos a nuestros padres nada de lo que estaba a punto de revelarnos. Aquello, por supuesto, nos cortó la respiración, y nos apretujamos aún más junto a él.

#### Las botas

Pensativo, Mooshum escupió y apretó los labios. Repitió el nombre varias veces, arrastrando la voz. De pronto se despertó, como suele hacer la gente mayor, y nos contó en un torrente de palabras cómo cuando Junesse y él regresaron a la reserva a lomos de los mejores caballos de Maude la Bigotuda les acusaron de haberlos robado. Durante un tiempo, les costó mucho esquivar a la nueva policía tribal que acababa de ser creada y que codiciaba ganado de pura raza. Consiguieron conservar los caballos gracias a la intervención del padre Severine. Las autoridades cedieron a causa de las regañinas del cura. La joven yegua que montaba Junesse tenía largas patas, dorso robusto y alma de luchadora, de modo que corría muy bien en las carreras. Mooshum ganó lo suficiente en las apuestas como para comprar una vaca y equipar el rancho con un molino de viento. Vendió los servicios de su caballo semental a cambio de ayuda para edificar una cabaña con madera de roble. Pero, al relacionarse con el tipo de gente que apuesta en las carreras de caballos —no de muy buena calaña, según Mooshum—, empezó a beber whisky por primera vez.

—Siempre podía tomarlo o dejarlo —dijo, e hizo una pausa arrugando la cara con una extraña mueca de dolor y añadiendo en voz baja que a veces era el whisky el que no quería tomarle o dejarle a él. El whisky tenía voluntad propia. O espíritu, puntualizó. Un espíritu malicioso. A veces le engañaba. A veces le liberaba.

Un muchacho y su madre, que era prima de Junesse, vivían en los límites de las tierras de Mooshum, y daban lástima. Los pulmones de la madre estaban muy deteriorados. Mooshum cruzó sus manos sobre el pecho. Estaba tan débil que apenas lograba levantarse de la cama para cuidar del muchacho. Él tenía trece años y se estaba convirtiendo en un joven flaco y larguirucho, pero era un chico inocente. Hasta que su madre empeoró, la acompañaba a la iglesia todos los días. Ella se quedaba allí, absorta en sus plegarias, mientras su hijo memorizaba la misa en latín y aprendía exactamente cómo ayudar al padre Severine a transformar el pan y el vino en el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios. A veces Junesse la acompañaba y los tres volvían juntos después, Junesse y el muchacho sujetando a la enferma, que de tanto en tanto se paraba y escupía sangre en la cuneta, inclinándose cuidadosamente para no mancharse el vestido.

Aquello duró todo el otoño, hasta que el frío se hizo demasiado intenso. Durante todo el invierno, la madre se fue apagando. Para cuando la nieve ya se había fundido por completo y los brotes de las hojas se tornaban más oscuros, casi estaba muerta. Junesse enviaba a Mooshum a la casa para ver si su prima había sobrevivido a la noche. Una mañana de primavera, se llevó el martillo y los clavos que le había pedido. Allí estaba el hijo, así como una tía que trabajaba en Canadá en un sanatorio para pacientes con tuberculosis. Por norma, ese establecimiento no admitía indios, pero, debido a la piedad de la tía, las monjas aceptaron hacer una excepción y le prepararon una cama.

La madre del muchacho sujetaba un pequeño crucifijo en cada mano, unos premios que había obtenido su hijo por memorizar las largas oraciones. Con la cabeza señaló las botas rudimentarias y de gruesa suela de su hijo y le indicó que se las quitara y las entregara a Mooshum. Después, pidió a Mooshum que clavara un crucifijo en cada suela. Éste los clavó con cuidado y cubrió las puntas de los clavos que sobresalían en el interior con trozos de manta que la mujer había recortado para este propósito. Cuando Mooshum acabó, la enferma se acercó tambaleante a su hermana, que la ayudó a subirse en la camilla de la pequeña carreta, enganchada a un viejo y recio poni.

—Póntelas —susurró a su hijo—. No te acechará la enfermedad. El mal no se cruzará en tu camino. Vivirás.

El muchacho se calzó las botas y se quedó muy abatido junto a Mooshum, mientras su tía conducía el caballo y la carreta por el sendero de hierba, antes de enfilear el camino más ancho hacia el norte. Mooshum llevó al muchacho a casa de un

anciano llamado Asiginak en honor del gran jefe Blackbird, que vivía solo más allá en el monte. El anciano era tío abuelo del chico.

Al principio las botas debían de rozarle, explicó Mooshum. Pero para cuando volvió a ver al muchacho, éste había envuelto sus pies en vendas de cuero y se había acostumbrado poco a poco a su peso. La gente empezó a creer que su madre tenía razón acerca de las botas, pues su hijo no empezó a toser. Después de un tiempo y dado que dejaba huellas en forma de cruz, la gente empezó a llamarle Sendero Sagrado.

El tendedero

Mooshum levantó la vista con los ojos iluminados y asintió. Mamá había terminado de colgar toda la ropa de la cesta. Las camisas azules de profesor de papá, todos nuestros pantalones vaqueros, la ropa de cama blanca y el vestido marrón que yo odiaba ondeaban al viento bajo el sol. A través de las hojas del arce, divisamos las nubes que se arracimaban al oeste, formando resplandecientes torres rosas que se recortaban contra el fondo azul grisáceo de la lluvia lejana. Mamá nos observó. Tenía el don de mirar a la gente sin mostrar la menor expresión, y uno rellenaba ese vacío con lo que más le hiciera sentirse culpable. Mooshum dejó de hablar. Nuestra madre dejó la cesta vacía debajo de los alambres del tendedero y cruzó el césped marchito, levantando una polvareda tras su paso seguro y firme.

—No necesitan oírlo —dijo.

—¿Oír el qué? —preguntó Mooshum.

—Tú ya lo sabes.

—Ah, eso, ¡*tawpway*, muchacha!

Normalmente, mamá se habría asegurado de que Mooshum lo dejara o nos habría encargado a cada uno alguna tarea para cerciorarse de que seguíamos sus instrucciones. Sin embargo, ese día parecía distraída y simplemente subió las escaleras de vuelta a casa. En cuanto entró, nos inclinamos de nuevo hacia Mooshum.

Los fabricantes de cestos

Un macizo de grandes sauces crecía en torno a su cabaña, de modo que Asiginak enseñó a Sendero Sagrado el arte de la cestería. En primavera, podaban los sauces y guardaban los haces en un lugar fresco. Después, partían el fresno para formar la estructura de las cestas —algunas con asas talladas, *tikinaganan* para los bebés, amplias cestas de fondo plano, incluso cestas con forma de corazón para las granjeras—. Todos los días tejían el flexible sauce en las estructuras de fresno hasta que se les agarrotaban los dedos. Cuando ya tenían unas treinta o cuarenta, tantas como podían llevar, salían a venderlas.

La gente compraba gustosa las cestas a Sendero Sagrado. Los grandes dientes infantiles del muchacho eran blancos y un tanto torcidos; sonreía tímidamente, y tenía unas pestañas tan largas que daban sombra a sus mejillas. Asiginak había intentado

hacerle un corte de pelo de hombre blanco y en algunas zonas quedaba tan ralo que sobresalía como unas plumas revueltas.

Un día de principios de verano, cuando las pequeñas fresas maduraban a lo largo de la linde de los prados y los patitos revoloteaban por los cenagales, los dos hombres se encaminaron hacia los pueblos y las granjas que circundaban la reserva. Vendieron un par de cestos en cada lugar que visitaron. Sólo les quedaban diez cestos por vender cuando se encontraron con Mooshum y Cuthbert Peace por el camino.

—Los dos pendencieros que éramos —empezó Mooshum, guiñándonos un ojo— estábamos tristemente sobrios. Nos unimos a Asiginak y Sendero Sagrado con la esperanza de lograr convencer al viejo para que apartara una pequeña cantidad del dinero ganado con los cestos para emborrachar a sus viejos amigos. *Gewehn!* — Mooshum hizo aspavientos con la mano al recordar la escena—. «Marchaos a casa», nos dijo el viejo. «Ah, no, hermano», respondí. «Déjanos que te llevemos estas cosas».

Mooshum extendió las manos como si fuera a cargar con las cestas, pero nos contó cómo Sendero Sagrado las sujetaba sin soltarlas mientras apretaba el paso pegado a su tío.

Cuthbert, el amigo de Mooshum, era tan moreno como un orondo oso pardo y tenía la nariz, como indicaba su apodo, Opin, como una patata. Algo le había pasado en una pelea y una aleta de la nariz siguió creciéndole después, fuera de control. Ahora ocupaba la mayor parte de su rostro y se había convertido en un bulto extraño. Escupió un poco de tabaco y tiró del brazo de Sendero Sagrado. «Déjale en paz», dijo Asiginak, «tu nariz echará retoños».

Cuthbert se ofendió, soltó la mano enseguida y pataleó como un perro que arrojara tierra sobre sus excrementos. Sendero Sagrado aún estudiaba catequesis con el padre Severine, pero no pudo reprimirse y se rió de Cuthbert. El granuja se alejó camino abajo, contoneándose; luego se detuvo, sacudió su melena y se acicaló como una chica bonita. Mooshum nos hizo una demostración, con un pequeño baile sentado. Después, se recostó con una risotada e imitó a Cuthbert. «Te sorprendería saber lo que consigo con esta nariz y esta panza, pero lo que de verdad vuelve locas a las mujeres ¡es lo que tengo aquí abajo!» Asiginak intentó acallar a los dos hombres diciéndoles: «Este muchacho va a ser cura. No puede oír semejantes cosas».

Mooshum explicó que Opin y él caminaron en silencio detrás de los dos fabricantes de cestas, todavía esperanzados, hasta que Asiginak se volvió y les advirtió: «No piséis sus huellas».

Mooshum sacudió la cabeza lentamente de arriba abajo, desplazando la bola de tabaco de un lado a otro y arrugando la boca como solía hacer.

—El viejo quería decir que no éramos dignos de pisar las huellas del muchacho. El mal nos poseía en aquellos tiempos.

La granja Lochren

Siguieron por un camino de carros que conducía al patio de una granja que estaba rodeado por un bosque de álamos americanos. La granja se encontraba cerca del pueblo de Pluto, pero la entrada se ocultaba detrás de una pequeña colina y de la maraña de maleza del lodazal. Cuando llegaron a la granja, Mooshum dijo que ojalá no hubiese seguido los pasos del muchacho. Supo desde el primer momento que allí pasaba algo, tras ver la puerta de la casa salpicada de sangre y abierta de par en par, sin que por la chimenea saliera ni pizca de humo. En cuanto se acercaron un poco, las vacas del establo empezaron a gruñir para que las ordeñaran. Sus desesperados y sonoros mugidos detuvieron a los hombres en el pisoteado patio.

Asiginak dejó los cestos en el suelo. Una de las vacas chillaba como una mujer agonizante, y, de repente, todo quedó en silencio. Al cabo de un momento, las ranas empezaron de nuevo a croar y saltar por la ciénaga.

—No nos acerquemos más —dijo Asiginak—. El demonio se ha apoderado de este lugar.

Entonces oyeron el llanto de un niño. Era un berreo entrecortado, un gemido débil, exhausto, procedente del interior de la casa.

Asiginak recogió sus cestos y se dio media vuelta para alejarse.

—Es un bebé —dijo Cuthbert, y agarró a Mooshum por la camisa, sin moverse, con la mirada fija, masticando con la barbilla manchada.

El niño seguía llorando, como si supiera que estaban ahí fuera. Pero ninguno se movió y pronto el llanto enmudeció. El viento empezó a mover los largos álamos jóvenes y las pelusillas blancas revolotearon en el cielo sobre ellos. Se podía oír el estrépito de las hojas nuevas. En cuanto Asiginak empezó a alejarse, las vacas se pusieron a mugir con más fuerza. Y tal vez lo hiciera también el niño, pero no podían oírle con el estruendo de los bramidos en el establo.

—Estoy sintiendo al demonio —exclamó Asiginak—. ¡Mirad allí!

Pero Cuthbert ya había cruzado la puerta ensangrentada. Desapareció dentro de la casa. Cuando salió, llevaba en brazos a un bebé, con los ojos desorbitados de espanto —así lo expresó Mooshum, «con los ojos desorbitados de espanto»—. Cuthbert caminó hasta el establo con el niño, tambaleante. Llevaba una diminuta camisola blanca y un pañal maloliente. Los demás le siguieron. Mientras avanzaban, descubrieron a dos muchachos hechos un ovillo en el suelo, sobre la maleza, como si estuvieran dormidos, y después a un hombre, con los dedos firmemente agarrados a la hierba oscura, la cabeza levantada y la mirada puesta aún en los chicos, como si hubiera muerto mientras se arrastraba hacia ellos. Tenía la espalda reventada.

—No mires en esa dirección —dijo Asiginak a Sendero Sagrado.

Los hombres abrieron las puertas del establo de par en par y entraron en medio de un estallido enloquecido.



Había diez vacas, incluida una muerta. Mooshum ayudó a Sendero Sagrado a dejar las cestas en algún sitio en la penumbra y pestañeó hasta que distinguió la vaca más cercana. Empezó con ésa y luego encontró otra. Pronto lo único que se oía era el siseo de la leche y los mugidos de las últimas reses. Las vacas ordeñadas sonaban como si sollozaran suavemente, aliviadas. Cuthbert mecía al niño con un solo brazo y estrujó una tetilla en su boca. Sus labios apenas podían abarcarla entera, pero el hombre consiguió introducir, con gran destreza, pequeños chorros de leche en su boca. Por fin el niño se tranquilizó y dejó caer su cabecita hacia atrás. Una sonrisa iluminó sus agrietados labios escarlata. Mooshum sacó las vacas a pastar y los hombres salieron afuera rápidamente, frotándose los ojos, deslumbrados y aturcidos.

—Voy a llevar al niño —dijo Cuthbert, mirándole a la cara con preocupación.

—¿Adónde? —preguntó Asiginak.

—Al sheriff.

—¿Al sheriff blanco?

Asiginak vio que su sobrino observaba el patio. Desvió suavemente el rostro del niño para que Sendero Sagrado no mirara las formas dormidas sino la línea azulada del horizonte.

Asiginak se volvió hacia Cuthbert.

—No estás borracho, así que ¿por qué dices eso? Somos proscritos, somos indios. Incluso yo. Si se lo cuentas al sheriff blanco, moriremos.

—Nos colgarán seguro —dijo Mooshum mientras cogía las cestas de Sendero Sagrado.

—No pasa nada —interrumpió Sendero Sagrado—. Yo sé lo que hay que hacer. Se lo contaré al cura.

Los hombres miraron al muchacho.

—No se lo digas al cura —dijo Mooshum.

Cuthbert sujetaba al bebé con fuerza.

—No podemos dejar a este niño aquí. Si nos vamos, nos lo llevamos con nosotros.

—No podemos hacer eso —respondió Asiginak.

—No volveré a entrar en esa casa —insistió Cuthbert.

—Tú sabes escribir —dijo Asiginak al muchacho—. Escribirás lo siguiente: «Alguien sigue vivo en Lochren». Esta noche dejaré tu nota en el buzón donde el sheriff recibe sus papeles. Vendrán a buscar al niño por la mañana.

Cuthbert asintió despacio y entregó el niño a Asiginak, quien regresó al interior de la casa. Cuando salió, miraba al suelo. Reparó en las huellas.

—Debemos borrar todas tus huellas donde las encontremos —dijo con voz seria y pensativa—. Quítate las botas.

Los hombres recorrieron el patio borrando las marcas de la cruz de la tierra.

Cuando se dieron por satisfechos, se marcharon y se fundieron con las vacas que pastaban, desapareciendo luego en el bosque y alejándose finalmente por los sinuosos caminos durante varios kilómetros.

Un traguito de medicina

Mooshum permanecía en silencio. Pensamos que ya había hablado bastante; lo que nos estaba contando era tan extraño y espantoso que nos quedamos ahí sentados sin mover un músculo. Yo jugueteaba con un mechón de pelo, enrollándomelo en un dedo, y Joseph miraba el duro suelo con el ceño fruncido.

La puerta se abrió con un crujido. Mamá se asomó para mirar el cielo. Los grandes remolinos de nubes se elevaban, succionados por la oscuridad, aunque la lluvia todavía parecía lejana. El viento se había levantado en el bosquecillo de arces y la ropa ondeaba en el tendedero. Nuestra madre agachó la cabeza como si cargara un yugo sobre sus hombros y dejó que la puerta se cerrara de golpe a su espalda. Se acercó al tendedero para comprobar si la ropa ya estaba lo bastante seca. Ese día no cabe duda de que algo le preocupaba, pero no descubrimos de qué se trataba hasta más tarde. Quizá si no hubiera estado tan ensimismada en su propio malestar, habría impedido que Mooshum nos contara toda la historia o que bebiera del pequeño frasco de medicina marrón que guardaba bajo su chaqueta de trabajo verde y con cremallera comprada en Sears. Sacó la petaca, agitó su contenido una y otra vez y dejó deslizar un buen trago por su garganta. Nos llegó un olorcillo amargo a hojas silvestres. Sus ojos se humedecieron mientras guardaba el frasco.

Mamá recogió un par de sábanas y dejó su ropa interior tendida en la cuerda. Nunca había visto sus prendas íntimas colgando a plena luz. Las bragas azul claro y rosa satinado se hincharon con el viento manteniéndose fieles a sus curvas. Pasó delante de nosotros y dijo a Mooshum:

—Geraldine va a venir y ya sé lo que me va a decir —subió las escaleras y le gritó de nuevo—: No voy a fingir que me gusta.

Mooshum abrió los ojos como platos cómicamente cuando mi madre entró en casa dando un portazo, e hizo una mueca agachando la cabeza como para decir: «Ay, está loca».

—¿Qué pasó con el bebé? —preguntó Joseph.

—Un hombre llamado Hoag vino a por el niño —contestó Mooshum.

Pensé que la historia se había acabado y me levanté para seguir a mamá —iba a querer que la ayudara a doblar la ropa o a enrollarla para plancharla—. Estaba ya tan alterada que no quería poner a prueba su paciencia. Pero Mooshum tomó un nuevo traguito de su frasco de medicina y añadió:

—Vinieron a por Asiginak al caer la noche.

—¿Vinieron? —pregunté volviéndome.

—¿Quiénes? —continuó Joseph.

—Los hombres del pueblo —dijo Mooshum—. Por eso os cuento todo esto. Wildstrand, los Buckendorf...

—¿Los Buckendorf? —repetí.

—¡Oh, sí! Esos mismos. Vinieron a por Asiginak al anoecer, pero los oímos llegar y salimos corriendo. Yo había ido a avisarles y conseguí sacar al muchacho justo a tiempo.

El confesionario

En la parte trasera de la pequeña cabaña había una ventana minúscula cubierta por una tapa de cuero. Sendero Sagrado y Mooshum saltaron por ese ventanuco en una fracción de segundo y cayeron en el bosque, arrastrados por el terror. Aterrizaron como hojas y corrieron entre los árboles, avanzando sigilosamente entre la maraña de cerezos silvestres y sauces. Después, lucharon por mantenerse a flote en el cenagal y se hundieron entre los juncos. Había perros con los hombres, pero eran pastores, no adiestrados perros de caza, y ladraban a todo. Olieron un animal o quizá a Asiginak y se alejaron en otra dirección. Las antorchas de los hombres se reflejaban en la superficie del agua. Se oyeron más pasos, un ruido de pies arrastrándose, más ladridos enloquecidos, y luego se desvanecieron. El sonido fue amainando. Mooshum y el muchacho reptaron por el lodo hasta que lograron alcanzar tierra firme. No tenían más opción que ir corriendo hasta la casa del padre Severine. Aunque no infundía ninguna confianza y despreciaba ahora a Mooshum, quería mucho a Sendero Sagrado.

A medida que avanzaban por el camino que rodeaba las colinas y bordeaba los pastos, los pájaros empezaron a trinar en los alisos y las matas de frambuesas silvestres. Mooshum pedía ayuda a los pajaritos y Sendero Sagrado iba recitando avemarías. Mientras caminaban, iban hablando de las costumbres del sacerdote: lo mucho que tardaba en partir la hostia y cómo arrastraba las palabras cuando rezaba las oraciones, de manera que era casi imposible no cerrar los ojos y cabecear hacia delante; lo suave que parecía el suelo cuando Severine pronunciaba sus sermones y lo horrible que era cuando un piojo o una pulga se ponían a picarte o te entraban ganas de orinar. Estaban de acuerdo en que la peor desazón siempre surgía en el momento de ayudar en misa. Ambos coincidían en que sus posaderas conocían una misericordiosa y puntiaguda esquina del reclinatorio donde uno se podía rascar en secreto.

En la ladera de una colina, mientras seguían un pequeño arroyo que iba de ciénaga en ciénaga, oyeron unos caballos y se ocultaron en el tronco roto de un álamo caído. Se escondieron entre la maraña de raíces negras y se quedaron inmóviles mientras los hombres blancos pasaban de largo. No habían atrapado a Asiginak.

—Tal vez dejen de buscarnos —dijo Sendero Sagrado.

El aire se mantenía fresco por el rocío de la noche cuando Sendero Sagrado y

Mooshum abrieron la puerta de la iglesia y se deslizaron en su interior. Flotaba un olor a arpillera putrefacta y a tierra procedente de todos los sacos de patatas que cubrían el suelo a modo de alfombras. Una diminuta lámpara titilaba delante del tabernáculo de madera tallada, donde el párroco guardaba las hostias. Estaba cubierto con un paño bordado con letras rojas.

—No me gusta el sabor de ese pan —dijo Mooshum torciendo el gesto—. Cómo se puede llamar pan a eso. Ni siquiera galleta. Podrías comer miles de ellas y no vivirías.

—Se consigue la vida eterna con ellas, se supone —dijo Joseph.

—Pues no le funcionó a Sendero Sagrado —replicó Mooshum.

El muchacho se arrodilló un momento delante del tabernáculo. Después, apartó el paño, abrió la puerta dorada y se comió todas las hostias. Cerró la portezuela y apagó la llama de la lámpara. Le explicó a Mooshum que llevaba muchos días sin comer, desde que Asiginak había regresado a casa muerto de miedo, diciendo que unos borrachos se habían ido de la lengua y ahora el sheriff blanco y quizá también un par de granjeros sabían que los indios habían estado en la granja de la familia asesinada. Sendero Sagrado alargó las manos y bebió la grasa rancia del recipiente de la lámpara. Enseguida sufrió un retortijón. Empezó a sudar, salió corriendo y apoyó la cabeza contra el muro trasero del templo. Hizo un enorme esfuerzo para no vomitar las hostias, respirando hondo y concentrándose en la presencia dentro de él. El padre Severine le había explicado cómo era su alma. Ahora, dijo a Mooshum, tenía sentido que el pan que había comido alimentara su alma, su espíritu, y le fortaleciera. Pensaba que necesitaría esa fuerza.

Al fin, cuando el muchacho ya se encontraba mejor, Mooshum le ayudó a regresar a la iglesia. Había una abertura en un espacio cerrado en el templo donde el párroco oía las confesiones. Un saco convertido en cortina cubría la entrada. Sendero Sagrado se agachó hasta enroscarse como un ovillo en el suelo de tierra del confesionario.

Mooshum le dejó ahí y bebió agua de la pila bautismal con ansia animal. Después, se durmió bajo un banco hasta que los primeros rayos de sol se filtraron por las bastas cortinas. Forzó la vista en medio de la claridad ocre de la iglesia. La puerta se abrió y una leve franja de luz blanca atravesó el suelo. El padre Severine se dirigió al confesionario con paso largo y ligero. Miró en el interior.

—¡Hijo mío! —suspiró. Un sombrío surco de preocupación se formó en el entrecejo del cura—. ¿También están aquí los demás?

—No —respondió Sendero Sagrado.

El cura respiró aliviado. El muchacho estaba agazapado en el suelo. El semblante del cura oscilaba entre gestos de lástima y asco; al final optó por una expresión de amarga decepción.

—Supongo que estarás aquí para confesarte —dijo con voz aguda, temblorosa y jadeante—. ¡Has cometido una monstruosidad! —se recompuso y retrocedió—. Te daré de comer, nada más —añadió antes de salir.

Cuando el padre Severine regresó, traía comida. Había lágrimas en sus ojos evanescentes mientras observaba cómo su favorito devoraba las diminutas galletas con orejones, la carne de venado fría, un tarro de miel, y un pan tan blando como pétalos de flores. Mooshum permaneció quieto aunque su estómago rugía de hambre.

Sendero Sagrado comió con solemnidad, fruición y gula. Hablaba con la boca llena.

—Todos estaban muertos salvo el bebé.

Cuando acabó de tragar, ya habían llegado varios hombres a la puerta de la iglesia. El cura se levantó. Sus ojos se humedecieron.

—Nada, no hicimos nada..., nunca —farfulló el chico, pero tenía la lengua pastosa por la miel y la boca demasiado reseca para engullir la comida.

—Ellos te indujeron a hacerlo —dijo el padre Severine rompiendo a llorar, mientras las lágrimas corrían por los surcos de su rostro a lo largo de la nariz aguileña hasta deslizarse dentro del alzacuellos—. Quédate aquí escondido. Hablaré con ellos.

Las hermanas

La puerta se cerró con un sonoro golpe. Mooshum escupió. Joseph miró y yo me sobresalté. Mamá estaba ahora con Geraldine y, cuando pasaron junto a nosotros, pude oír a mi tía que decía: «¿Quién te lo ha contado?». Después ya habían atravesado la mitad del patio, más allá de la maleza y la ropa tendida, que mamá ni se molestó en tocar esta vez para comprobar si estaba seca. Seguían absortas en su conversación. Mi madre tenía los hombros encorvados y la cabeza levemente girada hacia Geraldine. De espaldas se parecían mucho, con el cabello negro moldeado y cortado con esmero a la altura de los hombros. Mamá llevaba una blusa verde y Geraldine una amarilla. Sus faldas oscuras eran largas y con vuelo, ajustadas a la cintura con un cinturón de goma. Calzaban delicadas zapatillas Keds y llevaban una pulsera en el tobillo. Mamá repasaba sus zapatillas de lona con betún blanco para mantenerlas impecables. Aunque siempre vestían ropa de segunda mano, presentaban un aspecto elegante. La gente pensaba que compraban su ropa en Fargo cuando, en realidad, procedía de la misión.

Caminaron hasta el fondo del patio, donde se hallaba el viejo retrete exterior, ahora convertido en un cobertizo lleno de azadas y palas. Allí se cruzaron de brazos y se miraron moviendo la boca, mientras la cálida y húmeda brisa azotaba sus faldas. Mooshum reanudó su relato, ahora que sabía que la atención de mamá estaba siendo acaparada por otro asunto. No obstante, no parecía hablarnos a nosotros, ni empleaba la voz que solía adoptar cuando contaba historias. No trataba de captar nuestra atención ni gesticulaba. Esto era distinto. Parecía haberse quedado detenido en alguna

parte, en algún camino, como si no pudiera impedir que la historia saliera a la luz. Ésa fue la única vez que contó toda la historia.

### La partida de hombres

En el exterior de la iglesia, el vocerío de los hombres retumbaba como un zumbido. Primero las plegarias entrecortadas del cura, después el estertor de un barril lleno de palabras rodando. Mooshum no entendió nada, pero devoró somnoliento la comida que Sendero Sagrado le había acercado. Las palabras de los hombres iban y venían. Se agolpaban hasta que los hombres y los caballos formaron un solo sonido, una espesa mezcla de respiración y sangre latiendo. Después, un breve silencio en el que se oyó el silbido del viento en los aleros. De pronto, Sendero Sagrado dio un salto, guardó algunos trozos de carne frita en los bolsillos y se ocultó debajo del banco más oscuro junto a Mooshum.

Los hombres blancos apartaron al padre Severine y forzaron la puerta de la iglesia. Avanzaron por la nave central con sus gruesas botas e hicieron una genuflexión. Algunos se santiguaron. Acto seguido, miraron detrás del altar y en el confesionario.

—Se ha vuelto a escapar —dijo una voz fuerte y clara.

—De todos modos tenemos a uno, colguemos al que tenemos —chilló un hombre desde la calle. Tenía una voz preciosa y melódica con un leve acento alemán.

Fuera, cuando los hombres arrastraron a Asiginak delante del padre Severine, el párroco se puso tenso. Abrió y cerró la boca como si se ahogara e intentó bendecir torpemente al anciano. Asiginak apartó sus manos de un manotazo.

—No sea usted inútil —gritó—. ¡Quíteme las manos de encima!

Debajo del banco, Sendero Sagrado oyó el grito de su tío. Asiginak soltó un penetrante aullido de miedo y gritó en ojibwe: «¡No quiero morir solo!».

El padre Severine se tambaleó y se apoyó en un árbol del patio. De pronto todo el mundo se detuvo. Notaron que alguien se había plantado en el umbral de la puerta de la iglesia. Todos se giraron a la vez.

—Tío, yo iré con usted —dijo el muchacho.

Mooshum se arrastró desde debajo del banco y saltó para agarrar a Sendero Sagrado e introducirlo de nuevo en la iglesia. Luchó con los hombres para atrancar la puerta, pero los Buckendorf invadieron el interior y enseguida atraparon a ambos con sus fuertes brazos de segadores. Los hombres sacaron a Mooshum y al chico a la luz del día. Uno sujetaba al joven por el cogote. Cuando descubrió el horror y la vergüenza en el semblante de Asiginak, Mooshum supo que Sendero Sagrado se arrepentía de haberse puesto al descubierto. Pero mantuvo el tipo y se santiguó una y otra vez hasta que los hombres blancos le ataron las manos a la espalda. Lo maniataron y arrojaron al chico junto a Mooshum y Asiginak en el fondo de su carreta. El padre Severine bramó algo en latín y volvió a la vida. Se agarró a los

laterales del carromato y avanzó torpemente a su lado. Vertía amenazas tan absurdas como inútiles y bendiciones contradictorias mientras bajaban la colina con un suave traqueteo. Muy pronto su voz ronca se fue apagando. Al principio, Asiginak se quedó encorvado, con la vista puesta en sus pies, sin hablar. Al fin, con una voz cargada de angustia, dijo a Sendero Sagrado:

—No tenía ni idea de que estuvieras allí. Mis palabras no iban destinadas a que tú las oyeras.

Sendero Sagrado miró a su tío con ira; después se encogió de hombros y fingió que no le importaba.

En los matorrales, los ciruelos silvestres estaban en flor. De los sauces habían empezado a brotar largas ramas de hojas verdes y las ciénagas brillaban bajo la primera luz del día. Los *chimookamanag* deliberaron sobre la necesidad de buscar un árbol y un lugar. Sin embargo, su atención se dispersó por la llegada de otros dos hombres que arrastraban a Cuthbert detrás de un caballo. Lo arrastraban despacio para poder ahorcarlo a él también. Cuthbert parecía una enorme oruga cubierta de polvo gris. Cortaron las cuerdas que le aprisionaban y le subieron a la carreta. Permaneció tumbado, sin moverse, pestañeando a los demás.

—Ah —dijo después de un rato, con el rostro ensangrentado—, han borrado la peor parte de mi nariz. Es una pena que me tenga que morir ahora que estoy guapo.

—Sigues siendo feo, hermano —respondió Asiginak.

—Entonces no supondré una gran pérdida para las mujeres —contestó Cuthbert—. Es un consuelo.

La carreta los iba sacudiendo alegremente. Mientras atravesaban las lindes de los campos y caminos de la reserva, algún que otro granjero observaba, de pie en sus tierras, la lenta procesión de hombres, caballos, perros e indios maniatados.

El bebé

Mooshum echó un vistazo a sus hijas, que se habían puesto a discutir al fondo del patio. Bebió un trago de su medicina con presteza. De pronto, mamá y Geraldine dejaron de hablar y arrugaron el ceño mientras miraban al cielo. Se acercaron al tendedero, pero antes de quitar siquiera una pinza, volvieron a discutir. En lugar de recoger el resto de la ropa, ambas mujeres nos dirigieron una mirada para asegurarse de que no estábamos escuchando. Al ver que las mirábamos, sacudieron sus faldas y se dirigieron, a buen paso, al frente de la casa. Nos volvimos hacia Mooshum. Nos contó otras cosas que sabía. Cómo el hermano pequeño de una mujer llamada Electa Hoag —bueno, no era tan pequeño con diecisiete años— se había escapado la noche del crimen, llevándose con él dos de las hogazas de pan que acababan de hornear, sus zapatos, una chaqueta de lana y un mono de recambio. También faltaba de la percha de la entrada la gorra de su marido Oric, quien se había marchado tan rápidamente, convocado por el coronel Benton Lungsford y el sheriff, que no había tenido tiempo

de preguntarse dónde había guardado la gorra. Electa podía haber comentado algo sobre la marcha de Tobeck cuando los hombres regresaron de la granja al poco tiempo. Podía haber dicho algo, pero estaba demasiado sorprendida por el bebé que Oric llevaba en el caballo. Estaba demasiado distraída con aquello y luego se quedó absorta cuando su marido se agachó sobre la montura y le entregó el niño. En vez de llorar, el bebé le dirigió una mirada tranquila y confiada, una mirada franca, como si fuera ya un ser maduro atrapado en un cuerpecito minúsculo. Oh, más tarde sí que berreó, le contó a Mooshum. Volvió a ser un bebé. Eso sucedió después de que los hombres se prepararan algo de comer y se marcharan y la mujer se encontrara sola limpiándole e intentando darle de comer. Cuando más tarde se enteró de los asesinatos, Electa decidió que le diría a Oric que debía de haberse llevado la gorra y la habría perdido: se la habría quitado en algún momento en la granja ante una escena tan espantosa. Al saber lo que había ocurrido, decidió que no contaría que Tobeck estaba desaparecido, que se había escapado, al menos por un tiempo, mientras pudiera.

—Si lo hubiese dicho... —dijo Mooshum—. Si lo hubiese dicho... También estaba allí Johann Vogeli. Mi viejo amigo Vogeli. Volvía de la granja cuando vio a su padre, Frederic, fumándose un cigarrillo a plena luz del día.

—¿Qué tiene eso de raro? —pregunté.

—No lo sé —respondió Mooshum.

Vogeli

Frederic Vogeli se pasaba el día en el patio hablando en alemán coloquial con los Buckendorf. La difunta madre de Johann hablaba un alemán más complejo. En su cabeza, la voz de su madre se iba desvaneciendo o acabando, como todo lo referente a ella. La mujer había escrito cartas a su familia en Heidelberg, de las que guardaba copias, había escrito cartas de amor a Frederic y notas a Johann, y también había llevado un diario detallado con sus pequeñas aventuras y todo aquello que sucedía en sus vidas cotidianas, salvo la paliza que le había propinado Frederic un día que ella enfermó: aquello no lo consignó por escrito. Aun así, a Frederic no le gustaban tantos escritos y arrancaba una hoja de su diario o utilizaba el fino papel de alguna carta cada vez que liaba un cigarrillo. Johann odiaba ver aquello.

Ahora, al doblar la esquina de la casa, se los encontró allí. Los Buckendorf también estaban fumando. Su padre había liado cigarrillos para ellos. El estrecho tubo de papel relleno de tabaco colgaba de la fuerte mandíbula del más joven de los Buckendorf. Mientras permanecía allí, conversando, Johann observó a los hombres que aspiraban el humo en sus pulmones avivando el papel incandescente. Las nítidas palabras de su madre desaparecían en sus pechos y emergían convertidas en volutas de humo.

Johann entró en la casa y ocultó el diario de su madre en un nuevo escondrijo.



Había crecido unos treinta centímetros en los meses siguientes a su muerte y se había hecho más fuerte. No estaba acostumbrado a la fuerza que tenía ahora. Cuando salió de nuevo, Frederic le atrapó por el cuello y le dijo:

—Coge los caballos.

Y le empujó hacia los prados. Volvió con un caballo llamado Nadel y su padre le mandó ensillar a Girlie también. Mientras montaban en sus monturas respectivas, su padre le dijo:

—Ahora verás algo.

Y salieron tras los pasos de los Buckendorf.

—Así que ése era el viejo Johann —comenté—. Ese al que llamabas el Deutscher.

—*Ya vole* —respondió Mooshum—. El Deutscher. Más tarde me contó lo que sucedió cuando su padre y él alcanzaron a los demás, y cuando el sheriff y el viejo coronel intentaron interponerse en su camino.

El canto de la muerte

El coronel Benton Lungsford y el sheriff, que se llamaba Quintus Fells, alcanzaron a la partida de hombres cuando éstos buscaban un lugar que sirviera para colgar a los indios. Oric Hoag se había quedado rezagado y se acercaba a lo lejos. Los hombres se encontraban junto a un pozo y escrutaban el agujero. Discutían la cuestión y probaban la cuerda que sujetaba el cubo. El coronel y el sheriff llevaron sus monturas delante de la carreta e impidieron el paso a los hombres de la partida.

—Y bien, amigos —dijo el sheriff con su habitual tono tranquilo—. Ya veo que habéis hecho parte del trabajo por nosotros.

—Y lo vamos a terminar también —anunció Frederic Vogeli.

Eugene Wildstrand, un vecino de la familia masacrada, y William Hotchkiss, un cerrajero y negociante de cereales, se acercaron con sus caballos al sheriff. Algunos de los hombres iban a pie. Dos o tres incluso habían viajado en la carreta. Emil Buckendorf conducía el vehículo. Sus hermanos de ojos claros estaban sentados a su lado en la banqueta con las manos en el regazo. Parecían niños descomunales en el banco de una iglesia.

—Bajad de ahí —ordenó el sheriff Fells—. Estoy requisando esta carreta y es mi deber llevar a los sospechosos a la cárcel.

—Requisar —espetó Emil Buckendorf con desdén a través de su barba. Uno de sus hermanos soltó una risotada y el otro, el de la fuerte mandíbula, se quedó mirándose las rodillas.

William Hotchkiss se estiró hacia delante desde su montura. Llevaba en la mano un fusil de repetición. El sheriff Fells sacó su escopeta, y el coronel Lungsford tenía la mano en el revólver que había llevado en la guerra hispanoamericana y que mantenía desde entonces limpia y engrasada en una estantería especial. Los hombres y los caballos estaban tan cerca unos de otros que se rozaban, mientras los animales

intentaban, nerviosos, no dar un paso en falso.

—Tan sólo es un muchacho a quien habéis atrapado —les dijo a todos el coronel Lungsford—. Nada más.

—Es un asesino —dijo Vogeli.

—¿No tenéis conciencia? —espetó Wildstrand al sheriff y al coronel, mientras sujetaba la brida de su montura y escupía. Sus ojos sobresalían como tachuelas negras en una hoja blanca—. Habéis entrado en esa casa, ¿sí o no?

William Hotchkiss arrimó de pronto su caballo detrás del coronel Lungsford y apuntó a la espalda del hombre con su arma. El coronel Lungsford se volvió y se dirigió a Hotchkiss, apartando el cañón de su fusil de sus riñones.

—Baja eso, imbécil —dijo.

Vogeli arreó a Hotchkiss lejos del sheriff Fells.

—Lo siento, muchachos —dijo Wildstrand—. Debemos hacer lo que hay que hacer.

Se inclinó sobre el espacio que los separaba y disparó al caballo de Fells entre los ojos. El sheriff levantó las manos mientras caía junto a su montura. Se oyó un latigazo de huesos rotos. El chasquido hizo sobresaltarse a todo el mundo. Los hombres se miraron unos a otros y, en la carreta, Asiginak hizo ademán de acercarse al sheriff. Pero uno de los Buckendorf lo empujó hacia atrás con fuerza.

—Estamos acabados —dijo Cuthbert. Empezó a tener arcadas con la sangre que corría por su garganta desde la nariz.

Emil Buckendorf golpeó las riendas y la carreta se puso en marcha despacio.

—Todavía no hemos encontrado un lugar donde colgar a estos indios —dijo William Hotchkiss—. Quizá podamos utilizar el cabestrante para reses de Oric.

—Yo no estoy metido en esto —exclamó Oric, que acababa de alcanzar al grupo. De un salto se bajó del caballo para ayudar a Quintus Fells. El sheriff respiraba deprisa, murmurando: «Ay, ay, ay...». Seguía debajo del caballo muerto. Puso los ojos en blanco y perdió el conocimiento. Lungsford soltó un «maldita sea» y algunas palabras más y se bajó de su caballo para ayudar a Oric con el sheriff, dejando que se alejara la carreta.

Jabez Woods, Henric Gostlin, Eneyr Mantle y todos los demás permanecieron quietos en el borde de la carretera, observando a los hombres que tenían armas y caballos. Enseguida se pusieron a caminar junto al carruaje, por el camino de hierba de dos pistas.

—Tal vez al otro lado de esa elevación —sugirió Mantle—. Los árboles que hay en esta zona son esqueléticos.

—Todos los árboles buenos están detrás de nosotros, más allá del límite de la reserva —señaló un Buckendorf.

—Sólo hace falta la rama de un árbol —dijo Wildstrand. Miró al interior de la

carreta con el rostro blanco alrededor de los ojos, como si la sangre hubiese desaparecido debajo de su piel curtida.

—Cuando encontramos a esa gente, ya estaban muertos —gritó Cuthbert mientras sacudía a Sendero Sagrado para sacarle de su sopor. Mooshum lo estaba escuchando todo—. Los encontramos, pero no los matamos. Ordeñamos sus vacas por ellos y dimos de comer al bebé. ¡Yo, Cuthbert, di de comer al bebé! ¡No somos los indios malos que creéis! ¡Ésos son los que viven más al sur!

—No hables mal de los bwaanags —dijo Asiginak—. Me adoptaron.

Cuthbert le ignoró y siguió presionando a los hombres blancos.

—Somos iguales que vosotros.

—¡Iguales que nosotros! —Hotchkiss se agachó y golpeó la cabeza de Cuthbert con la culata de su fusil—. Ni por asomo.

—Tienes razón —asintió Asiginak en ojibwe—. Vosotros sois la locura de esta tierra.

La cabeza de Cuthbert estaba ahora cubierta de sangre. Sus ojos se ocultaban detrás de su cabello ensangrentado. La sangre le inundaba el cuello y le había empapado la camisa. Habló en ojibwe bajo su máscara roja y dijo a Sendero Sagrado:

—No te preocupes. Hay un muchacho con ellos. Pronto alguien se dará cuenta y recordará las palabras del sheriff. Te soltarán. Cuando hables de mi muerte a los demás, háblales de mi valor. Voy a cantar mi canto de la muerte.

—Espero que lo recuerdes antes de cagarte en los pantalones —comentó Asiginak.

—Aiii! Estoy intentando recordarlo.

Ambos hombres empezaron a tararear muy despacio.

—Si te digo la verdad —dijo Cuthbert al cabo de un rato—, nunca me dieron un canto de la muerte. No consideraron que yo fuera digno de uno.

—Invéntate uno —dijo Asiginak—. Yo te ayudaré.

Empezaron a dar palmadas en las rodillas y a tararear de nuevo entre dientes una melodía que más bien parecía un quejido. No dirigieron ni una palabra a Mooshum. Éste miró hacia los campos, recién arados y sembrados, y se fijó en los surcos que formaban líneas rectas y de los que brotaba una fina pelusa verde. El cielo presentaba un precioso color celeste. El horizonte se veía polvoriento, con un toque de verde, como el huevo de un petirrojo, y las nubes flotaban delicadamente, apenas unas diminutas plumas blancas elevándose en el cielo.

Llegaron ante un árbol que parecía adecuado, pero los hombres blancos pensaron que las ramas eran demasiado delgadas e inclinadas. Continuaron hasta otro, donde discutieron debajo, midiéndolo con los brazos y las manos. Por lo visto, aquel árbol tampoco servía.

—En fin, nos están dejando tiempo para que ensayemos nuestro canto —dijo

Cuthbert. Se limpió la cara. Parecía como si la masa de su nariz hubiera sido esquilada.

—Ahora que te miro de cerca —comentó Asiginak—, creo que habrías sido apuesto, amigo mío.

—Gracias —respondió Cuthbert.

—Ese árbol de ahí servirá —dijo Emil Buckendorf.

Mooshum oyó que alguien empezaba a sollozar y al principio pensó que era él mismo —sonaba igual que él—, pero después se dio cuenta de que se trataba de Johann Vogeli. El muchacho cabalgaba junto a él, con las manos aferradas a la crin de su caballo. Las lágrimas fluían por su cara mojando la silla. Frederic Vogeli se arrimó a su hijo y echó el brazo hacia atrás. Después golpeó su rostro con los nudillos y todo el antebrazo. Johann estuvo a punto de caerse del caballo, pero logró sujetarse a tiempo. Mientras recobraba el equilibrio, se transformó: se ensanchó, creció y algo en su interior se encendió. Ese algo ardió y le hizo estallar. Le impulsó fuera de su caballo hasta fundirse en un abrazo con su padre, que cayó lateralmente de su montura y permanecía aún bajo el cuerpo de su hijo cuando los dos hombres se desplomaron y resbalaron por la tierra sobre la espalda de Frederic. Johann se sentó sobre el pecho de su padre y empezó a golpearle en la cara con el canto del puño, como si estuviera dando golpes contra una mesa. Pegaba con toda la fuerza de sus brazos, como si quisiera atravesar la madera, o la carne. Con la otra mano apretaba el cuello de su padre. La carreta continuó su camino dando bandazos y los demás la siguieron, abandonando a los dos hombres que se revolcaban por el suelo, propinándose patadas, levantándose, cayendo y volviendo a pelear. Tirados por el suelo o de nuevo en pie, la pelea tomaba un cariz cada vez más cómico a medida que desaparecían en la distancia. Al final no fueron más que dos oscuros monigotes que aparecían y desaparecían contra un horizonte infinito y bajo un cielo interminable.

—Al menos el muchacho tiene buen corazón —constató Cuthbert.

—Ojalá no haya matado a su padre todavía —dijo Asiginak—. Sería una carga dura de llevar.

Cuthbert asintió.

—Así que hablaste también con Cuthbert —observó Joseph con voz ronca—. ¿Y Sendero Sagrado y Asiginak? Llegaron a viejos, ¿verdad?

—No —contestó Mooshum.

—Oh —dijo Joseph.

El batir de alas

El roble ofrecía una generosa envergadura. Sin duda había crecido allí apaciblemente durante siglos.

—Puedo enseñarte ese árbol a día de hoy, en el límite de las tierras de Wolde —dijo Mooshum—. Allí hay tabaco. En sus ramas cuelgan banderas de oración.

Los hombres cabalaron hasta el roble, desmontaron y dieron una vuelta al tronco, examinando las ramas y señalando una en particular, que crecía recta a ambos lados del árbol y luego se doblaba hacia arriba, como si estuviera rezando. Decidieron que ése era el árbol que andaban buscando y llevaron la carreta debajo. Había unas cinco o seis cuerdas cuidadosamente enrolladas en el suelo de la carreta. Eneyr Mantle y los Buckendorf cogieron las sogas y debatieron sobre cuáles debían utilizar. A continuación, comprobaron y arreglaron los nudos, con torpeza, varias veces y sin dejar de discutir, y lanzaron las cuerdas por encima de la rama. Se aseguraron de que los nudos corrían bien y deliberaron acerca de quién azotaría los caballos y cuándo.

—No saben cómo atrapar un conejo —dijo Cuthbert— o colgar a un hombre. Esto no resultará nada agradable.

Sendero Sagrado vomitó, desesperado. Asiginak no respondió. Mooshum miraba al vacío, fingiendo estar ya muerto.

—El michif se las arreglará —dijo Cuthbert refiriéndose a Mooshum—. Sabe moverse bien.

Asiginak emergió de su ensimismamiento y tocó el hombro de su sobrino.

—Te considero como mi hijo —dijo a Sendero Sagrado—. Caminaremos juntos al mundo de los espíritus. No me habría gustado recorrer ese camino solo. *Howah!* Llenaste mi viejo corazón de orgullo cuando te mostraste en la puerta de esa iglesia.

—Gracias, tío —respondió el muchacho con voz suave y formal—. Yo también le considero como mi padre.

—Pronto los veremos —dijo Cuthbert—. A todos nuestros parientes —tocó el brazo del chico y sonrió. Su sonrisa era espantosa en medio de la sangre reseca—. *Aniin ezhinikaazoyan?*

—Charles.

Cuthbert sacudió la cabeza.

—No el nombre que te puso el cura. Ni el apodo que te pusimos nosotros, Sendero Sagrado. ¿Con qué nombre te conocen los espíritus?

Sendero Sagrado se lo dijo.

—Cielo Eterno. Bien, te pusieron un buen nombre. Dale ese nombre a la persona que te estará aguardando al otro lado. Entonces entrarás en el mundo del espíritu Anishinaabeg. Tu madre y tu padre te estarán esperando, hijo. No tengas miedo.

—No luches contra la soga —dijo Asiginak con voz trémula.

Wildstrand obligó a los cuatro indios a levantarse y volvió a apretar las cuerdas que ataban sus manos a la espalda. Emil Buckendorf los colocó en el suelo de la carreta y bajó la lazada sobre sus cabezas. A continuación, apretó los nudos para ajustarlos bien.

Henric Gostlin se acercó a la carreta.

—Dice que no quiere ahorcar al chico —dijo Emil Buckendorf.

Uno de sus hermanos añadió:

—Ya, déjale.

El rostro de Eugene Wildstrand se ensombreció, enardecido.

—¿Estabais allí? —dijo mirando a Gostlin y a los demás, de uno en uno—. ¿Estabais allí, en la granja? Estabais allí. Lo habéis visto.

Aguantó sus miradas, y su semblante encendido refulgía de forma extraña bajo la luz.

—La muchacha —prosiguió—, la mujer. Los dos chicos. Mi viejo amigo, también. Todos ellos.

Emil miró fijamente a sus hermanos hasta que asintieron y bajaron la vista al suelo. Henric Gostlin se alejó, camino abajo, golpeándose la pierna con el sombrero. Los demás hombres que esperaban junto a los caballos se sobresaltaron cuando Asiginak y Cuthbert rompieron de pronto a cantar. Empezaron en un tono agudo: la voz de Cuthbert era un falsete embravecido que cortaba el aire. Asiginak se unió a él y Sendero Sagrado casi se sintió bien, al oír sus fuertes y poderosas voces. Y las palabras en la antigua lengua.

Estos hombres blancos nada son.

Lo que hagan no puede dañarme.

Veré el rostro del misterio.

Cantaron los versos dos veces antes de que los Buckendorf reaccionaran y prepararan la carreta. Emil sujetó los dos caballos para que no se movieran y empezó la cuenta atrás para fustigarlos al mismo tiempo. El muchacho intentó abrir la boca para unirse al canto de su tío, pero sólo pudo tararear para sí la nana disonante que su madre solía entonar para que se durmiera. Los Buckendorf echaron los brazos atrás y golpearon los caballos a la vez, y después otra vez, más fuerte. La carreta se movió, se detuvo y luego avanzó con una brusca sacudida. Los hombres se tambalearon, pero no dejaron de cantar. Al fin, los caballos avanzaron. Se pararon unos siete metros más adelante. Los hombres intentaron seguir cantando incluso mientras se ahogaban. El chico era demasiado ligero para que la muerte le llegase fácilmente. Se fue asfixiando poco a poco mientras daba vueltas y pataleaba en el aire. Oyó cuando Cuthbert primero, y luego su tío, dejaron de cantar y gorjear. Detrás de sus ojos cerrados le invadió un miedo atroz, hasta que oyó a su madre que le decía «abre los ojos» y miró el cielo azul. Entonces todo mejoró. Las pequeñas volutas de nubes, allá en lo alto, se habían convertido en alas y atravesaban ahora el cielo, más y más rápido.

## Un té amargo

Mooshum acabó de hablar cuando la tormenta avanzaba sobre nosotros con sus amenazantes y bajos nubarrones. En el patio, las sábanas ondeaban con fuerza y los monos y las camisas de trabajo de Mooshum se hinchaban como globos. Incluso la ropa interior de mi madre, de tonos pastel, volaba hacia atrás, enrollándose, y los sujetadores se enredaban formando tirabuzones alrededor de las pinzas de madera y del tendedero. Mi madre debía de haber ido a alguna parte con Geraldine y había dejado la cesta vacía en el suelo rodando por la acción del viento.

Salté hacia delante en cuanto los primeros goterones me cayeron en los hombros y, rápidamente, empecé a recoger la ropa. Las prendas salieron volando de mis manos, azotadas por el fuerte viento. Una falda de campana me envolvió por completo. Yo seguía absorta en la historia, y tuve que hacer un esfuerzo de concentración para lograr cruzar el patio con mis pensamientos y la ropa y entrar en la quietud de la casa.

Mi madre me siguió empapada hasta la cocina. Había caminado desde la casa de nuestro tío bajo la lluvia, pero aquello no había apagado su furia. Además, era el tipo de chaparrón que pasaba rápido y dejaba el aire limpio y caliente después, así que no permaneció dentro de casa mucho tiempo, hablando con Mooshum. Enseguida estaba de nuevo fuera con la cesta de ropa, tendiendo las mismas prendas que yo acababa de recoger. Esta vez ocultó con esmero la ropa interior. Mooshum había salido con mamá y le sujetaba la bolsa con las pinzas, encorvado a su lado. Pensé que quizá le estaba cantando las cuarenta por contarnos lo que había ocurrido, la historia del muchacho ahorcado, pero cuando regresó por la puerta, agarrada del brazo de Mooshum y tras haber dejado otra vez la cesta bajo la ropa tendida, sólo dijo:

—No logro convencerla. Tiene que verle, le quiere. También sabe lo de esa mujer médico a la que amó a escondidas. Tú ya sabes quién, lo sabes de sobra.

Fingí que estaba haciendo otra cosa y no escuchaba, pero no pude engañarla. Quería preguntarle acerca de la doctora.

—Ay, qué bien, Evelina. Necesito que me peles unas patatas.

—¿Podemos recoger el pelo esta noche, como Geraldine?

Mamá me dirigió una mirada muy seria y aparté la vista. Tiré de la anilla de la trampilla cuadrada de la cocina, bordeada de hojalata abollada y encastrada en el linóleo. Bajé con cautela la escalera que conducía al sótano. Me tendió un escurridor.

—Como ahora mismo me menciones a Geraldine, te encierro ahí abajo —amenazó.

Subí con dificultad, cargada con las patatas. Sin embargo, mientras estaba ahí abajo, oí cómo le decía a Mooshum algo acerca del juez, de modo que sospeché que eso tenía algo que ver con el motivo de su disgusto con Geraldine. Pero me equivocaba por completo. Pensaba que Geraldine (algo inaudito en su caso) había cometido alguna infracción y tenía que acudir ante el juez, en el juzgado, y pagar alguna multa o ir a la cárcel. Eso pensaba yo.

Al día siguiente, el tío Whitey y Shamengwa vinieron a casa. El tío Whitey me enseñaba a defenderme en la vida y yo le pegaba puñetazos en las manos.

—Eres rápida —dijo—, pero no lo bastante.

Intentaba agachar la cabeza antes de que me tocara la oreja, pero no lo conseguía nunca.

—Piensa como una serpiente —dijo—. No pienses, reacciona.

Pero sabía que yo era más de pensar y nunca tendría unos reflejos rápidos. Ni tampoco Joseph.

—Chico, eres un desastre —dijo el tío Whitey. Era un hombre corpulento y cuadrado con un rostro indio y cierto parecido a Elvis, con un mullido tupé que peinaba hacia atrás con gomina, que se echaba de un frasco morado. A veces vivía con nosotros y dormía en el sofá.

—¿Qué sucede con la tía Geraldine? —le pregunté.

—Si te lo cuento me matan —respondió Whitey—. Es información reservada.

—Vamos a buscar unos guantes —dijo Joseph—. Ven detrás de los cobertizos y déjales que hablen lo que quieran de la tía Geraldine. Nosotros, los hombres, estamos por encima de los chismes.

—Estoy contigo —asintió Whitey, y le mostró que, debajo de la camisa, guardaba una petaca de Four Roses.

Así que me quedé sola con Shamengwa y Mooshum, y después de que llevara sentada junto a ellos un buen rato bebiendo agua les pregunté, porque sabía que no se enfadarían conmigo, qué había hecho Geraldine para enojar de aquella manera a mi madre.

—¿Hecho? —dijo Mooshum, intentando poner, por una vez, cara de no saber nada—. No ha hecho nada.

—Todavía —añadió Shamengwa con el rostro impasible.

Shamengwa había traído su violín, pero sólo lo estaba afinando con el ceño fruncido. Se quejaba de la mala calidad de las cuerdas.

Pregunté qué había pasado con esos hombres que habían linchado a nuestra gente.

—¡Habéis hablado de eso! —bisbiseó Shamengwa entre dientes.

Tras dirigir una mirada cautelosa a su hermano, Mooshum se volvió hacia mí.

—Los Buckendorf se hicieron ricos y gordos, y no se extinguieron nunca —



explicó—. Prosperaron y se fueron apoderando de todo. De la mitad del condado. Pero nunca debieron lograrlo. Y Wildstrand. Nadie lo acusó de asesinato. El sheriff Fells acabó tullido y el viejo Lungsford, asqueado, volvió al mundo civilizado que él llamaba Minnesota. Se mudó a Breckenridge, donde los habitantes colgaron al sheriff en 1928. No tenía escapatoria. Creo que murió en algún lugar del este.

—Y tú —pregunté—, ¿cómo sobreviviste? ¿Se puede vivir después de que te cuelguen?

—No iban a colgarle hasta la muerte —comentó Shamengwa.

—¿Y por qué no?

Pero Mooshum empezó a discutir con su hermano y le dijo cosas que para mí no tenían ningún sentido. «Yo vi lo mismo que Sendero Sagrado, las palomas siguen ahí arriba». La discusión se fue acalorando, así que me marché y di vueltas en mi cabeza a todo lo que había escuchado. Más tarde, un coche llegó y salí a ver quién era. Cuando la vi, volví rápidamente dentro de casa.

La tía Harp había venido desde Pluto para entrevistar a los dos hermanos para el boletín de la sociedad histórica local. Mi madre procuraba estar fuera cuando nos visitaba la tía Harp. Pero si no lograba escabullirse, mamá soportaba a Neve porque nuestro padre todavía quería mucho a su hermana, a pesar de que se hubiera quedado ella sola con toda la herencia, con la bendición de mi otro abuelo. El viejo Murdo nunca perdonó a mi padre por no hacerse banquero. Mi padre consideró incluso la conveniencia de contratar a un abogado para obligar a su hermana a repartir lo que quedaba, pero nunca lo hizo. Insistía en que sólo quería unos viejos álbumes de sellos que habían pertenecido al tío Octave.

Aun así, no era por su codicia por lo que guardábamos rencor a la tía Neve. Irritaba y agotaba a todos los que la rodeaban con sus preguntas simplistas, a las que contestaba ella misma sin esperar respuesta.

—¿Qué tipo de leña utilizaban los indios? —preguntó esa tarde. Se había convertido en una de sus preguntas más famosas—. ¡No me puedo creer que haya hecho esa pregunta! —y se fundió en un alarde de autocomplacencia.

Shamengwa le siguió la corriente, cansino, pero Mooshum estaba encantado de tenerla cerca para seducirla con sus encantos. Coqueteaba con ella descaradamente y le preguntó si le apetecería sentarse en su regazo.

—¿Te has sentado alguna vez en un caballo, en una silla de montar? Entonces sabrás que tienes que agarrarte a un cuerno. Yo también tengo uno...

El hermano de Mooshum apartó la mirada, disgustado, y yo pregunté:

—¿Qué cuerno, Mooshum? ¿Dónde lo tienes?

Mamá apareció por la puerta y se quedó observando a su padre con una mirada muy atenta. Me callé. Llevaba un delantal azul a cuadros, bordado con una trenza serpentina amarilla, y aguardaba con los brazos cruzados. Mooshum reparó en ella, se

enderezó, carraspeó y preguntó a la señora Neve Harp si le habían llegado sus cartas. Contestó que sí y que había venido porque necesitaba material para su boletín. Mooshum anunció con entusiasmo que estaba dispuesto a responder a sus preguntas. Shamengwa entrecruzó sus manos. Pero cuando Neve Harp dijo que deseaba retroceder al principio de todo y que quería hablar de cómo la ciudad de Pluto se había formado y por qué se encontraba dentro de los límites originales de la reserva, aunque casi no vivían indios en Pluto, el rostro de ambos hombres se volvió como el de mamá: impávido, con una prudente reserva, y algo más que se me ha quedado grabado en la memoria desde entonces. Comprendí que la pérdida de sus tierras habitaba en ellos para siempre. Esa pérdida también me afectaría a mí. Con el tiempo aprendí que la pena era algo que cada uno de ellos ocultaba según su carácter: mi anciano tío a través de su férrea disciplina, mi madre mediante una bondad estricta y un orden meticuloso. En cuanto a mi abuelo, recurría al paciente arte de la ironía.

—¿Lo que estás preguntando —dijo Mooshum esa tarde, abriendo las manos y torciendo la boca en una mueca abierta y húmeda— es cómo nos fue robada? ¿Cómo pudo consentirse semejante expolio? ¿Cómo pudimos vivir a vuestro lado sabiendo lo que habíamos perdido y cómo nos lo quitasteis?

Neve Harp decidió que se tomaría gustosa un poco de té.

—Yo lo preparo —dije, y entré en casa.

Llené el hervidor de agua y encendí el quemador delantero de la cocina. Encima del fregadero había una pequeña ventana y me quedé ahí mientras el agua empezaba a hervir. Apenas lograba ver por encima del alféizar. Observé a la tía Neve, que meneaba sus diminutos dedos ante los dos ancianos y esbozaba forzadas sonrisas. Mamá entró por la puerta y se quedó a mi lado. Casi nunca me tocaba, así que cuando me puso la mano en la espalda, me la quité de encima, sobresaltada, y enseguida me arrepentí de haberlo hecho. Creo que di un paso hacia ella para que mi hombro rozara su brazo. Permanecimos así las dos y, quizá por primera vez, me di cuenta de que estábamos pensando más o menos lo mismo sobre lo que estábamos viendo.

—No es culpa suya —dijo mamá, pero no me hablaba a mí. Estaba recordando que debía tener pensamientos caritativos para poder soportar a la señora Neve Harp en el patio.

—Yo creo que es culpa suya —respondí.

—¿Ah? Tal vez estés pensando en el dinero —dijo mamá—. Sé que lo sabes. No nos hace falta.

—No había ningún Harp en el linchamiento —dije sin pensar—. Pero sí que había un Wildstrand. Ella se casó con uno.

Me sorprendió que mi madre no cuestionara el hecho de que yo supiera lo que ella había encomendado a Mooshum que no nos contara. Sólo tomó aire.

—Bueno —dijo—, y los Buckendorf. Eso fue hace mucho tiempo. Y mira cómo

Mary Anita ha vuelto para ayudar a los niños pequeños de la parroquia —su voz adoptó ese tono piadoso y demasiado prudente que siempre me hacía alejarme de ella. Me aparté.

—Ah, ella —fingí, y permanecimos calladas un rato. Justo antes de que el agua se pusiera a hervir, mamá reaccionó.

—Evelina, tú sabes que tu abuela Junesse no era del todo chippewa.

—Sí —respondí.

—Su padre la abandonó y, claro, la crió una tía. El nombre de su padre era Eugene Wildstrand.

Me quedé mirando por la ventana, como si no hubiese oído lo que acababa de decir. Pero pensé para mis adentros que ahora entendía por qué no habían colgado a Mooshum *hasta la muerte*, tal y como lo había expresado su hermano. A mis espaldas, oí cómo mi madre retiraba el hervidor del fuego. El asa tintineó un poco mientras lo dejaba en la mesa. Con los dedos, cogió las hojas de té de una lata y, a continuación, las dejó caer en la tetera y cerró la tapa del bote. Oí caer el agua caliente mientras la vertía en la tetera marrón. Después volvió junto a mí. Esta vez, cuando puso la mano sobre mi hombro, no la aparté. Esperamos juntas a que se hiciera el té tal y como les gustaba a los dos hermanos, fuerte y amargo. Neve Harp podría añadirle medio kilo de azúcar y aun así nunca sería lo bastante dulce.

—En fin —dijo mamá—, puedo contártelo todo. ¿Qué más da? Te vas a enterar de todos modos. Tu tía Geraldine y el juez Coutts están... —pero era incapaz de decirlo. Sólo exhaló un fuerte y sonoro suspiro y se llevó las manos al pecho.

—¿Embarazados? —pregunté.

Mamá me miró con sorpresa. Después, comprendió que yo no sabía realmente lo que decía.

—Tu tía no puede tener hijos —dijo con pesadumbre.

—Ah —dije—. ¿Entonces qué? ¿Qué es lo que están?

Pero mi madre se arrepintió de haber hablado y me envió fuera con las tazas de té.

Líneas

La historia que Mooshum nos había contado tuvo sus consecuencias: la primera fue que ya no volví a mirar a la gente de la misma manera nunca más. Empecé a obsesionarme con el linaje. Cuando alcancé las últimas páginas de mi pequeño diario de piel de leopardo (cuya llave se había vuelto inservible desde que mi hermano había roto la cerradura), escribí cuanto podía recordar de la historia de Mooshum y, a continuación, el nombre de los parientes de todas las personas que conocía: padres, abuelos y antepasados. Seguí el rastro de la historia sangrienta de los asesinos a través de mis compañeros de clase y amigos, hasta que pude esbozar elaboradas telarañas con líneas y círculos que se iban entrecruzando. Lo dibujé todo a lápiz. Había algunas personas, entre las que se encontraba Corwin Peace, cuyo mapa

resultaba tan complicado que, de tanto borrar partes, desgasté el papel. Aun así, no podía eliminar las preguntas subyacentes y Mooshum no ayudaba nada. Soportaba mis interrogatorios en silencio y con un gesto de enojo. Yo insistía y le preguntaba una y otra vez por pequeños detalles, pero respondía con evasivas, para salir del paso. No volvió a hablar con la fluidez de ese primer relato. Su frasco de medicina, que nuestra madre le había confiscado, había contenido whisky. Nadie sabía de dónde lo había sacado. Ella nunca consiguió que dejara la bebida. Yo seguía queriendo mucho a Mooshum, por supuesto, pero tras aquel relato algo cambió en mi forma de verle, como si hubiera pisado un riachuelo de agua pura y una ola de cieno hubiera brotado bajo mis pies.

## **El juez Antone Bazil Coutts**

## De la naturaleza de las cosas

En el momento en que me crucé con Geraldine Milk en el estrecho pasillo de las oficinas tribales, decidí que tenía que casarme con ella. Mientras nos apartábamos bruscamente hacia un lado, con un leve movimiento de cabeza, sus pechos, bajo una sencilla blusa blanca, pasaron justo debajo de mi línea de visión. No podía sustraerme a la atracción de esos senos y me obligué a mirarla a los ojos, pero aun así, pude percibir el delicado aroma de su jabón, mezclado con un fuerte olor a sudor femenino. Se me erizó el pelo de la nuca, me quedé inmóvil, me giré como una marioneta manejada por unos hilos para seguirla con la vista mientras se alejaba por el pasillo. Geraldine tenía un caminar elástico y muy femenino, pero no había nada provocativo en él. A decir verdad, más bien denotaba un aire de «dejadme-en-paz». Se la consideraba una mujer fría y distante porque nunca se había casado. Roman, su primer novio, el del tren de pasajeros, había fallecido en un accidente de coche y Geraldine no se había vuelto a enamorar. Yo tenía mis propios desgarros en ese terreno. Ambos teníamos eso en común.

Por supuesto, Geraldine lo sabe todo. Es una especialista en el registro tribal y guarda por orden alfabético los secretos de todo el mundo. De hecho, mi trabajo me lleva a recurrir a su pericia en numerosos asuntos de sangre que se me presentan. Unos días más tarde, la visité en su despacho. Saludé con la cabeza al entrar en la habitación y Geraldine apartó la mirada.

—Soy Antone Coutts —anuncié.

—Sí —respondió.

Sus ojos, negros y rasgados en un rostro pálido y sereno, se posaron sobre mí con una extraña intensidad, pero sin la menor calidez. No expresaban la más mínima amabilidad, aunque hizo una leve mueca. Alzó las cejas una décima de segundo. Aquel día lucía un vestido rosa ajustado en la cintura y una corbata negra. Llevaba medias muy finas y zapatos negros con poco tacón. Se había puesto un perfume de gardenia que desprendía a su paso la sugerencia de una vegetación húmeda. Una mujer que olía a trópico, aquí en Dakota del Norte. La observé mientras abandonaba el despacho, y Margaret Lesperance, que había sido testigo de su desaire hacia mí, comentó en tono compasivo:

—Su viejo tío debe de estar esperándola ahí fuera.

En aquel momento pensé que Margaret había dicho eso sólo para disimular lo embarazoso de la situación. Me parecía evidente que Geraldine no quería saber nada de mí. Pero después supe que su tío había estado realmente esperándola y que, por

supuesto, ella había pretendido desde el primer momento conocerme mejor. Sí, había intentado evitarme, pero el motivo no era, tal y como yo había imaginado, el modo en que consideraba mi pasado o juzgaba a mi familia. Era una mujer desenfadada porque así era su forma de ser. Era una mujer cauta.

Pasó mucho tiempo antes de que Geraldine llegara a dirigirme la palabra, y más aún antes de que se sentara a tomar un café conmigo. Con motivo de una conferencia en Bismarck, al fin cenó conmigo: en la cola del bufé escandinavo, me colé justo detrás de ella y, cuando se dirigió hacia una mesa, la seguí. Hablamos de asuntos generales y tópicos, para conocernos mejor, pero todo ese tiempo yo sólo deseaba decirle: «Voy a casarme contigo, Geraldine Milk, y tú te vas a casar conmigo».

A pesar de mi impaciencia, logré disimular mi entusiasmo. Me habían contado que las chicas Milk tenían mucho genio y no quería empezar provocando su enojo. Después de la conferencia, cuando volvimos a casa, mantuve una correcta y aburrida distancia, aunque de vez en cuando pensaba que me moriría de todas las cosas que no me atrevía a decirle en su presencia. Mi amor por la música de su tío fue de gran ayuda: a menudo iba a visitarle para sentarme a su lado por las noches. En otras ocasiones, me pasaba por su casa a primera hora de la mañana, le preparaba una tetera de té bien cargado o le invitaba a desayunar fuera. Solía hacer eso los fines de semana. La primera vez que Geraldine se presentó en casa de su tío y me encontró allí, fingí una gran sorpresa. Pero no la engañé.

—¿Ha venido usted a cortarse el pelo, señor juez? He traído mis tijeras.

Sacó un par de tijeras de su bolso y las abrió y cerró en el aire con un chasquido. Tuve ganas de decirle que podía hacer lo que quisiera conmigo. Estoy casi seguro de que lo leyó en mi cara y se apiadó de mí. Guardó las tijeras.

—¿Le gusta pescar? —le pregunté. Puede que fuera una forma un tanto extraña de acercarse a una mujer, pero yo estaba sufriendo mucho.

—No —respondió.

—¿Le gustaría venir a pescar de todas maneras?

—De acuerdo.

Así que al día siguiente salimos juntos en el barco de un primo mío, una pequeña lancha con un motor de cuarenta y cinco caballos. Llevaba unos pantalones vaqueros remangados y una camisa a cuadros almidonada. Su cabello, un peinado con rizos lleno de gracia, le caía sobre los hombros. Por todo maquillaje llevaba un pintalabios de color rojo intenso, y pensé que si me dejara inclinarme sobre ella en el bote sujetaría su rostro, rozaría sus labios con la punta de mi dedo pulgar, la miraría a los ojos y la besaría despacio. Me estaba imaginando lo que haría cuando dijo «¡cuidado!» bruscamente. Habíamos estado a punto de chocar contra una roca, aunque yo sabía que estaba ahí. Sacudió la cabeza.

—Va a conseguir que nos quedemos aquí colgados, señor juez.

—No soy un juez que mande colgar a nadie.

—¿Conoce usted esa historia?

—Claro.

Le conté que Henri y Lafayette, los dos hermanos mayores de Cuthbert Peace, habían salvado, tiempo atrás, la vida de mi abuelo. Nos detuvimos en lo que parecía un buen lugar, lanzamos las cañas de pescar, recogimos el sedal, volvimos a lanzar y a recoger sin mediar palabra. El silencio no resultaba incómodo. Sabíamos de dónde veníamos. Al cabo de un rato, empezamos a hablar de manera general precisamente de eso. Hablamos de historia y reflexionamos un poco acerca del futuro. Nuestra reserva tal y como existe ahora está delimitada por tres pueblos: Hoopdance, Argus y Pluto. Este último —el más cercano, pero en la frontera occidental y, por lo tanto, alejado de las carreteras más transitadas— no acabó de beneficiarse de la ligera estabilidad e incluso la ocasional prosperidad que llevó a la reserva la pequeña industria. Como el Gobierno ofrece incentivos fiscales a las empresas que se instalan aquí, hemos empezado a abandonar la ganadería como base de nuestra economía, a pesar de que los pueblos que nos rodean se vacían y mueren. Es una pena ver cómo van desapareciendo, pero Geraldine y yo estábamos de acuerdo en no malgastar nuestra compasión. Durante el invierno de la gran hambruna, cuando decenas de los nuestros morían, los vecinos de Argus vendieron sus cereales y rifaron un gran piano. Hace menos tiempo, cuando viajamos a Washington para luchar contra una política que habría puesto fin a nuestra relación con el Gobierno de Estados Unidos, garantizada por un tratado, sólo un abogado de Pluto salió en nuestra defensa: mi padre. Y en 1911, cuando una familia fue asesinada brutalmente en una granja que se hallaba un poco más al oeste, una partida de linchadores se lanzó rápidamente contra un puñado de nuestra gente que vagabundeaba por ahí. Persiguieron y atraparon a tres hombres y un muchacho y los colgaron a todos, salvo a Mooshum. La historia que Geraldine acababa de mencionar. Le conté que, más tarde, la patrulla ciudadana reconoció que probablemente se había equivocado. Geraldine no lo sabía.

—«Es que ocurrió en el fragor del momento», dijo uno. Me parece que fue Wildstrand. ¡En el fragor del momento!

Geraldine añadió:

—¿Qué es lo que no ocurre en el fragor del momento? Alguien ha tomado el momento para actuar siguiendo sus propios prejuicios. Es así. O la historia. A veces es la historia.

Pesqué un par de pececillos y los devolví al agua. Algo mordió el anzuelo de Geraldine y su caña se dobló.

—Apuesto a que es una tortuga.

—Rebobine muy despacio, deje que nade hasta usted. Atráigala con paciencia.

Geraldine, por supuesto, sabía cómo pescar una tortuga mucho mejor que yo. No



teníamos una redcilla, así que iba a tener que atraer el animal a lo largo del casco de la lancha. Cuando lo arrastró más cerca, reparé en la enorme cabeza redonda y las gruesas jorobas y supe que era una tortuga gigante. Me sorprendió que no mordiera el sedal para soltarse y escapar. Era tan grande como un neumático y flotaba a ras de la superficie. Con sumo cuidado, guardé mi caña de pescar e intenté pensar en cómo sacar el monstruo del lago. Habría preferido soltar la tortuga antes que arrastrarla, no porque me diera pena alguna, sino porque las tortugas gigantes muerden con tremenda virulencia. Cuando sugerí a Geraldine que la dejáramos libre, me lanzó una mirada llena de emoción y dijo:

—¡No, Clemence hará una sopa de tortuga francesa!

Así que me resigné, crucé los dedos y esperé no perderlos.

—¡Ahora, ahora! ¡Agáchese y cójala!

La tortuga de Geraldine nadaba junto al casco del barco. Me incliné por la borda y agarré la concha, pero no conseguí sujetar el animal. Dos veces se me escapó, lo que exasperó a Geraldine.

—Tenga, coja esto. Yo ya he atrapado muchas tortugas gigantes antes.

Dejó la caña de pescar en mi mano y tiró del bicho por la cola, por encima de la borda, hasta meterla en el bote. Era la tortuga gigante más grande que había visto jamás, con una baba verde oliva que le crecía en la espalda formando dibujos y ese extraño y recalcitrante pico de dinosaurio. Tenía un cuello enorme y flácido, y su nariz se reducía a un punto delicado y espeluznante.

—Se remontan a millones de años y no han cambiado en nada —dije. Tenía previsto golpear la tortuga con el remo de emergencia en caso de que nos atacara, pero se quedó muy quieta. Geraldine observó fijamente la concha, mientras permanecía sentada muy erguida con las manos en el regazo. Su inmovilidad se prolongó y su semblante se tornó gris.

—¿La devuelvo al agua? —pregunté. No respondió. Seguí hablando—: La tortuga que mi primo conservó como mascota intentó poner huevos al cabo de dos años de estar sola en el acuario. Me imagino que las hembras pueden conservar el esperma por mucho tiempo, si es necesario.

Intenté callar, preguntándome hasta qué punto un hombre podía volverse idiota, pero su silencio me ponía nervioso.

—Lo sé —dijo al fin—. Mi cuñado estudia los reptiles.

—¿Pasa algo? —pregunté después de que ambos permaneciéramos demasiado tiempo contemplando aquella tortuga en el fondo de la embarcación.

—¿No lo ve?

La tortuga se mostraba ahora más inquieta. Abría sus ojos llenos de fango y asomaba la cabeza como una serpiente; a continuación, abría la mandíbula de par en par. El interior de la boca era grotesco, vistosamente carnoso, y desprendía un leve

hedor a almizcle de tortuga.

—La hemos asustado —comenté con voz débil a la vez que sujetaba el remo ante mí. La cosa avanzó y se golpeó contra la pala, haciendo crujir la madera. Solté un grito, pero Geraldine me ignoró.

—¿No lo ve? Fíjese bien —dijo de nuevo.

Ahora que sus mandíbulas apretaban con fuerza el remo, podía concentrarme mejor. Pero seguía sin ver nada, hasta que dibujó las iniciales en el aire, justo encima de la espalda de la tortuga: G y R.

—Roman y yo atrapamos esta tortuga hace mucho tiempo, cuando era una cría —explicó—. Él grabó nuestras iniciales en la concha. Yo estaba furiosa. Le dije que como la iba a matar de todas maneras, podíamos hacer una sopa con ella al menos.

—Vaya —dije tontamente al cabo de un momento—, ya había pescado aquí antes.

Maldije a Roman por morir y a la tortuga por sobrevivir. Maldije a la tortuga por morder su anzuelo; la maldije por dejarse subir al barco. Con esta señal del pasado, mi noviazgo podría verse retrasado otros diez años más. Para entonces sabía que la vena romántica de los Milk podía tornarse fatalista.

Geraldine cogió mi navaja y cortó el sedal. Aunque en ese momento me sentía capaz de comerme la tortuga cruda, la levantamos (seguía mordiendo el remo) y la tiramos por la borda. Estabilicé el barco. Geraldine sujetó un extremo del remo y la tortuga flotaba al otro, mirándonos de forma extraña, como un perro, hasta que Geraldine ordenó al animal:

—Suéltate.

El animal se hundió, obediente, y ella se quedó sentada, mirando con el ceño fruncido cómo desaparecía. Al cabo de un rato, arranqué el motor.

«Todo está perdido», pensé, «definitivamente, y mi suerte también». Sin embargo, no me sorprendió. Perder a las mujeres que queríamos era un rasgo distintivo que heredábamos todos los varones Coutts.

Aquella noche, mientras preparaba mi cena de solterón (latas de esto con latas de lo otro), intenté convencerme de que debía persistir. Pensé en los amores de mi abuelo y sus horrendas pruebas. Él formaba parte de la primera y fallida expedición al lugar donde se erigió el pueblo; era el más joven de un grupo de locos codiciosos, o capitalistas aventureros, que casi se mueren de hambre antes de convertirse finalmente en algunas de las primeras personas en sacar provecho financiero de esta parte del mundo. La afortunada pesca de una tortuga les había salvado entonces, y ese pensamiento me reconfortaba ahora. Había leído sus viejos diarios. Algunos de sus otros libros se amontonaban en la otra habitación de mi casa, a la espera de unas estanterías. Las paredes del salón ya estaban abarrotadas con una doble columna de volúmenes. Cajas con carpetas y más libros llenaban el sótano. Aunque esos libros eran valiosos, yo no los cuidaba como un fanático. Sí, eran muy antiguos, pero

estaban ahí para ser leídos por un ser humano vivo y yo les hice ese honor. Mientras sujetaba uno de mis libros favoritos con una mano y leía, levanté despacio una cucharada de estofado de ternera caliente con alubias. Por fin encontré el fragmento que buscaba. «La primera señal de una mente bien organizada es la capacidad del hombre para permanecer en un mismo lugar y entretenerse consigo mismo». Lucio Anneo Séneca, el Joven.

De postre, como siempre, macedonia.

## La fiebre de la ciudad

Entonces al igual que siempre, la enseñanza estaba mal remunerada y la juventud de Saint Anthony no valoraba lo suficiente los escritos de Marco Aurelio como para convertir la vocación de Joseph J. Coutts en una obra de amor. Además, tenía que pensar en el amor verdadero. Sentía que debía moverse con mayor seguridad en ese reino dorado, pues estaba a punto de cumplir veintiséis años. Sin embargo, mientras daba vueltas por la noche en la habitación, por la que sin duda pagaba demasiado, en la residencia de la viuda Dorea Ann Swivel, sus perspectivas sólo se traducían en un mortificante dolor de cabeza. Durante un corto periodo de tiempo se había relacionado con una mujer llamada Louisa Bird —menuda, guapa, unos cuatro años mayor que él y presbiteriana para su desgracia—, pero en ningún caso la muchacha le había llegado a besar y le fue arrebatada durante un paseo en trineo por un joven pastor de Saint Paul con un par de magníficas patillas. Aquel ladrón borró de un plumazo toda indecisión por parte de Joseph y ahora no lograba sacársela de la cabeza. Así que ardía, muy en secreto, aunque a veces, cuando caminaba atravesando el frescor del alba para encender la estufa en la antigua oficina del aserradero que hacía de escuela, casi podía sentir el aire chamuscándole y se preguntaba si la viuda, por ejemplo, comprendía la naturaleza de su carga.

Al poco tiempo de que Louisa se arrojara a los brazos del pastor, comprendió que la viuda sí lo entendía. Una noche, oyó un golpe seco en la puerta y la señora Swivel, que era ancha de caderas, poco agraciada y muy sagaz, entró en la pequeña y fría habitación. El armazón de su cama no parecía lo bastante robusto como para soportar el peso de ambos, y aunque el aroma a masa de pan de su cuerpo era dulce, se preguntaba preocupado, mientras se abría paso hacia el cielo, quién de los dos pagaría una nueva cama si ésta llegaba a derrumbarse. Sus noches compartidas se hicieron cada vez más frecuentes y la cama más frágil. Ató las patas a la estructura con una gruesa cuerda y apuntaló la base de la cama con piedras sacadas del río. La mujer le dio de comer mucho mejor que a sus otros inquilinos, despertando cierto recelo en ellos. Pero no sintió miedo de verdad hasta el primero de noviembre, cuando le devolvió la mitad del alquiler y le dijo, con una sonrisa pícara, que le había bajado el precio. Por lo tanto, Joseph Coutts estaba dispuesto a dar un giro a su vida cuando se encontró con Reginald Bull, que buscaba a un hombre para unirse a una expedición en busca de un lugar donde levantar un pueblo en las praderas.

Reginald hacía bastante honor a su apellido<sup>[2]</sup>. Bull era un hombre corpulento, con un cuello ancho y fuerte, pero tenía unos preciosos y tímidos ojos castaños y una

boca de pitiminí roja de la que solían burlarse. Según expuso Bull, Odin Merrimack y el coronel LeVinne P. Poolcaugh, dos especuladores de tierras, estaban organizando una partida de hombres, que equipaban con su propio dinero y a la que enviaban más allá de la frontera entre Dakota y Minnesota, para explorar y reivindicar el derecho de ocupación de enormes extensiones de tierra, que sin duda se convertirían en pueblos, incluso quizá en ciudades, cuando llegase el ferrocarril a ese rincón del mundo. Los hombres cobrarían en parcelas de tierra, explicó Bull, y ya se hablaba de millones; no era la primera vez que oía aquello. Sin embargo, no eran los únicos en padecer la fiebre de la ciudad. También se organizaban otros equipos. Pero ellos superarían a todos al emprender el viaje en lo más crudo del invierno.

—Yo he visto a hombres hacerse ricos aquí —dijo Joseph—, pero hasta el día de hoy no he visto hacer fortuna a ninguno que empezara siendo pobre.

—Es una oferta que ya está en marcha —insistió Bull—. Además llevaremos el mejor equipo posible. Dos carretas de bueyes y un cocinero. Y no sólo eso, tenemos a los guías más listos del país: Henri y Lafayette Peace. Nos sacarán de cualquier apuro.

Aquello impresionó a Joseph. Henri Peace tenía mucha fama, aunque nunca había oído hablar de Lafayette. También viajaba con ellos un alemán llamado Emil Buckendorf con tres de sus hermanos, todos ellos excelentes conductores de carretas de bueyes.

—Dame una noche —contestó Joseph. Pero cuando pensó en volver a su cuarto y recordó el estado de las patas de la cama, cambió de parecer y aceptó en el acto.

Aquella misma tarde fue a ver al supervisor de la escuela del distrito y presentó su renuncia; esa noche dio el preaviso a la propietaria. Se imaginó que tal vez Dorea estaría abatida por su marcha, incluso enojada, pero cuando le explicó el plan y le contó lo que ganaría con el futuro asentamiento, el rostro de la mujer se iluminó hasta resultar casi hermoso. La perspectiva de poder ganar semejante dinero con tan sólo acampar en un terreno la emocionó tanto que a punto estuvo de querer marcharse ella también. Alarmado, Joseph recalcó que los guiarían los *bois brûlé*, o indios metis franceses, y el semblante de la mujer se quedó más tieso que el parche de un tambor.

Esa noche la mujer le dejó tranquilo y le sorprendió descubrir cuánto la echaba de menos. Incapaz de conciliar el sueño, encendió una vela y hojeó las *Meditaciones* hasta que encontró la que necesitaba, aquella que le decía que dejara de deambular al azar o de esperar para leer los libros que reservaba para su vejez, que se despidiera de vanas esperanzas (¡Louisa!) y saliera en su propio auxilio, si se quería a sí mismo y mientras todavía estuviera en sus manos. Apagó la vela de un soplo y guardó el libro debajo de la almohada. Había tomado la decisión correcta, de eso estaba seguro, e intentó no pensar más en el aterciopelado abrazo de Dorea Swivel. Pero la noche era fría y su manta delgada, y resultaba imposible no ansiar el calor que la mujer

generaba o desear que su cabeza reposara en los suaves músculos de su brazo. Habría más privaciones así, se dijo; sería mejor irse acostumbrando. Durante el siguiente año, para entrar en calor, tendría que acurrucarse junto a peludos y apestosos hombres. Lo que los hombres llamaban «aventura» solía consistir en aguantar estoicamente espantosas miserias cotidianas. Joseph Coutts lo sabía, al menos en teoría, así que esa noche intentó disciplinarse para apartar cualquier pensamiento sobre los dos grandes secretos de Dorea: una facilidad pasmosa para las palabrotas, que le susurraba al oído, y una serie de movimientos bruscos y salvajes que casi le hacían desmayarse de placer. No pensaría más en esas cosas. No, no lo haría.

### La expedición

A la mañana siguiente, Bull fue a verle para que le firmara unos papeles y le condujo al establecimiento del coronel Poolcaugh, donde estaban cosiendo las ropas para la expedición y donde dos mujeres islandesas terminaban una enorme manta acolchada con relleno de lana, fabricada especialmente para que los nueve hombres durmieran debajo todos juntos. Emil Buckendorf se encontraba allí: moreno, con los dientes puntiagudos y unos ojos tan claros que parecía que le ardía una luz en el cráneo. Era un joven tranquilo y muy eficiente; ayudaba a coser a las mujeres y lo hacía muy bien además. Los dos guías eran muy diferentes el uno del otro. Lafayette era un hombre distinguido y extremadamente atractivo, con un fino bigote, lustrosas patillas y astutos ojos negros. Henri era tan macizo como Bull, aunque de menor estatura y con un aire tan seductor como tranquilizador. También estaba allí el cocinero, English Bill, un hombre cuyas enormes patillas sobresalían de su cara y pronto caerían hasta cubrirle el cuello. Joseph había desarrollado cierto recelo hacia las patillas descomunales, pero le gustaba English Bill, que regateaba y fastidiaba al coronel Poolcaugh con una energía fascinante. Bill se mantenía inflexible en la necesidad de suministrar un equipo completo. Asimismo insistía en llevarse a su perra, una pequeña y rechoncha terrier de pelo corto, blanco y castaño, y obligó a Joseph a que se probara cada prenda del equipo; eran tantas que Joseph estaba dispuesto a aceptar la pila sin más, pero cuando se probó las tres camisas y los tres calzones de lana, los tres pares de medias y los mocasines encima, hubo que realizar algunos arreglos. Había que modificar un sobretodo de tela vaquera de Kentucky y sus chanclos de piel de alce necesitaban más cordones. Un casco imponente hecho de piel de cordero le llegaba hasta los hombros, con orejeras a ambos lados para taparse rápidamente la nariz; por último, había un par de mitones de piel. Una vez que se lo hubo puesto todo, Joseph tenía tanto calor que apenas podía respirar, ya que era un día caluroso para ser el mes de diciembre. Pero a finales de mes, cuando la partida emprendió el viaje, ya podía decirse que se trataba del invierno más crudo y frío que se recordara por esos pagos.

Cuando se separó de Dorea Swivel, la mujer le regaló una fotografía de ella

misma. Estuvo a punto de devolvérsela, al considerar que no era justo aceptarla; si bien le encantaba su mullido y cálido cuerpo, no se imaginaba un futuro junto a alguien que no sabía leer y apenas sabía escribir su nombre, aunque se le daban muy bien las sumas y las restas. Pero algo le llevó a guardar el pequeño medallón con el retrato de la mujer, tan sencilla y firme, con la ancha cara simétrica debajo de una severa raya en mitad de su cabellera. Era como si tuviera el presentimiento de que se embarcaba en un viaje que le llevaría al borde de la locura y que necesitaría el sólido peso de su mirada para sujetarle.

### El gran viaje

Con cinco yuntas de bueyes y dos trineos contruidos para trayectos difíciles, los hombres partieron de Saint Anthony. Los únicos enseres personales que Joseph se llevó consigo fueron el medallón y el libro que contenía los escritos de Marco Aurelio. Uno de los trineos iba cargado de maíz y mazorcas para el ganado y el otro llevaba víveres para los hombres, además de todos los aperos que Bull, Emil Buckendorf y Joseph Coutts necesitarían para labrar la tierra y sobrevivir allí fuera durante todo un año. Los demás hombres serían repatriados en cuanto se secase la pradera en primavera y, al mismo tiempo, se suministrarían nuevos víveres a aquellos que se quedaran. A los dos días, el camino desapareció y Joseph, Henri y Lafayette se abrieron paso con raquetas, caminando delante de los bueyes, que se hundían en la espesa nieve o se cortaban los menudillos en la pradera reseca, donde el viento había formado una corteza despiadada. Un paso tras otro, avanzaban unos trece kilómetros diarios. Por la noche, montaban las tiendas, encendían una buena hoguera, cortaban espartillo en las marismas y lo apilaban en la nieve para formar un jergón; a continuación, extendían sus abrigo de piel de búfalo y los hules sobre la hierba y se metían, vestidos, en su enorme cama comunal. Los dos guías se turnaban para dormir con su tesoro más preciado: un violín, guardado en un estuche forrado de terciopelo, al que besaban como si fuera una mujer. En cuanto se tapaban con el inmenso edredón, los hombres empezaban a entrar en calor y se dormían, aunque cada vez que uno de ellos se daba la vuelta los demás hacían lo mismo. Las noches eran por tanto de lo más animado, pero al principio no resultaban insoportables, pensó Joseph. Sin embargo, sólo estaban en enero y ninguno de ellos tendría la posibilidad de darse un baño antes de la primavera. Nunca había sido una persona demasiado quisquillosa, pero la comida que preparaba English Bill era una losa en el estómago y, una noche, los hombres dieron rienda suelta a tal cúmulo de ventosidades que casi hicieron volar el edredón. En medio del concierto, Henri Peace empezó a reírse y a gritar en la oscuridad, elogiando a los hombres por tocar tan fuerte en sus propios violines franceses. Joseph también se echó a reír, pero Emil Buckendorf se ofendió.

—*Gawiin ojidaa, ma frère*—dijo Henri, que hablaba el dialecto francochippewa tan bien como el inglés o el chippewa puro, o el cree—, siento haberte insultado.

Pues estabas tocando el clarín alemán, ¿no es así?

Emil se calló y rechinó los dientes. Joseph oyó el ruido de sus muelas. Pero la noche era demasiado fría para pelearse. Nadie quería salirse del edredón.

Cuando Joseph se levantó por la mañana y extendió la vista sobre el enorme cuenco blanco del universo, descubrió que el sol tenía dos perros a cada lado y estaba coronado por una medialuna ardiente. Fue una vista tan repentina, hermosa y desalentadora que se le humedecieron los ojos mientras se quedaba ahí paralizado.

—*Oui, frère Joseph*, llora ahora mientras te quedan fuerzas —comentó Henri, mientras le tendía una taza de hojalata con té caliente—, estaremos agotados para cuando llegue la tarde.

Como todo lo que decía Henri, así fue.

Se toparon con pesados cúmulos de nieve en la pradera incombustible y tuvieron que abrirse camino con las palas. Paso a paso, lograron avanzar unos ocho kilómetros. Henri y Lafayette descubrieron unas huellas de alce y fueron detrás de los animales, con la esperanza de complementar la carne de cerdo salada de English Bill. En cuanto desaparecieron, la ventisca amainó y los hombres se dispusieron a montar el campamento, arrastrando la leña e intentando armar la carpa. Pero el viento, que levantaba la nieve en capas horizontales, apagó el fuego y aplastó la carpa hasta desconcertar y apalea a los hombres, que tropezaban con torpeza con esto y lo otro. Henri regresó y les exhortó a que hicieran la cama allí mismo y se acostaran enseguida. Mientras extendían los abrigos de piel de búfalo y los hules, la nieve se iba filtrando en la piel, pero los hombres se tumbaron, con Lafayette a un extremo e English Bill al otro, porque siempre dormía con su terrier. Durante un largo rato, los hombres temblaron tanto que Henri gritó algo a Lafayette en chippewa, unas palabras que Joseph reconocería más tarde, cuando aprendiera a entenderlas mejor, y que se referían a un método sagrado de adivinación por el cual los espíritus penetraban en una tienda particular y la hacían temblar. Los temblores fueron cesando poco a poco. Los hombres se relajaron unos junto a otros y Joseph, apretado entre dos Buckendorf, se adormiló pensando en si volvería a despertar, pero demasiado cansado como para que le importase mucho.

Poco antes del amanecer, Joseph se despertó en efecto al sonido de unos hombres cantando. Asomó la cabeza desde la cama y descubrió que la manta estaba totalmente cubierta por una gruesa y brillante capa blanca. De las grietas en la nieve que había en los bordes manaba un poco de vaho. El viento había cesado y ahora les paralizaba un intenso frío. Henri y Lafayette habían encendido una hoguera y se secaban ante el fuego. Henri interpretaba una giga de una alegría conmovedora. Lafayette tocaba un tambor de mano mientras daba saltos arriba y abajo y cantaba en voz alta una canción que semejava el aullido de la ventisca. Los Buckendorf maldijeron y chillaron en cuanto emergieron de la cama, empapados, al frío glacial, pero la música, que según



explicó Henri a Joseph debía levantarles el ánimo, surtió efecto. Algo en la canción, que Joseph empezó a repetir con los guías, le conmovió. Mientras giraba cada flanco de su cuerpo hacia el fuego y cantaba, se apoderó de él una asombrosa consciencia. La violencia de la tormenta, el crepitar del fuego, el reflejo de las llamas en los oscuros rostros de los guías o en los rasgos más dulces de Bull y en los extraños ojos blanquecinos de los alemanes le golpearon con una fuerza indeleble. Le invadió una repentina, fiera y oscura felicidad. Soltó una sonora carcajada, miró a Henri a los ojos, que brillaban sobre el cuerpo ruano del violín, y comprendió que se habían salvado de milagro. Si la nieve no les hubiera cubierto, se habrían congelado con ese frío extremo y habrían muerto mientras dormían, soldados unos a otros por el hielo, convertidos en una masa compacta hasta que la primavera hubiese permitido que aquel extraño emparedado humano se derritiera y se pudriera.

Joseph no tuvo oportunidad de reflexionar sobre esa perspectiva, pues durante los cuatro días siguientes avanzaron sumergidos en la nieve e incluso caminaron sin tregua por una noche oscura y también durante todo el día siguiente, su habitual y consagrado domingo de descanso, a través de una mesa de póquer consistente en una extensión de pradera de cuarenta kilómetros de ancho, por miedo al viento en aquel páramo desprotegido. Los guías se orientaban gracias a la estrella polar y la partida se detuvo, desconcertada, cuando las brumas heladas empezaron a caer sobre ellos cada pocas horas. Cuando los bueyes se detuvieron, los Buckendorf se desplomaron de los trineos, como si los hubieran disparado, y se quedaron dormidos en la nieve. Emil golpeó a su hermano hasta que despertó, y los hombres y los bueyes siguieron avanzando con paso incierto. En un determinado momento, mientras caminaba adormecido, unas palabras brotaron en la mente de Joseph. «No te comportes como si fueras a vivir diez mil años. La muerte pende sobre ti. Mientras vivas, mientras esté en tus manos...» Al haber sobrevivido a la noche de la tormenta de nieve, Joseph tomó la determinación de que no sería en vano si también había de sobrevivir ahora. Era cierto que su propósito original en esta expedición había sido convertirse en un hombre rico, pero ahora, en la noche inconmensurable, comprendió que había algo más. Había visto cómo la ventisca surgía de la nada, se abatía sobre ellos y regresaba a la nada de donde había emergido, al igual que los hombres. Algo poderoso le aguardaba. Debía estar preparado para ello. Se quedó completamente dormido mientras caminaba, y cuando despertó, uno de los bueyes estaba en el suelo. Los hombres intentaban persuadirlo para que se levantara a base de golpes. Los pobres animales tenían los espolones hinchados como teteras y dejaban a cada paso un chorro de sangre en la nieve. Joseph se acercó al buey, se agachó sobre su enorme cabeza y sopló su propio aliento en el espumoso hocico del animal; a continuación, le habló con voz clara y serena hasta que el animal se levantó con un gruñido y avanzó penosamente por las tierras baldías. Fue el primero que mataron para comer.

Era una mala señal: sacrificar a sus propios bueyes antes de llegar a su destino. Henri parecía un poco desanimado. Pero esa noche, mientras asaban su corazón atrofiado, salaban la carne carbonizada y comían, y mientras la pequeña terrier con manchas y ojos marrones mordisqueaba un hueso junto al fuego, Lafayette tocó el violín y ambos guías se pusieron de nuevo a cantar. Sólo que esta vez se trataba de una canción francesa sobre una mujer morena, e incluso los Buckendorf, una vez que comprendieron el estribillo, la bramaron alegremente y sin desafinar hasta que se quedaron dormidos, sin dejar de bromear, como si estuvieran borrachos. La carne fresca y la canción francesa sentaron bien a los hombres, y esa noche Joseph soñó por primera vez con Dorea. Le contaba que había colocado una nueva tabla en la cama, mientras le atraía hacia ella. También los demás hombres, a juzgar por su aspecto a la luz del día, habían tenido un sueño agitado, pues todos presentaban oscuras ojeras y se mostraban alicaídos y taciturnos. Durante todo el día, Bull estuvo soltando fuertes suspiros y dejando la mirada perdida demasiado tiempo en el horizonte.

—¿Está ella allí? —preguntó Henri en cierto momento, señalando la línea que dividía el cielo y la tierra.

—¿Quién? ¿Dónde? —preguntó Bull.

—*Ginimoshe!* ¿Está allí?

Pero Bull no era un hombre de quien uno pudiera burlarse. No tenía el fuerte orgullo de Emil Buckendorf. Y contestó con cierta inocencia.

—Ojalá. ¡Ojalá estuviera allí!

Los guías asintieron, aprobando su devoción. Los demás hombres se callaron tanto por respeto como por envidia. Bull había estado a punto de no participar en la expedición porque se había enamorado. No se trataba de un amor cualquiera, le había explicado a Joseph: era un amor insoportable, era el paraíso. Se la habían presentado los guías y era el ama de llaves y ayudante del médico local que anunciaba: «Cirugía con o sin cloroformo, ¡lo último a precio de ganga!». De hecho, a Joseph el cartel del médico le había parecido un excelente argumento para enriquecerse. También había visto a la muchacha a la que Bull amaba. Era sobrina de los hermanos Peace, hija de su hermana pequeña, una metis católica cuya familia era muy estricta. Tenía la tez de un color crema oscuro. Era redonda y dulce como la miel, con el cabello castaño, casi negro, y diminutas pecas de color canela esparcidas por una nariz razonable. Era bastante bonita, con una mirada franca, pero costaba imaginarla como el objeto de una pasión eterna. Pero claro, reflexionó Joseph, ¿quién era él para decir nada? Guardaba el medallón de Dorea en el bolsillo de su camisa interior y lo sacaba en secreto, de cuando en cuando.

Los polvos de Batner

Alcanzaron la zona que pretendían reclamar un mes después de su partida y con tan sólo seis bueyes y una preocupante falta de harina. English Bill había insistido en

que les suministraran tres toneles y, sin embargo, sólo habían cargado uno. Maldijo a Poolcaugh una y otra vez y escupió hasta que acabó estando furioso por la harina y la calidad de las alubias, que estaban resacas, y convencido de que a buen seguro le habían dado el cambiazo. No obstante, ahora que los hombres habían comido cada plato más quemado y extraño que el anterior, habían entendido que la cocina de English Bill resultaba un desafío tan imprevisible como el tiempo. Ambas cosas pronto empeorarían. Las primeras tormentas de nieve no habían sido nada y les aguardaba en su destino un temporal que duró cuatro días, al que sobrevivieron sólo gracias a la inteligencia de los guías a la hora de elegir el emplazamiento del campamento, levantar la carpa y cubrirla con maleza y nieve de modo que resultara lo bastante acogedora al final del vendaval. Al no quedar casi harina, cuando emergieron al fin, decidieron alimentar a los bueyes con ramajes de olmos y guardar los alimentos —maíz en bruto y mazorcas molidas— para su propia subsistencia. Los repartieron a partes iguales. Joseph rellenó sus calcetines de recambio con los cereales, tan duros como guijarros. Todavía quedaban muchas alubias, pero los hombres habían desarrollado trastornos intestinales y se comían la cena despacio, con desesperación. Por la mañana, bajo su sofocante edredón, querían asesinarses unos a otros. Al principio los hombres codiciaban dormir en el medio, el lugar más caliente, pero ahora ansiaban situarse en los extremos, donde al menos podían respirar un poco de aire puro. Acabaron estando tan débiles de tanto caminar que Bull decidió finalmente meter mano al botiquín con las medicinas que había obtenido del jefe de su amada.

Una noche, siguiendo las instrucciones escritas del médico, preparó una solución de polvos de Batner para cada hombre. Joseph se tragó sus diez gotas como los demás y se metió en la cama. La medicina fue mano de santo para todos. Durmieron como angelitos, tuvieron sueños exquisitos, amanecieron descansados y contentos, y llevaron a cabo además un trabajo de reconocimiento de campo. Con la ayuda de un compás manual, una cinta y una cadena, dibujaron las líneas generales, que completarían al volver a Saint Paul. Joseph había soñado con un banquete con tal lujo de detalles que, durante buena parte de la mañana, pensó que se lo había comido de verdad. Esa noche, pusieron a cocer carne de buey y de cerdo con lo último de la harina para hacer una espesa papilla a la que Henri llamó *booyeh*. Comieron lo mejor que pudieron y aceptaron el tratamiento con ilusión. A lo largo de las semanas siguientes, las raciones fueron menguando. Lafayette mató un lince y los guías sustituyeron las cuerdas rotas del violín con sus tripas, pero la fétida carne les cayó mal a sus estómagos maltrechos. Al final, sacrificaron el último buey y se alegraron de que la medicina también aliviara los calambres provocados por el hambre. Joseph reparó en lo grande que le iba quedando la ropa y en cómo sus carnes parecían pegadas a sus huesos.

—No somos más que cartílago —comentó una noche a Lafayette, que sonrió y se bebió su láudano.

Esa noche todos los hombres soñaron y, de forma extraordinaria, tuvieron el mismo sueño. Allí donde dormían, vislumbraban luces que centelleaban en una enorme rueda levantada en el aire y tazas gigantes, que daban vueltas en la oscuridad al compás de una música de otro mundo. A su alrededor vivían cientos de personas que caminaban, flotaban, emergían y volvían a desaparecer entre las sombras. Había torres y edificios y una variedad de luces que no tenían nada que envidiar a las mejores ciudades de Europa. A la mañana siguiente, mientras tomaban el té y masticaban las calientes tortas de maíz que habían amasado con la última grasa de cerdo recalentada, todos estuvieron de acuerdo en que aquello era una señal asombrosa y maravillosa. Además, ese mismo día, Henri y Lafayette mataron dos crías de búfalo y una vaca. Arrastraron los animales muertos a un cobertizo de maleza en el pequeño y vacío cercado para el ganado, cubrieron la carne con hielo y nieve y clavaron alrededor un sinfín de banderillas para ahuyentar a los lobos. Esa noche cenaron de maravilla y toda la semana siguiente hizo un tiempo despejado. Convencidos de que ya disponían de alimentos hasta la llegada prevista de B. J. Bolt con nuevos suministros, trabajaron con alegría y levantaron una cabaña de troncos. Incluso construyeron en una esquina una plataforma elevada para la cama, así como una gran chimenea. Enseguida pretendieron instalar una puerta de verdad. Bull utilizaba una sierra de hender para conseguir una tabla y marcos para una puerta e incluso una ventana para que entrara un poco de luz.

#### El emisario

Los más devotos del grupo eran Henri y Lafayette Peace, que llevaban un crucifijo pegado a la piel, según se descubrió cuando, un cálido día de febrero, los hombres se quitaron las diversas capas de ropa hasta quedarse tan sólo con dos camisas. Tenían una forma curiosa de hacer las cosas, pensó Joseph. Por ejemplo, para cazar un búfalo se deslizaban en medio de la pequeña manada que se aventuraba a acercarse vestidos con pieles de lobo en la cabeza y los hombros. Como los lobos merodeaban siempre en busca de las manadas, los machos se aproximaban a los hombres y olfateaban sus capuchas, lo que sin duda les hacía pensar que los guías eran lobos muertos. Los búfalos se alejaban y hundían sus enormes hocicos en la nieve en busca de hierba. Cuando ya se encontraban cerca del animal que habían elegido, uno de los dos hermanos se levantaba un poco y lo mataba de un solo disparo a quemarropa, y acto seguido se agazapaban. Manteniendo las armas secas debajo de las pieles de lobo, los guías aguardaban, inmóviles, hasta que los animales que se habían movido, intranquilos al oír el disparo pero sin estampida, volvían a rebuscar la hierba debajo de la nieve. Joseph se encontraba lo bastante cerca como para fijarse en que, debajo de las pieles, los dos hombres se santiguaban y besaban su

crucifijo, y podía asegurar que, mientras esperaban inmóviles, rezaban y daban gracias al Señor. Adoraban su violín y lo llamaban su «amor», su amante. Pero los domingos se convertía en la Virgen María para los *bois brûlé*; sólo tocaban música sacra. Y por muy difíciles que fueran las circunstancias, siempre sacaban sus rosarios al levantarse y rezaban entre dientes mientras recorrían las cuentas con los dedos.

English Bill trataba sus prácticas religiosas con cierto escepticismo e incluso les gastaba alguna que otra broma. También le parecía una buena travesura esconder el espejo que Lafayette utilizaba cada mañana para llevar a cabo su escrupuloso aseo. Pero un día, un lobo sorprendió a la terrier de English Bill en la linde del campamento, la cazó y desapareció de un salto. Dio la casualidad de que Lafayette se encontraba allí y, en un movimiento tan lírico como el del lobo, preparó y alzó su fusil y abatió al predador de un solo disparo, a pesar de que éste había recorrido ya una buena distancia. La terrier saltó de las fauces del animal sin el menor rasguño, olfateó el cadáver y regresó corriendo al campamento, comportándose como si no hubiese pasado nada. Después de aquello, English Bill se deshacía por los dos guías. Y el destino quiso que fuera providencial que Lafayette salvara la vida de la perra, pues, a cambio, la pequeña terrier también salvaría la vida de los hombres.

El tiempo se mantuvo cálido y, después, se tornó más caluroso, hasta que la carne se pudrió y se vieron abocados de nuevo a las alubias. La carne parecía haber regulado los intestinos de los hombres. La carne o el láudano. De nuevo empezaron con la dieta médica. Ahora con una delgadez inquietante, intentaban atrapar a las presas con todo tipo de trampas, pero ni siquiera los hermanos Peace tenían suerte alguna, y una noche, Bull pronunció lo indecible asegurando que todos iban a morir. Anunció que se marchaba al día siguiente, en un último y desesperado esfuerzo por salvar su vida. Regresaba a Saint Anthony. Junto a su amada.

—No lo conseguirás —dijo Joseph.

Se había encariñado con Bull y le estaba agradecido por traer consigo el láudano, que —estaba convencido— era lo que les había salvado de morir en la nieve con los pantalones en los tobillos.

—No te vayas —le rogó—. No dejes que se vaya —imploró a Henri.

Pero los guías sólo asintieron y apartaron la vista. Comprendían que el ama de llaves del médico era la única razón por la que Bull aún seguía con vida. Como la mayoría de los hombres corpulentos, había sufrido los retortijones de hambre con más sevicia que los demás. Incluso había mirado a la perra de English Bill con ojos hambrientos, y por ello, esa noche, English Bill y los guías fueron los únicos que no intentaron disuadir a Bull de su empresa.

El hielo se rompió y, cuando amaneció, el río llegaba a la puerta de la cabaña. Hacia el mediodía, mientras Bull se preparaba para marcharse, el agua se había colado en el interior. Los hombres le dieron la mitad del maíz que les quedaba y se

llevó un cuchillo de carnicero. Todos le dieron la mano antes de que emprendiera el camino y nadie esperaba volver a verle. El deshielo era peligroso: no sólo habían edificado demasiado cerca del río, como ahora podían comprobar, sino que la pradera entre ellos y Saint Anthony se habría convertido en una enorme charca, imposible de cruzar. Bull moriría en el lodo. B. J. Bolt no iba a llegar con un carromato cargado de víveres. Tal vez un poni indio lograra cruzar, comentó Joseph, pero los guías dijeron que no y Henri cortó en pedazos, muy despacio, los mocasines de recambio que había traído y los puso a hervir. Joseph añadió los cordones y la piel de alce que cubría sus botas. Habían dado a Bull para su marcha una ración de láudano mayor de la que le correspondía, y la dosis que tomaron esa noche, al ser la última, les llenó de melancolía.

Cuando amanecieron, el nivel del agua había subido hasta la plataforma de la cama. Entonces decidieron construir, con las pocas fuerzas que les quedaban, un abrigo temporal más alto sobre una pequeña elevación del terreno detrás de la cabaña. Mientras se afanaban lentamente, a Joseph le invadió de pronto el temor de haber dejado las *Meditaciones* al alcance del agua y regresó corriendo a la cabaña para recuperar el libro. Llevaba encima su fusil porque también quería mantenerlo seco. Cuando entró en la choza, vislumbró un movimiento borroso en el agua. A la luz que se filtraba por la puerta abierta, una nutria asomó la cabeza y le observó con la mirada curiosa y confiada de un niño. Despacio, sin quitar los ojos del animal, Joseph apuntó y disparó. La nutria murió en un remolino sanguinolento y Joseph descubrió, cuando la sacó del agua, que tenía lágrimas en los ojos. Rompió a llorar desconsoladamente sobre el cuerpo sinuoso y centelleante del animal.

El libro estaba a salvo. Lo guardó dentro de su abrigo. Algo avergonzado, llevó la nutria a un lugar seguro y la despellejó. Para cuando llevó la carne a English Bill, ya se había repuesto, pero estaba desconcertado ante la conmoción que había experimentado, porque en aquel instante le había invadido el sentimiento atroz de haber cometido un asesinato. Y ese convencimiento aún subsistía en él. La criatura era una especie de emisario. Lo supo cuando el animal sostuvo esa mirada humana. Joseph mismo formaba parte de todo lo que era preservado y destruido por una fuerza misteriosa. Había matado al mensajero. Y la nutria ni siquiera era comestible. English Bill intentó asar la carne sin escaldarla antes y el sabor a pescado podrido provocó arcadas en los hombres. No así en la terrier, que se dio un buen festín.

La perra estaba tan ahíta que al día siguiente ni siquiera probó uno de los treinta y seis pinzones de las nieves que descubrió muertos, amontonados, congelados y en perfecto estado. Los Buckendorf apilaron los pájaros en el regazo y fueron desplumándolos con rápidos movimientos. A continuación, los ensartaron, asaron y comieron, temblando de placer mientras chupaban los huesecillos. Joseph elogió a la perra, que levantó las orejas henchida de orgullo. Después de aquello, la perra les

llevó comida de forma misteriosa en tres ocasiones más. Arrastró dos enormes bagres, que todavía vivían, desde un trozo de hielo. Atrapó una ardilla e intentó cazar una tortuga en un tronco agarrándola por la cola. Cuando Henri vio la tortuga, sonrió y no dejó que English Bill la tocara. Le puso un cebo hasta que el animal mordió el palo y entonces le serró la cabeza. La cabeza no soltó el palo y los ojos siguieron parpadeando incluso después de que su cuerpo fuera troceado y convertido en una deliciosa sopa.

#### Los millones

Los hombres se encontraban por tanto en bastantes buenas condiciones cuando Bull regresó al campamento, arrastrándose como un fantasma, un esqueleto, un ser trémulo con los ojos hundidos y la boca jadeante. Le había crecido la barba y ahora le cubría toda la cara, y tenía el pecho hundido. Sus rodillas y codos estaban desmesuradamente hinchados y los músculos se le pegaban a los huesos. Había perdido las botas y los calcetines, y tenía los pies negros por la congelación. Con el corazón partido de compasión, Joseph cogió al devastado hombre por la cintura y le ayudó a tumbarse sobre una piel de búfalo. Sujetó a Bull como si se tratara de un bebé y le dio de beber un poco de sopa. En cuanto el líquido alcanzó su estómago, el hombre estiró las piernas, propinó dos patadas al aire y expiró. Bull murió con la mirada puesta en los árboles que tenía encima y que empezaban a brotar. Un sinfín de pequeñas borlas doradas centellearon al sol y los millones de destellos se reflejaron en su gesto desconcertado.

#### Lafayette Peace

Pronto los brotes se abrieron, y al cabo de una semana, cuando llegó B. J. Bolt con un aspecto similar al que había presentado Bull, los árboles lucían un manto verde más denso. Hacía más de un mes que había partido con cuatro hombres y tres ponis de carga, además de sus propias monturas, sólo para terminar dándose de bruces con el deshielo. A partir de ahí, no encontraron más que lodo a medio descongelar y cenagales helados. Tras discutir si debían continuar o no, los demás hombres habían abandonado a B. J. dejándole con un solo caballo, que se escapó enseguida. B. J. había comido lo que había podido de los víveres, pero —sorprendentemente, dado que habría llegado a Saint Cloud en dos días— se ató al cuerpo el resto de los alimentos y se dirigió hacia el oeste. A veces tenía que caminar con el agua helada hasta el pecho, sujetando la comida por encima de la cabeza. En otras ocasiones, la delgada capa de hielo se rompía a su paso. De alguna manera, siguió avanzando. Pero necesitaba comer para poder andar. De modo que cuando llegó al campamento y desató su fardo, no le quedaba más que una docena de galletas secas y rancias. Los hombres se las repartieron y esa noche, mientras dejaba que cada migaja se disolviera en su lengua, Joseph pensó en la nutria y en su libro salvado, que se sabía de memoria. Una frase le daba vueltas en la cabeza: «Aguarda la muerte con

mente gozosa».

Si tan sólo hubiese algo después... Bull no parecía haber atisbado nada entre las ramas y Marco Aurelio había dejado esa cuestión en el aire.

—Envidio tu fe —confesó Joseph a Henri. Los Buckendorf dormían hacinados uno junto al otro. Era una noche clara y las llamas de la hoguera se elevaban en el cielo. Los dos guías se turnaban para tocar música suave y Joseph pensó que si no se encontraran tan cerca de la muerte, ésa habría sido una noche muy agradable.

—Yo —dijo Henri, dejando el violín y atizando el fuego con un palo—, yo no tengo mucha fe. Los santos aman a mi hermano aquí presente.

Lafayette sonrió, sin dejar de lustrar el fusil, y se inclinó para soplar en el interior del cañón. Se había vuelto extremadamente hermoso y frágil. No obstante, de todos ellos era el que menos había cambiado de pensamiento y obras. Su música había ganado en profundidad. Era el único que parecía capaz de acometer algún esfuerzo.

—¿Crees que vamos a morir? —preguntó Joseph a Lafayette, que seguía limpiando el arma con el ensimismamiento propio de una plegaria—. ¿Me prometes que me enterrarás si me muero?

De pronto, Lafayette se inclinó hacia delante, sacó el crucifijo que colgaba de su cuello y, con un gesto cariñoso, se lo puso a Joseph. El fuego crepitó en su portentoso y afilado semblante. Suavemente golpeó tres veces a Joseph en el pecho y éste sintió cómo su corazón se desbocaba. Después, Lafayette se dio la vuelta y desapareció en el bosque.

—¿Adónde va? —preguntó Joseph, tocando la cruz en su cuello—. ¿Qué va a hacer?

—Mañana tendremos carne —respondió Henri. Eso fue todo.

Los ojos de los Buckendorf refulgían de hambre como piedras místicas; sus colmillos amarillentos habían crecido. Se llegó a hablar de comerse a Bull y los guías juraron que matarían a todo aquel que lo intentara. Ellos fueron los encargados de enterrar al pobre Bull y cubrir su tumba con una gruesa pila de piedras. Se arrodillaron con sus rosarios y rezaron a la Virgen María por el eterno descanso de su alma. Joseph había intentado ayudarles, pero se había caído una y otra vez. En realidad estaba pidiendo a Lafayette y a Henri que hicieran lo mismo por él que por Bull. Ahora se sentía muy cansado. Sentado junto a Henri, sacó de su bolsillo interior el medallón con el retrato de Dorea y lo abrió para enseñárselo al guía. Hasta ese momento, siempre contemplaba el retrato cuando se hallaba a solas, avergonzado tal vez por lo poco agraciada y lo mayor que era la mujer. Avergonzado tal vez también porque alguien pudiera pensar que era su madre.

Henri guardó el violín con sumo cuidado en su estuche de terciopelo y lo acarició antes de cerrar la tapa. Después, cogió el medallón de las manos de Joseph y observó el rostro de Dorea durante largo tiempo. Al fin, se lo devolvió a Joseph.



—Una mujer muy bonita —dijo—. *Très jolie*. Serás feliz. Te dará muchos hijos y calor por las noches.

Aquella fue la única falta a la verdad que Joseph le oyó decir nunca a Henri Peace, pues después de esa noche en que Lafayette matara a una vieja hembra de alce enloquecida, y después de la semana siguiente, cuando otro equipo llegó con harina y todos se atiborraron de tortitas con sirope para salir a continuación al bosque, agonizantes, y después de que Joseph regresase a Saint Anthony, más arruinado que cuando había partido y con un título de propiedad de ochenta hectáreas de una tierra sin ningún valor en el bolsillo, se presentó en la puerta de Dorea para encontrarse ante un hombre que dijo ser su nuevo marido y a quien le entregó el medallón sin mediar palabra.

El santo

Joseph estuvo enfermo, en términos generales, durante mucho tiempo después de la expedición. Se quedaba mirando el crucifijo de Lafayette clavado en la pared. Se preguntaba dónde estarían ahora English Bill, la perra, los Buckendorf y Lafayette y Henri Peace. Salvo B. J. Bolt, que le visitaba de vez en cuando, la única persona de la que conocía el paradero con plena seguridad era Bull. Por ello, cuando ya se recuperó, Joseph fue a visitar al ama de llaves del médico, esa morena dulce, de piel café con leche y nariz pecosa. Le atendió en la sala de espera donde solían aguardar los pacientes del médico. Al otro lado de la puerta cerrada, se oían el tintineo del instrumental y algunos aullidos apagados. Joseph le contó al ama de llaves todo lo que le había sucedido a Bull, cómo hablaba de ella mientras contemplaba el horizonte y cómo había emprendido el viaje de regreso por las oscuras ciénagas de la pradera a finales del invierno para volver a su lado. La joven le miró con sus ojos castaños y asintió cuando terminó de hablarle de la sopa de tortuga y de cómo Bull había fallecido mirando los nuevos brotes de las ramas con su nombre en los labios. Esperaba que la última parte sobre el nombre fuera un adorno perdonable. La mujer mostró cierta tristeza y no menos sorpresa. Al final, habló.

—Iba a casarme con él, a decir verdad. Le amaba, creo, pero lo cierto es que no recuerdo qué aspecto tenía. Nuestro afecto nació de repente y él se marchó demasiado pronto. No tenía un retrato suyo. Pero sinceramente pienso que le echo de menos y me siento muy apenada por su muerte.

Mostraba tanta lucidez en su perplejidad y su discurso parecía tan sereno que Joseph estuvo a punto de pedirle que se casara con él allí mismo. Se mordió la lengua por respeto a Bull y regresó a la habitación que B. J. Bolt había insistido en que le dieran detrás del establecimiento de Poolcaugh. Allí reflexionó, como en numerosas ocasiones, sobre el misterio de su supervivencia y el significado de la nutria. Descolgó el crucifijo y se lo llevó a la frente. «Alejandro, Pompeyo y Cayo César, tras haber arrasado hasta los cimientos y tantas veces ciudades enteras y destrozado

en orden de combate numerosas miríadas de jinetes e infantes, también ellos acabaron por perder la vida. Después de haber realizado tantas investigaciones sobre la conflagración del mundo, Heráclito también murió, aquejado de hidropesía y cubierto de estiércol. A Demócrito le devoraron los gusanos; gusanos también, pero distintos, acabaron con Sócrates. ¿Qué significa todo esto? Te embarcaste, surcaste mares, atracaste: ¡desembarca!»

Dejó el libro. Apoyó el crucifijo en su frente como si quisiera absorber su significado. Pensó en la tranquila novia de Bull. La nutria volvió a mirarle, un santo inocente. Y los ojos desconcertados de Bull miraban fijamente las hojas.

—Bien —dijo en voz alta—, ya estoy curado de la fiebre de la ciudad.

Salió, se compró un traje con chaleco y decidió que se haría abogado.

## El lobo

«Quien apela a las leyes sujeta un lobo por las orejas», escribió Robert Burton. De modo que ahí estaba yo, aquí estoy, el típico mestizo con un lobo sujeto por las orejas. Una de las ventajas que tengo para sujetar al animal es que me crié repartiendo mi tiempo entre la familia de mi madre en la reserva y la casa grande de Pluto. Por ello, en muchos de los casos que atiendo sé un poco de ambas partes. Mi padre construyó nuestra casa en un terreno que había heredado de Joseph Coutts, cuyos mojoneros intentó descubrir y robar la compañía de ferrocarril cuando llegó, dio nombre y trazó el mapa del pueblo. Aquello sucedió varios años después de la terrible experiencia de la fiebre de la ciudad. Para entonces, Joseph Coutts ya era su propio abogado. Su primer caso importante consistió en recuperar sus tierras, beneficiando así a los Buckendorf y a cualquier miembro de la expedición original que quisiera ganarse la vida cerca de Pluto. Algunos regresaron, atraídos por el lugar donde habían vivido su experiencia más difícil quizá, o donde, como en el caso de Bull, habían vislumbrado la verdad de las cosas latiendo en las pálidas hojas que flotaban sobre ellos.

English Bill volvió por un breve periodo para abrir un *saloon*, pero su perra terrier voló por los aires durante una pelea de póquer y nunca recuperó del todo su vitalidad. El alcohol de Bill era tan increíblemente malo como su comida. No sé en qué probó su talento después. En cuanto a los Buckendorf, se quedaron allí tres de los cuatro hermanos y, por supuesto, tomaron parte en el linchamiento del benjamín de los Peace, cuyos hermanos mayores habían salvado sus vidas en más de una ocasión.

Una vez que mi abuelo recuperó sus tierras, le pidieron que se mudara a Pluto y abriera un despacho en lo que se consideró, después de que los responsables del linchamiento se salieran con la suya, un pueblo todavía no apto para formar parte del nuevo y civilizado estado de Dakota del Norte. Y eso hizo. Mi padre también estudió Derecho y, como ambos desposaron a mujeres chippewas, nos convertimos en una familia de abogados y a la vez miembros de la tribu, una mezcla inusual en aquellos tiempos, pero cada vez más útil cuando empezaban a ponerse de manifiesto la ley tribal y las complicaciones por el enfrentamiento entre las jurisdicciones federales y las del Estado.

Al observar ahora el pueblo, que va menguando sin piedad, me parece extraño que se perdieran vidas en su fundación. Ocurre lo mismo en todas las empresas a la desesperada que implican fronteras que establecemos sobre la tierra. Al trazar una línea y defenderla, creemos que hemos logrado dominar algo. ¿El qué? La tierra

engulle y absorbe incluso a aquellos que consiguen vertebrar un país o una reserva. (Sin embargo hay algo en el amor y conocimiento de la tierra y su relación con los sueños; eso es algo que nuestros ancestros tenían. Por eso existimos como tribu a día de hoy). Mi trabajo consiste en mantener la vigencia de la ley tribal en las tierras tribales, pero mientras lo hago, recuerdo la frase de mi abuelo para referirse a la enfermedad de la tierra, «la fiebre de la ciudad», y cómo estuvo a punto de morir de codicia, su peor síntoma.

He intentado mantener en secreto algunos capítulos sobre mi vida en Pluto: mi largo fracaso amoroso, por ejemplo, con una mujer que destrozó mi casa, unas pocas escapadas juveniles (disculpables en su mayoría) y un deplorable error verbal que me llevó a dedicar un prolongado periodo de tiempo a cavar tumbas en el cementerio del pueblo, un lugar por el que aún siento cariño. Pero en uno de mis primeros casos legales defendí al culpable de un delito que se había cometido en Pluto. El caso también derivó en Corwin Peace. John Wildstrand había sido el culpable; era asimismo el padre de Corwin. Su historia se entrelazaba con el resto de la familia de manera muy compleja, toda vez que su abuelo también había engendrado a la esposa de Mooshum, pero ya es suficiente. No hay nada de lo que sucede, *nada*, que no esté relacionado aquí por la sangre.

Descubro un sinfín de configuraciones sociales interesantes en la tendencia de los Wildstrand a los excesos sexuales, o a los «encuentros románticos inmortales», como los llama Evelina, la sobrina de Geraldine, cuando escucha las historias que cuenta Seraph Milk. Pero, claro, en toda la reserva abundan los conflictos pasionales. Parece que no somos capaces de mantener las manos quietas, es cierto, y cada intento por frenar nuestra lujuria, mediante leyes y dictados religiosos, parece destinado, al contrario, a estimular la transgresión.

Sea como sea, la historia completa del caso, que se tornó un tanto escabroso con sus interminables repercusiones y fue recreado con fotografías y morbosos detalles en los periódicos de Fargo e incluso Minneapolis, dio origen a una cadena de acontecimientos que derivó en un movimiento religioso repleto de dramas secretos e hipocresías y que acabó al final bastante bien, considerando que podría decirse que todo había empezado años atrás cuando Billy, el tío de Corwin, decidió defender el honor de su hermana con un fusil que se encasquilló.

Yo defendí a John Wildstrand, padre de Corwin, después de que la ley lo alcanzara en un hipódromo de Florida. Sucedió muchos años después del delito. Fue un caso desastroso y frustrante, porque Wildstrand era una caja de sorpresas. No paró de levantarse de su asiento durante el juicio y espetaba a voz en grito disparates incriminatorios. Era incapaz de controlarse. Vacilé entre alegar enajenación mental o simplemente amordazarle, pero al final opté por lo que él parecía buscar en el fondo: una condena. Más tarde descubrí que siempre había deseado alguna forma de

contención o protección que le impidiera hacerse daño a sí mismo. Por supuesto, durante las entrevistas, me lo contó todo. Me contó demasiado. Me contó cosas de sí mismo que nunca podré olvidar.

Neve Harp, la ultrajada esposa de Wildstrand a la que todavía veo de vez en cuando al visitar a mi madre en la residencia de ancianos de Pluto, me odia por haber defendido al hombre que ofendió tanto su matrimonio. Neve no vive allí, tan sólo acude a la residencia para recopilar testimonios para su boletín histórico. Me mira fijamente y luego aparta la mirada antes de que consiga alcanzar sus ojos; después me echa un rápido vistazo. No puede contenerse. Es como si se preguntara qué sé yo de ella, gracias a él. Intuye que poseo cierto grado de información privada y a la vez se siente molesta y curiosa acerca de lo que yo conozco de la vida de su antiguo marido. A pesar de todo, no creo que Neve dejara de amar realmente a John Wildstrand, y tengo entendido que durante muchos años fue la única persona que iba a visitarle a la cárcel.

Francis Bacon, contemporáneo de Burton, creía que sólo mediante la justicia el hombre podía ser un dios para el hombre y no un lobo. Pero ¿cuál es la diferencia entre la influencia del instinto en un lobo y de la historia en el hombre? En ambos casos, la justicia es presa de sueños ignotos. Y además, había una mujer.

## Adelante

John Wildstrand abrió la puerta de su casa de par en par y ahí estaba Billy Peace, el hermano pequeño de su amante, Maggie. El muchacho aguardaba en la nieve, débil y escuálido, con un semblante triste y un enorme fusil en la mano. En su condición de presidente del Banco Nacional de Pluto, John Wildstrand había formado a sus empleados para mantener la calma en tales situaciones. Los bancos de poblaciones pequeñas eran muy vulnerables y, de hecho, a John ya le habían atracado en dos ocasiones. Uno de los ladrones incluso había sido un drogadicto muy nervioso. En esta ocasión no se estremeció.

Con voz fuerte y tranquila, saludó a Billy Peace como si no hubiese visto el arma. Neve, su mujer, estaba leyendo en el salón.

—¿Qué puedo hacer por ti? —prosiguió John Wildstrand.

—Podría venir conmigo, señor Wildstrand —respondió Billy, señalando levemente hacia la izquierda con el cañón del fusil. A sus espaldas, esperaba en el borde de la carretera un Buick de suelo bajo. Wildstrand no vio a nadie más en su interior. Billy tenía sólo diecisiete años y Wildstrand se preguntó —y luego lo deseó— si Billy se habría alistado en el ejército como le había contado Maggie que pensaba hacer. Ella era sólo un año o dos mayor o menor que su hermano. No quería decirlo. Su edad no era más que otro de los peligros de la mujer. Neve llamó desde el salón:

—¿Quién es?

Billy susurró:

—Dígale que son niños que venden huevos de Pascua.

—¡Niños que venden huevos de Pascua! —respondió John Wildstrand.

—¿Qué? Diles que no queremos ninguno —gritó Neve.

—Dígale que va a salir a dar una vuelta —ordenó Billy.

—¡Voy a salir a dar una vuelta!

—Coja su abrigo —continuó Billy—, para que no vea que sigue colgado en la percha. Luego acompañeme. Cierre la puerta.

John Wildstrand salió a la nieve y Billy cerró la puerta tras él. Mientras Billy le seguía por el camino, presumiblemente con el arma al descubierto o apenas oculta, el desconcierto de Wildstrand se convirtió en una plegaria para encontrar a Maggie escondida en el coche. Para que todo aquello no fuera más que alguna travesura. Una treta de la muchacha para poder verle. Los cristales de su casa reflejaban una suave luz dorada sobre el serpenteante camino empedrado y ajardinado. Había una franja de

absoluta oscuridad donde un muro de piedra y una tupida tuya cubrían la avenida de sombra. El coche estaba aparcado bajo el destello invernal de una farola.

—Suba —ordenó Billy.

Wildstrand se resbaló un poco en el hielo y subió al asiento del copiloto. Vio que la parte trasera estaba vacía. Billy sujetaba el arma en el interior de la manga de un largo sobretodo y la mantenía apuntando al parabrisas mientras rodeaba el vehículo y se montaba rápidamente en el asiento del conductor.

—Voy a salir de esta luz —dijo.

Billy apartó el arma y mantuvo los ojos fijos en Wildstrand mientras arrancaba el coche y se adentraba en la oscuridad, más allá del resplandor de la farola.

—Hora de hablar.

Y apagó el motor.

Era un muchacho de aspecto nervioso con unos profundos ojos castaños en su afilado rostro. Un mechón de pelo tostado le cubría un ojo y bordeaba su cuello. Tenía pequeños remolinos de vello en la barbilla y un temperamento de artista. Wildstrand sabía que ese tipo de comportamiento no era algo natural en Billy Peace, aunque fuera descendiente del famoso guía Lafayette Peace, quien también había luchado junto a Riel. Era posible que hubiera bebido un poco para obligarse a conducir hasta el domicilio de Wildstrand con un fusil y llamar a su puerta. ¿Y qué habría pasado si hubiera abierto Neve? ¿Habría fingido Billy que vendía caramelos para algún viaje de fin de curso? ¿Habría intentado alguna otra cosa? ¿Tenía un plan alternativo? John Wildstrand examinó el enjuto y demacrado rostro de Billy. No parecía que el muchacho fuera a pegarle un tiro. Wildstrand sabía, además, que Billy había conseguido montarle en el coche gracias a una colaboración implícita por su parte.

—Y bien —repitió Wildstrand, empleando la paciente voz que solía utilizar con sus inversores más inquietos—, ¿en qué puedo ayudarte?

—Me parece que con diez mil dólares estará bien —respondió Billy.

—Diez mil dólares.

Billy aguardó en silencio. Wildstrand se estremeció un poco; acto seguido, se ajustó el abrigo y le entraron ganas de llorar. Había vertido muchas lágrimas por Maggie. La chica había conseguido hacer aflorar todas sus lágrimas. A veces brotaban a borbotones y otras fluían en finos hilos por sus mejillas y garganta. Ella le decía que no tenía por qué avergonzarse de ello y lloraba con él hasta que sus llantos disminuían eróticamente y acababan cabeceando abrazados. Llorar junto a ella resultaba un acto cómodo y sombrío, como cuando en la iglesia uno es absuelto sin dolor. Sentía una especie de redención cuando ella sollozaba junto a él. Y a veces se ponía sentimental y triste por lo que su abuelo le había hecho a un miembro de su familia hacía mucho tiempo.

John Wildstrand se oyó soltar un bufido, como un «ah» de duda. Algo en esa cifra monetaria le resultaba execrable y penoso.

—No es suficiente —dijo.

Billy se quedó perplejo.

—Mira, si tiene el niño, y tú quieres que lo tenga, va a necesitar una casa y un coche. Tal vez en Fargo, ¿sabes? Y luego hace falta ropa y, a ver, un balancín y todas esas cosas. Yo nunca he tenido hijos, pero necesitan un montón de cosas. Además ella necesitará un buen médico y un hospital. Esa cantidad no da para tanto. No les asegura el futuro.

—De acuerdo —respondió Billy—. ¿Cuánto propone?

—Además —continuó Wildstrand, pensando en voz alta—, de perdidos al río. Se echará lo mismo en falta esa cantidad que una mucho mayor. Mi mujer supervisa nuestras cuentas. Se requiere una cantidad..., a ver, déjame que lo piense... Si es menos de cien mil, los periódicos hablarán de todas maneras de casi cien mil. Si son cien mil, dirán eso mismo. Por lo tanto, ya puestos, que sea más de cincuenta mil. Pero no setenta mil, porque dirán que son casi cien mil.

Billy Peace permaneció callado.

—Eso es un poco más de cincuenta mil —dijo al fin.

Wildstrand asintió.

—¿Lo ves? Pero es algo factible. Sólo que debe haber un motivo. Una muy buena razón.

—Pues quizá —sugirió Billy— ¿va a empezar un nuevo negocio?

John Wildstrand miró a Billy, sorprendido.

—Vaya, pues sí, es una buena idea. Un negocio. Pero en tal caso necesitaremos montar ese negocio, hacerlo funcionar, tener papeles, y eso nos llevará a más engaños y están los impuestos... Todo conduce hasta mí. Es demasiado complicado. Necesitamos un motivo catastrófico.

—Un tornado —propuso Billy—. Bueno, tal vez no en invierno. Una tormenta de nieve.

—¿Y qué pinta el dinero?

—¿El dinero se pierde en la tormenta?

Wildstrand torció el gesto, decepcionado, y Billy se encogió de hombros despacio.

—¿Un pago en metálico?

Ambos ganaron tiempo mientras daban vueltas a esa idea. Después, Billy dijo:

—Una pregunta.

—¿Sí?

—¿Por qué no se divorcia de su esposa y se casa con Maggie? Tiempo atrás, ella me dijo que usted la amaba y ahora tengo la sensación de que usted la sigue



queriendo. Así que tal vez no era necesario que yo viniese hasta aquí y le amenazara con esto —añadió mientras agitaba el arma—. No entiendo por qué no abandona a su mujer para irse con Maggie. Podrían huir juntos o algo así. Usted la quiere.

—Sí, la quiero.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Mírame, Billy —dijo John Wildstrand, y alargó la mano—. ¿De verdad crees que se quedaría conmigo sólo por mí? Sé sincero, por favor. Sin el dinero. Sin el trabajo. Sólo yo.

Billy Peace se encogió de hombros.

—No es usted un hombre tan malo.

—Sí que lo soy —respondió Wildstrand—. Soy... mucho mayor que Maggie y medio calvo. Si tuviera pelo, bueno, todavía. O si fuera atractivo o atlético. Pero soy realista. Yo veo lo que soy. El dinero ayuda. No digo que sea la única razón por la que Maggie se interesa por mí, en absoluto. Maggie es un alma pura, pero el dinero contribuye. No voy a perder una de mis principales bazas. Si me divorciara ahora de Neve, me quedaría sin trabajo. Lo perdería todo. Sustituí a su padre, que es un anciano, sí, y vive en una residencia. Pero está totalmente lúcido. Neve posee el cincuenta y uno por ciento de las acciones. Además, ésa es la cuestión. Neve no ha hecho nada malo. Nunca, que a mí me conste, nunca me ha engañado con otro hombre, ni tampoco me ha desatendido dentro de sus obligaciones. No es culpa suya. Hasta que conocí de verdad a Maggie hace un año, entiéndeme, yo era un hombre razonablemente feliz. Neve y yo manteníamos relaciones sexuales durante veinte minutos una vez por semana y viajábamos a Florida a pasar las vacaciones de invierno; organizábamos cenas y pasábamos dos semanas en el lago todos los veranos. En verano, hacíamos el amor dos veces por semana y yo cocinaba.

Billy se sintió incómodo.

—Además, somos un banco pequeño y podrían comprarnos. Eso cambiaría mi situación. Me gustaría estar con Maggie. Tengo la intención de estar con Maggie, si ella me acepta.

Wildstrand se inclinó ahora hacia Billy, con gesto interrogante.

—¿Qué significa realmente tu presencia aquí? ¿Te ha enviado ella?

—Bueno, me dijo que estaba embarazada. Estaba disgustada y pensé que usted la había abandonado. Eso fue lo que pensé. Ya sabe, siempre hemos estado ella y yo solos. Nuestra madre murió de frío en el bosque cuando yo tenía once años. Maggie me crió en la casa de nuestros abuelos. Daría mi vida por ella.

—Claro —respondió Wildstrand—. Claro que lo harías. Digamos que eso será nuestro vínculo secreto, Billy. Los dos daríamos la vida por ella. Pero ése es el tema... Sólo uno de nosotros..., al menos en estos momentos, sólo uno de nosotros puede mantenerla.

—¿Qué vamos a hacer?

—Se me ha ocurrido una idea —anunció Wildstrand—. Bien, voy a sugerir una actuación que quizá te desconcierte. Tal vez te parezca raro, pero dale una oportunidad, Billy, porque creo que resultará. Escúchame bien. No digas nada hasta que haya trazado un posible plan. ¿Estás listo?

Billy asintió.

—Pongamos que secuestras a mi mujer.

Billy soltó un quejido sordo.

—No, escúchame. Mañana por la noche, volverás a hacer lo mismo. Como si lo de hoy fuera sólo un ensayo. Llamarás a mi puerta. Abrirá Neve. Le apuntarás con el arma y entrarás en casa. Llevarás unas cuerdas muy fuertes. Y unas tijeras. A punta de pistola me ordenarás que ate a Neve. Una vez que esté maniatada, me atarás a mí y me dirás, para que ella lo oiga, que si no te entrego cincuenta mil dólares en efectivo al día siguiente, no la soltarás..., Que la matarás..., tendrás que decir eso, me temo. Después te la llevarás hasta el coche. No dejes que vea la matrícula.

—Para nada —dijo Billy—. Me parece que lo que está describiendo es un delito federal.

—Pues sí —respondió Wildstrand—. Pero ¿es realmente un crimen si no sucede nada? Quiero decir que te portarás muy, muy bien con Neve. Lo doy por hecho. La llevarás a un lugar seguro fuera de la ciudad. Por ejemplo, a tu casa. No le quites la venda de los ojos. Métela en el cuarto de atrás, donde guardáis los trastos. Pon un colchón en el suelo de modo que esté cómoda. Sólo será un día. Te entregaré el dinero. Lo planificaremos bien. Después, la soltarás en alguna parte al otro extremo de la ciudad. Puede que tenga que caminar mucho. Asegúrate de que lleve zapatos y un abrigo. Después regresarás a Fargo y devolverás el coche. Creo que será mejor no contarle nada a Maggie.

—De todos modos, Maggie se ha marchado.

A Wildstrand le dio un vuelco el corazón. De algún modo, lo sabía.

—¿Adónde? —logró preguntar.

—Su amiga Bonnie la llevó a Bismarck, para que se aclarara las ideas. Vuelven el viernes.

—Pues entonces, es perfecto —concluyó Wildstrand.

Billy le miró con unos enormes, lúgubres y silentes ojos. Maggie y él tenían los mismos ojos, pensó Wildstrand, aquella impenetrable oscuridad india que le resultaba tan misteriosa. Había en ellos algo de sangre blanca y ambos tenían la piel canela y una espesa cabellera castaña. Wildstrand sintió mucha pena por Billy. Era tan frágil y tan joven... ¿Qué haría con Neve? La mujer se pasaba todo el invierno quitando la nieve con una pala y, en verano, trabajaba en el jardín, excavaba grandes agujeros e incluso plantaba árboles. Billy se iba pasando el arma de una mano a la otra, sin duda

porque se le cansaba la muñeca.

—Por cierto, ¿de dónde ha salido ese fusil? —preguntó Wildstrand.

—Era del padre de mi madre.

—¿Está cargado?

—Por supuesto.

—No tienes munición, ¿a qué no? —dijo Wildstrand—. Pero es mejor así. No queremos que se produzca ningún accidente.

El Niño de Jengibre

Cuando Billy Peace llamó a la puerta a la noche siguiente, John Wildstrand fingió que estaba durmiendo. Tenía el corazón en un puño y un nudo en la garganta mientras se producía la silenciosa transacción en el vestíbulo. Neve entró entonces en la habitación con los brazos en alto, y su pequeño, cuadrado y honesto rostro palideció del susto. Lanzó una mirada a su marido pidiendo socorro, pero Wildstrand miraba a Billy y procuraba no delatarse echándose a reír. Billy llevaba un pasamontañas infantil de color canela con pequeños ribetes blancos alrededor de la boca, la nariz y los ojos. También portaba un abrigo y unos pantalones de un tono tostado. Parecía un escuálido Niño de Jengibre, de no ser por los floridos guantes de jardinero, del mismo tipo que los que usaban las mujeres para los trabajos más pesados.

—No, que voy a vomitar —se quejó Neve cuando Billy ordenó a John Wildstrand que maniatara a su mujer.

—No, estarás bien —dijo Wildstrand—, estarás bien.

Las lágrimas le resbalaban por el rostro hasta las manos de su mujer mientras procuraba llevar a cabo la operación con precaución y firmeza. Su mujer tenía las manos muy cuidadas, con las uñas pintadas con un esmalte melocotón claro. Wildstrand rezó para que nada saliera mal.

—Mira, está llorando —recriminó Neve a Billy antes de que su marido la amordazara con un pañuelo, anudándolo en la nuca—. ¡Nnnnn!

—Lo siento —suspiró Wildstrand.

—Ahora te toca a ti —dijo Billy.

De pronto ambos se dieron cuenta de que Billy debía soltar el arma y someter a Wildstrand y abrieron los ojos como platos. Se miraron fijamente el uno al otro.

—Siéntate en esa silla —dijo Billy al fin—. Coge esa cuerda y pásatela por las piernas, no por las patas de la silla.

A continuación, dio instrucciones a Wildstrand para que hiciera la mayor parte del trabajo él mismo, incluso le mandó probar la solidez de los nudos. A Wildstrand todo aquello le pareció muy ingenioso por parte de Billy.

Una vez que Wildstrand se había atado a la silla y Billy le hubo amordazado, el muchacho ordenó a Neve que se levantara. Pero la mujer se negó. A pesar de la punzada de ansiedad que le atravesó, Wildstrand se sintió, en el fondo, orgulloso de

su esposa. La mujer rodó por el suelo agitándose como un delfín hasta que Billy Peace consiguió por fin abalanzarse sobre ella hasta presionarle el cañón del fusil contra la sien. A horcajadas sobre ella, Billy le quitó la mordaza y guardó el pañuelo en el bolsillo. Sacó un par de pastillas.

—No me deja otra opción —dijo—. Voy a tener que pedirle que se trague esto sin agua.

—¿Qué es? —preguntó Neve.

—Pastillas para dormir —respondió Billy. Después se dirigió a Wildstrand—. Deja el dinero en una bolsa de basura junto al cartel del Club Flickertail que hay en la carretera principal. Nada de billetes marcados. Nada de policía. O mataré a tu mujer. Te estaré vigilando.

A Wildstrand le sorprendió que Neve se tomara las pastillas, pero, por otra parte, siempre había sido así con las medicinas; incluso llegaba a pedirle al médico que le pintara la garganta cuando apenas la tenía enrojecida: siempre había sido una paciente muy dispuesta. Ahora se mostraba como una rehén igual de dispuesta y Billy no volvió a tener problemas con ella. Desató la cuerda de sus piernas y le colocó unos grilletes en el tobillo. Salió adormilada, con el abrigo sobre los hombros, y John Wildstrand se quedó solo. Tardó aproximadamente media hora en liberarse de sus ataduras moviéndose con paciencia y dejó la cuerda atada a la silla. ¿Y ahora qué? Quería llamar a Maggie desesperadamente, hablar con ella, oír el dulce murmullo de su voz. Pero durante unas horas permaneció sentado en el sofá con la cabeza entre las manos, repasando el guión una y otra vez. Después, empezó a planear el futuro. Al día siguiente iría al banco muy temprano. Sacaría dinero en efectivo de la cuenta que ambos tenían en común. A continuación, se llevaría el rescate y subiría al coche. Conduciría hasta el cartel de la carretera principal y realizaría la entrega. Todo habría terminado antes de las once de la mañana y Billy Peace soltaría a Neve al oeste de la ciudad, desde donde podría volver a casa caminando o conseguir que alguien la llevase. La policía intervendría. Habría una investigación. La prensa se movilizaría. Pero no habría cobro de un seguro de por medio. Habría empleado todo el dinero de su jubilación, pero a Neve todavía le quedaría el banco. En poco tiempo, todo habría pasado.

#### Indefensa

Se desató una tormenta de nieve y Neve se perdió; habría muerto congelada de no ser por un granjero que la sacó de una cuneta. Gracias a que Billy le había enfundado sus botas de nieve al salir y el abrigo de la mujer era de lana y tan largo que le llegaba a las rodillas, no sufrió congelación a causa del frío. Tuvo fiebre durante seis días, pero no padeció neumonía. Wildstrand la cuidó con cariño, la mimó en todo lo que pudo y se tomó unos días libres en el banco. Le había impresionado mucho comprobar cuánto había afectado el secuestro a su mujer. Durante las siguientes

semanas, su esposa perdió mucho peso y hablaba de forma irracional. Describió a la policía a su secuestrador como un hombre corpulento, fuerte, con las manos ásperas, la nariz grande y la voz muy grave. Según ella, su raptor era asombrosamente atractivo, ¡un dios! Era todo tan extraño que a Wildstrand casi le entraron ganas de corregirla. Aunque por una parte estaba encantado de que proporcionara una descripción tan errónea, le preocupaba su manera de adornar la realidad. Y cuando la llevó a casa, estuvo muy inquieta. Por las noches, quería hablar en lugar de ver la televisión o leer las revistas a las que estaba suscrita. No paraba de hacerle preguntas.

—¿Me quieres?

—Claro que te quiero.

—¿Me quieres de verdad? Quiero decir, ¿habrías muerto por mí si el secuestrador te hubiera dado a elegir? Imagina que te hubiera dicho: «O ella o tú». ¿Habrías dado un paso al frente?

—Estaba atado a la silla —respondió John Wildstrand.

—Metafóricamente.

—Por supuesto. Metafóricamente lo habría hecho.

—Tengo mis dudas.

Le dirigió una mirada escéptica. Le ponderó con los ojos. Ahora por las noches necesitaba que la tranquilizara. Le seducía y le asustaba diciendo cosas como: «Haz que me sienta indefensa».

—Él hizo que me sintiera indefensa —explicó una mañana—. Pero fue atento, muy atento conmigo.

Wildstrand la llevó al médico, quien diagnosticó histeria y le recetó baños fríos y enemas, que sólo lograron empeorar las cosas. «Abrázame más fuerte, hasta que no pueda respirar». «Mírame. No cierres los ojos». «No digas nada sin sentido. Quiero la verdad». Era algo aterrador cómo se había desinhibido. ¿Qué había hecho Billy?

Nada, insistía Billy por teléfono. Wildstrand se avergonzaba de la repulsión que le causaban las incómodas necesidades de su mujer, que no diferían en nada de sus propias pulsiones. Si ella se hubiera comportado así años antes, admitía que tal vez la habría correspondido. Quizá no habría acudido a Maggie. Tal vez se habría asombrado, agradecido. Pero cuando Neve se abalanzaba sobre él por la noche, sentía desesperación y ella percibía su distanciamiento. La mujer se volvió esquelética y se le encaneció el cabello, que se dejó crecer largo y desaliñado. Parecía una desconocida a punto de hundirse. Siempre le miraba con los ojos de una persona que se ahogaba.

Murdo Harp

John Wildstrand fue a visitar a su suegro a la residencia de ancianos que había financiado con su dinero. La residencia de ancianos de Pluto. Aquel lugar no le deprimía, aunque veía motivos para ello. Murdo Harp descansaba en su cama

individual, sobre una colcha de chenilla amarilla. Se tapó con una pequeña manta de lana, que le había tejido Neve, con intrincadas rayas multicolores. Estaba escuchando la radio.

—Soy yo. John.

—Ah.

Wildstrand cogió la mano de su suegro. Tenía la piel seca y muy fina, casi translúcida. Su cara era delgada y pálida, con un aspecto un poco beatífico, aunque Murdo había sido un banquero despiadado y feroz, un superviviente.

—Me alegro de que hayas venido. Todo es muy tranquilo y silencioso, pero esta mañana me desperté a las cuatro, antes que todos los demás y pensé: «Ojalá venga alguien a verme». Y has venido. Me alegro de verte, John. ¿Adónde vamos a ir?

John ignoró la pregunta y el anciano asintió.

—¿Cómo está mi niña?

—Está muy bien —nadie había contado al padre de Neve, por supuesto, lo que había ocurrido—. Está resfriada —mintió Wildstrand—. Hoy se va a quedar en la cama. Supongo que estará durmiendo, acurrucada con una bolsa de agua caliente.

—Pobrecita.

Wildstrand se mordió la lengua para no contarle la verdad al padre de Neve, como siempre hacía.

—La cuidaré bien.

Cuán equivocadas e irónicas eran esas palabras. El anciano relajó la mano y Wildstrand se dio cuenta de que su suegro se había quedado dormido. Aun así, permaneció a su lado junto a la cama, sujetando la fina y elegante mano del anciano. Con alguien de su edad, cabía la posibilidad de que un poco de sabiduría impregnara la habitación. Al menos se notaba una agradable sensación de paz. Haber renunciado. No se esperaba nada más. El anciano había hecho lo que había podido. La vida consistía ahora en su mantita de lana y en su radio. John Wildstrand se quedó sentado a su lado un largo rato; era un buen lugar para reflexionar. El niño nacería dentro de cuatro meses y Billy y Maggie vivían en una pequeña y sólida casa de una sola planta no muy lejos de Island Park. Billy estaba a punto de empezar un curso de formación profesional. La última vez que Wildstrand le había ido a ver, el chico salía por la puerta. Se dieron la mano sin mediar palabra. Llevaba puesto su viejo y amplio sobretodo, un pañuelo *beatnik* a rayas y unas botas blandas y arrugadas.

En cuanto a Maggie, a menudo se encontraba sola. Wildstrand no podía salir de casa con frecuencia por culpa de Neve. Maggie lo entendía. Estaba radiante. Su pelo castaño estaba largo y lustroso. Entraban en su habitación de día y hacían el amor a plena luz. Era algo muy solemne. Wildstrand casi se desmayaba con la profundidad del acto. Cuando se tumbaba junto a ella, sus sentidos se transformaban y descubría el alma secreta de los objetos y de las plantas de la habitación. Todo cobraba una

conciencia y un significado. Maggie era extraordinaria, pero a la vez era normal y corriente. John Wildstrand escapaba del tiempo y se adentraba en la nada del tacto. Después, volvía en coche hasta Pluto y llegaba a su casa justo para la hora de la cena.

Cuando se marchaba y dejaba al anciano, Wildstrand solía darle unas palmaditas en el brazo o tenía con él algún gesto de disculpa. En esta ocasión, seguía pensando en el tiempo que había pasado con Maggie y se inclinó, ensimismado, sobre el padre de Neve. Le dio un beso en la frente marchita, le acarició el cabello y sonrió sin pensar. El anciano se sobresaltó de pronto y fulminó a Wildstrand con la mirada, como un halcón enfurecido.

—¡Cabrón! —espetó.

El gesto

Un día, Neve estaba sentada a la mesa en albornoz a la hora de comer dándole golpecitos a un huevo cocido con la hoja de un cuchillo. De pronto, dijo:

—Sé quién era. Le vi en una obra de teatro. Shakespeare. En la obra había dos pares de gemelos que no se juntaban hasta el final.

A Wildstrand se le heló la sangre y telefoneó a Billy en cuanto regresó al banco. Efectivamente, Billy había participado en una producción del verano anterior organizada por el club de teatro municipal. Había interpretado a uno de los Dromio en *La comedia de los errores*. Wildstrand colgó y se quedó mirando el teléfono. Neve estaba en la biblioteca municipal en ese momento, investigando en la hemeroteca local. Así fue como, de repente, en lugar de seguir su curso de formación profesional, Billy se dio a la fuga y se alistó en el ejército, después de todo. Wildstrand pensó que no lo aceptarían porque era muy delgado, pero al ejército no le importó. Ahora estaba atemorizado de que la pena de Maggie afectara al bebé, pues a ella se le partió el corazón y lloró día y noche cuando Billy embarcó para su entrenamiento. Decía que ya no sentía nada y se apartaba de Wildstrand cuando éste iba a visitarla sin dejar que la tocara. Al cabo de seis semanas, Billy envió una fotografía suya vestido de militar. No daba la impresión de ser más fuerte. El casco parecía bambolearse sobre su cabeza proyectando una sombra en sus ojos impenetrables. Su cuello seguía siendo igual de escuálido y grácil. Parecía tener doce años.

Una tarde, Wildstrand volvía a su casa en coche después de haber visitado a Maggie y no pudo sacarse de la cabeza el pequeño rostro bajo el casco durante todo el viaje. Cuando entró en casa, descubrió que Neve estaba tejiendo una nueva manta. Alzó sus ojos azules y claros hacia él.

—Me marcho —anunció Wildstrand. Dejó las llaves del coche en la mesa auxiliar—. Quédate con todo. Tengo ropa y zapatos. Me prepararé un bocadillo y me iré.

Entró en la cocina y se preparó el bocadillo, que envolvió en papel vegetal. Volvió al salón y se detuvo en el centro de la alfombra. Neve sólo le miró. Un haz de luz le iluminó el rostro blanquecino. Levantó la mano, la movió hacia un lado y la

dejó caer. El gesto se quedó suspendido en el aire, como si el brazo dejara una estela. Wildstrand dio media vuelta y salió por la puerta, cruzó la ciudad y se puso a hacer dedo en la carretera principal hacia la casa de Maggie. Soplaban una leve brisa y había unos dieciocho grados. Los campos aparecían cubiertos de aguas estancadas; patos y ocas nadaban en las zanjas. Durante toda la tarde, mientras caminaba, el horizonte surgía y desaparecía ante él. No consiguió que nadie le llevara hasta que cayó la noche.

#### Los leones

Al poco tiempo de que John Wildstrand se mudara a la casa de Maggie, nació un varón. En aquellos momentos deslumbrantes que siguieron al parto, tuvo una visión. El niño se parecía a Billy. Billy el artista, Billy el muchacho alto y escuálido, Billy con los pies grandes, que no parecía capaz de levantar una cantimplora de agua. El corazón de Billy estaba repleto de espinas. ¿Existía alguien más magnífico que Billy? A ojos de John Wildstrand, Billy semejava un remedo de Cristo, o un mártir como los que figuraban en el Nuevo Testamento. Sólo que había sido arrojado a los leones a causa de la felicidad de la pareja. Wildstrand pensaba que, en su nueva vida, Billy habría ganado fuerza y valor y se habría convertido en la persona que, según creía Neve, la había abducido. Ahora comprendía que Billy ya era esa persona y que Neve lo había sabido. También descubrió que Billy le había contado a su hermana lo del secuestro. Todo aquello aparecía reflejado en el rostro de aquel diminuto recién nacido. Wildstrand se acercó e intentó descubrir si Billy viviría o moriría. Pero antes de que se hiciera una imagen nítida de ello, el bebé abrió la boca y berreó. Wildstrand depositó al niño en el pecho de Maggie y, cuando empezó a mamar, intentó acariciar el pelo de la criatura. Maggie apartó su mano con el mismo gesto que había empleado su esposa para despedirse de él y el hombre se hundió otra vez en la butaca del hospital. Se sentía mareado por el desgaste de adrenalina. Durante un largo rato, los contempló desde el otro extremo de la habitación.

#### El garaje

John Wildstrand sólo visitó Pluto en dos ocasiones. La primera vez llegó con un camión y lo cargó con todas las cosas de las que Neve no se había deshecho —había tirado muchas a la basura—. Pero los objetos materiales ya no interesaban a Wildstrand. Por aquella época, dormía en el garaje de Maggie, en un saco de dormir que extendía sobre un pequeño catre. Se arrebujaba junto al coche de segunda mano que se había comprado. Maggie le amenazaba todos los días con entregarle a la policía por el secuestro.

—Lo perderías todo —dijo Wildstrand agitando el brazo—. Esta casa. Y Billy iría a la cárcel. ¿Te gustaría eso? Acabarías en la calle. ¿Y qué sería del pequeño Corwin?

Maggie había puesto a su hijo el nombre del mejor amigo de su hermano en el campamento de entrenamiento de reclutas. Ahora se hallaba destinado en Corea,



cerca de la zona desmilitarizada. Billy corría peligro y escribía cartas cada semana, en las que narraba las visiones que tenía. Al parecer, estaba en contacto con unos poderosos espíritus que le salvaban la vida una y otra vez y que le habían prometido guiar su vida.

—Nunca ha sido una persona religiosa —lloró Maggie—, en toda su vida. ¡Mírale ahora! ¡Mira lo que has hecho!

Wildstrand se desesperó. No había forma de escapar de Billy; siempre controlaba la situación, estuviese donde estuviese. Billy, con su pelo ralo de militar y sus ojos desconocidos, con sus botas militares y su fusil. Ahora que era un soldado y le visitaban los ángeles, no cabía la menor esperanza. Aunque no le ocurriera nada. En los meses que siguieron al nacimiento de su hijo, Wildstrand llegó a comprender que nunca sería perdonado por haber orquestado el secuestro y que había perdido el amor de Maggie. La mujer se mostraba furiosa y fría; daba a entender que él era igual que su abuelo, que odiaba a los indios, y ahora se pasaba todo el día cuidando de su hijo y limpiando la casa. De vez en cuando, arrojaba a Wildstrand una lista de la compra o le obligaba a levantar alguna carga pesada. Fuera de aquello, no dejaba que se acercara ni a ella ni al bebé. Daba vueltas por la pequeña casa como un fantasma, sin saber nunca dónde ponerse, siempre incómodo. Se hizo una triste guarida en el sótano, donde podía acudir cada vez que hacía demasiado frío para dormir en el garaje. Si no, permanecía allí, escuchando música o leyendo el periódico. Consiguió un empleo en la misma compañía de seguros que solía contratar, en un puesto de escasa categoría donde ayudaba a otros con los trámites de las reclamaciones.

#### La entrada

Un día, una reclamación del propietario de su antigua vivienda aterrizó sobre su mesa. Neve había puesto una demanda por todas las cosas que Wildstrand se había llevado del hogar: sus propios enseres, que hubo de recoger, apremiado por su esposa. Incluía sus caras herramientas, todas grabadas con su nombre y un código de identificación, y discos, así como el exclusivo equipo de música e incluso un televisor recién comprado. Al observar la lista, Wildstrand sintió un ardor en la garganta. Le quemaban las orejas. Cogió el abrigo de detrás de la puerta y volvió a la casa que había adquirido con el dinero de su jubilación y de la de Neve y empaquetó todo lo que guardaba en el garaje. Condujo hasta Pluto con el coche lleno y aparcó delante de su antiguo hogar.

Al cabo de un rato, Neve se asomó a la ventana. Le observó cuando bajaba del coche y él también la miró, detrás de la ventana, que semejaba el cristal de un oscuro acuario. Cuando la mujer desapareció, no estaba seguro de si se había dirigido a la puerta o si la había engullido la penumbra. Pero al fin abrió y le invitó a pasar. Se quedaron de pie en la entrada, muy cerca el uno del otro. Su cabello cano se había tornado blanco plateado. Le latía el corazón en su fina garganta. Tenía los brazos muy

delgados, como dos palillos, pero irradiaba una luz inédita. Wildstrand podía percibir ese extraño resplandor. Parecía manar de su piel translúcida. Pensó entonces en tirarse a los pies de aquella hermosa y agraviada mujer y besar el dobladillo del vestido de vuelo que llevaba.

—Has presentado una reclamación por todas mis cosas. Te las devuelvo —dijo.

—No. Quiero el dinero. Necesito el dinero —respondió.

—¿Por qué?

—Estamos perdidos. No van a comprarnos el banco. Prefieren abrir otro nuevo al lado.

—¿Y qué pasa con las cuentas de tu padre?

—Vivirá cien años —dijo Neve—. John, me ha contado que había otra mujer desde el principio.

—No sé de dónde ha sacado esa idea.

Neve aguardó.

—Está bien. Sí.

Sus ojos se llenaron de gruesas lágrimas y empezó a temblar. Antes de que se diera cuenta, Wildstrand la estaba abrazando. Cerró la puerta. Hicieron el amor en la entrada, sobre la alfombra que habían pisado tantas personas, y después en el banco donde las visitas se quitaban las botas y los zapatos. Su remordimiento y vergüenza resultaban de algún modo eróticos. Y el ansia de ella era tan intensa que daba la impresión de que caían juntos por una enorme cascada, rodando dentro de un tonel, y al llegar al final Wildstrand se resquebrajó y le contó todo.

Tuvo que hacerlo por culpa de Billy Peace. En el suelo de la entrada junto al zapatero, Wildstrand comprendió con una total e instintiva certeza que Billy había abusado de su esposa cuando ésta se hallaba maniatada, totalmente indefensa, secuestrada sobre el colchón junto a los tarros viejos y la ropa desechada. Wildstrand se aferró a Neve, envuelto en la oscuridad. Y habló y habló.

—Sé que te violó —dijo Wildstrand cuando acabó de contar todo lo demás.

—¿Quién? ¿Ese muchacho? Si no era más que un imbécil —dijo Neve—. Nunca me tocó. Dije todo aquello por desesperación, para intentar ponerte celoso. No me preguntes por qué —se incorporó y le escrutó con la mirada tranquila—. Es posible que yo creyera que en el fondo me amabas. Creo que pensaba que había algo dentro de ti.

—Y lo hay, lo hay —respondió Wildstrand con voz ahogada, en un impulso irrefrenable de esperanza, y le acarició los tobillos mientras la mujer se levantaba.

—Cuando me cubrió la nieve, allá en la zanja, vi tu cara. Tan real... Te agachaste sobre mí y me sacaste de allí. No era el granjero, eras tú.

—Era yo —repitió Wildstrand levantando los brazos—. Debí haberte amado siempre.

Bajó la mirada hacia él durante un largo rato y contempló aquella sorprendente revelación. Después, subió a la planta de arriba y llamó a la policía.

Un escalofrío ante la duda

En los años posteriores a su captura, juicio y condena, a Wildstrand le preguntaban a menudo, tanto los amigos que se había echado en los bares como otros abogados (por supuesto también yo se lo había preguntado), qué le había llevado a reconocer lo que había hecho. ¿Qué le había llevado a contárselo a Neve y a asumir y cargar con toda la responsabilidad? A veces no se le ocurría ninguna buena razón. Otras, decía que supo que aquello no acabaría nunca; temió que rebotara de mujer en mujer hasta el final de los tiempos. Pero una vez que respondía, siempre volvía a ese momento en que le abrió la puerta a Billy Peace y recordaba cómo, cuando descubrió al muchacho bajo la titilante luz del porche, con el fusil sin brillo en la mano y el semblante triste, le recorrió un escalofrío ante la duda y dijo: «Adelante».

## **Marn Wolde**

## Satanás: secuestrador de un planeta

Era un verano de extrema sequía cuando conocí a Billy Peace, y todo parecía tensarse en la suspensión de la lluvia. Las piceas que no crecían habían dejado escapar sus tiernas agujas. Nuestros álamos se estiraban hacia el cielo con cada hoja acorazonada abierta e inmóvil. El gran roble se erguía al otro extremo del campo; sus raíces succionaban el agua desde lo más hondo de la tierra. Una tarde que anunciaba lluvia, nos sentamos en la terraza y contemplamos la puesta de sol sobre las tierras de la reserva. Casi podía sentir cómo vibraba la madera bajo mis pies, mientras sus raíces principales se estremecían buscando el agua. Aun así, la lluvia se resistía a caer. Dejé a mi madre sentada en su butaca y me dirigí al viejo campo junto a la casa, en una pequeña elevación. Allí la tormenta parecía todavía más probable. El viento soplaba desde la espesa ciénaga y desprendía un aroma a cabello húmedo; las cálidas brozas finas, amarillas como la mantequilla, buscaban ese aire, concentrando su existencia en la fibrosa estera; cada tallo era tan seco que exhalaba una nube de humo al quebrarse. Los saltamontes brincaban a cada paso, se caían de mis brazos, piernas y cejas. A medio camino, colina arriba, había un montoncito de piedras. Alguien había desbrozado la ladera en cierta ocasión para sembrar un huerto que había caído en desgracia y ahora sólo mostraba ramas plateadas y retorcidas y troncos quebrados. Me senté y seguí observando el cielo, mientras unos enormes nubarrones aparecían de la nada formando peligrosas pilas y conos de algodón. Yo tenía dieciséis años.

Estaba contemplando la aguada de tinta, la lluvia en el horizonte, cuando un coche blanco se detuvo en nuestro patio. Bajó un hombre alto, delgado y nervioso, pero con una sonrisa tímida y afable. Sus ojos eran castaños y conmovedores, intensos como el más dulce de los caramelos. Más tarde descubriría que podían volverse negros o cambiar de color con el sol. Vestía de manera muy pulcra, con corbata y una camisa que no estaba sudada y seguía bien planchada. Me fijé en ese detalle mientras regresaba colina abajo hacia el patio. Empezaba a fijarme en esas cosas en los hombres: la manera en que movían las caderas cuando arriaban el pienso o comprobaban las alambradas, la forma en que sus antebrazos lucían morenos y fuertes cuando se arremangaban las camisas blancas. Observaba a los hombres, pero sin ninguna intención, porque no habría sabido qué hacer con uno si lo hubiera atrapado más allá del afán de estudio.

Miraba a los hombres sólo por aprender, por mera supervivencia, como lo hace una chica. Al igual que un granjero, como mi padre, que aprende a conocer la configuración del terreno. Ama su tierra, de modo que ha de averiguar cómo

cultivarla. Qué necesita en cada estación del año, cuánta explotación puede soportar, qué producirá al final.

Y yo también tomaba mis clases para obtener mayor rendimiento y actuar correctamente. Sin embargo, nunca puse a prueba la información de que disponía hasta que apareció Billy Peace. Me miró, aguardando a la sombra del arbusto de las mariposas de mi madre. No estoy diciendo que me pusiera a coquetear con él enseguida. Aún no sabía cómo hacerlo. Salí a la luz del sol y le miré a los ojos.

—¿Qué vendes? —pregunté con una sonrisa, y le conté que mi madre seguramente se lo compraría, dado que compraba todo tipo de cosas: una sierra de podar que se podía utilizar desde el suelo, un deshuesador de cerezas, un pelador de manzanas mecánico que también quitaba el corazón y las semillas, una máquina de coser que memorizaba todas las puntadas que hacía. Me devolvió la sonrisa y caminé conmigo hasta los escalones de la casa.

—Eres una jovencita muy lista —dijo, aunque él también era joven—. Acércate. Verás lo que vendo si miras bien entre mis ojos.

Se señaló el entrecejo con el dedo.

—No veo nada.

Mi madre apareció detrás de la casa con un vaso de té helado en una mano. Mientras hablaban, no miré a Billy Peace. Me sentí desafiada, como si debiera entender lo que hacía. A los dieciséis años, no tenía perspectiva para comprender lo que hacían los hombres. Nunca me había llegado ni un ápice de ese olor, el aroma que los trasquila como un ácido. Más tarde, sólo haría falta una mirada particular, un determinado tono de voz, una palabra, apenas una variación en su forma de respirar. Así se adiestran los perros, sensibilizados con gran precisión, pero no era así al principio. Recibía órdenes de Billy como si le hiciera un favor, de la misma manera que recibía órdenes de mi padre cuando alcancé la adolescencia.

Con una diferencia: mi padre sólo me daba órdenes cuando estaba cansado. El resto del tiempo hacía las cosas que quería hacer él solo. Mi padre no era el hombre que yo debía haber estudiado si pretendía aprender a sobrevivir. Estaba demasiado agotado. Durante toda mi vida, mis padres habían estado separándose. Yo vivía en medio de ellos, en tierra de nadie, y la tierra estaba llena de hoyos y marcada por surcos. Y sin embargo, por mucho que se pelearan, seguían juntos. Mi padre no lograba alejarse de mi madre ni ella de él. Por consiguiente, no podía mirar a mi padre en busca de información sobre cómo era un hombre. Era la mitad de ella. Y tampoco podía mirar al anciano que cuidaban, su tío, cuyo padre había comprado la granja en origen: mi tío Warren, que se quedaba mirándote fijamente como si observara cómo fluía la sangre por tus venas mientras digerías la comida. El rostro de Warren semejaba una tabla de cortar y sus largos brazos le colgaban con pesadez. De vez en cuando, se trastornaba y desaparecía, a veces durante días. Le encontrábamos

vagabundeando por los caminos, desconcertado y exhausto tras un ataque de histeria. Nunca vi a Warren como el granjero que era mi padre; había que ver a mi padre cuando plantaba un árbol.

«Un agujero de diez dólares para una planta de semillero de un cuarto de dólar», decía. Ésa era su manera de excavar para que las raíces no se apelmazaran. Mantenía el germen del árbol en agua mientras sacaba cualquier piedra que pudiera encontrar, aunque nuestra tierra era tan buena como la mejor tierra de la ribera del río Rojo: más de tres metros de profundidad de fértiles terrones negros que daban ganas de coger a puñados y comer. Mi padre colocó el árbol en el agujero con las raíces al descubierto y espolvoreó la tierra alrededor mientras deshacía los terrones entre los dedos. Apelmazó bien la tierra y la regó hasta que se formó un pequeño charco. En los ojos de mi padre se podía ver el conocimiento, sensible y espontáneo, de cómo las raíces se afianzaban en la tierra.

Al principio, creí observar ese mismo tipo de sabiduría en los ojos de Billy. Le observé desde detrás de mi madre. Descubrí lo que vendía.

—Son biblias, ¿verdad? —exclamé.

—No vendo nada —se llevó la mano al corazón y nos sonrió. Se dio cuenta de que mis ojos habían reparado en la pequeña cruz que llevaba en la solapa—. Algo mucho mejor.

—¿Qué? —se mofó mi madre.

—Espíritu.

Mi madre dio media vuelta y se marchó. No tenía tiempo que perder en ese tipo de charla. Yo sólo era religiosa de forma intermitente, pero supongo que sentí que debía compensar su grosería, así que me quedé un poco más. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros muy cortos, que había recortado, y una ajustada camiseta marrón: ropa vieja para un trabajo sucio. Tenía que ayudar a mi madre a limpiar la incubadora de pollos esa tarde; ponerle paja limpia y lavar los comederos de acero galvanizado; destruir las gruesas telarañas que habían tejido las arañas terrestres y sacarle brillo a los cristales con papel de periódico y vinagre. Todas esas cosas se hallaban amontonadas detrás de mí en los escalones: trapos y cubos. Y además, como ya he dicho, nunca fui una persona muy religiosa.

—Hay una reunión esta noche —dijo—. Te diré dónde es.

Siempre anunciaba con antelación lo que se disponía a decir. Era su costumbre como predicador: te mantenía expectante a tu pesar.

—¿Dónde? —pregunté al final.

Me dio la dirección, me explicó cómo llegar hasta donde habían instalado la carpa. Me habló mirándome a la cara con una agradable intensidad. Tenía los ojos castaños como el azúcar quemado. Me di cuenta de que ya había visto una foto suya en el dormitorio de mis abuelos. Billy tenía el rostro de Jesús inclinando un poco la

cabeza mientras esperaba respuesta a la puerta de una casa rústica. Decidí ir al terreno de la feria esa noche, sin nadie más de mi familia. Sólo para estudiarlo. Sólo para ver.

La lluvia caía en el fin del mundo. No conseguíamos más que un poco de humedad en el aire que se secaba antes de caer. Una vez que la tormenta pasó, decidí ir al pueblo. A la edad de once años, conducía un pequeño trineo y un tractor, y a los catorce, un coche para ir y volver hasta Pluto con mi madre en el asiento del copiloto. Por ello no era tan inusual que yo fuera adonde quisiera.

Mientras me dirigía hacia el coche, me crucé con el tío Warren. Estaba sentado en un tocón en el patio, observándome con su pelo cano despeinado, una barba blanca de tres días y la mirada fija e ingenua.

¿Adónde vas?

Al pueblo.

¿Y después?

A casa.

¿Y luego?

No sé.

Al infierno.

Tal vez.

Al infierno, seguro.

A veces decía que yo era igual que él, que tal vez fuera él, que podía sentirlo. Podía ver mi andamiaje al completo. Imposible ocultarme. Yo le decía que se callara y me dejara en paz y sola. Siempre me respondía que estaba sola. Y siempre le contestaba que no tan sola como él.

En el pueblo, las calles rayaban la humedad, aunque el aire permanecía ligero y seco. Unas polillas blancas revoloteaban por las portezuelas enrolladas de la carpa; sin embargo, al estar ya a mediados de agosto, casi no quedaban mosquitos. El ambiente también era demasiado seco para ellos. A pesar de que la carpa estaba abierta por los lados, el aire flotaba enrarecido, comprimido y ligeramente salado de tanto sudor evaporado. Tres cuartos del interior de la carpa estaban ocupados por personas que cantaban, y me deslicé hasta una de las últimas filas. Me senté en una silla plegable, metálica y gris, y mantuve los ojos bien abiertos y la boca cerrada.

No fue el primer orador en intervenir. No le vi hasta que el predicador principal acabó su sermón y dijo una oración. Llamó a Billy a la palestra con un pequeño preámbulo. Billy había sido salvado recientemente y traía un mensaje del Señor, y además sabía tocar varios instrumentos musicales. Íbamos a escuchar lo que el Señor nos quería revelar a través de los labios de Billy. Subió al escenario. Llevaba un chaleco, un traje de tres piezas y una camisa de seda roja con el cuello picudo. Empezó a hablar. Sería capaz de repetir lo que dijo, palabra por palabra, porque



después de aquella noche y hasta varios años más tarde volví a oírlas cuatro y hasta cinco veces al día. Nadie sabe lo que es un predicador hasta que no ha oído a Billy Peace. No se sabe lo que es el sometimiento, la felicidad aniquiladora de dejarse llevar, hasta que se ha escuchado a Billy Peace. No se sabe lo ligero y aliviado que se siente uno, y lo muy querido.

Era demasiado joven para resistirme a aquello.

Las estrellas son los ojos de Dios y nos observan desde el principio de los tiempos. ¿Creéis que no hay un ojo para cada uno de nosotros? Adelante, contadlas. Adelante, examinad el Libro y sumad todos los nombres y adverbios, como si ello os permitiera de alguna manera entender el sentido de lo que tenéis entre manos. No podéis. El entendimiento está dentro de vosotros o no está. Podéis esconderos de las estrellas a la luz del día, pero al caer la noche, bajo un número tan inmenso, la vista de ellas y la visión os atraviesan.

¡Meteos bajo la cama!

¡Meteos bajo la sábana!

Yo os dije: «Levantaos, y si caéis, ¡caed hacia delante!».

Me apagaré con un resplandor, me apagaré como una luz. Arderé en la gloria como una tea. Ya os lo dije: «¡Levantaos!».

Y se halla uno entre ellos. Habéis oído a Lucero, Luzbel, Lucifer, el Ángel Caído. Lo habéis visto con vuestros propios ojos y no sabíais que os había encontrado. Por la noche y bajo su propio disfraz, como el secuestrador de un planeta, surgió del aire, salió de las hojas oscuras, salió del perfume del cuerpo de una mujer: salió de vosotros y entró en vosotros como si atravesara la tierra.

Alargó la mano y os atrajo hasta lo más hondo.

Se adentró en vosotros con una sacudida.

Como la soga de un ahorcado.

Como nadie.

Como el esclavo de la noche.

Como si volvierais a casa y os encontrarais con todas las luces centelleando y una ambulancia en la puerta y dijerais: «Señor, ¿cuál de ellos?».

Y el Señor respondiera: «Todos».

Vosotros también, seguid, seguid, os estoy señalando. A la vista de las estrellas y a la vista del Hijo del Hombre. La Gracia está en mí. Levantaos, he dicho. Sí, sí, voy a gritar porque eso me congratula. Entrad por la puerta. Lleváoslo con vosotros. Dentro de cuatro años la tierra temblará hasta sus cimientos.

Revelaciones. El rostro de la bestia. Sinceramente, sinceramente, vamos a tranquilizarnos y vamos a pensar.

Billy Peace miró intensa, tranquila y equitativamente a cada uno de los presentes y citó cosas sobre el futuro que parecían complicadas: cómo Oriente Medio nos había vertebrado como una zona conflictiva. Cómo la presencia de los ejércitos chinos en el Tíbet había sido predicha y se había cumplido la profecía, y cómo seguirían avanzando y moviéndose hasta alcanzar el Creciente Fértil. Billy Peace habló del número. Se golpeó la frente con la palma de la mano, dejando una marca roja.

—¡Allí! —gritó fuera de sí—. Allí se abrasará.

Hablaba del número de la bestia y dijo que lo tomarían de nuestro número de la seguridad social, de nuestros talonarios, de aquellas cosas que se llamaban tarjetas de crédito, como American Express, hasta el Olvido; obtendrían los números de nuestras declaraciones de impuestos o del seguro del hogar. Que con esos números ya estábamos bajo el control de las Últimas Cosas y no lo sabíamos.

El Anticristo está aquí, entre nosotros.

Es el plástico de nuestras carteras.

¿Queréis crédito? ¿Crédito?

Entonces arderéis por ello y pasaréis hambre. Comeréis palos, comeréis trocitos de papel negro, vuestras facturas, y mientras, gritaréis desde el lugar oscuro: «¿Por qué no pagaría en efectivo?».

Porque el número de la bestia es un número inaprensible y los números bancarios son los huesos y las entrañas del Anticristo, que no es otro que Lucifer, que es puro cerebro.

El cerebro puro nos lleva a la luna y más allá de la luna.

La voz de la soledad de la humanidad es una sonda espacial que llama: «¿Hay alguien en casa? ¿Hay alguien ahí?». El Anticristo responderá. El Anticristo está ahí, a nuestro alrededor, en los túneles y las telarañas de los rayos que se emiten, en los transistores; la poderosa mente del Anticristo se funde en un dibujo, en un destino, despertando nervio por nervio.

Nos está bien empleado. ¿O no nos tenemos bien merecido no haber sido salvados?

No será fácil. No lo conseguiremos agitando una varita mágica. Es preciso cerrar los ojos y ofrendar esas pequeñas tarjetas de plástico.

¡Fijaos!

Levantó unas tijeras y las giró para que la luz brillara en las hojas.

¡La espada del interés cero! Ahora me acercaré, caminaré por el pasillo. Me acercaré con la espada que os va a liberar.

Billy Peace empezó un cántico y fue recorriendo las hileras de sillas, cantando y abrazando a cada una de las personas que habían sacado su tarjeta de crédito. Después, les quitó las tarjetas de las manos y las cortó en forma de cruz. ¡Por Nuestro Señor! Y volvió a cortar. Siguió cantando mientras avanzaba por las filas, cortando

tarjetas hasta que la dura y pisoteada hierba bajo la carpa quedó cubierta de pequeños trozos de plástico. Se acercó a mí, la última de todos. Me reconoció y me sonrió.

—Eres demasiado joven para tener una cuenta de crédito —dijo—, pero me alegro de verte aquí.

Después, me miró fijamente y sus ojos se endurecieron como lo más oscuro del hielo invernal, gélidos en la calidez de su piel curtida, tan escalofrantes que me derretí.

—Quédate —continuó—. Quédate después y únete a nosotros en la *roulotte*. Vamos a rezar por la madre de Ed.

Así que me quedé. Aquello no sonaba a una cita amorosa, pero yo lo interpreté así entonces, y al final resultó que tenía razón. Ed era el predicador que aparecía en los carteles y su madre estaba muy enferma. Se hallaba tumbada e inmóvil en un sofá delante de la caravana, que su cuerpo llenaba por completo. El aire a su alrededor era irrespirable y denso, con una mezcla de olor a sudor y medicina y a lo que los demás habían cocinado y comido: hamburguesas, cebollas quemadas y café. Habían apartado la mesa a un lado y las sillas rodeaban el sofá. La madre de Ed, una pobre anciana moribunda, estaba tapada con una sábana blanca que su aliento apenas conseguía mover. Tenía el rostro hundido en torno a la boca y las mejillas. Me pareció un pajarillo recién caído del nido antes de haber echado las plumas; sus párpados cerrados, hinchados, azules y arrugados se movían lentamente. Tenía la cabeza cubierta de mechones de pelo blanco. Sus manos, al igual que su pecho, se encogían como pequeñas garras exangües. La nariz era ancha y la tez cerosa.

Acerqué una silla, lo más alejada posible de las aproximadamente ocho personas que se habían reunido allí. Una por una, fueron abriendo la boca, poniendo los ojos en blanco o cerrándolos fuertemente, y dejaron que las palabras fluyeran de sus bocas hasta que empezaron a farfullar y los sonidos que emitían fueron semejanado alguna vertiginosa lengua antigua. Al principio, me sentí muy violenta con todo aquello que me resultaba tan extraño, e incluso un poco aturdida por la falta de aire y aquellos olores; de modo que respiré con pequeñas inspiraciones y dejé de escuchar. Pero poco a poco, paulatinamente, aquellos sonidos fueron entrando en mí y empecé a marearme hasta que me dio un ataque.

Las palabras están dentro y fuera de mí, suspendidas en el aire como pequeños triángulos de cerámica, rotos y curvos. Pero se forman y desmenuzan tan rápido que respiro polvo, el fuerte y amargo olor de los antibióticos, medicina, muerte y sudor. Me pican los ojos y me ahogo. Se me baja toda la sangre de la cabeza a los brazos, hasta la punta de los dedos. Tengo las manos hinchadas, el doble de grandes de lo habitual, como dos guantes rellenos. Me levanto de la silla y me doy la vuelta para

marcharme. Pero él sigue ahí.

—Adelante —dice—. Adelante, tócala.

Los demás han puesto sus manos sobre la madre de Ed. La tocan con una mano y rezan con la otra palma levantada, ciega, buscando el espíritu como una antena. Billy me empuja, sin el menor contacto físico, sólo acercándose a mí por detrás de tal modo que percibo su fuerza y avanzo. Dos personas se apartan hasta dejarme un hueco y, de pronto, me encuentro delante de la madre de Ed. La mujer está totalmente quieta, inmóvil, como si ya fuera un cadáver, salvo por su boca apretada que se tuerce un poco como si frunciera el gesto hacia su propia oscuridad.

Extiendo la mano, todavía enorme y presa del hormigueo. Siento curiosidad por ver qué ocurrirá cuando la toque, si responderá. Pero cuando pongo mis manos sobre su estómago, enteco y suave, ni se inmuta. De mí no mana absolutamente nada: ningún poder sanador. En cambio, me impregna una ráfaga de la oscuridad de su sufrimiento. Me llena repentinamente de la misma manera que el agua de un grifo colma una jarra y la hace desbordar.

En ese momento ocurrió.

No soy tonta, nunca lo he sido. Veo imágenes. Puedo visualizar algo en todo momento y lograr una imagen tan nítida y detallada que parece real. Eso es lo que hago. Eso es lo que hace mi tío cuando mira algo fijamente. Es lo que empecé a hacer cuando mi madre y mi padre se peleaban. Cuando los oía en la planta baja, siempre sabía que ocurriría. Uno de ellos gritaba cortando el silencio. El aullido ascendía hasta llenar toda la casa, y después, uno de los dos aparecía corriendo. Uno de los dos venía y me agarraba. Era mi madre, oliendo a pollo ahumado, arroz y café molido. Era mi padre, oliendo a sudor acre, a humo de tabaco del interior del garaje y a tierra amarga de los campos. Entonces yo me encontraba en tierra de nadie, entre ellos, y aquél era el lugar menos seguro del mundo. Excepto por la mirada de mi tío. Así que me iba. Relajaba los músculos y me sumergía en mis imágenes.

Tengo una visión. Entro en ella en cuanto toco a la madre de Ed, apartando de ella su dolor. Creció en Montana y ahora veo lo que ve. Una cordillera rugosa de color azul profundo domina el valle al oeste; sus laderas son azules, largas franjas de franela azul, y sus cimas semejan nublados salones. El sol penetra, se filtra una o dos veces e irradia una luz rosada que dibuja deslumbrantes diseños por sus pasillos, reflejándose como los cráteres de la luna. Los observo, los observo atentamente, la madre de Ed, y empiezan a caminar. Sigo hablando hasta que sé que llegamos juntas a estas montañas. Su luz se apaga, su cuerpo se desvanece bajo mis manos hasta convertirse en una tela transparente. La vida se le escapa a medida que entra en mi imagen conmigo, y lo hace con firmeza y decisión. Una vez dentro de la imagen, encuentra la paz en ella, extrae la fuerza de las rocas, su poder, como siempre hago yo.

## Los Daniel

Deambulamos por el desierto durante tres años y di a luz a dos hijos en el aturdimiento y la precipitación de las visiones viajeras de Billy. Sus cogniciones nos aplastaron como si fueran camiones Mack, lanzándonos de carpa en carpa y de pueblo en pueblo. Aullaba con la señal; a continuación, se retorció de dolor ante las terribles visiones que le asaltaban, pedía a gritos lápiz y papel, rugía, vomitaba y luchaba con el conocimiento hasta que terminaba tumbado en el suelo del cuarto de baño, tranquilo y agotado, y me decía: «¿Dudas ahora?».

Yo nunca dudé. Tuve fe en Billy desde aquella primera noche en que le oí hablar. Tuve fe y me aferré a él, totalmente. Pero con el paso de los meses y luego de los años, echaba de menos a mis padres. Añoraba su rutina cotidiana, sus pequeños números, incluso la familiaridad de sus peleas. Echaba de menos poder prefigurar su peligro y conocer un lugar seguro donde resguardarme: en mis imágenes. Ahora tenía dificultades con las imágenes. Debía mantenerme en este plano de la existencia por mis bebés, ése era el motivo. Y como ya no conseguía desaparecer dentro de mis imágenes, necesitaba volver a casa.

Judah es un bebé tranquilo y sonrosado, con los labios rojos y suaves como pétalos, las mejillas luminosas y marcadas por las costuras de mi camisa. Y Lilith, tan pequeña y cálida, arrullada en los pliegues de mi falda, suspira y se sume en un profundo sueño.

—Vamos a ir a ver a la abuela y el abuelo —susurro a mis bebés, recordando el rostro de mi madre. Todavía no los conoce.

Nada puede quitarme esa idea de la cabeza; se ha convertido en una obsesión.

—Billy —empiezo cuando llega—, nos vamos a casa.

—No —responde sin la menor vacilación.

—Tenemos que hacerlo —insisto.

Nunca me he enfrentado a él antes y mi fiereza le sorprende primero y luego le conmociona.

—Tus padres murieron cuando eras niño —explico—. Tu hermana te crió hasta que te alistaste en el ejército y después se vino abajo. Así que no comprendes el verdadero sentido de un hogar, de unos padres o de un lugar donde has crecido y al que deseas volver. Pero ya es hora de regresar.

Se sienta en el borde de la pequeña cama en nuestra habitación de motel. Le he

preparado una taza de café caliente que se toma mientras me escucha.

—Mañana —sentencio.

Le explico que últimamente he hablado más a menudo por teléfono con mis padres. Con el nacimiento de sus nietos, se han vuelto más resignados con Billy y incluso le saludan los días de fiesta y por su cumpleaños. Sé que si volvemos a casa y llevamos a los niños todo irá bien. Mis padres vendrán a visitarnos. Creo que ha llegado el momento de que esto ocurra, de que se arreglen las cosas.

—Nunca te he pedido nada antes —digo a Billy, y es la verdad—. Me voy a casa —repito.

—Pero acabo de empezar mi ministerio aquí. No puedo abandonar a nuestros feligreses.

Hemos convencido a ocho jubilados, que han liquidado todos sus bienes para unirse a nuestra congregación. Nos hemos establecido en caravanas, en una parcela de tierra que nos ha donado uno de ellos, en el Gallatin Valley, cerca de Bozeman. No llega a una hectárea y vivimos algo hacinados, siempre oyendo el ruido de la radio del otro.

—Tienes tierras en la reserva —digo—, y podemos conseguir una parcela mayor cerca de la casa de mis padres. Podemos comprar un edificio en el pueblo y abrir una librería dedicada a Dios. Pero quiero vivir allí donde está mi familia, cerca de la granja. Echo de menos aquella tierra llana, aquellos cultivos verdes, aquellas nubes... Cultivamos de todo —le explico—. Maíz y soja, flores, lino. Echo de menos los campos azules. Los campos de color mostaza. Los girasoles que giran todo el día en busca del sol. Echo de menos el huerto de la casa. La menta para el té helado. Los tomates tan grandes como tus pies.

Billy reflexiona. Tal vez, al final, sea la referencia a la superficie de la granja, trescientas sesenta hectáreas, lo que termina por convencerle, aunque sabe lo de mis dos hermanos. No voy a heredar las tierras, o eso parecía entonces. Durante una semana, me doy cuenta de que lo está rumiando y no digo nada. Me da miedo inclinar la balanza hacia el lado equivocado si abro la boca, al decir algo que no debiera o hablar demasiado.

Y de pronto, una noche, en una reunión, levanta los brazos y lo anuncia. Nos mudamos. Me siento tan feliz, afortunada y orgullosa mientras le miro, delgado y atractivo, con el rostro fresco y sonriente, ante sus seguidores, que no me planteo en ese momento dónde vivirán. Ellos ocho y nosotros cuatro nos damos la mano y oramos formando un círculo. Cantamos durante una hora y después nos separamos. Esa noche todos empezamos a empaquetar nuestras cosas, y al cabo de varios días emprendemos el viaje formando una caravana. Hasta que cruzamos la frontera no caigo en la cuenta, sobresaltada —aunque nada se haya expresado claramente con palabras—, de que el lugar que Billy tiene en mente para aparcar las caravanas es la

granja de mis padres. ¿Dónde si no?

Cuando se lo pregunto, me contesta:

—Yo me haré cargo de sus reparos. Hablaré con ellos.

Sonríe. Sus gafas de sol, curvas y plateadas, me reflejan a mí y al paisaje a ambos lados, ahora una perfecta llanura. El cielo muestra un tono gris, dorado por la tierra. El sol luce enorme y evanescente y parece llevar colgando sobre nosotros más tiempo en esta zona, emitiendo una luz más intensa y difusa. Mis padres me han contado que a principios de mayo tuvo lugar una larga y terrible ola de calor. Había sido la primavera más calurosa que se recordaba, despiadada y seca. Y aunque las temperaturas habían bajado levemente, seguía sin llover y la tierra sufría.

Era como cuando conocí a Billy. Otra sequía. Pero nosotros acabaremos con ella.

—Traeremos la lluvia —digo, emocionada, cuando nos hallamos a pocos kilómetros de la granja. No es más que algo que decir en ese momento, pero Billy me mira y se queda pensativo. Estamos esperando el Apocalipsis que nunca llegó en el día que había predicho Billy; que tan sólo era una fecha preliminar de todos modos, según él. Este Apocalipsis que esperamos es distinto al habitual, y las señales de que se aproxima se multiplican, según la correlación que establece Billy entre la Biblia y las páginas de las noticias económicas. Pero mientras esperamos el fin del universo y giramos por la carretera, a Billy se le ocurre que debemos rezar para retrasar lo inevitable. Eso mismo es lo que explica a mis padres, apenas quince minutos más tarde. Hemos dejado a los demás aparcados en el desvío.

Me abrazo a mis padres, llorando, y ellos gritan de alegría al ver a los niños. El tío Warren aguarda al fondo, tenso y vigilante. Tiembla con la fuerza de las emociones que se han desatado a su alrededor. Y con sus propios pensamientos. Me cuido de no mirarle a sus ojos desvariados. Es el regreso de la hija pródiga. Conmigo se muestran muy indulgentes, pero severos el uno con el otro. No me guardan rencor por mi ausencia, incluso a pesar de todo lo mal que lo han pasado, y parecen aceptar a Billy. Con voz grave y cortés, mi madre le hace señas para que suba las escaleras hasta sus dominios. Ella colecciona cristal: cuencos, figuritas, jarrones y retablos. Sujeto firmemente a Judah y dejo a Lilith con mi padre. Entramos en la sala de estar y oímos cómo Billy se maravilla ante los objetos de cristal. Observa cada una de las piezas, acaricia con el dedo las curvas del unicornio verde de mi madre y saca brillo con el interior del puño de su camisa a un pesado huevo azul. Y cuando ya ha terminado de recorrer todos los objetos de cristal, sale a los cobertizos y a los establos con mi padre. No sé qué hacen allí ni qué dice Billy, pero cuando regresan, su mano descansa firmemente en el hombro de mi padre, quien frunce el ceño, concentrado, moviendo la cabeza arriba y abajo. Mi padre tiene el rostro blando y cansado. Sus ojos parecen agotados y son blancos y azules como los de un alemán extenuado. Sus greñas blancas caen entre sus ojos como la crin de un caballo.

—¿De qué has hablado con mi padre? —pregunto a Billy esa noche, mientras nos abrazamos en la cama de un metro veinte, en la que he dormido toda mi vida. Los niños están acostados a nuestro lado en una cama nido. Oigo su respiración infantil.

—Hablamos de tus hermanos. Uno va por mal camino y el otro prefiere alistarse en la marina a trabajar en la granja. Además, les cuesta mucho cuidar de tu tío. Se marcha por ahí. Lo encontraron medio muerto de frío, pegándole a una vaca con un hacha.

—¿A una vaca con un hacha?

Billy se encoge de hombros y habla con una voz más intensa, como la que emplea al final de sus sermones, sentenciadora.

—Podríamos ayudarles a que ingresaran a tu tío en una residencia del Estado. Te quedarás con la granja si nos quedamos aquí, tú lo sabes.

Me tomo mi tiempo antes de responder. Fuera hace una noche tranquila, sólo se oye el canto de los grillos negros en las grietas de los cimientos, el murmullo de la fina maraña de árboles que actúa de cortavientos y el arrullo del rocío posándose sobre la tierra reseca. Llevo tres años con Billy y he hablado un lenguaje sobrenatural. He hablado directamente, bajo el poder, al espíritu; pero sólo tengo diecinueve años, la edad en que algunas chicas empiezan la universidad. En que otras acaban el instituto. Me siento tan vieja, tan atrapada por la vida ya... Mientras permanecemos acostados en la penumbra, con las luces del patio apagadas para ahorrar luz y la noche sin luna envolviéndonos por completo, siento otra cosa también. En un estado de duermevela, siento cómo el descarnado pájaro que anida en el árbol del Espíritu Santo baja y se cierne sobre nosotros.

Abro la boca para pronunciar el nombre de Billy, pero no sale ningún sonido. Las aves aletean a poca altura, con manchas blancas, y el plumón de su antepecho cruje suavemente cuando saltan chispas entre nosotros. El pájaro abre las alas sobre mi pecho, rozándome los pezones. A continuación, penetra en mí, ardiente y desplegado. Sus alas se hallan extendidas en mi interior y me inunda un revuelo de palabras que no soy capaz todavía de pronunciar o descifrar. Ahora habla otra voz, un susurro constante en mi cabeza. Algo extraño que ocultaré a Billy hasta que logre entender su poder. Creo que se lo ocultaré a todo el mundo, porque es intenso y perturbador y hay algo en ello que me recuerda a mi tío y me pregunto si su rabia es contagiosa.

A la mañana siguiente, dejo a Lilith en su parque junto al huerto y me pongo a arrancar las malas hierbas. La manguera llega hasta el huerto, por lo que crecen brotes de zanahorias y plantas de habichuelas moradas que se volverán verdes al cocer. Hay unas diez hileras de maíz dulce, rodeadas por una alambrada de la que cuelgan tapas metálicas de distintos tarros para espantar a los mapaches. Cuando el verano esté más avanzado, me pasearé por los setos cortavientos en busca de grosellas y moras, y más tarde, cerezas y ciruelas silvestres para hacer mermelada



amarga.

Mi madre sale de la casa y se agacha sobre la azada, picando la tierra para excavar un pequeño surco y plantar un cultivo tardío de guisantes dulces. Está más delgada y su piel se ha marchitado con la edad; parece como si hubiera envejecido de golpe. Las arrugas marcan sus mejillas como una telaraña y tiran hacia abajo de sus párpados, e incluso su bonita y carnosa boca se ve ahora arrugada y agrietada. Mi hermano mayor sólo llama para pedir dinero y mi otro hermano se marchó hace tres meses con la determinación de no regresar jamás. Ni siquiera lo mencionaron por teléfono, pero creo que percibí cuándo se produjo el cambio: sentí su gran desolación. Por eso regresé de buenas a primeras, arrastrada por la sensación de soledad de mis padres, que no comprendía.

Mi padre lleva años trabajando la tierra prácticamente solo, por lo que ha dejado gran parte de los campos en barbecho y ha vendido casi todo el ganado, salvo cinco vacas lecheras. Sin embargo, nuestro regreso le está devolviendo ya la esperanza. Subido al tractor, se dirige a ver el nuevo heno para comprobar que no se ha quemado todo y parte de él puede sobrevivir. Mientras observo cómo mi madre mueve los codos al retroceder por las hileras de habichuelas con la azada, se me ocurre que tal vez lo que dijo Billy no sea tan terrible. Quizá no sea tan espantoso considerar la realidad de la situación. Quizá debería incluso reunirme con mis padres y hacer algunos planes.

Pero no es necesario. Billy lo dice todo. Cada noche, en el despacho de mi padre, Billy le ayuda a poner orden en sus cosas: le ayuda a archivar los papeles, a decidir qué facturas pagar y en cuáles demorar el pago. Papá ha dado su visto bueno, con un sorprendente desinterés, a que los jubilados acampen junto a una vieja granja quemada, donde sigue funcionando un pozo con una bomba de agua manual. El final de nuestras tierras linda directamente con los límites de la reserva. Aquello pertenecía a la reserva, según Billy, y debía volver a ella. «Eran tierras de mi familia, tierra india. Volverán a serlo». Lo dice rotundamente, con una falta de emoción que me inquieta. Hay algo ahí. Por debajo subyace algo diferente.

A medida que pasa un mes y después otro, mi marido apenas duerme, entre atender las necesidades de su gente, rezar para que llueva en asambleas evangelistas que celebra en toda la zona, aprender a manejar el tractor y la máquina ordeñadora y hacer pacas de heno con mi padre. Billy parece enlazar una actividad tras otra con una energía desbordante e inagotable. ¡Y hay que ver cuánto come! Platos llenos de espaguetis, cazuelas de panecillos frescos. Hay noches en las que anda de un lado para otro en el despacho de papá, a altas horas de la madrugada, escribiendo sermones y firmando cheques, pues mi padre le ha otorgado el poder de firmar. A veces, al alba, bajo torpemente las escaleras para preparar café y me lo encuentro ahí, sonriendo. Sin haberse acostado. Billy se crece cuando el calor agosta todo lo demás.

¡Bebe del pozo hasta dejarlo seco! Sonrosado y enorme, desgarrando los fondillos de sus pantalones.

—Nunca he tenido padres —dice, emocionado, mientras abraza a mi madre que se suelta y le remienda los pantalones—. No sabía lo que era vivir en familia.

Mi madre sonrío ante su tragedia y su rostro se derrite con el calor como la cera. El tío Warren observa desde un rincón, rígido como una muñeca, y sólo mueve la mandíbula al farfullar un ininteligible e interminable monólogo en voz baja.

—Shhh... —sisea mi madre, acallando a mi tío.

Mi madre cocina todos los días un bizcocho. Billy lo come. Gana dinero con sus sermones, contrata a un abogado para constituirnos a todos en iglesia, para no tener que preocuparnos por los impuestos. Pronto la granja de mis padres se ha convertido en un centro de reunión. Todas las noches, el resto de la congregación se acerca y rezamos juntos, en la sala de estar, sentados en círculo: lloramos y damos testimonio, rogamos por nuestro perdón y, una vez purificados, canalizamos el espíritu. Mi madre habla alto y es increíble. ¿Quién lo habría imaginado? Mi padre se muestra más reservado, parpadea a todo lo que ella vierte: la plenitud y la trivialidad de sus pecados. En cuanto al tío Warren, sus ojos se vuelven suplicantes y parece encogerse bajo el peso de todo cuanto oye. Como Billy se ha vuelto tan corpulento y apabullante, he empezado a sentarme, en esas noches, al lado de mi padre. Es como si mi padre necesitara protección. Tengo la impresión de que se ha vuelto más frágil, aunque puede que sea sólo por contraste. Parece más delgado porque Billy ha ensanchado de tal manera que nos supera en peso a todos y tiene un aspecto imponente en sus nuevos trajes blancos.

Transcurre otro mes y la papada de Billy se ha duplicado, por lo que lleva un grueso alzacuellos de carne. Hacemos el amor todas las noches, pero me siento incómoda. Hace tanto ruido y se muestra tan extasiado... Me bamboleo de un lado a otro encima de él, como si estuviera montando una ballena macho. Le obligo a que lleve una camiseta de tirantes para poder agarrarme a ellos como si fueran dos empuñaduras. La cama cruje como las tablas de madera de un barco yéndose a pique en plena tormenta, y cuando eyacula, me siento pesada y empapada de sudor. Tengo miedo de quedarme embarazada de nuevo. Tengo miedo de lo que está pasando. La casa, antaño un lugar tranquilo con su ambiente lúgubre y lleno de asperezas, un sitio solitario y predecible, está ahora abarrotada de gente. Rezan continuamente con mi madre, mientras limpian todo con furia, con fuertes productos químicos. Todo huele a desinfectante. El patio presenta los surcos que han ido dejando los neumáticos de los coches. La gente arranca las ramas del arbusto de las mariposas para abanicarse con las hojas cuando el espíritu les sube la temperatura. Y durante todo ese tiempo, todo ese tiempo, no hablo en lenguas extrañas ni siento gran fervor cuando rezo. No recupero mis imágenes. Todo eso ha desaparecido.

Ya no sé con quién estoy casada. Es como si fuera un ser sobrenatural. Es terriblemente incansable, agota a todos los demás de tal manera que nos turnamos para poder seguir su ritmo. Llevo sus camisas, calcetines, ropa interior y pantalones al tendedero. Ahora son tan grandes que no necesitan pinzas. Los envuelvo sobre la cuerda como si fueran sábanas y, después, agotada, me siento fuera de su vista. Habla de la lluvia. Sigue hablando del Apocalipsis. Ahora la granja me pertenece, y a través de mí, a Billy. Habla de la fundación de los elegidos. Dice que somos nosotros quienes caminaremos por el fuego. Somos los Daniel. Levanta a nuestro hijo ante los ojos de la congregación y, en sus manos, el pobre crío parece tan diminuto como un pececillo.

Al final son la mesa del merendero y el banco de hierro los que me conducen al término de esta parte de nuestra vida y de la enorme e incontrolable fuerza en que se ha convertido Billy. La mesa está colocada en el patio de atrás y consiste en un tablero de metal, unos tubos de acero y una cruz metálica soldada, clavada en el suelo. Mi padre la hizo para los días en que había demasiada humedad para comer dentro de casa, y para las grandes celebraciones, de las que nunca tuvimos ninguna. Toda la zona está dispuesta donde la vista es más bonita, para que mi madre, amante de su pequeño jardín y sus flores, pueda contemplar una hilera de azucenas anaranjadas y silvestres tras trabajar en el huerto. Puede descansar, posar los ojos en un poco de belleza. Incluso hay un banco de hierro forjado para sentarse y tal vez leer, aunque nadie haya abierto un libro ahí todavía.

El calor de agosto ha dado un leve respiro antes de volver, de nuevo aplastante. El tío Warren retira las heces del gallinero, maldiciendo en voz baja y chirriando los dientes a las gallinas que picotean junto a sus pies. Hace unos días, mi madre se metió bajo una florida sábana en el sofá y ya no quiere levantarse. Desde el sofá junto al ventanal, donde poco a poco va adelgazando, observa la zona del merendero, contempla la salida del sol y cómo va pasando sobre su cabeza. Dice que no es más que un maldito virus gripal, pero hay momentos, cuando la miro tumbada, tan quieta y con los brazos extendidos como dos tableros destinados a sujetar la delgada y arrugada sábana, en que temo que se vaya a morir y quiero acostarme a su lado.

Una tarde húmeda, estoy sentada junto a mi madre en el sofá y observamos a Billy mientras conversa con algunos de los demás bajo el frondoso fresno. Los niños duermen en el suelo sobre unos edredones doblados, mientras los ventiladores mueven el aire sobre ellos. Billy no suele beber casi nunca, y cuando lo hace no toma nada más fuerte que un poco de vino. Ahora está bebiendo una variedad casera elaborada con bayas de saúco por un miembro de la congregación, según una receta que su familia se ha ido pasando de generación en generación. Me figuro que el vino tiene un historial tan amistoso que Billy piensa que puede beber más de lo habitual. Y además hace calor. Las jarras de vino se enfrían en una nevera portátil que descansa

sobre la mesa de picnic, y de vez en cuando, Billy saca una jarra y la vacía. Mientras habla, le fluye el sudor por la frente. Su cabello negro está empapado; su cuerpo, imponente, forma un montículo sobre el banco de hierro. Levanta sus gruesos brazos para luchar con un pensamiento, lo aparta en el aire y lo aplasta contra su muslo. Dirige una oración en grupo por la lluvia y, mientras esperamos sentadas bajo el calor de la tarde con los ventiladores encendidos observando a los demás que rezan bajo el fulgor del sol, descubrimos que unas nubes se amontonan para formar increíbles y resplandecientes masas con forma de castillo.

Esas nubes son impresionantes, de un tono rosado y dorado, como si una luz brillara en su interior. Son hermosas. Se las señalo a mi madre.

—Nubes de tormenta —exclama, emocionada—. Empuja el sofá hasta la ventana.

Debería estar fuera rezando con el grupo o preparando la cena para todos ellos, o trabajando en el huerto para recolectar tomates en caso de que lloviese de verdad, en caso de que esas nubes trajeran granizo. Pero no hago otra cosa que colocar una silla al lado del sofá de mi madre. El tío Warren duerme con los ojos abiertos, sentado muy erguido en su butaca. Lilith está relajada y tendida sobre su osito de peluche. La tapo con una toquilla de ganchillo porque se ha levantado una brisa fresca. Mi padre entra en la habitación. Ha venido para señalarnos los nubarrones. Warren agudiza la vista. Fuera, Billy continúa, retorciendo sus manos en dos gruesos puños dorados, sollozando en trance, bebiendo vino a grandes sorbos y gritando.

Ahora se levanta el viento y golpea las ramas, que se agitan frenéticamente. Las nubes avanzan sobre la tierra, amontonándose unas con otras, para reflejar la luz. Son de color púrpura, un venenoso rosado y un verde tan tierno como los primeros brotes de la primavera. Cubren el horizonte y, en el interior de aquella masa, cuando se abre sobre nosotros, descubrimos el corazón de la tormenta, el lado oscuro del yunque arrojado con un encaje eléctrico de luz.

Un aire frío mana de las zanjias, y se desprende un olor agrio a barro húmedo y luego a agua fresca. Empiezan a caer pequeñas gotas, suaves e indecisas, y los truenos suenan cada vez más cerca, como una carreta llena de piedras.

Aun así, los hombres siguen rezando con las manos alzadas y los ojos cerrados. Con las hojas azotándoles, bajo la lluvia torrencial y corriendo peligro, se apiñan unos contra otros. Sus voces se vuelven un murmullo expuesto al viento. La voz de Billy destaca sobre las demás, suena cada vez más fuerte a medida que se aproxima la tormenta.

Un fuerte resplandor. Las flores revolotean en el aire y se esparcen por el patio. Retumba un nuevo trueno, con tal fuerza que nos traslada al corazón del estruendo. Sentado en el banco de hierro como un oráculo, Billy Peace se ha convertido en la confluencia de relámpagos azulados que destellan entre los tubos de hierro y recorren los cables de los faroles hasta los árboles. Billy conduce la energía con los brazos

alzados y atrae el poder hacia él. El sonido del siguiente trueno nos aparta bruscamente de la ventana, pero nos arrastramos de nuevo hasta ella para seguir mirando. Una cuerda de fuego dorado serpentea hacia abajo y envuelve a Billy dos veces. Se vuelve totalmente negro. Una luz azulada brota de su pecho. Luego, silencio. Todos aguardan entre murmullos. Pequeños rayos flotan en el aire, se tambalean y desaparecen. Caen unas pocas gotas, mezcladas con diminutas bolas de granizo. Después, el cielo se torna blanco con la granizada: masas de hielo aplastan la menta, la albahaca y la melisa, y el aire se llena de su aroma, que se mezcla con el olor a piel calcinada.

No decimos nada. Los niños duermen. ¿Y Billy Peace?

Parece un montículo negro y destrozado, a cuatro patas. Una criatura de la oscuridad que se ha quemado hasta quedarse ciega y ahora resopla. Le observamos mientras se levanta y se recompone despacio, apoyando sus enormes manos en sus muslos. Por fin se incorpora del todo. Toco los dedos de mi madre, que se han quedado inertes del susto. Billy está vivo, más grande que antes, henchido y con poderes sobrenaturales. Nos apartamos del ventanal. Grita al cielo, sacudiendo la cabeza de arriba abajo a la vez que las nubes se van alejando. Unas densas y grises cortinas de agua caen sobre la escena. Desviamos la vista de la ventana.

—Mamá —digo—. Tenemos que detenerlo.

—Ahora ya no hay quien lo detenga —responde.

## La comunidad

Un día, mientras me encontraba en una pequeña franja de sombra, mi tío se acercó a mí y me habló en voz baja, sin mirarme.

Está en ti, puedo verlo.

¿Qué está en mí?

Está en ti, puedo verlo.

¿Qué? ¿El qué?

Puedo verlo.

¿El qué?

Vas a matar a alguien.

Cállate.

Está en ti. Vas a matar.

Lo ingresamos en el hospital del Estado y yo me quedé en la granja hasta que mis padres murieron. Billy se marchó y llevó sus ideas de gira, hasta que por fin desarrolló una religión. No profesaba una fe como servidor de Dios, ni del tipo «Alaba a tu Señor», tampoco como un *bagwam* ni un maestro perfecto ni un derviche o un gurú Mahara Ji. Se trataba de una religión basada en lo que era la religión antes de ser religión. Por supuesto, necesitaba tener un nombre y cierta organización en cuanto Billy Peace la descubrió, pero intentó no emplear las palabras explosivas. Borró el término «Dios» después de predicar en Billings, y también «salvador», por ejemplo, tras pasar por Minneapolis, donde según me contaron Billy podría haber utilizado dicha palabra. Para cuando pasó la frontera, de regreso con sus seguidores, y siguió zigzagueando hasta casa, sólo quedaba el espíritu. La mayoría de la gente no lo entendió. Billy abandonó incluso el concepto del Anticristo. La idea del demonio implicaba su contrario, y Billy pensaba que a los devotos les parecía mucho más atractiva la figura del diablo que la figura del Padre, con su gran barba blanca, de los sueños de infancia. Sin embargo, siempre era así, aunque siempre cambiaba. Había espíritu, y aquello era tan amplio, tan amplio, que debíamos dejar fuera su inmensidad. Éramos como receptores, nos explicaba Billy: nuestros cerebros eran máquinas bioquímicas, pequeños receptores que reducían la inmensidad de la inteligencia espiritual a algo que éramos capaces de manejar.

Nuestra conciencia individual era un tamiz de lo divino. Sólo podíamos saber lo que nuestras mentes eran capaces de abarcar con toda seguridad. La tarea, tal y como lo entendía Billy, no consistía en ampliar las barreras del individuo, como uno podría

imaginar. No exactamente. Billy creía que un grupo de mentes que convivían juntas, pensaban como una sola y respiraban como una sola, tenía el potencial para expandirse más que cualquier individuo. Si nos abríamos todos a la vez, juntos, en un mismo lugar, tal vez podrían rozarse los límites, los bordes de la vastedad del espíritu. Algunas noches nos quedábamos sentados formando un círculo de gomas elásticas unidas, tocándonos las yemas de los dedos, y permanecíamos así toda la noche hasta el amanecer, tarareando en la linde de ese campo invertido y ese cielo. Se tomó su tiempo para definir su estrategia y su objetivo. Tuvo sumo cuidado en suavizar los puntos duros del Manual de Disciplina. Y en planificar, conseguir dinero y encontrar personas que cumplieran sus requisitos. Al principio, se llevó a los más voluntariosos, decididos, cerebrales y experimentales. Después, apuntó a quienes contaban con explicaciones racionales. Últimamente acogía a los heridos, a los que carecían de algo, aunque tuvieran que ser organizados al mismo tiempo. Buscaba sobre todo a aquellos que mantenían puestos de trabajo desde hacía mucho tiempo. Debían presentar un historial escrito a máquina. No aceptaba a nadie sólo de palabra. Tenían que sentarse con él durante horas y meditar. Debían poner a prueba la calidad de sus mentes. No eran supersticiosos ni fundamentalistas. Tal vez pensarán que el mundo se acababa y que ese final sería una pesadilla económica. Tal vez creyeran en Dios, si Dios fuera indivisible de la luz. Nunca eran antiguos católicos: era como si aquéllos estuvieran inoculados. A veces había judíos en una o dos generaciones anteriores a su propia fe religiosa. O protestantes, aunque muy pocos habían sido rigurosos luteranos. Ni baptistas, ni hindúes, ni discípulos de Confucio ni mormones. Ni seguidores de ninguna otra religión tribal. Ni milenaristas ni apocalípticos.

En cuanto a mí, no encajaba en ninguna de esas categorías. En nuestros viajes al sur, conocí a una familia que criaba serpientes y creía que servían para expulsar a los demonios debido a su veneno. Permanecí en su iglesia durante medio año. Me sentaba con Virginia, la abuela, cuyo cabello blanco le llegaba hasta la cintura. Me decía que nunca me cortara el mío. Sus ojos se habían vuelto como los de una serpiente, con una línea negra por pupila, y tenía unos labios muy finos. Una de sus manos estaba encogida y negra a causa de una mordedura. En la otra, le faltaba el dedo anular. «Te morderán», me dijo, «pero sobrevivirás y vivirás en el poder». Me regaló dos de sus serpientes: un crótalo diamantino de un metro ochenta y una cabeza de cobre con marcas de clepsidra. «Tienen juicio», dijo, «y sienten amor».

«Pues juzgadme», dije cuando sujeté las serpientes por primera vez. «Cogedme», y lo hicieron. Encontré mi fe. Supe desde el primer momento que ésa era mi manera de acercarme al espíritu. Sus cuerpos frescos y secos se deslizaban sobre mí, rozándome la piel, indiferentes, curiosas, vacilantes, pesadas, mostrando la misericordia del espíritu, amándome y enviando a través de mí una oleada de sangre llena de poder. Me sentía libre cuando sujetaba las serpientes. Me volvía fría en lo

más hondo de mi ser, mientras mi piel emanaba calor para calmarlas, ayudándome de las imágenes. Les ofrecía la calidez agradable, las rocas planas, las piedras negras y los rayos constantes y palpitantes del sol.

Después de que empezara a manejarlas en círculo, la pareja se mantuvo alejada de mí, y eso también fue un alivio.

Aun así, seguía considerándome una persona con poca fuerza de voluntad, una adepta, alguien que nunca elevaba la voz si podía evitarlo. Estaba convencida de que no tenía determinación alguna, ni brillantez mental. Era bonita pero ni remotamente guapa. Era joven, más joven de lo que se me permitía ser. Me sentía indefensa, salvo cuando sujetaba mis serpientes. Indefensa. Pero tenía esas imágenes, y por ese motivo Billy no dejaba que me fuera.

—Enséñame Milwaukee —me dijo Billy una noche.

Allí había pasado su familia dos años cuando la trasladaron antes de que murieran sus padres. Así que le mostré Milwaukee lo mejor que pude. Me tumbé allí y obtuve una visión general: los terraplenes verdes en junio, la sensación al entrar en nuestro restaurante favorito con una mesa reservada cuando se está hambriento y sabiendo que en menos de quince minutos la comida alemana empezará a saciarnos con pan alemán, cerveza alemana y *schnitzels* alemanes. Encontré el barrio donde había vivido Billy, el estuco polvoriento, la infraestructura de madera carcomida y el patio trasero, todo destrozado entre sol y sombra, las hojas; hallé a la madre de Billy completamente tumbada en el suelo enfundada en un traje rojo, dormida; volví hasta el porche, anegado por un calor contenido, y enfoqué los insectos zumbando indómitos contra las cortinas de la noche. Hallé el olor del río de Billy, el aroma al primer día de clase, a tiza y cera, el perfume de las toallas de papel limpias y ordenadas de los colegios de Milwaukee a principios de septiembre. Recuperé los cartones de leche y las pajitas. Di con la hermana de Billy, delgada y de brazos escuálidos, mientras dejaba a Billy en el suelo. Encontré un puesto de perritos calientes para él y le di una bolsita de cacahuets y ganas de beber.

—No —interrumpió Billy—. Ya no más.

Lo veía venir aunque yo lo estuviera evitando. Me alejé de los verdugones ardientes, las tijeras, los pinzamientos, el ojo muerto, la correa, el cinturón, los zapatos de tacón de aguja, la maquinilla de afeitar, la derramada e hirviente tapioca, los fragmentos de cristal, los cuchillos, la armadura resquebrajada, la hermana, la hermana, el sótano, cualquier cosa bajo tierra.

—Enséñame, enséñame.

Billy estaba medio dormido. No sabía qué quería ver y, por supuesto, no pretendo insinuar que fuera a ver la totalidad de mi imagen de todos modos. Sólo recorrí el borde, obtuve las migajas, las gotas de agua que habían caído cuando los pájaros sacudieron sus plumas. Eso fue cuanto logré, pero no hizo falta más. Cuando se



comparte de esa manera, el resto de la tierra se cierra. Uno se queda encerrado, enroscado, trenzado, y nace. Y yo podía hacerlo, tan sólo eso, y él lo necesitaba. Escapar.

—Enseñame.

Así que le enseñé, una y otra vez. Transcurrió otro año y la disciplina se hizo más férrea y más intensa a medida que el espíritu irrumpía dentro de Billy sin estar dispuesto a perdonarnos.

Una noche de enero, entró en el dormitorio y habló conmigo y los niños durante toda la noche, mientras apretujaba nuestras caras entre sus gruesas y cálidas manos y nos abofeteaba para mantenernos despiertos, apremiándonos a estar atentos.

—¡Escuchad! ¡El fin del mundo ha llegado!

Lloré y los niños lloraron, pero no nos dejó dormir.

—Hay algo incongruente, algo en ti, algo que bloquea el canal, algo que ennegrece la mirilla e interfiere en la frecuencia.

—No, te equivocas. Éstos son tus hijos.

—Me perteneces. Vuestras vidas son mías. Haré con vosotros la voluntad del espíritu. ¡Abajo! ¡Abajo! ¡Tumbaos en el suelo!

Nos miró con un odio escéptico y las horas sombrías fueron pasando. Por fin se quedó dormido. Los niños descansaban en mi regazo. Para entonces yo estaba muy nerviosa y totalmente despierta, así que me acerqué a mis urnas de cristal. Saqué mis serpientes para rezar con ellas. Se deslizaron sobre mí, envolviéndome, metiéndose entre mi ropa, aliviándome. Las serpientes escuchaban y yo también lo oí. El *chinook* llegó de repente. Sin más.

La temperatura cambió radicalmente. El aire cálido era capaz de derretir la profunda nieve acumulada en pocas horas. Oí las vigas que crujían, la nieve ya empezaba a gotear. Olía a tierra y a lluvia. El viento soplaba fuerte, y pronto la vegetación del invierno, gris oscuro y dorada, asomaría entre los montículos de nieve. El aire fluía, se movía, cálidas corrientes de un espeso aire que arrojaba frescura desde el suroeste cruzando carreteras mojadas y resbaladizas. Y entonces salieron los perros lobo, alzando sus largos hocicos en el aire.

Me sobresalté en un momento de zozobra y, en ese preciso instante, la víbora cobriza me golpeó de lleno, a la sombra de mi costado, demasiado cerca del corazón como para no matarme. «En el Señor», dije, tal y como me habían enseñado, y recogí mi preciosidad rojinegra. El reptil llevaba el paso del tiempo dentro de esos relojes de arena y sentí cómo la arena fluía por ellos mientras lo guardaba en su caja. Después me recosté. Dejé que el veneno me inundara. Dejé que llegaran las náuseas y las preguntas, y el fruto del árbol del poder. Dejé que la sabiduría se apoderara de mí. La inteligencia de las serpientes. Mi corazón se tornó negro y duro como una piedra. Me

detuve una vez y volví a empezar. Cuando la vida fluyó de nuevo en mí, supe que me había vuelto más fuerte. Supe que había absorbido el veneno. Mientras avanzaba dentro de mí, supe que yo era el veneno y también el poder.

«Aléjate de él y llévate a los niños», me dijo la serpiente desde su caja de cristal, mientras se enrollaba para dormir en su nido de hierba.

Largos trayectos en tren, el lento y repetitivo suspense del que viaja. Había convencido a Billy para que me dejara marchar hasta Seattle en busca de dinero para los nuestros. Me llevé a las serpientes bien alimentadas en sus bolsas y acurrucadas contra el calor de mi cuerpo. Cuando se ponían demasiado activas, las guardaba de nuevo en sus estuches de cuero y las depositaba en el frío suelo junto a mis pies. Había logrado que él me dejara ir, aunque de alguna manera yo sabía que no regresaría completamente, no después de la mordedura.

Durante todo el viaje, dejé que surgiera. En el camino de vuelta, dejé que viniera a mí. Agazapada entre los suspiros y resoplidos de los demás pasajeros, viajé en un estado de duermevela, con el cuerpo dolorido y agarrotado dentro de los límites de mi doble asiento. En la oscura cordillera de las Cascadas, comprendí que yo era una oscuridad más lóbrega que aquellas montañas. Esa sabiduría penetró en mis articulaciones como un virus y, desde ese momento, permanecí allí sentada con un sufrimiento sereno. Aquello se convirtió en miedo en algún lugar del condado de Kootenai.

Al otro lado del cristal, un tupido bosque, negro, inerte y sin límites, se encorvaba bajo el peso de la nieve recién caída. Reflexioné sobre lo que me esperaba y me topé con un grueso muro blanco. Mis hijos se hallaban detrás. Mi amor por ellos era amor en estado puro. Jamás los abandonaría. Amaneció al llegar a Whitefish, en Montana. Anunciaron el desayuno. Tomé una decisión y me enroqué en ella. Una vez hecho esto, se me aclararon las ideas. Me senté en el coche restaurante y pedí unos huevos. Me los trajeron con un montón de patatas gratinadas muy doradas, acompañadas de tostadas con mantequilla y mermelada de uva en pequeños envases. Comí un par de bocados y tomé un café con leche en una taza de plástico. Mientras desfilaban, contemplé el oscuro pino contorta, el alerce amarillo y más árboles que muchas personas no llegan a ver en toda su vida. Giraban como los rayos de una rueda, se alargaban como tentáculos y tamizaban la nieve a través de sus agujas como si fuera fino polvo. Grandes espumas blancas resoplaban, cayendo de sus ramas.

Donde dos años atrás había tenido lugar un grave descarrilamiento y un vertido de cereales se hallaba un oso, un oso negro que había despertado de su estado de hibernación, sin duda atraído por el trigo bañado en lejía y fermentado que los trabajadores del ferrocarril habían enterrado detrás de una alambrada eléctrica y fuera de su alcance. Todas las demás personas en el vagón se habían entregado a una

intensa conversación o se concentraban en las tortitas quemadas y el té poco cargado. Yo fui la única que vio al oso y no dije nada. Meneó la cabeza olfateando el olor a diésel, a metal duro y tal vez a avena hervida. Quizá estaba acostumbrado al número 28 con destino al este, porque no salió corriendo ni se inmutó siquiera; sólo esperó en la sombra a que pasáramos de largo. Mi futuro parecía inescrutable, un enorme nubarrón, una espesa niebla. Y la libertad se me antojaba inalcanzable, como todo ese cereal aplastado dentro de la colina. Mi vida era una trampa que se había cerrado sobre mí con suaves dientes, desde debajo de la nieve. El espacio aquí arriba parece infinito y libre, tan amplio que duele. Y duele de verdad. Pues estamos apelmazados, oprimidos y constreñidos, atrapados en la pena y olvidados.

«Hierba, agua, adelfillas de verano y cardos, venid a salvarme ahora», pensé. Sin embargo, no invoqué a Dios. Él estaba de parte de mi marido.

Cuando Frenchie llegó a la estación para recogerme, yo estaba ausente. Evidentemente seguía con el mismo aspecto y me comportaba de la misma manera, porque Frenchie me ayudó a guardar mi equipaje en la parte trasera de la camioneta y subió delante sin hacer el menor comentario. Billy no hacía cosas como ir a buscar a pasajeros a la estación, porque eso podría implicar tener que esperar y nunca se quedaba quieto. Ahora cada segundo de su tiempo estaba dedicado a su fin y era valioso.

—Te invito a comer —dije a Frenchie—. He recaudado unos diez mil pavos —y era verdad.

Además de trabajar como camarera, algo que solía hacer cuando necesitaba ganar dinero para algún tipo de material o una campaña religiosa, recaudaba dinero para Billy hablando en las asambleas de la gran carpa, escribiendo panfletos y mostrando mis serpientes en trance espiritual. En general, prefería el trabajo de camarera. Pero sacaba más dinero en el estadio y en las reuniones religiosas en la carpa. Sabía que en cuanto entrara en los barracones pasaría mucho tiempo hasta que viera de nuevo el mundo exterior. Por eso le pedí a Frenchie que entrara por la puerta del 4-B's, una cafetería que abría las veinticuatro horas, donde había trabajado durante un año y que había abandonado sin generar el menor resentimiento e incluso con una oferta de aumento de sueldo. En aquel lugar parecía una persona normal, una mujer cualquiera, y ahora necesitaba sentirme así. Quizá sacara una foto de mi hija y de mi hijo y nadie haría el menor comentario sobre sus ropas harapientas ni entendería su significado; nadie preguntaría si ya habían interiorizado el espíritu.

Frenchie miró a un lado y al otro al sentarse. No existía ninguna regla fija sobre ir a comer a un restaurante, pero ambos sabíamos que era algo que no debíamos hacer; lo que se esperaba de nosotros era que fuésemos directamente a casa, a reunirnos con los nuestros, que ahorráramos el dinero y no lo gastáramos en un segundo plato de huevos que no iba a comerme o en el café aguado que Frenchie se iba a beber,

mientras miraba en el interior de la taza de barro, rechazando más tazas y sintiendo la mano de mi marido en sus hombros, los intensos ojos de mi marido en la nuca y la voz de Billy, siempre radiofónica, diamantina y profunda, rotunda como un trueno y sonora como la esperanza. La voz de mi marido era perfecta, al igual que él era perfecto. Hecho a imagen y semejanza de Dios. La voz de mi marido era pura redención, una cuerda a la que aferrarse en una cegadora tormenta de nieve. La voz de mi marido transformaría mi voluntad, como lo había hecho anteriormente, cuando regresara y entrara en el suave halo de luz dorada que le rodeaba. Me hundiría en esa luz, desaparecería en su interior, sin poder resistirme, en el sueño que había tenido conmigo dentro. Me convertiría una vez más en una sombra, una luz arrojada con amor contra un muro.

Bebí el café despacio. Tenía que ponerme a prueba y observar cómo me comportaba en presencia de uno de los nuestros. Me alegraba que se tratara de Frenchie, que no era alguien muy observador. Había algo temeroso y escurridizo en él, algo no del todo auténtico. Tenía un rostro atractivo si uno se fijaba bien: facciones agradables, ojos verdes intensos con espesas pestañas, labios carnosos y nariz recta. Pero se comportaba como un animal apaleado: se arrastraba encorvado, hablaba como pidiendo perdón y nunca se dirigía al otro, siempre esperaba a que su interlocutor hablara primero. Tomaba lo que le daban. Supongo que ése era su lema. No quería causarle problemas, de modo que no intercambié más que unas pocas palabras educadas con otra camarera que había conocido en los tiempos en que trabajé en el 4-B's. Pagué la cuenta con un dinero extra que había recibido en Seattle y que no había declarado, y dije que ya podíamos irnos a casa. Pero justo antes de salir eché un vistazo al local, y aunque era un lugar público, grande y funcional, con butacas de plástico naranja y la típica isla de ensaladas; aunque dentro del mundo de los restaurantes y bares no era nada especial, la luz que se filtraba por las ventanas formando gruesas cortinas de humo estuvo a punto de penetrar en mí como una prometedora esperanza.

Decidí que cuando todo acabara regresaría a ese lugar. Me sentaría en una silla y desplegaría la absurda servilleta con la abeja negra y amarilla y me la pondría en el regazo con cuidado. Pediría el desayuno completo para mis hijos. Y comerían. Entonces, cuando los viera comer, yo también sería capaz de comer.

Hasta entonces, ningún alimento entraría por mi boca, pero como debía cobrar fuerzas, no malgastaría ningún movimiento, ninguna moneda, ninguna respiración. Desde ese momento, yo era un secreto cerrado. Era todo cuanto sabía la montaña. Era la piedra sin remover.

Y la serpiente debajo también.

Algunos de nosotros vivíamos en gallineros, algunos de nosotros vivíamos en

toneles, algunos de nosotros vivíamos al aire libre bajo el sol del solsticio. Algunos de nosotros vivíamos en las colinas, algunos vivíamos en la sierra con ganado, o en tractores, o en un viejo furgón de mercancías de Burlington. Algunos de nosotros vivíamos con marido o mujer, algunos con hijos, sólo hijos. Algunos de nosotros nos salvamos del calor; algunos nos salvamos bajo el frío invernal. Algunos de nosotros fuimos simplemente curiosos y no nos salvamos nunca. Algunos de nosotros vivimos bien con Billy, allá en la nueva cabaña de troncos, detrás de la chimenea, y nuestra ropa olía todo el día a pino y al humo de las hogueras de medianoche. Yo era su única esposa de verdad, con su nombre marcado a fuego sobre mí y mis hijos, y ésa era mi recompensa. Su mayor fidelidad, no la menor; yo representaba la procreación que Billy manifestaba tranquilamente ante otras mujeres. Me pertenecía en el más amplio sentido de la palabra y blandía ese hecho en mi cara como un espejo resplandeciente.

Para cuando llegamos al desvío de la carretera, un camino estrecho y bien cuidado (no los caminos surcados que transitaban las maquinarias pesadas), yo tenía las manos gélidas dentro de mis guantes de lana. Los edificios de la granja asomaban a lo lejos y me sentí vacía por dentro, hambrienta, pero no de comida. Mi piel estaba desesperada por abrazar a mis hijos. Llegamos al puesto de vigilancia. Sentía el sudor corriéndome por el interior de los brazos. El semblante se me quedó rígido con el esfuerzo de adoptar mis poses. Estaba transida de frío, helada hasta la médula. En el Manual de Disciplina, al que deben adherirse todos los nuestros, un corazón culpable es un corazón muerto, carbonizado, y, por ende, ha de ser rechazado. Expulsado. Mientras avanzábamos por el sinuoso camino y la gravilla crujía bajo los neumáticos, me puse a temblar. Sentía mis piernas desfallecer, flácidas. Me dolía la mandíbula. Sabía que Billy vería dentro de mí con una sola mirada y descubriría el humo lóbrego, el vapor, el resplandor azulado de la traición. Rezaría. Me dirigiría una mirada de triunfo y me aceptaría de nuevo en nuestro matrimonio, en la fe.

Me saludó con la mano, contento de verme y exultante con la imagen que había fabricado de un marido recibiendo a su esposa con los brazos abiertos. Aguardaba en el largo porche de la casa de dos plantas, una cabaña de troncos grises cuyas juntas se habían cementado muy rápido. No me había estado esperando. Había enviado a Deborah, la eterna penitente y su secretaria personal. Probablemente le habría hecho una felación por debajo de su escritorio; después se habría limpiado la boca con un pañuelo y se habría puesto a esperar. Ella habría estado pendiente de nuestra llegada en la carretera y entonces le habría mandado llamar a su despacho y a la centralita donde se afanaba el equipo de estenógrafas que trabajaban toda la noche sin cerrar nunca. Deborah habría ido a buscarle y él habría abandonado su oficina, justo a tiempo para recibirnos; parecía impaciente. Me bajé de la camioneta como si me tirara a una piscina desde lo alto de un trampolín sin tener claro si sabía nadar. Había un elemento nuevo, de un color verde intenso, emotivo y traicionero. Corrí hacia él.

Quería mostrar una alegría impetuosa. Corrí hacia él y me abrazó contra su cuerpo mullido y cansado, su cuerpo de la corriente sólida. Era el único cuerpo de hombre que yo había conocido jamás. Sentí su aterradora bondad, su ardor, su secreta extravagancia de amor por mí. Su corazón latía fuerte bajo mi mejilla. No había escapatoria.

Enorme, suave y a la vez musculoso, con un poder imposible, Billy me rodeó. No era tan macizo como cuando absorbió aquel relámpago, pero sí lo bastante corpulento. Me perdí en la familiaridad de su carne y su voz, que sonaba rosa como el cielo. Su alegría y felicidad ante mi regreso centelleaban a mi alrededor mientras nos dirigimos a la habitación donde jugaban los niños, y donde se me había permitido sorprenderlos en sus juegos.

Los contemplé un momento antes de que se dieran la vuelta. Todavía tenía nombres para mis hijos, aunque los nombres de niños estaban prohibidos. Los míos eran los antiguos nombres, secretos ahora. Creo que su padre había olvidado cómo se llamaban.

Judah tenía el pelo de color arena y era un chico duro. Siempre daba la impresión de que sus cables estaban más tensos y afilados, y sus conexiones más desnudas y veloces; no sólo tenía la mente más inteligente sino el cuerpo entero. Sus ojos eran enormes, tristes y cálidos, y cambiaban de color como los de su padre. A veces se le oscurecían cuando experimentaba una fuerte emoción y se tornaban azabaches. La gente decía que tenía mis rasgos, aunque yo no lo advertía. En cambio, lo percibía en Lilith: se parecía a mí, sobre todo en mis fotos de la escuela primaria, con el ceño fruncido, siempre pillada desprevenida. Era una niña tímida y testaruda, ambas cosas a la vez, y sus repentinos ataques de holgazanería eran por pura voluntad, nunca por impotencia. A mí me parecía extremadamente inteligente, pero no había ninguna prueba externa de ello. No tenía manera de comprobar lo que sabía exactamente en relación con otros niños. Corrió hacia mí y se entregó a mí en cuerpo y alma, fundiéndose conmigo, oliendo a sal y nieve. Abracé a ambos con fuerza y hundí el rostro en sus ásperas cabelleras. Aspiré su resplandor y empezamos a elevarnos, como un bizcocho. Flotamos sólo a un centímetro de la alfombra de lana, abrazados y dando vueltas. Desde la puerta detrás de nosotros, nos envolvió un aire glacial y asfixiante.

Cada noche, a altas horas de la madrugada, en medio del amplio espacio abierto del centro de la casa, me despertaban los reconfortantes timbrazos intermitentes de los teléfonos, los mensajes de los conversos que llegaban tras la emisión mensual que él grababa aquí o en Grand Forks o en Fargo o Winnipeg y emitía después por todo el mundo. Cada llamada aportaba dinero. Llamaban mujeres para contar que habían visto una luz en el este, oído una voz elevarse desde la bajante de la basura, sentido el

poder hirviendo entre sus nudillos, entendido otra exquisita lengua que flotaba en el aire sobre ellas. Llamaban mujeres para decir que su pan de molde adoptaba la forma del rostro de Billy y que su carne cruda susurraba su nombre. Las pequeñas notas adjuntas a sus cheques nos hablaban de sus hijos y de cómo habían sentido la llamada mientras les cambiaban el pañal. O cómo, mientras horneaban un bizcocho, de la masa salía paja con una incesante musiquita que significaba la salvación. Cuando respondían al teléfono en sus casas, sus propias voces decían: «Salvaos». Sus lavadoras se negaban a funcionar hasta que se emitía el programa de Billy. Les dolían las manos de tanto conocimiento, y las relaciones sexuales les hacían daño y las dejaban entumecidas. Morían de dispepsia, cáncer, verrugas mortales, algún virus poco conocido, urticaria, parásitos internos, parálisis cerebral, cáncer, cáncer.

Los hombres escribían y llamaban para contar a Billy que las radios de sus coches habían explotado en plena palabra, que sus herramientas eléctricas aullaban, que sus nombres se habían apagado y que de repente nadie recordaba quién era. Tampoco ellos recordaban sus propios nombres. Sus empastes emitían los programas de Billy en sus cabezas. Sus madres les habían advertido y no habían querido escuchar. Algunos hombres llamaban para confesar a Billy infidelidades escandalosas. Otros escribían que se morían de hipertrofia del corazón, hipertrofia de la próstata, profundos forúnculos, tiempo espantoso, demencia senil, un virus devastador, el beso de una mosca tse-tse, comida, herbicidas para el jardín, accidentes domésticos, trombosis, coágulos en las venas, una fuerte depresión, cáncer, cáncer. Todos los días y durante toda la noche, los teléfonos echaban humo y nuestra gente grababa estas salvaciones. Por la mañana, un barato papel cebolla cubría las mesas y los suelos, y los pies de las agotadas mecanógrafas arrastraban los testimonios por todo el suelo hasta los pies de la escalera.

—Veo que ha sido un buen viaje —dijo Billy.

—Sí —respondí.

Cogió mi rostro entre sus manos y hundió sus ojos en los míos. No me miraba a mí. Buscaba su propio reflejo. Se observaba a sí mismo observándome a mí, y, entre él y su propia mirada de sí mismo, yo era invisible.

—Me gustan los viajes en tren —dije, tan aliviada que tenía el sabor de la sangre en la boca.

Después dijo:

—Si me llegas a abandonar algún día, Marn, me llevaré a los niños. Me los quedaré yo. Y sabes lo que haré con ellos.

Hundió sus manos en mi pelo y me abrazó, después cerró la puerta de nuestro dormitorio e hizo lo que a veces hacía: una de las maneras. Me llevó junto a la cama,

me desnudó despacio y luego me provocó un orgasmo con tan sólo rozarme, lentamente, aquí y allá, con tan sólo tocarme, hasta que me separó las piernas con fuerza y hundió su boca en mí con vigor. Tardamos casi una hora, según el reloj de la mesilla. Estuvimos mucho tiempo después de aquello. Me penetró sin quitarse la ropa, y la cremallera de sus pantalones me cortaba y arañaba. Chillé. Empujó con más ahínco y luego se retiró. Me sujetó las muñecas a la espalda y me arrojó sobre la alfombra. Después se agachó sobre mí y, suavemente, primero rápido y después despacio, inexorablemente, sin principio ni final, entró y salió de mí hasta que sentí hastío, deseos de dormir, hasta que gruñí y volví a gritar, hasta que no quise nada más, hasta que le deseé como lo había hecho la primera vez en aquel ardiente verano.

A la mañana siguiente, saqué el dinero durante la reunión, lo conté y se lo ofrecí a Billy. Lo colocó en una pila delante de él, lo bendijo y se lo entregó a Bliss, la tesorera. Era una mujer muy rubia de Aberdeen, en Dakota del Sur, muy competente y orgullosa de sí misma. Tenía la cara basta como la de un bulldog, con las mejillas caídas y una enorme y fea sonrisa. Y pensar —a veces me provocaba la risa— que yo había traído a Bliss hasta aquí. Había salvado a esa mujer de una catástrofe venérea. Había sido una bomba sexual, harta de encuentros malditos y confesiones, y aun así todavía manaba de ella una energía de sangre pura que se filtraba por las tablas del suelo de madera. Era diabética y usaba jeringuillas con agujas muy largas para sus inyecciones, no las típicas agujas cortas que había visto utilizar a otras personas. Decía que había renunciado al dolor, que era una ofrenda. A mí me parecía que desprendía un olor a algo carbonizado. A mi juicio apestaba, pero me fue cogiendo aprecio y, dado que también era la madre espiritual de mis hijos, acabé por quererla yo también, con todo mi corazón. A decir verdad, era una mujer por la que habría dado la vida si me lo hubiese pedido. Billy Peace la había elegido. Sin embargo, tras observarla esa nueva mañana, pensé que la mujer tenía las fornidas y castigadas manos de un carnicero.

Bliss se levantó entonces, como un guerrero verde pintarrajeado y enfundado en su equipo y su cazadora militar. Extendió sus gruesas manos y, durante un largo rato, también extendimos las nuestras para devolver la energía. Una canción empezó a escucharse y tuvimos que dejar que sonara dos veces. Después, ella bajó las manos y expuso el informe financiero. Lo gritó como si se tratara de alguna plegaria y, puesto que no eran más que números y mareantes porcentajes y tasas fiscales, así como las distintas vías en que el dinero entraría por aquí y saldría por allá —con buen aspecto, trabajando siempre para nosotros—, todos asentimos en el momento adecuado, cada vez que ella lo solicitaba, y sonreímos.

—Muy bien —dijo al fin—. El balance final. Necesitamos a tres personas para llevar a cabo un trabajo de un día y ayudar con los beneficios.

—Meditemos sobre quién puede ser —sugirió Frenchie agachando la cabeza.



Todos le imitamos. La mano de Deborah estaba gélida en la mía, fría como la luz. Si había alguien a quien consideraba una verdadera amiga, probablemente ésa era Deborah, cuyos hijos tenían edades parecidas a las de los míos y con quien había luchado contra pequeñas tentaciones en el huerto y la cocina. Era una mujer morena y dócil, de pelo largo y ojos cansados. Yo tenía la piel muy blanca, lo más blanca que se pueda imaginar, blanca como la nieve, como un fantasma, como la hierba. Una piel sana, bonita, sin la menor venita ni lunar. Lilith poseía esa misma piel fina, un envoltorio perfecto, un maravilloso y elástico barniz que permitía cualquier cambio interior, que compensaba, se estiraba o encogía a voluntad, se suavizaba o endurecía con cada cambio de tiempo. Una piel sensible que nos envolvía los huesos de modo exquisito. Me quedé allí sentada, dando la mano y dejando que la energía fluyera a través de mí y por encima de mí, absorbiendo los invisibles rayos de ardor y unidad que cada uno arrojaba al centro del círculo. Nos regodeábamos en esta comunión, nos revolcábamos en ella como animales en las mañanas en que nos despertábamos desamparados.

Exprimí la luz de la mano de Deborah y se sobresaltó de sorpresa o de dolor.

—¿Qué sucede?

—Nada, es sólo el día antes de mi purificación —respondí en un susurro.

Asintió y volvió a agachar la cabeza, bajo el crepúsculo humeante de las meditaciones matutinas. Levanté la vista, algo que no había hecho nunca en un círculo. Liberé la mirada y, desde los bordes de mi pañuelo, clavé los ojos en los de Bliss, que me observaba con sus ojos de dinero. Ojos vacíos. Sabía que no debía mirar esos ojos. Estuve a punto de soltar la mano. Si ella hubiera sabido lo que estaba pensando, lo que deseaba hacer, habría acabado antes de empezar. Si tan siquiera lo llegara a sospechar... Bliss, a quien debía vigilar, la aniquiladora, la removedora de piedras... Esbocé una vaga sonrisa, como si estuviera confundida y despertara y volviera a sumergirme en mi sueño. Cerré de nuevo los ojos y, desde mi propia y oscura conciencia, miré hacia dentro, muy adentro, al pozo de una mina vacía.

Imaginábamos oro. Visualizábamos un sustento original, absoluto y completo. Veíamos grandes trozos, lascas, cuentas, vetas y pepitas enteras. Los veíamos a través de la roca y el lodo gelatinoso, de la turba y el esquisto, de los vestigios del tiempo oscuro y perdido, de los dientes de marfil y la madera petrificada, a través de los huesos y la sangre alquitranada de los dinosaurios. Veíamos el oro, lo saboreábamos, mordíamos las monedas doradas, crédulos. Muy pronto íbamos a empezar a excavar en el campo trasero.

Comencé a llevar un diario, no el típico registro escrito, sino un diario mental de los momentos más importantes. Ésta es una lista de lo que memoricé:

Billy entró en el dormitorio una noche, respiró hondo y aspiró todo el aire de la habitación.

Billy esperó a que saliera de la ducha y cruzara la puerta; y mientras yo permanecía desnuda, chorreando agua, me secó con el hierro incandescente de su mirada.

Billy se acercó a mí con los brazos extendidos, sollozando, y me dijo que nadie más que yo podía consolarle.

Billy nos obligó a los niños y a mí a arrodillarnos hasta caer jadeando.

Bebimos leche agria y cuajada mientras nos cogía por el cuello y nos bisbiseaba al oído.

Nos dijo que nos quería hasta la mismísima muerte, a mí y a los niños, y que por eso no apartaría jamás los ojos de nosotros. Nos observó toda la noche mientras dormíamos.

Billy hundió su rostro en mi regazo a la mañana siguiente y roncó mientras yo permanecía quieta durante horas, pensando.

Billy me acarició hasta que me sentí desfallecer por dentro y después se detuvo y se quedó dormido.

Billy dijo que me deseaba y, a continuación, se provocó un orgasmo.

Billy me trajo una pequeña bandeja donde había puesto una taza de chocolate muy caliente. Con el orgullo de un niño, me observó mientras me lo bebía.

Billy me hizo correrme con los ojos cerrados, la boca amordazada, los oídos sellados y las piernas y brazos atados.

Billy dijo que me iba a hacer suya para siempre y que esperara ahí.

Billy me grabó con una aguja el signo infinito de la vida eterna en el interior del muslo. Me susurró una canción para calmar mi llanto. Lamió la sangre y apoyó la boca en mi sexo para distraerme mientras me curaba la herida con alcohol. Y frotó en el signo tinta cruda, una tinta rojo oscuro.

El suyo estaba ahí, todavía más oscuro.

La noche después de que me marcara, metí a mis serpientes en la cama conmigo. Desnuda.

—Ven —le dije a mi marido cuando entró en la habitación. Billy alargó la mano hacia su almohada y el cascabel tintineó—. Despacio, despacio.

—Sácalas de ahí —dijo Billy—. Sácalas de ahí, Marn, por favor.

Les encanta acurrucarse en el hueco de mis axilas donde el calor es mayor. Percibían su olor, que era potente, un olor crudo tan puro como el sexo.

—Míralas, Billy. Son mis corderos de Dios —dije.

—Sácalas de ahí, Marn. No les caigo bien.

—Es porque tu carne es fría y sudas frío —respondí—. No les gusta el olor del sudor. Además hay demasiada luz en ti. En cambio, mi interior es oscuro. Y caliente.

—Hay algo perverso en ti —dijo Billy—. Ojalá pudiera expulsarlo de tu cuerpo.

—No, no quieres eso —dije riéndome—. No expulsarías lo que más necesitas. Es lo perverso que hay en mí lo que tanto necesitas.

—Guárdalas, guárdalas ahora mismo —dijo.

Pero le encantaba follarme con el almizcle de las serpientes en mi cuerpo. Olía su propio miedo.

El trabajo empezaba después de la meditación. A mí me tocaba atender la cocina. Era un trabajo que hacíamos todos, incluso Billy, aunque en escasas ocasiones. Cocinábamos con amor al espíritu y, dado que Deborah era mi compañera, me apetecía mucho hacer esas tareas, sobre todo desde que se nos permitía traer, a media tarde, a nuestros hijos desde los barracones.

Éramos muy cuidadosos y meticulosos con lo que comíamos y lo que dábamos de comer a los demás. Teníamos que serlo. No había mucho que comer. Intentamos cultivar un invernadero y productos hidropónicos, pero sin éxito. Los halcones se llevaban a nuestras gallinas. Nuestros pavos levantaban la mirada bajo la lluvia y se ahogaban. Las ocas alzaban el vuelo y desaparecían. Las cabras se comían el huerto. Las comadreja atacaban a los cochinitos y los coyotes mataban a los terneros. Nadie sabía cómo llevar una granja salvo yo, y yo echaba de menos a mi padre. Cada dos meses, comprábamos un cerdo cebado o un novillo y lo despedazábamos en el gran matadero de cemento: un procedimiento poco agradable. Me había comprado una pistola neumática para poder matar eficazmente y siempre me marchaba una vez sacrificado el animal. No soportaba la visión de los demás mientras lo despedazaban. No era más que caos y desperdicios.

Cuando Deborah y yo teníamos a nuestros hijos por la tarde, cocinábamos. Al menos éramos dos las que sabíamos cocinar. Enchufábamos la gran amasadora y mezclábamos la masa para hacer pasta, pan y galletas. Pelábamos y picábamos las zanahorias para preparar una crema con eneldo. La otra verdura consistía en brócoli comprado en la tienda, y le dimos mil vueltas hasta que nos dimos cuenta de que si lo triturábamos, lo mezclábamos con pan rallado y lo horneábamos con queso y leche, cundía mucho más. Cuando íbamos a por nuestros hijos, a las dos de la tarde, estábamos agotadas y contentas con nuestro trabajo, y yo casi podía olvidarme de mí misma en lo mejor del día, sólo que no podía impedir que mis ojos se fijaran en algunas cosas: el candado en la puerta del área de juegos, el interfono en el cuarto de cambiar pañales, los cierres de las ventanas y los cerrojos en el interior: las gruesas y reforzadas paredes de un búnker.

Un año antes, habría dicho que el búnker protegía a mis hijos de cualquier daño, del exterior, de las influencias corruptas, de las nubes y la confusión de todo lo que vivía y respiraba y se movía fuera de nuestra comunidad. Ahora ya no pensaba lo

mismo cuando me reunía con Judah, cuando abrazaba a Lilith y acariciaba su insufrible calor, soportando la alegría de su fuerte y feroz abrazo en mi cintura, su susurro, suave y vehemente, «madre», una palabra prohibida que pronunciaba en secreto. Mantuve la vista fija y vacía y sonreí con una prudente neutralidad por encima de su hombro. Anguish, su cuidadora, brillaba con el dolor apagado de la mujer que ha perdido a todos sus seres queridos. Estando ebria, se había tirado de una caravana en llamas. Y sus hijos, abandonados a su suerte, murieron carbonizados. Los míos no. No se llevaría a los míos. Me estaba preparando para huir con ellos.

Judah respiró y noté su aliento caliente en mi nuca. Había sucedido algo otra vez. Tal vez el problema con Anguish, su carácter entrometido, de lo que me había quejado a Billy. No podía correr el riesgo de protestar de nuevo y levantar cualquier sospecha en su corazón, así que cuando le pregunté a Judah deseé con todas mis fuerzas que no se tratara de Anguish.

—¿Ha sido ella?

—No..., es que he disgustado a padre, ahora mismo, hace unos minutos. Estaba aquí y me puse tan nervioso que se me olvidó la máxima de esta semana del manual y me regañó.

—¿Te regañó?

—Me ha mandado hacer un turno.

Abracé a Judah más fuerte. ¡Un turno! Eso significaba que en lugar de ir a la escuela, Judah tendría que cumplir un turno. Siempre había uno de nosotros en la habitación donde celebrábamos las asambleas. Uno de nosotros tenía que permanecer ahí y sufrir. El dolor mantenía la habitación libre para el espíritu, según le habían explicado a Billy. ¡Pero Judah era demasiado pequeño!

¿Cuándo?

Mañana.

Estás enfermo. Lo haré yo por ti.

Existía una regla según la cual uno de nosotros podía sufrir en lugar de la persona prevista, si ésta se encontraba demasiado enferma o estaba siendo purificada. Llevé a Lilith y a Judah de vuelta a la cocina y sonreí, bromeé y los abracé, lo mismo que Deborah con sus hijos, mientras registraba el armario.

—¿Qué estás buscando?

Era Billy a mis espaldas, con su voz profunda y musical. Pero ya había escondido la salsa de soja: una botellita entera le causaría a Judah una leve fiebre. Lo suficiente como para mantenerle alejado del turno mientras yo lo cumplía.

Permanecer inmóvil durante un día entero, perderse en la inmovilidad, sentir la sangre latir dolorosamente, estancada. Le tenía tanto miedo a los turnos que me invadió una ola de adrenalina ante la perspectiva. Decidí correr para estar preparada.

Recorrí mi largo camino, la ruta de mi serpiente de cascabel, la senda de hierba del puercoespín. Correr es recrearse en una fingida libertad. Corrí despacio, acompañando la respiración con los pasos, pasando las habituales vallas y alambradas, y reflexionando. Correr es como viajar en un tren al cabo de un rato, un movimiento que permite a los pensamientos fluir con nitidez desde un lugar de la mente que nos sorprende.

Me di cuenta de que estaba corriendo en un amplio y falso círculo, inútilmente despierta.

Despierta ya, las cosas habían cambiado dentro de mí. Nunca había cuestionado los turnos. Ni el daño y el dolor ocasional. Una parte de procesar el espíritu residía en una disciplina de las aflicciones, pues sólo encontramos a nuestro creador en la destrucción, diría Billy. Elegimos principalmente nosotros mismos. Bliss tenía un corazón calcificado. Se golpeaba el pecho y, en lugar de utilizar una diminuta aguja para diabéticos, empleaba un émbolo de novocaína, largo y lo suficientemente lúgubre. Anguish mortificaba sus uñas. Frances dormía directamente sobre unas tablas de madera, sin mantas. Comía solamente carne, por lo queapestaba. Mi amiga Deborah practicaba el sexo servil e incompleto y recibía con agrado sus migrañas. Billy practicaba siendo simplemente quien era. Suficiente dolor.

Aceleré y corrí más lejos, en el circuito cerrado donde se me permitía, calentita en mi ropa ligera bajo el sol que poco a poco se tornaba más fuerte. Las culebras de las praderas habían salido esa mañana y se calentaban en las rocas orientadas hacia los rayos más intensos del sol. Eran negras con rayas amarillas e inocentes panzas también amarillas. Al tocarlas o levantarlas, olían a flores podridas. Conocía algunas por su tamaño y su temperamento. No eran venenosas como mis corderos en su acuario, pero también me gustaban las serpientes inofensivas. Se enrollaban formando un ovillo para soportar los largos inviernos. Ahora se estiraban, lacias y calientes. Un aroma a salvia cortaba el aire donde la nieve se había derretido formando manchas de tierra cálida. Salté por encima de unas quemadas matas de hierba y recorrí pastos ramoneados por el ganado hasta la tierra mansa y triste, y siempre la salvia, esa planta verde e inflamable, y más allá, al otro lado de la valla, una bandada de gansos nevados en su viaje de regreso.

Me detuve, abrí los brazos de par en par y di vueltas en seis círculos. El cielo sobre mí, debajo de mí, al norte de mí y al sur. El cielo a mi oeste. Una persona debajo de todo ello, viva y palpitante, sumergida en este magnífico entorno. Cuando giré sobre mis talones, levantando una nube de polvo, corría por la mera alegría de moverme por el aire, en esta vida, en esta dicha que emergía de la tierra.

Volví con todo aquello a mi disciplina.

Las primeras dos horas del turno fueron las peores. Parecía imposible mantenerse de pie totalmente inmóvil. Cada músculo dolía intensamente, cada hueso se quejaba y

el corazón, aburrido de tanta dirección contraria y tan tensa quietud, latía malhumorado en mi pecho. Podía oírlo y sentir ese pájaro moverse en la jaula de mis costillas con un zumbido de náusea. La tercera hora fue mejor y la cuarta ya no fue nada. Pasó como una mano en mi frente, pues estaba perdida en lo que estaba viendo. Una cálida sensación de dolor entraba y salía de cada respiración antes de alejarse. A través de esa percepción agarrotada, se abrió una puerta y mis serpientes se deslizaron para venir a hablar conmigo. Mi príncipe de diamantes, mi reina de tierra roja. Me hablaron en voz baja, con susurros protectores, y me dijeron lo que debía hacer.

Escuché, pregunté y me aseguré de que había entendido cada paso. Después, me incliné ante ellas por mi libertad. Les di las gracias por mi vida. Vi cómo sujetaría la cabeza de cascabel de mi príncipe sobre un paño y extraería con sumo cuidado el veneno de sus dientes para verterlo en un pequeño frasco de especias que habría lavado a conciencia. Haría lo mismo con tres serpientes más hasta conseguir bastante veneno para llenar la jeringa que habría cogido del botiquín de Bliss: guardaba una caja entera. Soltaría a las serpientes. Rompería su terrario en pedazos, trituraría el cristal y lo vertería en el pozo. Clavaría la punta de la jeringuilla cargada en una manzana y la envolvería en una hoja de papel para colorear. La llevaría. Anguish me pediría que le enseñase el dibujo que había hecho Lilith, pero yo esbozaría una amplia y reluciente sonrisa y le contestaría que no podía, que era una sorpresa para su padre, lo cual era verdad.

Está en ti, puedo verlo.  
¿Qué está en mí? ¿Qué?  
Está en ti, puedo verlo, vas a matar.

Estaba deprimida, me había venido abajo, y la única forma de salir de esa situación era relatar una visión, lo cual había hecho. Había aprendido de Billy a contar con antelación lo que iba a hacer. Le susurré al oído:

—He visto cómo iba a follarte.

El odio era un animal tan feroz que yo deseaba que cogiera a Billy en sus fauces. Pero no podía, aún no. Habría días y días. Habría un tiempo para correr y un tiempo para detenerse, un tiempo para matar y un tiempo para cosechar. Habría un tiempo para reunir y desunir, un tiempo para comprender mi visión y un tiempo para llevarla a cabo. Un tiempo para mantenerse al margen y un tiempo, al final de todo, para dar.

Ese tiempo al fin había llegado.

Monté a mi marido con ardor, clavé mis dos dedos pulgares debajo de su mandíbula y apreté y le estrangulé hasta dejarle acorralado y débil, y entonces, como una gata, le robé su aliento. Durante toda la noche le robé con mi codicia, provocándole una erección con mi boca y tirando de él con el resto de mi ser, furiosa y delicada, instructiva cuando se desvanecía, y castigadora. Después fui buena con él.

Le planché. Se quedó tumbado, muy quieto, debajo de mí como si estuviera debajo de una plancha caliente. Me arrastré una y otra vez por la sábana de su espalda y descendí por sus piernas, moldeando cada parte de su cuerpo, suavizando al gemelo maligno para alejarlo, alisando al malvado que se había deslizado dentro de Billy como una bola arrugada dispuesta a prenderse en el queroseno de mi cuerpo. Le até las manos a los laterales de la cama y medí su rostro con mi propia hambre sin rostro. Le besé con mis labios mudos. Le impuse tarea tras tarea y, después, cuando hubo terminado y la luz aumentaba, decidí que le odiaba tanto que no le dejaría respirar hasta que me soldara dentro de él. Hasta que le dominara de modo que no pudiera volver a lastimar a nadie. Hasta que entrara en sus entrañas como un río de plomo, me endureciera en sus agallas y le volviera todavía más loco. No, no le soltaría hasta fundirme en sus huesos como una enfermedad devastadora. Hasta carcomerle, devorando su futilidad y llenándole de una hermosa ansia.

Cogí la aguja cargada de veneno de la serpiente que estaba clavada en la manzana del bien y del mal dentro del papel de dibujo de los niños y retiré la manzana. A continuación, clavé la aguja rápidamente, con cuidado, como una experta, pues lo había visto hacer en numerosas ocasiones en mis imágenes, en medio del sonoro músculo de su corazón.

«Ahí», dije, mientras acariciaba su piel donde acababa de sacar la aguja. «Ahí», y abrió los ojos. «Ahí será quemado».

Mientras se convulsionaba y moría, me vino la imagen. Le ataría una ancha corbata en el cuello y lo colgaría de la viga. Le pediría a Bliss que cortara la soga. Tuve la visión de Billy tumbado e inmóvil en los ojos de los demás; me llegó el poder de ese momento y su tristeza. Vi la vieja mirada de mis hijos, los vi dándome la mano con calma, sin llorar, mirando las colinas fijamente. Vi a Bliss corriendo como una loca, echando espumarajos por la boca, dejándose las entrañas, riéndose y después apartando el espíritu de Billy de su camino mientras se abría paso despacio hacia el cielo. Comprendí que ella organizaría a los demás y tomaría el relevo de Billy, pero antes de que me echaran el guante con el Manual de Disciplina, nos habríamos escapado con el dinero.

Sí, nos vi comiendo esos huevos en el 4-B's: mis hijos y yo, y el título de propiedad a mi nombre.

**Evelina**



## El 4-B's

Estaba cubriendo un doble turno de trabajo y había llegado esa hora mortecina de la tarde que oscila entre los clientes del mediodía y los que acuden a cenar temprano. Para mantenerme ocupada, porque una nunca sabía cuando Earl, el gerente, asomaría su enorme cabeza por la puerta de su despacho, me dediqué a rellenar las botellas de *ketchup*. Earl lo llamaba «optimizar». Teníamos un anillo de plástico hueco con una rosca en cada extremo. Colocábamos el anillo en una botella medio llena de *ketchup*, después poníamos encima y boca abajo otra botella y dejábamos que la salsa de tomate cayera dentro de la primera botella. Sólo disponíamos de dos anillos de ese tipo, así que nos llevaba un buen rato rellenar las treinta y cinco botellas del restaurante. A veces, si el día estaba aburrido, como aquella tarde, vertía la mitad de las botellas en las demás, directamente, gollete contra gollete, sin los anillos. El proceso era precario. Y tras rellenar cada botella, tenía que limpiarla y colocarla en la mesa y comprobar que no faltara la sal ni la pimienta y que el servilletero estuviera lleno. Después, estudiaba francés con mi manual de autoaprendizaje Berlitz o leía a hurtadillas el libro que guardaba en el bolsillo (un ejemplar negro y morado de *La caída* de Camus) o miraba por la ventana.

Aquella tarde, estaba haciendo las tres cosas. Las botellas de *ketchup* descansaban ya «optimizadas» en la mesa del fondo. Acababa de dejar el libro de Camus y estaba murmurando «je vais à Paris, je vais à Paris. Je n'ai jamais visité la belle capitale de la France». Y también estaba mirando por la ventana. Por consiguiente, vi llegar a Marn Peace con sus dos hijos —me imaginé que eran suyos, aunque nunca la había visto con niños antes—. Había conocido a Marn el verano anterior, cuando trabajaba en el 4-B's. También sabía que se había casado con Billy Peace, el tío de Corwin. Yo estaba a punto de graduarme y trabajaba en el 4-B's para ganar algo de dinero para la universidad.

Marn aparcó al otro lado de la calle, bajó del coche, un viejo y destartado Chevrolet, y cruzó la calle con sus hijos hasta llegar a la puerta del 4-B's. Soplaban un fuerte viento primaveral que les revolvía el pelo al caminar. Marn tenía las manos blancas y nudosas y sujetaba a sus hijos con fuerza, pero a los niños no parecía molestarles. No intentaban apartarse. No parecían estar castigados, ni se les veía desgraciados o tristes, como habría cabido esperar sabiendo de dónde venían. Parecían anonadados, eso fue lo que pensé. Daba la impresión de que acababan de salir del corazón de un tornado. Como si no pudieran creer las cosas que habían visto girar a su alrededor allí dentro. Después de un momento me acerqué a ellos, porque

se habían quedado de pie delante de la vieja puerta de doble hoja de madera y cristal, como si la acera se hubiera levantado y endurecido alrededor de sus tobillos.

Cuando abrí la puerta, Marn agarró al fin el pesado marco de latón junto a mi mano y dejó que los niños pasaran por debajo de su brazo. La piel de Marn tenía un aspecto reseco y curtido; sus mejillas parecían dos protuberancias huesudas. Era una mujer diminuta, con el cabello del color del bramante, y le asomaban las orejas detrás de los mechones lacios y apagados que se escapaban de una trenza que le llegaba casi hasta la cintura. Me miró con los ojos muy abiertos —pude ver casi todo el blanco de sus ojos que rodeaba un iris de un intenso color azul— y esbozó una sonrisa con un suspiro, que dejó al descubierto unos dientes largos y blancos.

Más tarde pensé que tal vez ése fuera el aspecto de una persona que acababa de asesinar a su marido, porque corrían todo tipo de rumores acerca de lo que le había hecho a Billy Peace.

Marn y sus hijos entraron y se sentaron en la última mesa disponible, la más apartada de la ventana. Guardaba las botellas de *ketchup* en la última mesa, detrás de ellos. La suya estaba montada para cuatro personas, así que retiré un cubierto. Apartó la carta con la mano y pidió tres números ocho, el desayuno especial con bistec. Bien hecho para los tres. Café, zumo de naranja y agua con hielo. Había hecho calor la víspera, pero el tiempo se había tornado fresco y muy primaveral. Iban vestidos de invierno y se quitaron los abrigos.

—Ya los cojo yo —me ofrecí, y me tendió los abrigos de los niños, guardando el suyo a su lado en el banco.

—Tengo cosas en los bolsillos.

Di unos lápices de colores a los niños —un niño y una niña, con el pelo castaño claro y apagado y la piel pálida, pero con los ojos negros de los Peace—. Empezaron a colorear la vaca y las gallinas dibujadas en sus salvamanteles. Cuando llegó la comida, dejaron los lápices a un lado con cuidado, agacharon la cabeza y se cruzaron las manos sobre el regazo. Dejé los platos ante ellos. Permanecieron en esa postura expectante, a la espera de algo. Quizá estaban esperando el *ketchup*. Fui a por una botella medio llena y la dejé en su mesa. Marn cogió el tenedor.

—Lilith, Judah —dijo—. Coged vuestro tenedor y comed.

La niña fue la primera en agarrar el suyo, observando de cerca a su madre. Después, la siguió el niño. Marn tomó un buen bocado de patatas gratinadas. Sus hijos la observaron. Pincharon un poco de patata con el tenedor, se lo llevaron a los labios y se pusieron a masticar. De pronto, Marn agarró la botella de *ketchup* y vertió salsa de tomate en sus platos, primero en el de la niña, luego en el del niño y al final en el suyo. Alargó la mano y les cortó la carne con pequeños movimientos entrecortados y nerviosos. Dejó caer el cuchillo con un chasquido y comenzó a llenarse la boca de comida. Los niños empezaron a comer con voracidad y pronto

apenas paraban para respirar. Cuando ya no quedaba más comida en los platos, devoraron las tostadas hasta la última migaja y la última gota de mermelada. Llené de nuevo la taza de café de Marn y me llevé los platos. Pregunté a Marn si quería la cuenta.

—No —respondió, y sus delgadas mejillas se sonrojaron. Los niños se recostaron en el banco, estupefactos y resplandecientes—. Tomaremos un postre —y los rostros de los niños se iluminaron—. En serio.

Recorrió la habitación y la calle con la mirada. Después, se levantó y se dirigió a los aseos. Mientras tanto, me acerqué a la mesa y entregué de nuevo la carta a los niños. Se inclinaron sobre la lista vocalizando las palabras despacio.

—Una tarta de crema de plátano —dijo el niño al fin.

—Es tuya —dijo Marn al regresar a la mesa.

—¿Puede ser con helado también? —preguntó el niño en voz baja, antes de bajar de nuevo la mirada.

—Un helado de chocolate —dijo la niña. Sonrió. Tenía unos graciosos y grandes incisivos.

—¿Con nueces? —pregunté.

Dirigió una mirada inexpresiva hacia su madre y Marn asintió. Regresé a la cocina y preparé los postres extra grandes con nata montada encima del helado, adornando el montón con cerezas confitadas.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó Earl, surgiendo a mis espaldas.

—¿A ti qué te parece?

—Eso es demasiado...

El tío Whitey le interrumpió:

—Vuelve al despacho, membrillo.

Ahora que se había emparentado con Earl por su matrimonio, disfrutaba mucho insultándole.

Earl tenía una cabeza grande, redonda y blanca con un escaso pelo amarillento pegado a un lado. Intentaba dirigir el negocio con disciplina militar, aunque sólo había aguantado una semana con los marines. Odiaba que llevara libros al trabajo y, cuando descubrió mi manual de francés, espetó de golpe, lleno de rabia:

—¡Los franceses son unos maricones!

—Retira esa palabra —dijo Whitey— o te las verás conmigo. No tomarás esa palabra en vano.

Earl abrió la boca, pero el tío Whitey siguió hablando.

—Además, mi sobrina se va a París. Está enamorada de París. Es una francófila impenitente.

Whitey pensó que había sido muy listo.

—De acuerdo, retiro lo de los maricones —concedió Earl. Tenía la cara colorada

y se le estaba hinchando el cuello—. Pero quita esa maldita nata de ahí —me ordenó.

—Yo misma pagaré la nata de mis propinas.

A menudo, en cuanto Earl se marchaba, freíamos una bolsa entera de gambas rebozadas y nos las comíamos. Además robaba azúcar, cajas de mermelada y, sobre todo, *ketchup*. Me gustaba mucho el *ketchup* y no soportaba quedarme sin él. Earl no podía despedir a Whitey porque se había casado con la hermana de Earl y ella se lo impediría.

—Joder —dijo Whitey a Earl—, ¿qué problema hay con la nata montada? No hay más clientes. Dudo mucho que esos chiquillos hayan probado la nata montada en toda su vida.

Earl echó un vistazo por la rendija de una ventana de la cocina y descubrió a Marn. Me había olvidado de que estaba colado por Marn.

—Sí —asentí—, son sus hijos.

—Oh —exclamó, descorazonado, y me di cuenta de que él tampoco sabía que Marn tuviera hijos. Puse los postres en una bandeja y caminé marcha atrás por la puerta batiente hasta el interior del restaurante. Marn estaba fumando un cigarrillo y los niños la observaban, fascinados, como si nunca hubiesen visto a su madre fumar antes.

—*Voilà* —anuncié. Los niños abrieron los ojos como platos.

—Qué bonito —dijo Marn. Levantó la mirada hacia mí y sonrió, esta vez de verdad. Tenía la sonrisa más dulce que jamás había visto, con profundas sombras en la comisura de los labios. Casi era guapa cuando sonreía y te miraba a los ojos. Había algo en ella que hechizaba. Podía entender por qué Billy —supongo— y Earl se habían enamorado de ella. Tenía un cuerpo pequeño, enérgico, duro y sencillo.

Earl se acercó a la mesa y empezó por ofrecer a Marn su antiguo puesto; intentó convencerla, pero Marn hizo aspavientos y dijo:

—No hace falta que insistas. Empezaré cuando quieras.

Earl echó la cabeza hacia atrás y la hundió en la joroba de su hombro, casi intimidado. Marn explicó que había venido al pueblo en busca del abogado Coutts. Earl me miró. Decidí que sería mejor que bajara las botellas de *ketchup* antes de que se diera cuenta de que las tenía en dudoso equilibrio, gollete sobre gollete.

—Necesito recuperar mis tierras —dijo Marn.

Ésa fue la primera noticia que tuvimos de ello.

—¿Qué vas a hacer con ellas? —preguntó Earl.

—Montaré una granja de serpientes —Marn alzó una ceja y sacó otro cigarrillo del paquete con un suave golpecito.

En ese momento se abrió la puerta, esta vez con un golpe de viento, e irrumpió violentamente una rubia corpulenta con una chaqueta acolchada verde, aullando:

—¡Ahí estáis, ahí estáis! ¡Sois la deshonra!

Marn tiró el cigarrillo, se dio la vuelta y se levantó del banco de un salto. Oí cómo le decía «¡Bliss!» a los niños. Después, en un santiamén, apareció en medio del pasillo del restaurante, blandiendo un cuchillo de cortar carne en un puño. Y un martillo en el otro. El contenido de los bolsillos de su abrigo. Los niños se deslizaron bajo la mesa, como si ya estuvieran acostumbrados a escapar de este tipo de peligros. Bliss se precipitó hacia delante, pero se detuvo cuando descubrió el cuchillo y el martillo. Su piel era gruesa, marcada por antiguas cicatrices de acné, y tenía los ojos y los labios hinchados, rojos de haber llorado o de padecer un fuerte resfriado. Su cresta de pelo hirsuto se tambaleó mientras vertía un torrente de acusaciones. Fustigó a Marn por asesinar a Billy Peace y llevarse el dinero del grupo. Y, en consecuencia, Marn moriría, golpeada por algo o alguien, quizá por la mismísima Bliss.

—¡Basta! —intervino Earl, plantándose detrás de Marn y de sus armas-herramientas, con las piernas apartadas y una actitud bravucona—. Lo que dices está fuera de lugar —dijo a Bliss.

—Entonces llama a la policía —chilló ella—. Llama a la policía y que la encierren.

—No ha hecho nada —dijo Earl.

—Estaba disfrutando de una comida tranquila con mis hijos —dijo Marn, balanceándose levemente de puntillas. Desprendía electricidad. Aquella confrontación parecía alegrarla y tuve la sensación de que estaba dispuesta a clavarle el cuchillo a la corpulenta mujer. Blandía la hoja de atrás hacia delante, como intentando decidir dónde hincarla con más facilidad. Tenía el otro brazo alzado con el martillo en la mano, listo para golpear. Yo me encontraba detrás de ella y de Earl, y Whitey estaba detrás de mí. Había salido para ver qué estaba pasando.

—Dios mío —exclamó. Me dio un golpe en el hombro y me susurró al oído—: Marn tiene la elegancia de una kamikaze, ¿no te parece? ¿O dirías de una gata?

—¿Tú también estás colado por ella?

—Me conformo —dijo Whitey— con una admiración muy distante. Quedémonos detrás de los abdominales de Earl.

Bliss se detuvo y se lamió los labios. Sacudió las manos como si quisiera secarlas. Entrecerró sus ojos rojos e hinchados y su mirada se tornó mezquina. Aspiró una gran bocanada de aire en sus mejillas, para recomponerse y, acto seguido, se lanzó hacia delante. Agarró el brazo del martillo y retorció la muñeca de Marn. Después, empujó a Marn sobre Earl, que dio unos pasos tambaleantes hacia atrás, lo bastante despacio, sin embargo, como para permitir que yo me apartara y dejara que estrellara su trasero contra la mesa donde había estado rellenando las botellas de *ketchup*. Las botellas fueron cayendo, rompiéndose contra la mesa, rodando por el suelo, al principio con un chasquido de cristales en cascada y, después, con los sonidos más apagados de las botellas chocando y rebotando. Whitey y yo nos apartamos, junto a las puertas,

preparados para salir corriendo. Marn había soltado el martillo, pero el cuchillo había penetrado en el abrigo verde de Bliss a la altura de la axila, y Marn intentaba romper la prenda en silencio. La hoja dentada se había enganchado en los hilos. Bliss empezó a abofetear a Marn en la cara y los hombros; al principio, se había quedado muda, sin duda petrificada por el miedo. Después, cuando se dio cuenta de que el cuchillo no había penetrado en su carne y colgaba del forro del abrigo, bajó la mirada, frunció los labios, agarró el pelo de Marn con cada puño y tiró con fuerza. Marn gritó de dolor, volvió a embestir con el cuchillo y esta vez la hoja impactó en el cuerpo de Bliss. Sólo debió de entrar un centímetro, lejos de cualquier órgano vital, pero cuando Marn retrocedió, Bliss se tambaleó, con la mano agarrada al mango, y empezó a sollozar con un vehemente desconuelo. Había *ketchup* por todas partes, pero sólo se habían roto unas pocas botellas. No creo que Bliss sangrara mucho. Todavía podía verse el mango que sobresalía del abrigo, y la mayor parte del cuchillo, de hecho, era visible. Mientras Bliss salía por la puerta, llorando, nos quedamos mirándola, sin decir nada. Se arrastró hasta un viejo coche color mostaza en el que no había reparado, abrió la puerta de un tirón, se subió, arrancó y se marchó.

—Una herida superficial —me dijo Whitey. Tenía estanterías llenas de novelas policiacas y de aventuras, con mujeres muy seductoras en las portadas, vestidas con ajustadísimas camisetas azules o diminutos vestidos de noche rojos—. Pero fíjate en las secuelas de la violencia.

Marn estaba temblando en el pasillo con los brazos colgando, sin moverse. Los niños seguían debajo de la mesa. Earl intentó bajarse de ésta sin derribar más botellas. Quitó de en medio un par de ellas y las dejé en otra mesa con cuidado.

—Estás despedida —me dijo Earl, con voz temblorosa.

—No, no lo estoy —repliqué.

—Sí que lo estás.

—¿Por qué motivo?

—Te dije que no volvieras a colocar las botellas de *ketchup* en equilibrio. Además estoy harto de tu actitud.

—*Qu'est-ce que c'est* —dije—. Menudo golpe.

—No puedes despedirla —intervino Whitey—. No sólo es una mujer inteligente y llena de gracia, que llegará muy lejos, sino que además no tienes a nadie más.

—Marn dijo que trabajaría.

—No lo haré si despides a Evey —respondió Marn. Ya parecía haberse recuperado y se agachó para hablar con sus hijos, que salieron de debajo de la mesa para refugiarse en sus brazos—. Con cuidado —les dijo—. No toquéis la mesa con la cabeza, la gente pega chicles ahí debajo.

A Earl le gustaba Marn en parte porque no sólo limpiaba la superficie de las mesas, sino que además rascaba la parte de abajo para quitar los chicles y caramelos

secos. Ahora ayudaba a sus hijos a sentarse de nuevo en el banco, mientras yo iba a por trapos y un cubo de agua para limpiar el *ketchup* derramado. Mientras tanto, entraron un par de personas y tuve que atenderlas; después llevé nuevas tazas de café y platos de postre para Marn y Earl, que se habían sentado para planificar el horario de trabajo.

Una de las cosas que me gustaban del 4-B's era el diseño del nombre. Había cuatro letras «B» enganchadas unas a otras, una antigua marca de ganado que pertenecía al antiguo dueño, pero también había abejas. Muchas abejas, aquí y allá, impresas en los salvamanteles. Las camareras llevábamos camisas amarillas con pantalón o falda negra: nuestro «uniforme». También me gustaba el hecho de que no hubiera un bote común ni compartiéramos las propinas, aunque aquello implicara que mimáramos nuestras mesas. A la hora del cierre, teníamos que fregar el suelo, limpiar las mesas y los bancos, e incluso los cristales si había poco trabajo. Debíamos repasar las máquinas de refrescos y los aseos.

El restaurante había sido antaño el Banco Nacional de Pluto y era una construcción sólida. Los techos eran altos y las lámparas colgaban de elegantes apliques de latón fijados a unos decorativos cuencos de escayola festoneados. Unas barras de latón recorrían el mostrador; los suelos eran de un viejo terrazo, las paredes estaban revestidas de mármol y en las esquinas se elevaban un par de majestuosas columnas. Las mesas y los bancos anaranjados estaban situados a lo largo de los grandes ventanales y la luz se filtraba por tres laterales bajo las viejas cornisas.

Al otro lado de la calle había una gasolinera y un apestoso cine que proyectaba películas de serie B. De vez en cuando se abría de repente, en un viejo y cerrado escaparate, una tienda de flores artificiales o cestas decorativas —el proyecto de la mujer de algún granjero para intentar vender su última artesanía— o una tienda de ropa de segunda mano que olía a sudor y a rata.

Marn Wolde meditaba melancólicamente mientras sus hijos devoraban una segunda ración de tarta cuando mi madre dejó a Mooshum delante del local. Se sentó en la mesa de Earl, a quien le gustaba molestar. Earl se marchó. Los hijos de Marn estaban tan saciados que se les cerraban los ojos. Dejó que se recostaran en los bancos. Les llevé sus abrigos para que los utilizaran como cojín. Después serví más café. Le ofrecí a Mooshum tarta de pasas con crema agria. Solía trazar una línea por la mitad con el cuchillo y cada uno comíamos una parte. Pero ese día compartimos la tarta entre tres, con Marn.

—Creo que parezco francesa, ¿no te parece? —dije a Marn.

—Bueno, eres francesa, ¿no?

—*La zhem feey katawashishiew* —dijo Mooshum.

—Cuidado —dije a Marn—, va a coquetear contigo.

—Las francesas son bonitas, ¿verdad? Tú lo eres.

—Preferiría ser elegante —respondí—. Claro, tengo que llevar este uniforme. Pero mi hermano Joseph estudia en la Universidad de Minnesota. Le he ido a ver dos veces. Él está en Ciencias. Yo voy a estudiar Literatura. Estoy aprendiendo francés, mira.

Le enseñé el manual Berlitz que había encontrado un día de suerte en un mercadillo de la misión, impecable, sin la menor marca.

—Di algo, di algo —me animó Marn.

—*Le nord, le sud, l'ouest et l'est sont les quatre points cardinaux!*

Mooshum torció el gesto con disgusto.

—¡No se dice así! Intenta hablar michif y suena como una maldita *chimookamaan*.

—Suena francés, Mooshum. *Je parle français!*

—Ejem, el francés... ¡Lee Kenayaen!

Me dio un manotazo y tomó un delicado y cauto bocado de la tarta. Había costado mucho ajustarle la nueva dentadura y se soltaba con facilidad. Todavía echaba de menos sus viejos dientes y la forma en que la comida se colaba entre los huecos. Entonces parecía más feliz, incluso cuando le hacían daño. Y los dolores de muelas siempre habían sido una buena excusa para tomarse un trago de whisky.

—¡Tú! —dijo—. Hija mía, serás famosa en la universidad. Como tu hermano —asintió con la cabeza a Marn y guiñó un ojo—. No es de extrañar con sus ancestros. Desciende de la realeza y por ambos lados. De los grandes jefes y los escoceses de sangre azul. Está emparentada con la mismísima Antonieta y, a través de ella, con la familia alemana de...

—Los mormones han vuelto a pasarse por casa con sus árboles genealógicos e intentan atraer a Mooshum a su religión, contándole que sus antepasados fueron reyes —expliqué a Marn.

—Sé que es cierto —aseguró Mooshum, mientras lamía el tenedor—. Y por el lado de los chippewas, también somos jefes hereditarios. Y somos veloces. Yo escapé de Johnson el Devorador de Hígados; sólo consiguió la mitad de mi oreja.

Y tocó su oreja mutilada.

—¿Qué?

—Mira —dije a Marn. Sus hijos se habían levantado y estaban coloreando tranquilamente en la mesa de al lado—. Nos repartiremos los turnos. Tú tienes hijos, así que elige tú la primera.

—Ya nos apañaremos —respondió Marn con una sonrisa un poco triste—. Creo que voy a cortarme el pelo.

—¿Qué es eso que me han contado? —preguntó Mooshum—. Acerca de una granja de serpientes.

Marn abrió los ojos como platos y parpadeó.



—Necesito ver al juez, Evey.

—Ven a vivir con nosotros por un tiempo —ofreció Mooshum—. *La michiinn li doctoer ka-ashtow ita la koulayr kawkeetuhkwawkayt.*

—Dice que el médico te curará las mordeduras de serpiente. Estoy segura de que él es el médico. Pásate por casa mañana e iremos a ver a Geraldine. Allí estará el juez Coutts.

Marn se echó a reír, pero también parecía asustada. Reunió a sus hijos para marcharse. Cuando se fue, le reproché a Mooshum:

—La has asustado con ese rollo de las serpientes.

Me miró.

—Las ancianas hablan de ella, las ancianas saben.

—¿Así que has vuelto a ver a las ancianas?

—Pero no a mi dulce querida. Tu madre se niega a llevarme a verla. Hasta me ha escondido los sellos. ¡No puedo ni escribirle!

—Yo te conseguiré sellos —dije—. Lo peor que puede hacer la tía Neve es no abrir la carta.

—Eres una nieta muy buena —dijo Mooshum, radiante—. Y desde luego, ¡pareces más francesa que cualquier otra chica de por aquí!

## **El juez Antone Bazil Coutts**

## Shamengwa

Pocos son los hombres que saben envejecer. Shamengwa era uno de ellos. Incluso si Geraldine no hubiese sido su sobrina, yo habría ido a visitar a Shamengwa. Le admiraba y le estudiaba. Pensaba que me gustaría envejecer como él, con cierto estilo. Al margen de su brazo, era un anciano con una increíble buena planta. Cualquiera podía darse cuenta de que había sido un hombre apuesto; todavía lucía un cuerpo esbelto, garboso y de mediana estatura. Su rostro fino estaba coronado por una asombrosa y espesa cabellera, de la que se sentía muy orgulloso y que recortaba y peinaba con esmero cada pocas semanas a manos de Geraldine, quien seguía acudiendo desde la casa de su familia sólo para ese cometido.

Era un hombre atractivo, desde luego, pero también había algo más. Shamengwa era refinado y seguía unos rigurosos hábitos de higiene. Se arreglaba pulcramente cada día para enfrentarse a la vida. En nuestra reserva, se habla la lengua ojibwe en varios dialectos, junto con el cree y el michif —una mezcla de los tres—. *Owehzee* es uno de los términos que describe la forma en que los hombres nos acicalamos: nos lavamos a conciencia, nos restregamos bien, nos depilamos cualquier pelo que esté fuera de su sitio, nos cepillamos cada diente uno por uno, nos dibujamos una raya precisa en el pelo y, en estos días, marcamos una buena arruga en la parte delantera de nuestros vaqueros, para demostrar que, por mucho que el Gobierno haya intentado destruir nuestra hombría por todos los medios, somos invencibles. *Owehzee*. Todavía tenemos buen aspecto y lo sabemos. Nunca se vio al anciano desaliñado pero, aun así, había algo más.

Tocaba el violín. ¡Cómo tocaba el violín! A pesar de tener un brazo tan torcido y desfigurado que había que arreglar sus camisas y ajustarlas con alfileres en ese lado para acomodarlas a su silueta retorcida, mostraba una gran agilidad con ese brazo, incluso cierta fuerza. Con la ayuda de un pañuelo de seda blanca, que prefería utilizar a cualquier trapo viejo, Shamengwa se ataba el codo, desde que era muy joven, en una postura que le permitiera mover por las cuerdas del violín la elegante mano y los finos dedos al extremo del brazo tullido. Con el otro brazo, movía el arco.

En este punto tengo problemas con las palabras. Cuando Shamengwa tocaba el violín, el interior se transformaba en el exterior. Sin embargo, el cambio de interior a exterior no lo dice todo. La música era más que música, al menos la que estamos acostumbrados a escuchar. La música era puro sentimiento. El sonido conectaba al instante con algo profundo y alegre: aquellos poderosos fogonazos de verdadera sabiduría que se nos brindan para sobrellevar la vida cotidiana. La música ocultaba

también el fondo de nuestros miedos. Las cosas que habíamos vivido y que no queríamos que volviesen a ocurrir. Las fantasías hechas añicos, los anhelos inconfesables, el miedo y los placeres inauditos. No, no se puede vivir en ese acorde. Pero de vez en cuando algo se quiebra como el hielo y nos arrastra al río de nuestra existencia. Nos volvemos conscientes. Y esa toma de conciencia se incardinaba, de alguna manera, en la música, o en la manera en que Shamengwa la interpretaba.

En consecuencia, Shamengwa no siempre era bienvenido a las fiestas. La salvaje alegría que despertaban sus gigas y bailes escoceses arrojaba de pronto a la gente contra las rocas de sus peores recuerdos y las personas acababan aturcidas, confusas y llorando sobre sus cervezas. Suele pasar: a veces las emociones de la gente se vuelven en su contra. En algunas ocasiones, Geraldine le llevaba en coche a conciertos de violín o a lugares donde podía tocar en escenarios más apropiados para un recital. Era famoso. Incluso había ganado premios, algunos trofeos baratos obtenidos en concursos locales o del Estado: placas grabadas y pequeñas copas de hojalata colocadas sobre un pedestal de plástico. Guardaba estos galardones en su casa, apartados de los demás objetos. Los había puesto en una balda triangular de madera colgada en lo alto de un rincón. Nunca les limpiaba el polvo. Cuando su sobrina nieta, la hija de Clemence, era pequeña, le pidió que los bajara para poder jugar con ellos. Se hicieron pedazos y tuvo que pegar los trozos, o quedaron al descubierto zonas oxidadas en la pintura dorada. Le daba igual. Sin embargo, su violín era la niña de sus ojos.

Trataba a su violín con la misma devoción que dedicamos a nuestros tambores, a los que consideramos seres vivos y a los que debemos brindar comida, agua, protección y amor. Poseen sus propias canciones, que son reveladas a sus dueños mientras duermen, y debemos vestirlos según su personalidad, con un ribete adornado con cuentas y cintas y delicadas pinturas. Lo mismo ocurría con el violín que pertenecía a Shamengwa. Mimaba su instrumento, lo limpiaba con cariño con un suave pañuelo de algodón, lo guardaba en un armario donde había quitado dos estantes, lo depositaba todas las noches en un estuche hecho a medida, una funda de cuero que mantenía siempre bien lustrosa al igual que sus zapatos. El estuche tenía un forro de terciopelo que, con el paso del tiempo, se había descolorido y había perdido su intensa tonalidad carmesí para mostrar un vetado y aguado tono morado. Yo no entiendo de violines, pero se decía que el suyo era excepcionalmente hermoso; su sonido, desde luego, era humano y de exquisita factura. Por regla general, se sabía que su violín era antiguo y muy valioso. Por ello, cuando una mañana Geraldine fue a cortar el pelo a su tío y descubrió a Shamengwa todavía acostado y con los pies atados a la cama, levantó la mirada hacia el armario mientras le desataba y no le sorprendió descubrir que el cerrojo estaba roto y el violín había desaparecido.

Siempre termino enterándome de las cosas por lo que se comenta en los tribunales

o entre la policía tribal. Chismorreos, rumores, maledicencias, estupideces o simplemente informaciones erróneas. Siempre aguzo el oído e incluso tomo notas de lo que oigo por ahí. A veces no es cierto o resulta exagerado, pero en otras ocasiones igual de numerosas contiene una semilla de verdad útil. Por ejemplo, en este caso, el nombre de Corwin Peace estaba en boca de todos, aunque no existiese prueba alguna de que hubiera cometido el robo.

Corwin era una de esas personas con las que me encontraba a todas horas. Por supuesto, conocía sus orígenes más de lo deseable. Supongo que habría sido un milagro que el muchacho saliera bien. Era un mal bicho que sólo esperaba ir de mal en peor. Un error, pero un error que intentábamos reparar una y otra vez debido a su extrema juventud. Algunos lo consideraban carente de cualquier cualidad que compensara sus defectos. Un sociópata. Un caso límite. Un avezado manipulador, peligroso por haber abusado de las drogas desde el día en que abandonó sus estudios. Otros sentían lástima por él o culpaban de su conducta al espectacular delito cometido por su padre o al consiguiente alcoholismo de su madre. Aun así, quedaban unos pocos que veían en él algo que se podía salvar, tal vez la idea más peligrosa de todas. Era un traficante de poca monta con un coche que conducía borracho y una sucesión interminable de novias. Por desgracia, era muy guapo, con los rasgos típicos de un modelo de Edward Curtis, aunque la mala vida ya le empezaba a pasar factura y se le notaba algo abotargado.

Las drogas siguen ahora las antiguas rutas del comercio de pieles, y donde antaño Corwin habría viajado sentado sobre una paca de pieles de búfalo o castor, cantando canciones de viajes a las chirriantes ruedas de una carreta de bueyes, hoy conducía un destartado Chevrolet Nova al que le faltaban los tapacubos y que arrastraba la parte de atrás. Conducía a toda velocidad y drogado hasta las cejas, pero muy pocas veces le pillaban porque solía viajar a horas estrambóticas para hacer sus trapicheos; salía zumbando hacia Minneapolis y recorría el camino de vuelta en la misma noche. Conducía sin carné porque se lo habían retirado, y siempre andaba buscando dinero, timando a la gente, apostando, jugando al billar e incluso trabajando muy de vez en cuando en un empleo que le horrorizaba y le situaba detrás de una barra friendo tiras de pollo chinas. Yo seguía de cerca la pista de Corwin porque todo parecía indicar que estaba predestinado, desde el principio, a ser testigo del descenso a los infiernos de su vida. Quería asegurarme de que si tenía que encerrarle, podría hacerlo y dormir con la conciencia tranquila esa misma noche. Aunque nadie hubiese visto nunca el violín en sus manos, y habiendo incautado su coche, la policía no lo perdía de vista porque estaba segura de que al final mostraría sus cartas e intentaría vender el instrumento.

Los días pasaron; Corwin mantuvo un perfil bajo y retomó su puesto en el restaurante. Seguramente sabía que le vigilaban porque hizo uno de esos intentos por

enderezar su vida que animaban a todos sus potenciales salvadores. Se enderezó, se mantuvo sobrio, hizo gala de sus mejores modales y, cuando se le preguntaba, se mostraba convincentemente optimista respecto a su futuro e indulgente con sus errores.

—Soy un gilipollas —admitió—. Pero nunca he caído tan bajo como para quitarle el violín al viejo.

Aunque lo había hecho, claro. Sólo que no sabíamos dónde podía tenerlo escondido o si, en última instancia, tendría la suficiente sensatez como para llevarlo a un anticuario o a una tienda de instrumentos musicales en alguna ciudad. Mientras esperábamos a que moviera ficha, ahí estaba el anciano, que rápidamente empezó a decaer. No me había dado cuenta de lo mucho que me gustaba oírle tocar: a veces fuera, en el césped lleno de maleza del patio trasero al atardecer, a veces sólo para un grupo de personas que se reunían en la casa de Clemence y Edward. No es que le oyera más de una o dos veces al mes, pero, al igual que muchos otros, descubrí que dependía de su música. Al cabo de varias semanas, se abrió en mí una grieta de tristeza y sufría con un sorprendente desgarró la pérdida de Shamengwa, que compartía sinceramente, de tal modo que tenía que ir a buscarle para sentarme a su lado, como si llorar juntos la ausencia de su música pudiera ayudar. Además quería saber si, en el caso de que no apareciera el violín, podríamos hacer una colecta para comprarle uno nuevo, tal vez incluso mejor. No me atrevía a preguntárselo, como si mi ofrecimiento fuera un acto egoísta. No lo sabía. Así que una tarde me senté en la pequeña sala de estar de Shamengwa e intenté buscar una oportunidad para planteárselo.

—Por supuesto —empecé—, creemos saber quién se llevó tu violín. Lo tenemos vigilado.

Shamengwa se peinó el pelo hacia atrás con su mano elegante y dijo, como había repetido tantas veces:

—Me quedé dormido todo el maldito rato.

Por desgracia, al intentar liberarse de la cama, se había caído de costado. Se había arañado la mejilla y el globo ocular de ese lado de la cara presentaba todavía un rojo furioso. Se movía con lentitud, con movimientos entumecidos y dolientes: la rigidez de un anciano. Le llevaba mucho tiempo enderezarse del todo cuando intentaba ponerse de pie.

—No te levantes. Yo prepararé el té.

Geraldine se mostraba cariñosa y práctica. Nadie discutía nunca con ella. Shamengwa volvió a sentarse pausadamente en una mecedora acolchada de color marrón. Me miró, o más bien miró más allá de mí. Muy pronto comprendí que, aunque hablara despacio y respondiera a las preguntas, no estaba del todo pendiente de la conversación. De hecho, sólo estaba medio presente, y ligeramente despeinado e

irascible también, algo desconocido en él. Tenía la camisa mal abrochada, con los cuadros torcidos, y no se había afeitado la pelusilla de la barbilla esa mañana. La barba cana de varios días destacaba sobre su piel. Tenía el aliento agrio y no parecía nada contento de que hubiese ido a verle.

Permanecimos sentados en un desafiante silencio hasta que Geraldine trajo dos humeantes tazas de té bien cargado y azucarado y fue a por otra para ella. La mano de Shamengwa tembló al levantar la taza, pero se bebió el té. Su rostro se relajó un poco y decidí que no habría mejor momento para exponerle mi idea.

—Tío —dije—, nos gustaría comprarte un nuevo violín.

Shamengwa tomó otro sorbo de té, no dijo nada, pero dejó la taza y cruzó las manos sobre el regazo. Miró más allá de mí y frunció el ceño, pensativo. No parecía una buena señal.

—¿No le gustaría tener un nuevo violín? —apelé a Geraldine.

Negó con la cabeza, como si estuviera a la vez molesta conmigo y exasperada con su tío. Permanecimos en silencio. No sabía qué hacer. Shamengwa había cerrado los ojos. Se había recostado en la mecedora, pero no dormía. Pensé que tal vez intentaba deshacerse de mí. Pero yo era testarudo y no quería marcharme. Quería oír de nuevo la música de Shamengwa.

—Ay, cuéntaselo, tío —dijo Geraldine al fin.

Shamengwa se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza sobre las manos, como si estuviera rezando.

Entonces me relajé y comprendí que estaba a punto de escuchar algo. Era el sobrecogedor momento de recogimiento antes de perder la compostura que yo tan bien conocía, justo antes de que el testigo se venga abajo y la verdad salga a la luz y por fin se escuchen las palabras nunca dichas. Estoy familiarizado con ello y, aunque en este caso no se tratara exactamente de una confesión, resultó ser una historia poco conocida en la reserva. Shamengwa había tenido ese violín durante tanto tiempo que nadie sabía, o no recordaba al menos, un tiempo en que hubiera estado sin él. Pero en realidad hubo dos violines en su vida: el de su padre, que había tocado de niño, y luego otro, que llegó hasta él a través de un sueño.

El primer violín

Mi madre perdió a un varón cuando yo apenas tenía cuatro años —contó Shamengwa—, y fue esa pérdida lo que llevó a mi madre a volcarse en la iglesia. Antes, recuerdo a mi padre tocando antiguas canciones francesas, música tradicional escocesa y gigas, pero después de la muerte del bebé mi madre le obligó a que dejara el violín y tomara la comunión. Nos mudamos por un tiempo de nuestra parcela asignada y vivimos aquí. Pero en aquellos tiempos todavía nos rodeaban árboles y matorrales. No había casas al oeste. No se contaba con que fuéramos a vivir al asentamiento, y llevábamos nuestros caballos a pastar donde se halla ahora el Dairy

Queen. De la misma pena, mi madre se tornó adusta y muy estricta tanto con mi padre como con mi hermano, mi hermana y conmigo. Nuestro hermano mayor, o medio hermano, ya se había marchado de casa. Salió fuera de su alcance y se hizo cura. Nosotros comprendíamos por qué se regía por normas tan extrañas y obedecíamos sin rechistar, pero todos creíamos que se suavizaría en cuanto pasara el primer año de duelo. Donde antes había un hogar alegre, que a la gente le gustaba visitar, ahora todo era silencio. Nada de vino ni música. Hablábamos en voz baja porque, según mi madre, nuestro ruido le hacía daño, y mi padre, antaño un hombre muy divertido al que le encantaba bailar, dejó de reír o gastar bromas. Yo también echaba de menos al bebé. Lo habíamos enterrado en un cementerio católico, debajo de una pequeña y redondeada lápida blanca, donde descansa hasta el día de hoy.

No creo que mi madre tuviera intención de que las cosas fueran de aquella manera, pero mi padre y ella ya lo habían perdido todo una vez, y el dolor que sentía ahora estaba por encima de sus fuerzas. Como si su corazón también estuviera enterrado bajo esa lápida, se volvió insensible y se fue distanciando de nosotros, sumida en su propia tristeza. Ahora que soy un hombre viejo y conozco los caminos del sufrimiento, comprendo que mi madre sintió demasiado, amó demasiado y tuvo miedo de perdernos del mismo modo que había perdido a nuestro hermanito. Pero un niño pequeño no es consciente de estas cosas. A mí sólo me parecía que, junto con el bebé, había perdido su amor. Sus fuertes abrazos, sus besos, el olor a jabón de su cara, su voz tranquilizándome: todo eso se había acabado. Ahora era como una estatua en una iglesia. De vez en cuando, la encontrábamos en la cocina, de pie, inmóvil, mirando fijamente a través de la pared. Al principio, le tocábamos la ropa y le acariciábamos las manos. Mi padre la besaba, le susurraba algo al oído con cariño, le peinaba su pelo corto: era una mujer de pura raza y, según mandaba la tradición, se había cortado el pelo en señal de duelo. Su cabello presentaba ahora una gruesa maraña alrededor de su cabeza. Después, cuando ya nos habíamos dado por vencidos, sólo la rodeábamos como si fuera un tocón. El primogénito, mi medio hermano, venía a visitarnos. Se llevó a mi otro hermano con él para servir a Dios durante las misas. La casa se tornó silenciosa; mi hermana se hizo cargo de la cocina y mi padre se volvió retraído y hosco; poco a poco fuimos aceptando que la alegre y cariñosa madre que habíamos conocido ya no regresaría jamás. Si la mujer quería pasarse el día entero sentada en la oscuridad, la dejábamos. Ya no intentábamos sacarla de su ensimismamiento. Pasaba cada vez más tiempo en la iglesia. Asistía a la misa de la mañana y permanecía allí, sujetando en la mano derecha su rosario de plata y marfil, mientras su mano izquierda iba desgastando las cuentas hasta que estuve convencido de que acabarían por desaparecer entre sus dedos.

Justo después del cataclismo de las palomas, nos enteramos de que Seraph se había escapado de casa. Mientras el resto de la familia acudía a la iglesia para rezar



por su regreso, un día me puse muy nervioso. Deseé huir yo también. Me había quedado en casa por culpa de un resfriado y mi hermana me había encomendado que mantuviera la estufa caliente. En realidad, yo no estaba tan enfermo, pero había simulado una tos espantosa y áspera para engañar a mi hermana de modo que me permitiera saltarme la misa. Me puse a fisgonear, y pronto encontré el violín que mi madre había obligado a mi padre a dejar de tocar. Allí estaba. Me encontraba a solas con él. Para entonces yo tenía unos cinco o seis años, pero sabía sujetar un violín y, antes de que todo aquello ocurriera, había visto a mi padre manejar el arco. Ese día conseguí sacarle algunos sonidos, pero nada satisfactorio. Aun así, aquellos sonidos me hicieron estremecer. Guardé el violín con cuidado, mucho antes de que regresaran a casa, y volví a meterme bajo las mantas cuando llegaron al patio. Fingí que estaba durmiendo, no tanto porque necesitara mantenerme en el papel de niño enfermo, sino porque no soportaba volver a esa situación. Algo había ocurrido. Algo había cambiado. Algo había trastocado la naturaleza de todo cuanto conocía. Podría pensarse que tenía algo que ver con la marcha de mi hermano. Pero no. Este profundo cambio se debía al violín.

Descubrí que la libertad no sólo se halla en la huida, sino también en el corazón, la mente y las manos. Después de aquel día, procuré quedarme solo en casa el mayor tiempo posible. En cuanto todo el mundo se había marchado, sacaba el violín de su escondite bajo las mantas del arcón donde se guarda la ropa y lo afinaba a mi gusto. Aprendí a tocarlo nota a nota, sin tener siquiera un nombre para cada sonido. La sucesión de notas que obtenía despertaba mis ansias. Pronto me produjo un verdadero tormento tener que guardar el violín cuando mis padres o mi hermana volvían a casa. A veces, cuando el viento acompañaba, lo sacaba a hurtadillas de la casa, incluso cuando todos estaban dentro, y me iba a tocar al bosque. Siempre ponía especial atención en que el viento empujara mi música hacia el oeste, hacia el vacío, donde nadie pudiera oírla. Pero un día puede que el viento cambiara de dirección. O tal vez el oído de mi madre se había vuelto más fino que el de mi hermana o mi padre, pues cuando volví a casa la descubrí mirando fijamente por la ventana, hacia el oeste. Estaba agitada y con la respiración acelerada.

—¿Lo has oído? —exclamó—. ¿Lo has oído?

Por miedo a que me descubriera, respondí que no. Estaba muy alterada y a mi padre le costó mucho trabajo tranquilizarla. Cuando por fin se durmió, mi padre se quedó sentado a la mesa con la cabeza entre las manos durante una hora. Caminé de puntillas por la casa y realicé todas mis tareas. Me sentía muy mal por no contarle en aquel momento que lo que mi madre había oído no era otra cosa que mi música. Incluso entonces, aunque no era capaz de comprender la desazón de mi padre, mientras permanecía sentado bajo la luz de la lámpara con la cabeza entre las manos, sabía que aquello estaba relacionado con mi madre y mi música secreta, y que mi

padre pensaba que mi madre había oído algo inexistente. Sabía que le habría ayudado que yo reconociera la verdad. Pero ahora, cuando vuelvo la mirada atrás, considero que mi silencio fue la primera decisión que tomé como verdadero músico. Un artista. Seguir tocando era para mí mucho más importante que el sufrimiento de mi padre. No dije nada, pero me volví todavía más sigiloso y reservado.

Al fin y al cabo, se trataba de una cuestión de supervivencia. De no haber encontrado la música, habría muerto de silencio. La norma de mutismo en casa se volvió aún más rigurosa y muy pronto mi hermana huyó al internado estatal. Pero yo todavía era un niño, y si mi madre y mi padre se quedaban sentados durante horas sin dirigirse la palabra y me obligaban a hacer lo mismo, ¿a qué otro lugar podía viajar mi mente más que a la música? Me salvé inventando canciones e interpretándolas en mi mente, donde mis padres no podían oírlas. Inventé notas que no eran exactamente música, sino las emociones puras de mi corazón infantil. Hasta ese momento, nadie había pensado en la escuela. Mi padre se había contagiado del inmovilismo de mi madre. Hay formas de sentirse abandonado aunque nuestros padres se encuentren a nuestro lado.

Poseíamos dos vacas y yo me encargaba de ordeñarlas por la mañana y por la noche. Era una suerte, porque si mis padres se olvidaban de cocinar, al menos tenía leche. A veces, me preparaba la cena con medio cubo de leche tibia y espumosa. Tal vez con un trozo de pan frito que ablandaba en la leche y masticaba. No puedo decir que padeciera jamás algún tipo de calambre estomacal a causa del hambre, pero sí sufría otro tipo de carencias. Me sentía solo. Fue más o menos por aquella época cuando recibí una tremenda coz de una vaca, un accidente, puesto que solía ser mansa. Tal vez una picadura de avispa la llevó a arremeter contra mí por sorpresa. Me golpeó el brazo y, si bien yo no tenía forma de saberlo, me lo fracturó. ¿Si fue doloroso? Vaya, desde luego. Lo recuerdo muy bien. Pero a mis padres no se les ocurrió llevarme a un médico. Supongo que ni se dieron cuenta. Se lo conté a mi padre, pero sólo asintió con la cabeza, dándome a entender que me había oído, antes de volver a lo que estuviera haciendo.

El dolor de mi brazo me mantenía despierto por la noche y recuerdo que, cuando no lograba abstraerme, gemía bajo las mantas junto a la estufa. Pero aun peor me resultaba la inutilidad de mi brazo a la hora de tocar el violín. Intentaba levantarlo, pero volvía a caer como una muñeca de trapo. Al final di con la solución: una tira de tela, que he utilizado desde entonces. Empecé a atarme el brazo roto tal y como lo hago hoy en día desde aquella temprana edad. Yo no tenía ni idea, por supuesto, de que el hueso se soldaría de esa manera y de que, como resultado, se me consideraría un inválido permanente. Sólo sabía que con el brazo bien sujeto podía tocar, y el hecho de poder hacerlo me salvó la vida. De modo que, al igual que a la mayoría de los artistas, el arte me deformó. Me moldeó.

Era evidente que en algún momento cometería un error, pero pasó tiempo antes de que ocurriera, y para cuando sucedió yo ya tenía doce años. Para entonces mi padre, mi madre y yo nos habíamos acostumbrado a la extrañeza de nuestro hogar. Fui a la escuela porque el asistente social vino finalmente a buscarme. En el colegio me dieron el nombre que llevo ahora. Creo que los niños de pura raza me lo pusieron como una especie de bendición: Shamengwa, la mariposa negra y naranja. Fue un reconocimiento a mi «brazo ala». No obstante, aunque una monja me explicara que la imagen de una mariposa en una pintura de Nuestra Señora representaba al Espíritu Santo, no me gustó el nombre al principio. Pero era un niño demasiado retraído para hacer nada al respecto. La vergüenza que sentía por mi brazo tullido me llevaba a evitar a la gente, incluso ya de mayor, y no hice amigos. Amigos humanos. Mi verdadero amigo vivía escondido en el arcón de las mantas, y era el único amigo que yo necesitaba de verdad. Y entonces lo perdí.

Mis padres habían ido a misa. Pero ese día de invierno hubo algún problema con la estufa de la iglesia. La nave se había llenado de humo al inicio de la eucaristía y todo el mundo tuvo que volverse a casa, de modo que mis padres llegaron cuando yo estaba en plena interpretación. Escucharon, de pie en el umbral, petrificados de sorpresa por lo que estaban oyendo. No sé cuánto tiempo permanecieron ahí. No había oído la puerta y, con los ojos cerrados, tampoco había reparado en la luz que se filtraba. Al final percibí la brisa fresca que entraba y me di la vuelta; nos quedamos mirándonos con una grave conmoción, que mi padre rompió al fin cuando preguntó:

—¿Desde cuándo?

No respondí, aunque deseaba hacerlo. *Desde hace siete años. ¡Siete años!*

Dejó pasar a mi madre. Cerraron la puerta. Después, dijo con una voz dulce y preocupada:

—Continúa.

Así que seguí tocando; cuando acabé, no pronunció una palabra.

Tras ser descubierto, pensé que lo peor había pasado. Esa noche guardé el violín. Pero a la mañana siguiente desperté con un silencio donde antes solía oír los ruidos de mi padre, percibí una ausencia antes incluso de saberlo con plena seguridad y supe que lo peor estaba aún por llegar. Mi música había despertado algo en él. Eso es lo que creo. Ésa fue la razón por la que se marchó, pero no sé por qué tuvo que llevarse el violín. Cuando abrí el arcón y descubrí que faltaba, se me cortó la respiración, me quedé sin poder pensar ni sentir nada. Durante meses después de aquello, me comporté igual que mi madre. En nuestra pérdida, nos habíamos aislado de las rutinas reales, alegres y normales de la vida. Podría haber seguido así, ensimismándome más y más en el silencio, uniéndome a mi madre en el oscuro banco del que no quería volver. Habría vivido de esa manera tan mortecina de no haber sido porque tuve un sueño.

Fue un sueño sencillo. Una voz. «Ve al lago y siéntate junto a la roca de la orilla sur. Espera allí. Iré a ti».

Decidí seguir aquellas instrucciones tan directas. Me llevé unas mantas, un trozo de cecina y una hogaza de pan, y me senté en el líquen verdoso y lleno de costra de la roca en la orilla sur. Era una roca plana que sobresalía del agua y que resbalaba suavemente por los bordes en una profundidad verde oscura. Desde la roca, podía ver todo lo que sucedía sobre el agua. Dejé un poco de tabaco para los espíritus y me quedé esperando allí el día entero. Me devoraban los mosquitos. El viento retumbaba en mis oídos. No sucedió nada. Cuando cayó la noche, me acurrugué y me dormí. A la mañana siguiente, continué allí. Y al día siguiente también. Era la primera vez que dormía en la orilla del lago y comprendí por qué la gente decía que no tenía fin, cuando por supuesto, tal y como yo siempre había pensado, estaba rodeado de rocas. Pero en él nacían y desembocaban ríos, había corrientes secretas, le afectaban seis tipos de condiciones meteorológicas diferentes en la superficie, y bajo el agua se hallaba un terreno sumergido. Cada ola rompía procedente de algún lugar oculto y se retiraba hacia otro misterioso. Contemplé unos pájaros desconocidos para mí y de plumaje extraño, que volaban de paso hacia otra parte. Al escuchar el murmullo del agua, otra forma de música, por primera vez me sentí reconfortado por sonidos que no fueran las notas de mi violín. Me relajé. Mordisqueé el panecillo, bebí agua del lago y me arrullé bajo la manta. Vi tres amaneceres y durante tres noches observé las estrellas mientras tomaban posiciones en el oscuro y centelleante firmamento. Pensé en quedarme allí para siempre, contemplando la línea azul del horizonte. Nada importaba. Cuando un pequeño fragmento de la línea del horizonte se desprendió, oscureció y avanzó despacio, sólo lo observé con escaso interés. La mota parecía avanzar y retroceder a la vez. Iba y venía cabeceando entre el oleaje. La perdí de vista en varias ocasiones hasta que se acercó de golpe, arrastrada por una ola.

Era una canoa. Pero o el tripulante se había quedado dormido en el fondo o la embarcación navegaba a la deriva. Cuando se aproximó lo suficiente, llegué a la conclusión de que se desplazaba sin rumbo. Se deslizaba sobre el agua con gran levedad, virando de un lado a otro. Sin embargo, por mucho que pareciera vacilar o avanzar de forma contradictoria, siempre terminaba progresando en dirección a la roca de la orilla sur, directamente hacia mí. La observé hasta que pude comprobar con claridad que no había nadie en el interior, sin recordar por qué había acudido a ese preciso lugar. Entonces evoqué las palabras de mi sueño. «Iré a ti». Me tiré al agua con entusiasmo y nadé hasta la canoa; mi brazo no me impedía hacerlo. Como todos los chicos, había aprendido a compensar y, si bien mi estilo era algo peculiar, yo era fuerte. Pensé que quizá habían atado mal la embarcación y se habían soltado las amarras, pero no arrastraba ninguna cuerda. La canoa había perdido a su tripulante de algún modo y se había alejado de su dueño. Tal vez un fuerte oleaje la había

arrastrado desde una playa donde su propietario la habría dejado, convencido de que estaba en lugar seguro. Conseguí empujarla hasta la orilla y después la arrastré hasta inmovilizarla en una grieta entre dos rocas. Sólo entonces miré en el interior para ver su contenido. Atado a un travesaño, había un estuche negro con forma de cuerpo de mujer sellado en los laterales mediante dos cierres de latón.

Así fue como el violín llegó hasta mí —concluyó Shamengwa alzando la mirada para observarme fijamente. Sonrió, movió su delicada cabeza y habló con dulzura—. Y por eso jamás tocaré otro violín.

Un pasaje silencioso

Corwin cerró la puerta que daba acceso al sótano donde el novio de su madre le permitía quedarse temporalmente. De pie sobre una tabla apoyada en unos caballetes, empujó con las manos abiertas la placa de espuma del falso techo. Movié la placa a un lado y anduvo a tientas entre los cables y bajo una plancha aislante de fibra de vidrio amarilla, hasta que localizó el asa del estuche. Corwin lo arrastró hacia él por encima de su cabeza, poco a poco, hasta que pudo dejar caer el estuche con el instrumento por el agujero y en sus brazos. Lo bajó y lo llevó desde el inestable hueco hasta el trozo de gomaespuma que le servía de colchón y a través del cual podía sentir cada noche cómo el duro frío del suelo de cemento se colaba por sus piernas. Había robado el violín del anciano porque necesitaba dinero, pero no se había parado a pensar en dónde podría venderlo. Ni en quién se lo compraría. Después, tuvo una inspiración. Viajaría a dedo con el violín hasta Fargo. Se bajaría en el centro comercial West Acres Mall con el violín dentro de su estuche y se lo vendería a algún amante de la música.

Corwin se bajó del coche y llevó el violín al centro comercial. Mentalmente, le gustaba citarse a sí mismo. «Existen dos tipos de personas: los que dan y los que toman. Yo soy de los que toman. Hay que dar a Corwin lo que le corresponde». Su película favorita en aquel momento trataba de un policía con una manera muy retorcida de mirar el mundo, por lo que resultaba imposible determinar si era bueno o malo; sólo se sabía que era capaz de apoderarse de la voluntad del otro mediante la palabra. Corwin sentía fascinación por el lenguaje. Lo inhalaba de las películas, de las letras de las canciones de rock y de la televisión. Se restregaba en su interior, palabra tras palabra. A veces pensaba que escribía poemas en su mente, pero los versos luego no se plasmaban en el papel. Las palabras se pegaban unas a otras formando extrañas constelaciones y pergeñaban dibujos que cruzaban a toda velocidad sus ojos cerrados hasta resbalar por sus sienes en la oscuridad de su cuello. Por ello, cuando franqueó las puertas herméticas y entró en el inmenso y cálido espacio de la plaza central donde se hallaba la zona de restaurantes, su mente bullía, llena de buenas intenciones.

Se sentía muy orgulloso de su cazadora de cuero, que contenía en los bolsillos

interiores la mayor parte de todo cuanto poseía. Como siempre, era demasiado consciente de su belleza. La gente lo trataba como a un joven atractivo. Otros, que ya le conocían o a quienes había enojado, le evitaban. Pero ya no había solución a este problema. Se figuraba que la única manera de redimirse era impresionando a la gente en un nivel que todavía no había alcanzado. Fantaseaba. Como una estrella de rock entrevistada en *Rolling Stone*. ¿Quién era el verdadero Corwin Peace? Sentado en la plaza central, mientras observaba a los clientes con aspecto distraído, comprendió que ninguno de ellos le compraría el violín de buenas a primeras. Se levantó y entró en una tienda de música. Intentó mostrar el instrumento al encargado, pero éste sólo dijo:

—No, no compramos instrumentos de segunda mano.

Corwin salió y abordó a un par de personas. Todas se alejaron desconfiadas o le dijeron que no sin más.

Corwin se dijo que debía meditar y volvió a sentarse en el banco de la plaza central, que había decidido considerar suyo. Fue allí donde se le ocurrió la idea que se convertiría en una mina de oro. Surgió de un programa de televisión, del videoclip de una mujer que pasaba delante de un músico callejero en la ciudad, que tocaba el saxofón o un instrumento similar, y tenía a sus pies el estuche abierto. La mujer se detuvo, sonrió y echó un dólar en el estuche. Corwin sacó el violín y colocó el estuche abierto a sus pies. Cogió el violín en una mano y el arco en la otra. A continuación movió el arco por las cuerdas hasta obtener un espantoso y extraño ruido.

El chirrido retumbó por toda la zona de restaurantes y varias personas apartaron los labios de los envoltorios de papel de lo que comían y bajaron los alimentos cuando descubrieron a Corwin. El muchacho les devolvió la mirada, glacial y desafiante. Fue un momento de cierto histrionismo: lo tenía. Un público. Tenía que actuar de inmediato o lo perdería. Realizó una larga y florida reverencia. Su gesto era elegante, con el arco en una mano y el instrumento en la otra. Le salió con naturalidad. Como si aceptara una ovación. Hubo unos murmullos divertidos. Una persona incluso aplaudió. Aquellos sonidos tuvieron un impacto inmediato en Corwin Peace, más poderosos que cualquier droga que hubiera probado hasta entonces. Le invadió una oleada de entusiasmo y volvió a levantar el instrumento. Echó hacia atrás su cabellera y empezó a tocar un silencioso y rápido pasaje de música.

La mímica fue impecable. ¿Dónde la había aprendido? No lo sabía. No rozaba siquiera las cuerdas con el arco, y sin embargo tocaba música. La melodía rebotaba a su alrededor y entre sus oídos. Apenas podía mantener el ritmo de lo que oía. Su cuerpo rebosaba teatralidad. Desplegó todos los movimientos que había visto y más. Cuando la música cesó en su cabeza, se agachó y se abrió completamente de piernas, un ejercicio que había ensayado sin saber por qué. Alzó el violín y el arco por encima

de su cabeza. Le llovieron los aplausos. Una maraña de un sonido deslumbrante.

### Pasión

Detuvieron a Corwin Peace en un centro comercial de Fargo mientras fingía tocar el violín y lo llevaron ante mí. Dispongo de un amplio abanico de posibilidades a la hora de dictar sentencia. A pesar de mi convencimiento de que seguramente era incorregible, me intrigaba el comportamiento inusual de Corwin respecto al instrumento. No podía evitar pensar en sus antepasados, los hermanos Henri y Lafayette Peace. Tal vez dormitaba en él un talento latente. Y quizá, de la misma manera que ellos habían salvado la vida de mi abuelo, yo debía salir al rescate de su descendiente. Este tipo de complicaciones suelen formar parte de la justicia tribal. Decidí aprovechar mi prerrogativa de apoyarme en tradiciones tribales para dictar sentencia y sentar un precedente. Primero, conseguí el visto bueno de Shamengwa. Después, condené a Corwin a que aprendiera con el viejo maestro. Tres horas cada mañana, seis días por semana. Más tres horas de ensayo después del trabajo por la tarde. O aprendía a tocar el violín o al menos cumpliría una condena. A decir verdad, no sabía bien a quién castigaba, si al muchacho o al anciano. Pero al menos empezamos a oír el sonido del violín desde la casa.

Estábamos a mediados de septiembre en la reserva. Los días amanecían frescos y las tardes eran cálidas. Las hojas aún se mostraban densas y desprendían su última y sobrecogedora fragancia. Ya se había segado todo el heno. El arroz salvaje estaba aplastado. Los radiadores de las oficinas tribales se encendían por la noche, pero al mediodía todavía teníamos que abrir las ventanas para refrescar el ambiente. Entonces se colaban a través de ellas el humo de las hogueras que se iban apagando y las emanaciones del diésel, y de vez en cuando, el chirriante murmullo de la música de Corwin desde los pies de la colina. Las primeras semanas no resultaron nada prometedoras y se me recordó que para tocar bien un instrumento, por regla general, una persona debe empezar de niño. Pensé que tal vez fuera ya demasiado tarde. Después, los días se tornaron constantemente fríos y cerramos las ventanas, de modo que hasta que llegó la primavera sólo tenía noticias de los progresos de Corwin a través de Geraldine y de los informes redactados por el agente de libertad condicional del chico. No albergaba muchas esperanzas. Pero Corwin se presentaba en casa de Shamengwa todos los días a las ocho en punto. Hasta que no llegó la primera tarde calurosa a principios de mayo, no abrí la ventana y pude escuchar a Corwin tocando de verdad.

—No estuvo mal del todo —dije esa noche cuando fui a visitar a Shamengwa—. He oído a tu alumno.

—Es torpe a más no poder, pero tiene pasión —respondió Shamengwa llevándose la mano al pecho.

Había mejorado físicamente en paralelo a los progresos musicales de Corwin. Podía darme cuenta de que se sentía orgulloso del muchacho y me autoricé a pensar que tal vez la historia se mostraba a veces de nuestra parte y que un acto tan utópico como juntar a un anciano y a un delincuente juvenil duro de roer había funcionado, o había tenido algún resultado positivo al menos y no había acabado en un rotundo fracaso.

De hecho, las clases y la relación entre ellos perduraron después de cumplirse la condena y, durante todo el verano, pudimos ser testigos de nuevos y lentos progresos. Llegó el otoño y volvimos a cerrar las ventanas. En primavera las abrimos y, en un par de ocasiones, pude oír tocar a Corwin. Transcurrió el verano y notamos más aplomo en su música, tanto que a veces nos recordaba incluso al maestro. Y entonces Shamengwa murió.

Tuvo una muerte ideal y tranquila, el tipo de fallecimiento que todos solemos rogar a san José para nosotros: mientras dormía, con el violín junto a su lecho y bien arropado. Lo encontró Geraldine por la mañana. Se organizó un gran funeral con el habitual velatorio, donde multitud de personas hicieron cola hasta su cuerpo para llenar su ataúd de flores, tabaco de pipa y pequeños obsequios que acompañaran a Shamengwa en su sepultura. Todo el mundo dijo lo que se suele decir: «Oh, se ve que está en paz, el buen hombre». Geraldine depositó una mariposa monarca en el hombro de su tío. Explicó que la había encontrado esa misma mañana en la rejilla del radiador de su coche. Clemence y Whitey se sostenían el uno al otro en la puerta de la iglesia. Después descubrí que Clemence sujetaba a Whitey porque estaba borracho. Llegó Edward y agarró a Whitey por el otro lado, y los tres entraron y se sentaron en un banco. Seraph, el hermano de Shamengwa, se encontraba entre Evelina y Joseph, que le daban palmaditas en el hombro y en los brazos. Por una vez no podía pronunciar palabra. Parecía destrozado o con el corazón partido. Ni siquiera levantó la mirada cuando el padre Cassidy se acercó al púlpito y empezó el panegírico con gran solemnidad, tras carraspear ruidosamente.

—Estoy aquí ante vosotros en el santo espíritu del perdón para bendecir el alma de Seraph Milk.

—¿Qué? —saltó Geraldine—. ¡Se ha equivocado de hermano!

Intentó hacerle una señal con la mano al sacerdote, pero el padre Cassidy seguía ahora su propio camino mientras Seraph se sobresaltaba levemente.

—Seraph Milk, que ha fallecido sin haber recibido los santos sacramentos, tras rechazar la extremaunción o los santos óleos. Aunque posiblemente su alma esté en el infierno, no tenemos manera de saberlo con plena seguridad, dado que se le daba muy bien salir de situaciones delicadas, según me cuenta su familia, y además, a veces los santos interceden por los pecadores a su antojo. Es posible que la Virgen María esté velando por él, aunque ante mi presencia Seraph Milk puso en duda dos fundamentos



esenciales de nuestra fe católica: la Inmaculada Concepción y el nacimiento virginal. Sus palabras exactas fueron..., y las cito: «¡Yo creo que nos dio gato por liebre!».

El viejo réprobo mejoró considerablemente. Sus labios se abrieron en una sonrisa. Hizo una señal a los presentes, que estaban a punto de levantarse para mostrar su indignación, indicando que estaba dispuesto a escucharles. Además, el cura cobraba más y más fuerza y su voz tronaba de tal manera que no había quien le detuviese ya.

—Seraph Milk está descubriendo ahora si su otro héroe, Louis Riel, tenía o no razón cuando propuso la creencia de que el infierno no es infinito ni tan abrasador. ¡Discutimos esta cuestión tantas veces! Veréis, el metis creía en un Dios misericordioso, pero es mi triste deber informaros de que Dios también es justo y, si bien su compasión todopoderosa puede enfrentarse a su sentido de la probidad, debe analizar si en la tierra le tomaríamos en serio si no fuera a castigar a los pecadores, herejes, mentirosos, fornicadores, borrachos y a todos aquellos que celebran la Fiesta del Asno, tal y como, según me confesó Seraph Milk, venían haciéndolo con regularidad él y su hermano, quien quizá le reciba algún día en el futuro tocando un violín que escupe las llamas del demonio y arranca de su arco un santo tormento. Pero no quiero decir con todo esto que Seraph Milk se merezca necesariamente el infierno que no quiso anticipar.

Algunas personas se levantaron de sus bancos, con grandes y airados aspavientos, pero enseguida los demás les hicieron sentarse de nuevo.

—¡No! —exclamó el padre Cassidy alzando sus dedos—. También había mucha bondad en este hombre, mucha virtud. Seraph Milk fue un verdadero patriarca, que quiso mucho a sus hijos y los mimó. A pesar de darse a la bebida en su juventud, consiguió dejarlo hasta cierto punto, tal vez demasiado tarde para que le importase de verdad a su mujer, pero aun así había logrado controlarse. Y de vez en cuando lo dejaba por completo. Por suerte, sus nietos Joseph y Evelina no se han visto demasiado influidos por él y han salido de la mejor manera que se podía esperar. Su madre, por supuesto, es una asidua comulgante de esta parroquia. Y la Iglesia, en su gran misericordia, ha decidido enterrar a su padre. No, no soy yo quien ha de decir si Seraph Milk está abocado al infierno, pues no soy más que un siervo de Dios, Nuestro Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Seraph hablaba de las palomas, y por ello pido que sobre su alma descansa la más generosa bendición del Espíritu Santo, representado en la figura de una pura y blanca paloma. Pido esta bendición a pesar del deseo expreso de Seraph Milk de que «yo cerrara el pico sobre los paganos». A pesar de empinar el codo en secreto y de su claro desprecio por las leyes y dispensas de nuestra Santa Madre Iglesia, yo pido que en su misericordia Dios Nuestro Señor perdone los pecados y la depravación de Seraph Milk y le permita reunirse con su paciente esposa Junesse, que sin duda se ha ganado el cielo tras guiar ella misma dulcemente a Seraph.

Fue Clemence quien no pudo soportar un minuto más. Apartó las manos de Whitey y Mooshum y se acercó hasta el féretro. Abrió el ataúd y sacó el violín de donde lo habían depositado junto al cuerpo de Shamengwa. El padre Cassidy se calló mientras la mujer blandía el instrumento. Después, reparó en Seraph/Mooshum, que agitaba la mano desde la segunda fila, y relajó la mandíbula. Parecía que Clemence iba a golpear al cura con el violín, pero en lugar de eso entregó el instrumento a Geraldine, que se levantó y se volvió hacia los feligreses, dejando claro al petrificado padre Cassidy que ahora le tocaba hablar a ella.

—Hace unos meses, mi tío me dijo que, cuando muriese, debía darle este violín a Corwin Peace —explicó Geraldine a la concurrencia—, y por ello se lo ofrezco ahora. Ya le he preguntado si querrá tocar hoy para nosotros una de las piezas preferidas de Shamengwa.

Mooshum seguía agitando la mano con una sonrisa al padre Cassidy, quien retrocedió unos pasos tambaleantes hasta sentarse contra la pared de la nave a la vez que se enjugaba el sudor de la frente.

Corwin había permanecido sentado al fondo de la iglesia y se dirigía ahora hacia la parte delantera. Caminaba cabizbajo y con las manos en los bolsillos. Estaba sumamente triste. Me sorprendió su gesto compungido. Me incomodaba ver una exhibición de sentimientos tan directa en alguien que siempre había sido tan volátil. Pero pareció dominar sus emociones en cuanto levantó el violín y se puso a interpretar una melodía conocida por todos, una canción típica de nuestro pueblo que empezó suave y lentamente hasta estallar en una extraña virulencia, que nos aceleró el corazón y nos dejó sin aliento. Corwin tocó con pasión, si bien con cierta imprecisión, pero había la suficiente energía y prestancia del anciano en su música como para hacerle saltar las lágrimas a todo el mundo cuando acabó.

Y entonces nos asestó el golpe. En medio del sonido de los pañuelos de papel que enjugaban lágrimas o sonaban narices discretamente, Corwin se quedó de pie con el violín colgando en una mano junto a su cuerpo y miró a su maestro en el féretro. Junto al ataúd había un ornamentado comulgatorio. Corwin levantó el violín y lo estrelló contra la barandilla, una, dos y hasta tres veces para romperlo a conciencia. El padre Cassidy cerró los ojos con determinación mientras sus labios esbozaban una plegaria. Yo estaba en la primera fila y, sin saber cómo, me encontré al lado de Corwin. Había saltado de mi banco como si me hubiese preparado para ello. Agarré el brazo de Corwin mientras el muchacho depositaba con cuidado el violín otra vez en el ataúd junto a Shamengwa. Pero enseguida lo solté, pues comprendí que ya había terminado. Caminó hasta su banco al fondo de la iglesia. Mi atención se trasladó de Corwin al violín, porque observé que algo sobresalía del amasijo de madera: un pequeño rollo de papel. Saqué el papel. Era una hoja muy vieja, revestida de una caligrafía rotunda y antigua. Completamente impresionado, el padre Cassidy retomó

el oficio. La gente volvió a sentarse, todavía conmocionada por lo sucedido. Guardé el rollo de papel en el bolsillo de mi chaqueta y regresé a mi sitio. No es que me olvidara de leer la nota, pero ocurrieron tantas cosas inmediatamente después del funeral, entre el entierro ventoso y la cena con seis variedades diferentes de panes fritos en el salón del Knights of Columbus, que no tuve ni un momento para sentarme tranquilamente y concentrarme. No fue hasta la noche, cuando me encontré por fin en casa acomodado en mi sillón, con una potente lámpara encendida detrás y la luz alumbrando por encima de mi hombro, cuando pude leer al fin lo que el violín había estado ocultando todos esos años.

La carta

Yo, Henri Baptiste Parentheau, también conocido como Henri Peace, lego a mi hermano Lafayette este mensaje, que es la historia del violín que, en este día del Señor del 20 de agosto de 1888, envió por las aguas para que lo encuentre.

Una pequeña recapitulación para empezar: tras leer acerca de la misión de LaFontaine con los iroqueses, en la que el sacerdote consiguió evitar que le arrancaran el hígado ante sus propios ojos tocando una flauta con gran destreza, nuestro padre Jasprine pensó que sería una sabia idea aprender a tocar un instrumento antes de aventurarse en los páramos más allá de Lac du Bois. Por ello, partió con la música como protección. Había estudiado violín y se llevó consigo el noble instrumento, que tocaba menos que correctamente. A decir verdad, habría sido mejor que no impusiera sus escasas dotes musicales a los ojibwes. No obstante, como murió joven y dejó el violín a su monaguillo, mi padre, no debería hablar mal del buen Jasprine. En cambio, debería darle las gracias por los muchos momentos de dicha que este violín ha proporcionado a mi familia. Debería alegrarme por todas las horas felices que mi padre dedicó a afinar y después a tocar nuestro tesoro, nuestra maravilla, y por la devoción que más tarde mi hermano y yo le profesamos. Sin embargo, como las cosas acabaron tan dramáticamente entre mi hermano y yo por culpa del instrumento, ahora desearía que jamás hubiese aparecido ante nosotros, no haberlo conocido nunca, no haber tocado su música ni comprendido su voz. Pues cuando mi padre murió, nos legó el violín a mi hermano Lafayette y a mí, con una cláusula que estipulaba que, en el caso de que fuéramos incapaces de acordar quién de los dos se lo quedaría, habríamos de competir por él, como verdaderos hijos de las grandes aguas, en una carrera de canoas.

Cuando mi hermano y yo oímos esta estipulación, no dijimos nada. No había nada que decir, pues al igual que era cierto que nos queríamos mucho, ambos deseábamos ese violín. Los dos habíamos dedicado años a tocarlo, habíamos susurrado nuestro desaliento a su corazón y nos habíamos apropiado de su gozo. Ese violín había aliviado nuestras horas más difíciles y había seducido a nuestras esposas. Pero ya nos habíamos cansado de compartirlo. Y si había de pertenecer a uno de los dos

hermanos, yo decidí que sería mío.

Dos noches antes de que sacáramos al agua nuestras canoas, diseñé un plan que no podía fallar. Cuando la luna se ocultó detrás de unas nubes y el mundo se tornó sombrío, me acerqué a la ribera con un recipiente de hojalata lleno de brea caliente. Había decidido interferir en el equilibrio de Lafayette. Nuestras canoas habían sido construidas con tanto esmero que los lados de la embarcación eran iguales centímetro a centímetro. Al espesar las juntas de un lateral con una gruesa capa de brea, desequilibraría las remadas de mi hermano, al menos lo suficiente como para darme cierta ventaja —de eso estaba seguro.

El lago es una gran extensión de agua salpicada de islas. Sobre él rondan pájaros que lanzan sarcásticos o tristes graznidos humanos. Es fácil perder de vista a los demás y el sonido viaja, distorsionado, rebotando en los acantilados. Hay cuevas que albergan el espíritu de niños pequeños, esqueletos voladores, húmedas ciénagas y sombríos cambios de tiempo. Lo amamos y conocemos sus secretos, al menos una parte de ellos. No todos. Y no el secreto que yo mismo desencadené.

Habíamos de zarpar de la ribera norte y cruzar el lago hasta la orilla sur, donde nuestros tíos habían encendido unas hogueras y llevado el violín, envuelto en una tela roja dentro de su elegante estuche. Partimos juntos, entre bromas, ¿recuerdas, Lafayette, cómo remábamos a través de los dos estrechos, riéndonos mientras exagerábamos nuestro esfuerzo, y yo comenté, sintiendo cierto remordimiento por lo que había hecho con la brea, que tal vez deberíamos compartir el maldito instrumento después de todo?

Te reíste y respondiste que nuestros tíos, que nos esperaban al otro lado, se sentirían muy defraudados y que, cuando ganaras la competición, las cosas volverían a ser como antes, con la diferencia de que ya todos sabrían que Lafayette era el remador más veloz. Después, viraste bruscamente detrás de una roca plana y tomaste lo que debiste de considerar tu atajo secreto. Mientras remaba, tuve que detenerme en varias ocasiones para achicar agua. Al principio pensé que había provocado una pequeña fisura en el casco, pero después lo entendí. Mientras yo aplicaba una capa adicional de brea a tu canoa, tú agujereabas el fondo de la mía. No corría en realidad ningún peligro, y cuando el viento cambió de repente y se levantó la tormenta, sin truenos ni relámpagos, sólo una tromba de lluvia gélida, me eché a reír y te di las gracias. Pues el agua que entraba ayudaba a estabilizar la embarcación. La línea de flotación fue bajando y pude mantener el rumbo. En cambio tú te fuiste a pique: era mucho peor desequilibrarse. Debiste de volcar.

*Las hogueras se apagan y no quedan más que brasas en la orilla sur. Me envuelvo en las mantas, pero no duermo. Estoy vigilando. Al principio, cuando se espera a alguien, cualquier sombra se convierte en su llegada. Después, las sombras se transforman en la sustancia misma del terror. Salimos a buscarte, gritamos tu*

*nombre hasta que nuestras voces se desgastaron y no fueron más que susurros. No hubo respuesta. En el sueño de un anciano todo gira en la otra dirección, en el sentido opuesto al sol, en el sentido contrario a las agujas del reloj, lo que significa que el sueño proviene del mundo de los espíritus. Y entonces te ve, ahí, en su sueño, caminando también en la dirección equivocada.*

*Los tíos han regresado a sus cabañas, a la caza, a los arrozales, a sus hijos y esposas. Me he quedado solo en la orilla. Cuando cae la noche, canto por ti. Cuando amanece, grito a las aguas. Me responden unas gaviotas blancas. A medida que pasa el tiempo, empiezo a aceptar lo que he hecho. Empiezo a conocer la verdad de las cosas.*

*Me han dejado el violín. Todas las noches toco para ti, hermano, y cuando ya no pueda tocar más, amarraré el violín a la canoa y te lo enviaré, para que te encuentre allá donde estés. No tendré que agujerear el fondo para que viaje por el lecho del río. Tus agujeros bastarán para hundirla, hermano, como mi ardid bastó para hundirte a ti.*

Aquí se hallaba al menos una respuesta parcial a la pregunta que se hacía mi abuelo acerca de lo que había sido de los hermanos Henri y Lafayette Peace, que un día le habían prometido enterrarle y en cambio le habían proporcionado carne y colgado un crucifijo al cuello. Más que eso: la canoa no se había hundido en el fondo del lago, eso era una realidad. Tampoco se extravió. Eso era otra realidad. Lo que era seguro es que la canoa y su violín habían encontrado a un Peace después de todo mediante la persona y la acción de Shamengwa. Ese violín había buscado a Corwin durante mucho tiempo. No me cabía la menor duda. Pero lo que no podía quitarme de la cabeza, lo que me despertaba por las noches, después de haberla leído, era la fecha de la carta: el año 1888. El violín había llamado a Shamengwa y le había atraído hasta el lago en un sueño casi veinte años más tarde.

—¿Qué te parece eso? —comenté a Geraldine—. ¿Puedes explicar algo así?

Me miró muy fijamente.

—No sabemos nada —respondió.

Me casé con ella. Acogimos a Corwin. El violín descansa bajo tierra, mientras el muchacho al que también salvó toca ahora por dinero en un grupo itinerante y prospera aquí en la faz de la tierra. Yo hago mi trabajo. Lo hago lo mejor que puedo para no equivocarme en mis pequeñas decisiones, e intento no ahondar en las grandes cuestiones, las reflexiones más profundas. Pues estoy condenado a vigilar esta diminuta parcela de tierra, a juzgar sus miserias y contar sus historias. Eso es lo que soy. *Mii'sago iw.*

**Evelina**

## El jardín de reptiles

En el otoño de 1972, mis padres me llevaron en coche hasta la universidad. Todo cuanto podía necesitar estaba empaquetado en un flamante baúl de aluminio azul marino: una colcha de ganchillo hecha de retazos multicolores que mi madre había tejido para mi cama, cien dólares del 4-B's en ropa nueva, mi manual de francés Berlitz, las *Meditaciones* de Marco Aurelio (un ejemplar de bolsillo que me había regalado el juez Coutts), un marco con una foto, y una pequeña tabaquera de cuero con cuentas que había pertenecido a Mooshum desde que yo recuerdo y que me entregó como si tal cosa, de la manera en que los ancianos suelen hacer regalos. De mi padre recibí una pila de sobres con su nombre y dirección, conteniendo cada uno un billete nuevo de un dólar. Había pegado sellos especiales en cada sobre para que se les aplicara un matasellos, algunos para sellar en un día concreto.

Las estudiantes de primer año se instalaban en sus dormitorios con la ayuda de sus padres. Vi cajas y cajas de libros de bolsillo y equipos de música. Álbumes de Bob Dylan y guitarras acústicas de madera dorada y barnizada. Colchas de ganchillo hechas a mano, ninguna tan llamativa como la mía. Pósters de Janis Joplin. Pósters de David Bowie. Láminas con llamativas manchas, pelotas de malabares y ositos de peluche. Pero mientras subíamos el baúl hasta la segunda planta, me invadió el pánico. A pesar de mi obstinación por viajar a París, siempre me había aterrorizado la perspectiva de marcharme de casa, aunque fuese sólo para ir hasta Grand Forks, y en el fondo mis padres tampoco lo deseaban. Pero tenía que hacerlo, y ahí estaba yo. Bajamos las escaleras. Me sentía demasiado infeliz para llorar y no recuerdo nuestro abrazo de despedida, pero observé a mis padres junto al coche. Se despidieron con un último gesto de la mano, y ese momento se ha plasmado en una imagen muy nítida. Puedo visualizarla, como si de una fotografía se tratara.

Mi padre, tan delgado y atlético, parecía casi frágil de la emoción, mientras que mi madre, cuya belleza aún era palmaria y que era conocida en la reserva por su silencio y discreción, había dejado a un lado su habitual sobriedad. Su rostro desnudo, al igual que el de mi padre, rebosaba amor. No era algo de lo que habláramos —el amor—, y me aterrorizaba su manifestación en los labios de mis padres. Pero me dejaron que lo contemplase esa única y clara vez. Su amor resplandecía. Y entonces se marcharon. Ahora creo que todo cuanto se resumía en esa mirada —sus cuidados para criarme bien, sus pacientes lecciones en cada asignatura que sabían enseñar, sus sobrecogedores esfuerzos por darme libertades, su ejemplo de fortaleza y determinación en el trabajo— permitió que sobreviviera.

El baúl quedó vacío enseguida y la habitación apenas se llenó. Había enmarcado una fotografía de Mooshum vestido con el traje tradicional. Sujetaba un hacha de guerra en una mano; no obstante, sonreía amistosamente, mostrando unos dientes blancos y relucientes. Su penacho consistía en una cresta con dos plumas de águila que coronaban unos muelles de bolígrafo atados a unos mosquetones giratorios. Inclina la cabeza en un gesto desenfadado. Portaba un pequeño espejo con forma de corazón en medio de la frente que, supuestamente, servía para atrapar el corazón de las mujeres entre la multitud. También había traído una fotografía de mi tío abuelo: un retrato sencillo en blanco y negro donde sujetaba el violín. Con mis libros sobre el pecho, me arrojé con la colcha de ganchillo. Primero observé a Mooshum, después a Shamengwa y por fin miré por la ventana. Creo que fue entonces cuando comprendí que pasaría la mayor parte del primer semestre en aquel lugar.

Las chicas blancas que conocía escuchaban a Joni Mitchell, se dejaban el pelo largo, fumaban con ansiedad, fruncían el ceño sobre sus cuadernos de poesía y parecían tener relaciones sexuales con total desinhibición. Las otras chicas, dakotas, chippewas y mestizas como yo, escaseábamos en el campus. Las mujeres indias que yo conocía eran tímidas y muy estudiosas, aunque un par de ellas se pavoneaban por ahí con arrogancia, vestidas con camisetas con flecos, del brazo de unos novios que parecían pertenecer al Movimiento Indio Americano. No encajaba con nadie. Éramos indios de clase media de la Oficina de Asuntos Indios, y yo quería ir a París. Echaba de menos a mis padres y a mis tíos y tenía miedo de que Mooshum muriese mientras yo estaba fuera.

Mi compañera de habitación era una rubia rechoncha de Wishek, tan empeñada en hacerse enfermera que ensayaba conmigo: me traía vasos de agua o, cuando me dolía la cabeza, aspirinas. Yo dejaba que me tomara la tensión y la temperatura, pero no permitía que ensayara con mi cuerpo poniendo inyecciones. Pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca. Me escondía ahí y leía en la sección de poesía. Mis autores favoritos eran todos poetas malditos, desde Rimbaud a Plath. Era la época de la autodestrucción romántica. Me atraían especialmente aquellos que habían muerto jóvenes, perdido la razón, desaparecido y viajado a París. Sólo una superviviente de las experiencias límite me interesó y se convirtió en mi musa, mi modelo, mi todo: Anaïs Nin. Vivía ensimismada en contacto con mi alma gemela. Leí todo lo que había de y sobre ella en la biblioteca, una y otra vez; pero cuando llegó el verano, la necesitaba más que nunca. Tuve que llevármela conmigo para que estuviera a mi lado mientras trabajaba en el 4-B's, mientras tendía la colada de la familia o montaba el viejo caballo pinto de Geraldine con Joseph. Anaïs. Compré todos sus diarios, el estuche completo. Una enorme inversión. Era difícil de explicar: era una mujer impulsada por el arte, recatada y a la vez tan audaz... ¡Y aquellos ojos anegados! Sobreviví al verano. Cuando regresé en otoño para vivir fuera del campus en una



granja preciosa y medio en ruinas, estaba impregnada de los vapores de mi propio delirio.

Al igual que Anaïs, analizaba cada pensamiento; cualquier nimiedad visual se volvía trascendental y el más leve de mis deseos se convertía en un anhelo voraz. Llevaba a Anaïs conmigo a todas horas, aunque la diferencia que presentaban nuestras vidas me sometía a mucha tensión. Anaïs había dispuesto de sirvientes para hacerle de comer y limpiar a su paso. Incluso sus depravados amantes le recogían la ropa del suelo; sus cenas estaban rodeadas de peligros sociales y sobresaltos, pero después no tenía que fregar los platos. Aun así, yo también llevé unos completos y cuidados diarios. Cada cuaderno tenía un título copiado de una anotación del diario de Anaïs. El diario de ese otoño se titulaba «Florecer en el vacío».

Al igual que habría hecho Anaïs, escribí largas cartas a Joseph. Él me respondía con breves notas. Corwin me llevaba a la universidad en coche mientras yo leía fragmentos de sus diarios en voz alta durante todo el trayecto. A él sólo le gustaban cuando mantenía relaciones sexuales; si no, decía que estaba «mal de la cabeza». Corwin venía a verme de vez en cuando. Nuestro amorío del instituto se había convertido en una broma entre los dos, y todos le habíamos perdonado el robo del violín después del funeral. Era un camello y vendía droga a mi amigos.

Me había mudado a una casa compartida con un montón de poetas de la zona y hippies, y todos eran sucios. Yo también intenté serlo, pero mis criterios de higiene me impedían sumarme al espíritu de esos tiempos. Había aprendido de mi madre a ordenar mis cosas, fregar los platos y lavar la ropa blanca. La desvencijada casa de listones de madera en que vivíamos tenía un único cuarto de baño. Periódicamente, puesto que nadie más lo hacía, sucumbía y lo limpiaba. Tener que hacerlo me llevó a odiar a mis amigos y a guardarles rencor cada vez que veía cómo la mugre volvía a acumularse una y otra vez; pero no podía evitarlo. Mi hartazgo siempre superaba mi ira.

Un día a finales de ese otoño, pasada ya la medianoche, me dio uno de esos ataques que me arrastraban a limpiar el cuarto de baño. Me armé de un cubo, un cepillo de fregar y un paquete de algo que olía muy fuerte llamado Soilax. Rompí una vieja toalla en cuatro. Eché agua en la bañera, el retrete y el lavabo. A continuación esparcí los polvos Soilax uniformemente por cada superficie. Miré a mi alrededor y me acordé de la espátula que había escondido en el armario bajero. La saqué, así como una bolsa de plástico, y entonces me puse a rascar los oscuros pegotes de grasa, pelos, jabón, suciedad, rastros petrificados de dentífrico, mierda y mugre corriente.

Me llevó un par de horas limpiarlo todo, y cuando acabé, la luz que caía sobre mí parecía más intensa, porque había vaciado el aplique lleno de moscas muertas. Y cuando la luz brotó del cuenco impoluto, se me ocurrieron unos versos.

Mi cerebro es como un aplique lleno de moscas muertas.

¡Cuánto ansío que mis pensamientos brillen con claridad!

Desplegad vuestras alas arrugadas, estudiantes y profesores de la Universidad de Dakota del Norte,

¡dejad que vuestros cuerpos vuelen como la tierra por las praderas!

Anoté rápidamente los versos en el cuaderno, que siempre llevaba en el bolsillo lateral de mis vaqueros. «Florecer en el vacío» estaba casi lleno. Quería darme un baño caliente para quitarme el olor a desinfectante, pero la limpieza del esmalte desconchado daba un aspecto aún más sucio a la bañera, e impropio además, como si hubiera alterado un ecosistema. De modo que me di una ducha rápida y bajé a la planta baja, donde se celebraba como de costumbre una fiesta. Esta vez se trataba de una fiesta de bienvenida a un poeta que había regresado andando desde la frontera con Canadá ese mismo día, pasando a la clandestinidad, como no cesaba de repetir. También iba a darse una ducha en mi cuarto de baño limpio. Me merecía una copa de vino. Recuerdo que era barato y de un color muy rosado, y cuando ya me había tomado media copa, Corwin sacó un pedazo de papel de un sobre blanco y lo partió en cuadraditos muy pequeños, de los cuales puse uno en mi boca.

Anaïs lo había probado todo: ¡ella habría probado aquello!

—¡Bailaor español! —grité a Corwin. Era mi primo tercero o cuarto. Ella se había enamorado de su primo—. Eduardo —dije a Corwin, y le besé.

Recordé todo esto mucho más tarde, pues, debido al vino, no era consciente de que me había tomado un ácido, incluso después de que desplegara sobre mí todos sus efectos: la espantosa distorsión de las caras de mis amigos, los muros y pasillos de sonido, las instrucciones susurradas por los objetos, un miedo paralizante que me dejó sin habla y sin poder comunicarme en absoluto. Me encerré en mi habitación, y pronto descubrí que era un jardín para la herpetofauna local y algunos animales exóticos como la cobra de capuchón, que se colaban todos por debajo del rodapié y, ocasionalmente, aparecían entre los apliques luminosos. Me quedé en la habitación durante dos días, sin dormir, observando serpientes jarreteras de flanco rojo, ranas de coro y algún que otro sapo de la gran planicie. Me entraron ataques de pánico, y no sabía quién era ni recordaba qué me había llevado al estado en que me encontraba. Mi reclusión y el caos eran tan habituales en la casa que nadie reparó en mi ausencia.

Al tercer día sólo apareció una salamandra tigre, una *Ambystoma tigrinum*. Fue reconfortante, una vieja amiga. Empecé a notar una conexión fiable entre un momento y el siguiente, y comencé a sentir con cierta seguridad que vivía en un cuerpo y una conciencia. El pánico disminuyó hasta convertirse en un pavor más leve. Comí y bebí. Al cuarto día, dormí. Sollocé sin cesar durante el quinto y el sexto día. Y así, progresivamente, volví a ser la persona que había sido. Pero no era la misma. Había descubierto lo delgada que era la línea por la que caminaba. Había perdido lo que daba consistencia a mis sensaciones, había perdido el juicio y la confianza en mi propio control sobre mi salud mental. Me había asustado a mí

misma, y por ello resultaba tanto más reconfortante volver a los diarios. Anaïs tenía una conciencia tan profunda de sus estados más íntimos... Sabía describir a la perfección los efectos que el mundo producía en ella: la hora del día, el color del cielo o el clima, todo afectaba a su estado de ánimo. Empecé a temblar al leer algunas de sus acotaciones, tan detalladas. Necesitaba que alguien pusiera atención en el mundo que yo casi había dejado atrás.

«Todo. La casa me hechiza. Las lámparas están encendidas. Las fantásticas sombras que las luces de colores proyectan sobre las paredes lacadas...»

Ése era su dormitorio en septiembre de 1929.

No había reptiles para Anaïs. Mi propio terror regresaba una y otra vez. Era como si en aquellos espantosos días hubiera encendido conexiones interiores y ahora el miedo circulara dentro de mí. Estados de pánico. Conmociones temporales. Aunque sólo me sobresaltara ligeramente, no dejaba de temblar. Terroríficas aunque breves escisiones con la realidad. Sueños despiertos tan vívidos que me producían náuseas. Conseguí funcionar. Como de cualquier manera yo era una persona muy callada, oculté estas dislocaciones mentales. Sin embargo, había decidido que ya no pertenecía de ninguna manera a la descuidada cloaca del mundo. Pertenecía a... Anaïs. En el campus, observaba las filas de estudiantes bien alimentados, sanos, estables, con el cabello lustroso y cinturones de cuero, que desfilaban ante mí. ¡Nunca sería uno de ellos! Por el contrario, puesto que no sabía bailar —además, ¿qué era el baile español?— y tampoco podía viajar a París de momento, decidí que viviría y trabajaría en un hospital psiquiátrico.

Pedí a mi profesor de Psicología I (el módulo llevaba el sobrenombre de «Chiflados y zorras») que me ayudara a encontrar trabajo sólo para un trimestre. Me contrataron como auxiliar de psiquiatría. Ese invierno preparé una maleta y cogí un autobús Greyhound con la calefacción demasiado fuerte hasta el hospital psiquiátrico del Estado, donde caminé con cierta dificultad a través de cegadoras corrientes de aire gélido hasta llegar a una pequeña habitación en la residencia del personal.

Warren

Mi dormitorio era un cuarto pequeño con las paredes de color rosa oscuro. Anoté en mi diario: «Las cubriré con pañuelos». Tenía una cama individual con una colcha estampada de estilo oriental. El exuberante paisaje mostraba una pagoda, pequeños y arremolinados riachuelos y encorvados sauces. Me gustaba. Había un espejo, una pulida cómoda de color rojizo, un pequeño frigorífico sobre una mesa de madera y una silla con respaldo recto de color azul. ¡Azul! Mi musa secundaria, el color azul. Quité el frigorífico de la mesa y convertí ésta en un escritorio. Guardé todas mis pertenencias, mis faldas largas y el jersey turquesa tejido a mano que me ponía constantemente. No había conocido aún a las demás auxiliares. Había alguien en la habitación contigua. Las paredes eran delgadas y podía oír sus movimientos sordos

por la habitación silenciosa y el frufrú de su ropa en el armario. Teníamos normas estrictas respecto al ruido y la música, porque el personal de noche dormía durante el día. Mi turno empezaba a las seis de la mañana. Me di una ducha al final del pasillo y me sequé el pelo. Extendí mi uniforme sobre la silla: una pesada bata blanca de viscosa con grandes bolsillos, los pantis y los zapatos de enfermera de suela gruesa que había comprado en JC Penney.

Como de costumbre, desperté justo a tiempo para apagar el despertador antes de que sonara. Puse agua a hervir en mi pequeño cazo verde y me preparé una taza de café instantáneo. El cielo mostraba un color índigo previo al amanecer. Me enfundé en un abrigo largo y negro que había comprado en la tienda de Goodwill; un abrigo con una tira de pelo rizado, como de perro, en el cuello y los puños. Estaba forrado de raso y tal vez también de lana, pues pesaba como una armadura. El aire me picaba en la nariz, mi piel se tensaba y un intenso dolor de temperatura bajo cero me golpeaba la frente.

Crucé el césped escarchado hasta la sala del hospital y me senté en la oficina iluminada. La enfermera que empezaba su turno se presentó como la señora L., porque, según me explicó, su nombre real era polaco y demasiado largo e impronunciable. Era una mujer alta y corpulenta, y ya tenía aspecto de estar cansada. Llevaba una holgada chaqueta de punto de color canela encima del uniforme y una toca de enfermera sujeta con horquillas a su suave y esponjoso cabello rubio cobrizo. Bebía una taza de café y comía un donut de azúcar de una bolsa de papel parafinado.

—¿Quieres un poco?

Habló con voz monótona. Se volvió hacia otra de las auxiliares que empezaba su turno y le comentó que había pasado mala noche. Su hijo estaba enfermo. Se conocían todas y la conversación iba y venía durante unos minutos.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Podéis darme algo que hacer? —pregunté con una voz demasiado alegre y nerviosa.

—¿Habéis oído eso? —se rió la señora L.—. No te preocupes, hay trabajo de sobra. Todavía no se ha levantado ningún paciente.

—Salvo Warren —puntualizó la enfermera que acababa su turno—. Warren siempre está despierto.

Salí del despacho al pasillo, que daba a una amplia sala cuadrangular pavimentada con losetas de linóleo rosa y negro. Las paredes tenían un extraño color gris lavanda, con el propósito tal vez de ser tranquilizantes. Las ventanas sin cortinas eran rectángulos de cielo azul eléctrico que se convertía en luz del día normal a medida que los pacientes se levantaban y paseaban lentamente, enfundados en sus batas rayadas de algodón, por otro pasillo que conducía a la gran sala de la izquierda. Al principio, todo el mundo parecía igual, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos. La señora L. repartía la medicación en pequeños vasos desechables y me dijo señalando

con el dedo:

—Ve a ver a Warren y asegúrate de que se toma la medicación.

Me acerque por tanto a Warren, el búho noctámbulo, un hombre entrado en años —pero no realmente viejo—, con brazos largos y el cuerpo atlético y curtido de un granjero que ha trabajado tan duro que vivirá para siempre, o al menos más allá del alcance de su mente. Ahora tenía un bronceado permanente con la piel curtida en la mitad inferior de su rostro y las manos. Mostraba la marca de una «V» en el cuello, fruto de toda una vida llevando las camisas abiertas. Sus piernas, estómago, torso y la parte superior de sus brazos lucían sin duda un blanco lechoso. Ya estaba vestido muy pulcramente: siempre se vestía y se afeitaba solo. Llevaba unos pantalones limpios de color marrón y una camisa de cuadros desgastada pero bien planchada. Empezó a andar. Se tragó las pastillas sin detenerse. Caminó y caminó. Era de Pluto y seguramente pariente de Marn Wolde, pero ella nunca me lo había mencionado. Observé mucho a Warren ese primer día, porque me parecía imposible que pudiera mantener ese ritmo, pero apenas se detenía para darse un respiro, alimentarse en los momentos previstos antes de continuar su vaivén por los pasillos, cruzar de un lado a otro la sala común y entrar y salir de cada habitación. Saludaba con la cabeza a todas las personas con las que se cruzaba y les decía: «Me los cargaré a todos». Y los otros pacientes le respondían: «Cállate». El personal no parecía enterarse.

El horario del primer día se convirtió en fijo. Me despertaba temprano para anotar mis sueños y sensaciones, luego me vestía y guardaba un bolígrafo y una libreta en el bolsillo, además de un librito que había encargado: un diccionario de francés en miniatura de plástico azul. No lo había dejado. Apuntaba todo, anotándolo rápidamente en los aseos durante las pausas que teníamos para ir al baño. A la hora del desayuno, recorría los túneles humeantes hasta el comedor. Mi trabajo de escolta consistía en comprobar que nadie se escondiera en los túneles ni se perdiera. Comía con los pacientes, hacía cola con la bandeja y esperaba a ver qué aterrizaba en ella. Gachas, una tostada fría, una porción de mantequilla, un cartón de leche, zumo si llegaba lo suficientemente pronto, y café. Siempre había café, un brebaje ácido y negro, inagotable, servido en esterilizadas tazas de plástico de varios colores de la marca Melmac. Me comía todo lo que me servían, fuese lo que fuese, hambrienta e indiferente. Hacía lo mismo al mediodía. Puré de nabos y macarrones a la boloñesa. Con otra ración de pan y otra de mantequilla. Empecé a pensar en la comida todo el día: ocupaba todos mis pensamientos. Los alimentos empezaron a llenar demasiadas páginas de mi diario. No había nada nuevo que decir al respecto en inglés, de modo que me puse a describir la comida en francés. Muy pronto, no hubo nada nuevo que comentar en ninguno de los dos idiomas.

Me destinaron a un pabellón abierto. Los pacientes podían firmar su propia

autorización para salir si querían dar un paseo por los gélidos jardines. Siempre y cuando no se saltaran el toque de queda, podían ir adonde quisieran. También debía sentarme a menudo con ellos. En teoría, formaba parte de mi trabajo escucharles, sacarles de su mundo y propiciar una conversación que les ofreciese un telón de fondo de realidad, así como decirles cuándo se habían trasladado al mundo de la fantasía.

Warren hablaba a veces de la guerra, pero una de las enfermeras me contó que no era un ex combatiente. «Estaba pasando revista a las tropas. Marcharon delante de mí y me miraron al pasar. Me volví hacia el general Eisenhower y le dije: “Mentalmente, usted no es un buen presidente”. Su ayudante se volvió y me miró. Vestía de civil...» Etcétera, etcétera. Sus monólogos siempre terminaban igual: «Me los cargaré a todos». Siempre lo mismo. Yo quería corregir su bucle mental; en cambio caminaba a su lado. El hombre intentó darme dinero: unos billetes de un dólar doblados de forma curiosa. Dábamos un par de vueltas por los pasillos, siempre a la misma hora. Ya me sabía las rutinas de todo el mundo. Conocía los delirios de todos los pacientes, los lugares que sus memorias habían borrado y aquellos donde los sonidos se repetían.

En la cafetería donde se servían tentempiés a los pacientes, Lucille estaba comiendo maicena a cucharadas de un paquete.

—Hay que guardar eso —le dije. Mi voz estaba cambiando, se había vuelto más musical, indulgente y persuasiva, como la del resto del personal. No soportaba oírme a mí misma.

—Comía esto cuando estaba embarazada —respondió Lucille—. ¿Sabías que me inseminaron artificialmente nueve veces?

—Por favor, Lucille, dame esa cuchara.

—Entregué a los nueve niños en adopción, uno tras otro, pero a ellos no les gustó. ¿Sabes lo que hicieron?

—No arrojaron arañas debajo de tu puerta. Eso te lo has imaginado. Así que no lo digas y dame la cuchara.

—Arrojaron arañas debajo de mi puerta.

—¡Oye!

Le quité la cuchara y la caja de las manos. En un rápido y único movimiento me hice con ellas.

—Nadie arrojó arañas debajo de tu puerta.

—Mis hijos sí —insistió Lucille con terquedad—. Mis hijos me odiaban.

Apareció Warren. Ahora tenía un aspecto más desaliñado, sin afeitarse, con la camisa mal abrochada y la cremallera de los pantalones bajada. Llevaba el pelo revuelto, con greñas por todas partes. Pero durante aproximadamente cinco minutos mantuvimos una conversación perfectamente normal. Después, mencionó al general Eisenhower y desapareció. Me marché, llevándome el paquete de maicena.

Nonette

La señora L. procedía a la admisión de una nueva paciente: una mujer joven que me daba la espalda. Me detuve en el umbral de la puerta de la oficina. Había algo en esa joven, lo percibí enseguida. Desprendía calor. Llevaba un vestido negro. Tenía los ojos de un color azul furioso y sus labios eran muy rojos. Su piel parecía pálida y brillante, como si tuviera fiebre. Su cabello rubio, quizá teñido, se veía grasiento y apagado. Se volvió en la silla y sonrió. Era más o menos de mi edad. Tenía los dientes separados por unos pequeños espacios, lo que le daba un aspecto depredador. Entregué el paquete de maicena a la señora L., que lo dejó distraídamente en el alféizar.

—Ella es Nonette —dijo.

—¿Es francés? —pregunté. Eso era. Parecía francesa.

La nueva paciente no respondió. En cambio, me observó detenidamente y su sonrisa se transformó en una falsa mirada maliciosa.

La señora L. frunció los labios y relleno los impresos de ingreso.

—Nonette puede alojarse en la veinte. Aquí tienes la llave para la ropa de cama. ¿Por qué no la ayudas a instalarse?

—Ve a por mis cosas —ordenó Nonette.

—Evelina no es un botones —le aclaró la señora L.

—No pasa nada.

Arrastré una de las maletas de Nonette por el pasillo. Sonreía de una manera un poco solapada y soltó la otra maleta en cuanto estuvimos fuera del alcance de la señora L. Esperó mientras la llevaba hasta su habitación y me observó mientras sacaba del armario donde se guardaba la ropa de cama unas sábanas, una funda de almohada, una gruesa manta y una fina colcha de algodón con cuadrados en relieve. Su habitación era una de las más bonitas, con sólo dos compañeras más. Tenía un mobiliario de madera empotrado, no un endeble tocador metálico, y la cama era sólida. Incluso conservaba sus cuatro ruedecillas.

—Joder —exclamó Nonette.

—No está nada mal.

—Eres una guarra.

—Y tú un *bidet*.

En la tienda del Ejército de Salvación, había comprado una edición de 1924 de un diccionario francés titulado *Nouveau Petit Larousse Illustré*. Había llegado hasta la letra «B». La página con la palabra *bidet* también mostraba bonitas y diminutas ilustraciones de un *biberon*, una *biche*, una *bicyclette* y un *bidon*.

Nonette torció la boca con gesto de desprecio. Me marché. Al día siguiente, sin embargo, se mostró extremadamente simpática conmigo. Cuando entré en la sala, enseguida me cogió la mano, como si la víspera hubiéramos dejado a medias una

maravillosa conversación, y me arrastró hasta la galería acristalada, donde hacía un intenso frío y adonde acudían los pacientes para hablar en privado. Me senté al lado de Nonette en una silla de jardín de aluminio. Me había puesto un jersey. Ella llevaba una fina camisa de algodón, con botones en el cuello: una camisa de hombre con una corbata y unos pantalones chinos de hombre. Calzaba unos femeninos zapatos de tacón bajo. Llevaba el cabello peinado hacia atrás, alisado con agua o gomina Vitales. Era una extraña mezcla de elementos: parecía deprimida, pero también —eso era innegable— era *chic*. Se había pintado una raya negra en los ojos y su rostro resultaba más bonito y armonioso bajo la tenue luz.

No fumaba.

—Es un hábito espantoso —comentó cuando encendí un cigarrillo.

Yo fumaba cigarrillos bajos en nicotina y alquitrán porque en el hospital fumaba demasiado, constantemente, como todos, y mi pecho se resentía.

—Debería dejarlo —dije, y apagué el cigarrillo—. ¿De qué quieres hablar?

—Quería hablar con alguien de mi edad, no con esos gilipollas, loqueros o lo que sean. Además no eres nada fea. Eso ayuda. Quería hablar de lo que me preocupa. He venido para curarme, ¿no? Así que quiero hablar de lo realmente enferma que estoy. Ya he hablado de ello, lo sé, pero en verdad no he contado nada. O si lo he hecho, pues tampoco ha pasado nada después. Por eso quiero hablar de ello.

Hizo una pausa y se inclinó sobre mí. Al hacerlo, su semblante se afiló, sus cejas se abrieron hacia las sienes y su boca se hizo más profunda.

—Si pudiese volver a nacer —empezó—, nacería neutra. No mujer u hombre, no me refiero a eso. No tendría apetito sexual. No me importaría, ni lo necesitaría ni nada. No es más que un problema, cosas que se hacen por las que te odias después. Como por ejemplo cuando tenía nueve años, cuando tuve mi primera experiencia sexual. Fue con un pariente, un primo o algo así, que pasaba el verano con nosotros.

—¿Dónde? —pregunté.

—No en la estúpida Francia —contestó—. En fin, entra en mi habitación sin llamar y se arrodilla junto a mi cama. Me destapa y empieza a chuparme con la boca. Y yo, al principio, no sé, es como si me avergonzara de ello. Puedo comprar un cerrojo para la puerta; puedo denunciarle. Pero no lo hago, porque en el fondo lo deseo. Se desnuda. Me enseña a hacerle una paja. Y después me lo vuelve a hacer... Soy una niña, ¿no? Ni siquiera sé lavarme bien. La siguiente vez trae una toallita y me limpia primero. Es siempre el mismo ritual. ¿Dónde están mi madre y mi padre? Duermen al final del pasillo, en la planta baja y con el ventilador encendido. ¡Y mi primo es un puto *boy scout*! ¿Acaso iba buscando una maldita insignia al mérito? En fin, vuelve a su casa. Pasan cosas. Creo que ya me siento diferente, soy diferente. Hay un olor en mí, a sexo, que nadie más tiene en mi clase. Miro a los chicos mayores. Sé lo que se avecina. Lo voy buscando... Mírate... —interrumpió de



repente—. Estás como fascinada...

Miró por la ventana hacia los jardines cubiertos de nieve.

—No soy francesa —dijo despacio—. Estoy jodida. Estoy en un psiquiátrico. Creo que quiero una operación de cambio de sexo. Quiero ser un hombre para no tener que aguantar toda esta mierda.

—Yo no te doy mierda.

Su boca esbozó una sonrisa burlona.

—Anda, mírala, intenta hacerse la dura. Tú no eres dura. Eres... eres una estudiante universitaria, ¿verdad? A quién coño le importa. Yo también soy universitaria. Tengo un doctorado en pollas duras. Soy un hombre que finge ser una mujer. ¿Quieres una prueba de ello? —su semblante se cerró, aburrido—. Es una broma. Lárgate ya.

—Lo siento —le dije—. Realmente eres muy guapa.

Ahora ya no quería decirme nada, ni siquiera mirarme.

—Eres india o algo así, ¿no? —masculló—. Eso mola.

Volví a la sala común y jugué al *gin rummy* con Warren, que no podía concentrarse. Sospechaba que no se estaba tomando toda la medicación, pero si había descubierto un modo de ocultarla, entonces es que era muy hábil. Lo vigilábamos todas las mañanas. Parecía tragarse las pastillas. Su boca terminaba vacía.

A la mañana siguiente, había un agente de policía en la oficina, tomándose una taza de café con la señora L. Acababa de traer de vuelta a Warren. En cuanto terminamos la partida de cartas, Warren se escapó, atravesando los campos, hasta una estrecha carretera que se dirigía al oeste, y treinta y cinco kilómetros más tarde fue detenido cuando intentaba arrastrarse dentro del patio de una granja. Se había caído y le sangraba un lado de la cabeza. Ahora estaba sedado y dormía; no se levantó hasta última hora de la tarde. Salió y se sentó en la sala de estar con media cabeza hinchada y vendada. Me senté a su lado.

—He oído que has tenido un mal día.

Esas palabras me salieron sin pensar. Sin embargo, sentía curiosidad. Tal vez fuese cruel ser tan curiosa. Le pregunté por esas voces que oía y si eran muy severas con él.

Se enderezó y se encogió de hombros. Llevaba una camisa amarilla diferente, casi nueva. Se llevó la mano a la cara suavemente, explorando con los dedos. Después metió la mano en el bolsillo y sacó uno de sus doblados billetes de dólar. Intentó dármelo.

—No —repuse, mientras cerraba sus arrugados dedos sobre el billete.

—Por favor —sus viejos ojos, enrojecidos y húmedos, me rogaban que lo aceptara—. Lo hice porque ellos me dijeron que lo hiciese... —pero se atragantó con las palabras que iba a pronunciar y su voz sonó como el graznido de un cuervo. Se

frotó la cara y cerró los ojos. Y entonces lo vi. En el contorno de su rostro, en su musculatura nudosa, en sus ojos y el gesto de su boca, vi que estaba soñando despierto. Levantó los brazos. Retrocedió. Se sentó en una silla y empezó a desmontar un objeto invisible que sostenía en el regazo. Después, se quedó quieto como una estatua y levantó la cabeza. Miró hacia un lado en una fuga de serenidad, listo para escuchar.

El beso

Nonette y yo estábamos sentadas en la glacial terraza acristalada, y esta vez ella también fumaba.

—Sólo hago esta cosa repugnante para que no me dé asco el hecho de que tú lo hagas —se justificó.

Me encogí de hombros y aspiré fuerte. Se mostraba beligerante de una forma mesurada que nadie tomaba muy en serio. Y había contado la historia de su violación por su primo, el *eagle scout*, a cada enfermera, cada auxiliar, cada médico y cada paciente disponible. Era sólo una manera de entablar conversación. Por supuesto, se suponía que en este lugar no importaba que la historia fuese verdadera o falsa, porque lo importante era su necesidad de contarla. A estas alturas yo ya había aprendido eso. Nonette vestía un traje negro de hombre, un traje de enterrador, con un bombín a lo Charlie Chaplin. Todo le quedaba demasiado grande y cómicamente masculino. Me quitó el cigarrillo de las manos y lo aplastó. Después, sin previo aviso, se acercó a mí y sujetó mi cara con la palma de su mano. Se inclinó hacia mí y me besó. Al principio no hubo nada ofensivo en ello; no se diferenciaba en nada de las otras veces en que había besado a alguien por primera vez. Era la misma turbación indecisa, la misma curiosidad. Sólo que en este caso se suponía que ella estaba loca, y se suponía que yo no, y éramos dos mujeres. O quizá Nonette sólo estaba angustiada, yo lo estaba algo menos, y ella pretendía ser un hombre. Fingía ser un hombre. O fingía que lo fingía.

Se recostó de nuevo en la silla, doblando una pierna y agarrándose la rodilla. Me escudriñó, pendiente de mi reacción. Me invadió de pronto una absoluta y electrizante vergüenza. Me puse cada vez más colorada y perdí el control. Me obligué a levantarme, y aun así me tambaleé con gran torpeza hasta la puerta de la galería acristalada que daba a la sala de hospitalización. Me seguía mirando, ahora con una sonrisa en los labios.

La verdad es que yo no sabía entonces que las mujeres pudiesen besar a otras mujeres de esa manera en otro lugar que no fuese París. No pensaba que eso pudiera ocurrir, ni había oído que pasara, en Dakota del Norte. Me había quedado anonadada ante aquella grata sorpresa.

Más tarde me ordenaron ir a echarle un ojo a Nonette. Se había ido a la cama, las mantas la cubrían hasta arriba y estaba totalmente vestida. Vislumbré sus zapatos asomando a los pies de la cama. La vista de las suelas de sus botas me llenó de

lástima y alegría.

Entre las numerosas historias de amor e infortunio de mis tías y tíos, no había nada que pudiera guiarme en este caso. Un beso de otra muchacha me colocaba fuera del guión. Ninguno de los episodios familiares sentaba precedente. Ahora yo me hallaba en la historia de Anaïs. Un amor peligroso capaz de destruir. Al mismo tiempo, sentía tanto miedo por lo que aquel beso pudiera acarrear que preferí dedicarme a pensar sólo en la comida. Atiborré mi habitación de alimentos y no paré de comer ni un instante para no tener que pensar. Los paquetes de galletas cubrían las paredes. Los yogures de frutas se amontonaban en el espacio más fresco que había entre la ventana y la contraventana. Latas de refrescos. Tartas de fruta y cacahuetes, bolsas de manzanas. Hablaba por teléfono en el pasillo durante horas, fumando, localizando a mis compañeros de piso, amigos, incluso a Corwin, que se mostraba distante conmigo. No me importaba mucho. Lo mantenía al teléfono el mayor tiempo posible porque, cuando colgaba, no tenía adónde ir salvo a mi habitación, donde me aguardaba la comida. Mientras comía, podía concentrarme en lo que escribía o leía. Mis ojos recorrían las páginas al tiempo que mi mano iba de algún paquete de comida a mi boca. Aquello funcionaba durante las horas previas a la hora en que conseguía dormirme. No necesitaba reflexionar sobre lo que estaba haciendo, sobre lo que Nonette estaba haciendo, sobre por qué no podía pensar en ella y por qué no podía dejar de pensar en ella.

Un día a última hora de la mañana, después de acompañar a una paciente a la peluquería, cruzo sola los túneles humeantes de vuelta, cuando me la encuentro. Camina hacia mí sin acompañante.

—Tengo un pase —sonríe Nonette, y se detiene cuando nos hallamos frente a frente.

Estamos muy cerca la una de la otra y no hay nadie más en el subterráneo de paredes blancas, iluminado por tétricas bombillas, que se ramifica en numerosos y pequeños armarios y cuartos cerrados con llave llenos de escobas, fregonas y productos de limpieza. Su rostro parece limpio y luminoso; su cabello, una ondulación dorada bajo la escasa luz; sus ojos están tranquilos y muy abiertos, sin nada de maquillaje. Está preciosa, como un personaje de una película extranjera, una novela o un catálogo de ropa sofisticada y cara. Sus ojos tienen hoy un matiz verde; son dos cristales pulidos por el mar. Casi puedo sentir el sabor de su boca de lo cerca que está: rosa y fresca, con una fragancia a dentífrico. Lleva unos pantalones vaqueros, una sudadera blanca, zapatillas y calcetines de deporte. Yo visto mi uniforme blanco y barato de áspero tejido sintético, con pliegues y una cremallera

frontal. Pone los dedos en la lengüeta de la cremallera a la altura de mi cuello. Se ríe.

—¿Llevas puesta una combinación?

Le cojo la muñeca con mi dedo pulgar en su pulso.

—Para, para —finge, pero su voz suena suave.

La sigo tras una esquina, giramos en un desvío y cruzamos una puerta hasta encontrarnos en medio de las tuberías, algunas envueltas en polvorientas vendas de amianto, y otras, unos suaves y ardientes conductos de cobre. Se me engancha la toca. Dejo que se caiga. Nos adentramos en un laberinto de tubos y agachamos la cabeza debajo del conducto más grande; bajamos los escalones de cemento que conducen al otro lado, a una especie de rellano totalmente cerrado. A nuestras espaldas se levanta una pared de ladrillos y baldosas que huele a tierra, a campos en verano cuando el sol aprieta tras un fuerte aguacero. El calor hace brotar ese aroma.

—Sentémonos —dice—. Me gustaría colocarte pero no llevo nada.

Sigo sujetándole la muñeca. Apenas hay sitio para estar de pie. Las tuberías, de diferentes tamaños y alineadas en paralelo, nos rozan la cabeza.

Nos sentamos a la vez. Estoy temblando, pero ella se muestra muy tranquila. En cualquier caso, no es como me lo imaginaba. Después del primer momento, no hay nada aterrador en besarla o tocarla. Es algo familiar, completamente familiar, mucho más que si estuviese acariciando a un chico al que no hubiera tocado nunca. Sólo que no dejo de temblar, estremecida, porque nuestros cuerpos son uno, y cuando la acaricio sé lo que está sintiendo al igual que ella lo sabe cuando me toca, de modo que resulta a la vez normal e insoportable. No nos desnudamos ni hacemos nada, sólo nos acariciamos los brazos, el cuello, las manos, y nos besamos. Su rostro arde por completo y es suave como los pétalos de una flor.

—Ya es suficiente —dice.

Debería regresar ahora y me seguiría. Si tardásemos un minuto más, nos echarían en falta. Mientras recorro el pasillo de paredes encaladas, atravesando las cinco puertas hasta llegar al pabellón, empiezo a imaginar cómo son las cosas de verdad. Me invento su historia. Mi imaginación se dispara. Nonette vino aquí en busca de ayuda y yo la estaba esperando. Ella estaba aquí por mí. Yo había venido sin saber que conocería a la persona que siempre había necesitado. Una semana, tal vez dos o tres, y se pondría bien. Me marcharía con ella.

—Nonette dice que has solicitado una salida acompañada —dice la señora L., sentada detrás de su mesa con las manos desplegadas sobre una pila de formularios.

—Sí —respondo, aunque no lo había hecho. Pero sonrío, alegrándome cada vez más con la idea. Una idea de Nonette.

—Nos gusta animar a nuestras auxiliares para que trabajen con los pacientes cuando están fuera de servicio y no veo qué hay de malo en ello, siempre y cuando sepas que la paciente ingresó aquí con verdaderos problemas.

—Lo sé. Hemos hablado de ellos.

—Bien.

La señora L. espera y me observa con demasiada atención. Se supone que no debo saber mucho del historial personal de cada paciente, no más de lo que el paciente quiera que sepa.

—Mire —explico—, me contó que su primo la forzó. Sé que llegó aquí fuera de control y sigo sin saber qué fue lo que desencadenó la crisis exactamente. No sé con qué se enfrenta en su casa, en la escuela o si volverá allí después. La cuestión es que Nonette me cae muy bien. No hago esto por lástima.

La señora L. se muerde el labio.

—Tus motivos son buenos, lo sé. Pero has de saber, de entender, que está tomando litio y le estamos ajustando la dosis. Es depresiva y luego tiene episodios maníacos.

—Sólo vamos a hacer una bandeja de galletas.

La señora L. esboza una sonrisa de aprobación y firma la autorización.

Hay una pequeña cocina en los sótanos de la residencia del personal: una sencilla habitación con un horno y algunos armarios, un frigorífico, una vieja mesa de madera pintada de blanco y seis sillas de plástico. Preparamos nuestras galletas favoritas. A ambas nos encantan las galletas de melaza, no demasiado cuajadas por dentro. Hacemos tres bandejas y las llevamos arriba, a mi habitación. Las galletas todavía están calientes cuando nos las comemos, migaja a migaja, sentadas en mi cama con los dedos manchados. Bebemos leche fría. Más tarde, nos desnudamos. No resulta nada extraño. La cama está abierta y los sauces de la colcha se encorvan sobre los riachuelos y los curvados puentes chinos. Nonette tiene los pechos pequeños, puntiagudos, con pezones redondos y firmes, ligeramente agrietados porque no lleva sujetador debajo de su camisa.

Le sujeto las caderas y se sienta a horcajadas sobre mí. Me lleva tal vez unos dos años y sabe mucho más que yo. Por ejemplo, cómo correrse sentada. Separa las piernas y me enseña con una cínica calma; después se inclina sobre mí mientras se corre y se echa a reír. Empezamos a reírnos de todo lo que nunca he hecho, y después lo hacemos. Me enseña cómo empezar poco a poco, suavemente, apenas rozándonos, de modo que cuando nos corramos sucederá una y otra vez y no tendrá fin entre nosotras. Justo antes de las nueve acompaño a Nonette de vuelta al hospital con una bolsa de galletas en la mano.

—¿Piensas en...? Ya sabes... —le pregunto al fin ante la puerta.

—¿Que si pienso en qué?

Nonette me mira, con un rostro inexpresivo y frío, y sonrío. Se parece cada vez más a una chica de un anuncio de esquí. Sana. Cuando se corrió esta tarde, me obligó a que la mirase a los ojos, rebosantes de una explosión de placer. Ahora tiene unos

ojos de animadora que asustan.

—¿Que si pienso en qué? —repite.

Bajo la mirada y fijo los ojos en mis botas. «En lo que nos va a pasar». Llevo puestos unos vaqueros, un jersey y un abrigo. Visto como una persona normal. No contesto. Es una noche gélida y oscura, la nieve cruje al caer en ráfagas sobre el enorme patio cuadrado. Los árboles restallan toda la noche. Puedo oírlos: los altos y negros pinos. Me quedo ahí parada cuando Nonette entra en el hospital, mientras las puertas de acero y cristal se cierran tras ella con el sonido del chasquido metálico de los pestillos al juntarse de golpe, como si fuera el final de una película. Las cerraduras son automáticas, pero las compruebo en cuanto desaparece por el pasillo iluminado.

—La semana que viene me voy a casa —anuncia una mañana—. Mis padres han dado el visto bueno.

¿Sus padres? ¿Cómo es que no los he visto nunca? Una repentina ola de energía estalla en el centro de mi pecho, produciéndome una gran desazón. Doy palmas con las manos, apresuradamente, haciendo ruido para esquivar la horrible sensación que me invade, y después las agito en el aire para sacudir el dolor como si fueran gotas de agua.

Nonette me mira sonriente y mueve la cabeza.

—¿Estás bien?

Recobro el aliento y lo suelto despacio.

—¿Han venido a verte?

—Claro. Tú trabajas de día. Ellos vienen a cenar a la ciudad y me hacen una visita a última hora de la tarde.

—La semana que viene, la semana que viene...

Tuerzo la boca en una estúpida mueca y ella me dirige una mirada pícara a los ojos. ¡Guapísima! ¡Carismática! Me digo a mí misma que no está bien. Está más loca que yo si es capaz de negarlo. Debe de estarlo. Aparto la mirada y noto cómo mi pecho se inflama. Mis costillas brillan, ardientes, como las barras de una parrilla, y envían cálidos reflejos que se deslizan hasta mis pies. Mis pensamientos dan vueltas a una serie de disparatadas incertidumbres. «Si no estuviera loca, si yo lo estuviera, si esto no se saliese de lo normal, si no pudiese evitarse, si estuviera equivocada, si la gente pudiera entender, si esta cosa con ella fuese algo nuevo, la primera de muchas, si se marchara de aquí, si no significara nada, si yo no le importara en absoluto». Me alejo de ella. Tiene una cara preciosa y dulce, un rostro tierno y bonito. Un rostro americano. Lleva un jersey azul, una falda escocesa y calcetines hasta la rodilla: la ropa de catálogo del Medio Oeste ultranormal.

—¿Vendrás a visitarme?

Mi voz suena lastimosa.

—Claro, por supuesto.

Tengo un nudo en la garganta y me falta el aire. Hago un gran esfuerzo para tomar una buena y profunda inspiración. El aire duele mientras circula en mi interior. Fumo demasiado. No habla en serio, claro que no, ahora no, nunca. Formo parte de lo que ella cree que es su enfermedad, un síntoma del que piensa que está curada. Ella, en cambio, es lo que yo estaba buscando. Apenas puedo respirar de lo mucho que la deseo. Me alejo con las manos temblorosas enfundadas en la tela blanca y áspera de mis bolsillos. Sigo caminando y, sin fichar a la salida, recorro los pasillos del hospital, salgo por las puertas, cruzo el césped central cubierto de nieve, directamente hasta mi habitación.

La cama de Nonette

A la mañana siguiente, llamo para avisar de que estoy enferma, y al día siguiente también. Pasan dos días. No consigo llegar hasta el teléfono. A duras penas logro levantarme y arrastrarme hasta el cuarto de baño. En algún momento, clavo una nota en mi puerta. Olvido lo que he escrito. De vuelta a la cama, una especie de fuerza de gravedad me arrastra a un agujero negro que me mantiene acostada, o tal vez sea el miedo. Lo único que sé es que el aire resulta doloroso. Siento reflujos ácidos en mi cerebro. Mis pensamientos son todos *flashbacks*. Veo criaturas que se mueven por el paisaje chinesco de la colcha y la arrojo a una esquina de la habitación. Y hay dolor, cortinas grises que no consigo apartar. Aspiro dolor, expiro dolor y se me queda pegado dentro de mí como la brea y la nicotina de los cigarrillos, dificultando cada vez más mi respiración. Pasa una semana y la señora L. acude a mi puerta y llama:

—¿Puedo pasar? ¿Puedes contestar?

Lo intento. Abro la boca. No sale nada. Es una sensación tan extraña que me echo a reír. Pero mi risa no produce ningún sonido. Me quedo dormida otra vez, y duermo y duermo. La siguiente vez que me despierto, la señora L. se encuentra en mi habitación, sentada junto a mi cama, y emplea la voz que utiliza con los pacientes.

—Vamos a cambiarte de habitación —dice—. Hemos llamado a tu madre.

Así es como acabo en la cama de Nonette después de todo.

Estoy sentada en el agrietado sofá de *skay* verde de la sala de estar de los pacientes, con mis zapatos de enfermera puestos, sólo que ahora no los acompaña el uniforme sino unos vaqueros anchos y un jersey marrón muy holgado. He hablado por teléfono con mi madre y he intentado convencerla de que no se preocupe por mí, que sólo necesito descansar, que estoy bien y que volveré a la universidad a principios del siguiente trimestre. He firmado mi propio ingreso. Tengo diecinueve años y puedo hacerlo. Le he explicado a mi madre que aprovecharé este compromiso voluntario para darme un descanso, pero la verdad es que tengo miedo. Miedo de perder mi capacidad de observación, el yo que me decía lo que debía hacer. Mi conciencia es una lámina endeble, como el hielo recién formado. Cada mañana,

cuando abro los ojos y experimento mi primer pensamiento, me invade una sensación de alivio. Mi yo sigue estando aquí. Si desapareciera, sólo quedaría gravedad. Había imanes debajo de la cama que retenían mi cuerpo en mi pequeño dormitorio rosa de auxiliar de enfermería. Aquí también hay imanes debajo de la cama, pero tienen un poder tranquilizador puesto que era la cama de Nonette y algo del feliz sosiego perdido de su piel, su pelo, su cuerpo entero contra el mío, permanece en el lecho junto al letargo y el dolor.

Warren entra en la sala de estar de los pacientes. Me descubre sentada en el sofá y se acerca con su pulcro y digno caminar. Se detiene ante mí. Además de su camisa amarilla, lleva una chaqueta color óxido y unos pantalones de lana gris. Hoy viste sus mejores galas. Quizá sea domingo. Lleva una estampada corbata de seda a rayas de color burdeos y una camisa con doble puño. En lugar de gemelos, me doy cuenta de que utiliza dos imperdibles.

—Deberías tener gemelos —mascullo.

—Me los cargaré a todos —responde.

—Cállate —contesto.

Permanezco en cama durante días y más días. No salgo de la cama. Ya no leo a Anaïs Nin: ya no puede ayudarme. He superado todo eso, y además ella me empujó a buscarme problemas al ofrecerme el insidioso paradigma de una vida que yo era incapaz de asimilar o seguir, puesto que soy demasiado anticuada, provinciana, católica y apegada a la reserva o a la familia. Ya no ansío la aventura. La idea de París es un lastre. Nunca veré el ábside de Notre-Dame ni visitaré el mercado de pájaros o comeré un *croissant*. El café que beba siempre será transparente, lo cual me parece muy bien, ya que estoy harta del inagotable café de aquí. No, será mejor que averigüe cuál es mi lugar en la vida. Así que permanezco acostada mientras procuro elucidarlo en mi mente.

Intento comenzar por el principio: mi familia. Cuando Joseph viene a verme, decido que debemos mostrarnos más sinceros el uno con el otro y recuperar la intensidad de nuestra relación, de modo que empiezo por contarle mi experiencia con las drogas y los días que pasé viendo reptiles.

—¿Qué especies? —pregunta. Está estudiando para ser biólogo.

—Bueno, pues las habituales. También vi cobras.

—Eso me sorprende.

—Y eran muy reales además.

—Me pregunto qué parte del cerebro alberga unos detalles alucinatorios tan precisos de algo que nunca has visto en la vida real.

—El cerebro reptil, imbécil.



—No pretendía ser insensible —comenta tras una pausa—. Yo también he tomado drogas.

—¿Qué?

—Marihuana. No me hizo gran cosa.

—Seguramente porque sería orégano.

—Saqué sobresaliente en botánica —me recuerda.

—Sacaste sobresaliente en todo. No me estás ayudando con mi depresión. Mira a tu alrededor, es una mierda, al contrario de lo que piensan los adeptos de los poetas suicidas. ¿Por qué no buscas algún remedio?

Joseph me mira pensativo, y luego desvía su atención hacia la gente que hay en la sala. Lucille, desaliñada, mira fijamente el suelo de linóleo; Warren anda de un lado para otro, y los demás, apagados y grises, continúan macilentos en su letargo. Al observar la sala con sus ojos, me siento de pronto muy agitada. Me había acostumbrado a formar parte de todo esto.

—Tú no eres uno de esos locos —dice entonces, atragantándose casi, un poco desesperado. Ahora me doy cuenta de que empieza a considerar la posibilidad de que me pase algo de verdad. Su compasión me destroza. Joseph me coge la mano con suavidad, lo cual es todavía peor. Que tu hermano te coja la mano. Es como si estuviera en mi lecho de muerte. Sacudo la mano, pero le doy una palmadita en la muñeca. Permanece sentado a mi lado durante mucho tiempo y no hablamos, y eso me da paz. Al cabo de un rato, vuelve a soliviantarse y me dice que se va a dedicar a la investigación sobre drogas. Le golpeo en el brazo lo más fuerte que puedo y me sonrío aliviado.

Mis padres vienen a verme todos los fines de semana. Lo único que hago cuando vienen es llorar, conmovida por su preocupación por mí, o quedarme dormida; y cuando se marchan, les echo de menos: mi padre, que dejó el banco porque sabía que no tenía estómago para denegar préstamos o ejecutar hipotecas como el viejo Murdo. Mi padre que coleccionaba sellos únicos, al igual que su tío Octave. Que marchó a la guerra y regresó por amor, dejó el dinero por amor; mi padre el profesor héroe.

Y también está mi madre, que quiere a Mooshum y lo mantiene a flote quitándole la botella y paseándolo por el patio o la carretera todos los días. Soy consciente de que sólo puedo pensar en ella en relación con otras personas, y me llena de dolor comprobar otra vez lo que debe de sentir al verme en este hospital. Intento pensar en algo que se refiera sólo a Clemence, como lo de mi padre y sus sellos, Joseph y las salamandras, Mooshum y sus historias, pero no se me ocurre nada.

Pienso en que crecí en la certeza del amor de mis padres y en que eso es algo excepcional, y cómo, dado que me quieren, mi depresión es enteramente culpa mía y vergonzosa. Pienso en cómo el pasado se diluye en los vivos: los Buckendorf, los

otros Wildstrand, la familia Peace, todas esas personas cuyos antepasados se vieron envueltos en el linchamiento.

Pienso en todos los hombres que colgaron a Cuthbert, el tío abuelo de Corwin, a Asiginak y a Sendero Sagrado. Veo el cuerpo tenso de doble filo de Wildstrand y la silueta de Gostlin que se aleja golpeando su sombrero contra su pierna. Ahora que algunos de nosotros hemos mezclado en la primavera de nuestra existencia tanto la sangre de los culpables como la de las víctimas, ya resulta imposible desenredar la soga.

Pienso en Billy Peace, cuyos dóciles y abatidos seguidores incluían al menos a un Buckendorf y también a un Mantle. Alguno que otro de sus adeptos se materializaba de vez en cuando al lado de una persona en la tienda de ultramarinos, asombrado ante los pasillos repletos de alimentos. Algunos discípulos volvieron a mezclarse con gente de otro pueblo o de la reserva, logrando modestos empleos. La hora radiofónica de Billy se vio sustituida por otra voz. Las pequeñas octavillas que encontrábamos en las cabinas telefónicas de Pluto o Hoopdance, o tiradas en las papeleras, eran cada vez menos frecuentes, hasta terminar hechas jirones, apenas unos recuerdos de la existencia de Billy Peace, también desvanecidos y flotando tal vez en otra dimensión.

La luz se filtra por las ventanas metálicas con una suave ondulación. Mooshum me contó que los viejos cazadores de búfalos miraban bajo el manto de destrucción que cubría la tierra. En el límite de su hambruna, vieron levantarse la frágil corteza del comercio del hombre blanco, vieron la hierba verde bajo el trigo quemado, vieron a los búfalos, de nuevo tan numerosos como piojos, avanzando en grandes manadas, aplastando esa rica hierba bajo sus pezuñas. Al levantar la vista, vieron oscurecerse el cielo con pájaros que lo cubrían hasta tal punto que resultaba imposible distinguir un ave de otra. Volaban bajo, como un trueno. A veces tengo la impresión de que las palomas se ciernen sobre esta habitación. Por la noche, cuando no puedo dormir, oigo su aleteo.

Yo no soy nada, medio loca, medio drogada y medio chippewa. Pienso en Mooshum y Shamengwa, sentados hasta bien entrada la tarde. En la cama donde se acurrucó Nonette, tan cálida y dorada, veo la belleza de las mujeres que sujetan sus misales en latín y avanzan por los trigales con sus vestidos blancos, rezando para espantar a las palomas en una lengua antigua, extranjera y magistral. Pienso en la hermana Mary Anita Buckendorf, cuya pasión inspiradora debería haberme dado alguna pista entonces, y en Corwin Peace, quien también tuvo parte en todo esto. Pienso en ellos.

Quizá vuelva a casa y visite a la hermana Mary Anita. Podría ser una buena idea. Hablar con ese rostro monstruoso y dulce, decirle que he renunciado a la Iglesia pero que sigo teniendo visiones, a veces, del torbellino de su hábito cuando atrapaba la pelota con destreza y sacaba un pie calzado para mantener el equilibrio, o del

chasquido de la lana negra en el aire y el remolino que se producía alrededor de sus tobillos cuando daba un pequeño salto para lanzar la bola al receptor.

El concierto

Un día Corwin viene a verme.

Estoy sorprendida, pero para nada incómoda. Ha sabido dónde encontrarme por mi tía, y se siente mal a causa de mis desesperadas llamadas telefónicas. Se acuerda del ácido que me dio y de cómo me encerré después en mi habitación durante varios días. Me cuenta que decidió hacerme una visita. Así que un día, mientras yo apago, indolente, un cigarrillo tras otro en una lata de café rellena de arena —hay seis o siete latas en la sala de estar de los pacientes, siempre repletas de colillas—, aparece de pronto Corwin. Viste un largo y negro guardapolvo de sheriff, aunque lleva puesta una extraña gorra de cazador de lana naranja, con el ala cayéndole sobre los ojos. Calza botas deportivas y lleva unos vaqueros de campana y una camiseta rota. Debajo del llamativo guardapolvo sujeta su nuevo violín.

—Siéntate.

Señalo con un nuevo cigarrillo recién encendido. Intento poner cara de aburrimiento, pero la verdad es que estoy muy emocionada. Corwin se sienta en un sillón de plástico y deja el violín sobre su regazo. Tiene un rostro alargado y hermoso, y los ojos negros y atormentados de los Peace. Lleva una barba rala de varios días. Una cola de caballo sobresale de la gorra y cae serpenteando por su espalda. Corwin siempre ha tenido unas exuberantes pestañas castañas y unas espectaculares cejas unidas. Es capaz de mirarte fijamente desde debajo de ese entrecejo de visón, como su madre. Tiene algo de lo que debió de tener su tío para atraer a tantos seguidores: un extraño magnetismo. Cuando sonrío, su dentadura torcida luce muy blanca. No fuma.

—Bueno —dice.

—Bueno —respondo.

Asentimos con la cabeza durante un tiempo, como dos sabios en una colina. Después, abre el estuche y saca el violín. Mientras lo afina, haciendo un ruido insólito, los pacientes van saliendo de sus habitaciones o llegan atraídos desde el fondo del pasillo. Las enfermeras se acercan desde sus puestos y se quedan de pie con los brazos cruzados, masticando chicle. Sus bocas se detienen en cuanto empieza a tocar, y algunos pacientes se sientan ahí mismo, donde estaban, un par de ellos directamente en el suelo, como si la música hubiese cercenado la sala como una guadaña. Tras esas primeras notas, la música toma cuerpo. Corwin toca una melodía lenta y hermosa que nubla los ojos de los oyentes. La boca de Lucille esboza una «O» mayúscula y se acurruca en sí misma. Warren se queda de pie, inmóvil y erguido. Otros se balancean y parecen a punto de llorar, pero la situación cambia rápidamente en cuanto Corwin acelera el ritmo e interpreta una animada giga que muestra cierto

sentido del humor en su fraseo. En ese momento, Warren abandona la pared y empieza a dar vueltas por la habitación, cada vez más rápido. La música suena cadenciosa, casi entrecortada; es una giga del río Rojo. Y entonces sucede algo espantoso. Todos los sonidos se funden por un momento en las entrañas del violín y llenan la sala de angustia. Siento un nudo en la garganta. Me levanto de un salto. Nos invade una terrible inquietud. Warren se detiene y retrocede hasta pegar la espalda contra la pared. Pero Corwin extrae una nota del caos que tiene entre manos y la eleva más y más, hasta que se vuelve insoportable. Y en ese preciso momento, cuando está a punto de transformarse en un aullido, la música cambia una fracción de tono y se convierte en la más lúcida armonía.

Warren se desliza por la pared hasta el suelo, con la mano en el corazón como si hiciera un juramento. Su cabeza le cae sobre el pecho. Los demás también nos volvemos a sentar. La calma llueve sobre nosotros y una extraña paz colma nuestros estómagos y ralentiza nuestros corazones. La melodía prosigue de una manera punzante, hermosa e infinita. No sé cuánto dura. No sé cuándo acabará o si cesará alguna vez. Warren se ha desplomado. Una enfermera se acerca con paso lento y pesado para tomarle el pulso. El sonido del violín es lo único que existe en el mundo, y en esa partitura hay una lúgubre certeza: la música entiende y permanecerá ahí, aunque sigamos sufriendo o recobremos nuestro sano juicio, lo que también es doloroso. Soy diminuta. Soy plena. Nada importa. Las cosas son asombrosas e inmensas. Cuando la música se convierte ya sólo en reverberaciones, me levanto. La enfermera comprueba su reloj y frunce el ceño antes de mirar a Warren y de nuevo el reloj. Me aproximo a Corwin mientras guarda con mimo el violín en su estuche y cierra los pestillos. Miro a mi primo y me devuelve la mirada; bajo aquellas cejas, me dedica su sonrisa pícara y tímida y, con los labios fruncidos en un beso, me señala la puerta.

—No puedo irme de aquí —digo.

Y me marcho de aquel lugar.

Cuando abandoné el hospital con Corwin, me llevé el bolso de mano y mi diario y nada más. Dejé a Anaïs —todo el estuche con la obra completa— con mis anotaciones. En los márgenes donde ella describía edificios muy altos, yo añadía: «¿fállicos?». Y donde reseñaba cómo caía la luz una tarde en París: «¿impresionista?». Donde había amado a una mujer, interrogaciones, exclamaciones, marcas y estrellitas. Ignoraba si sería realmente capaz de abandonar el refugio del hospital, pero seguí caminando hasta que llegamos al coche de Corwin. Había perdido mucho peso y apenas hacía ejercicio, de modo que me sentía mareada y tuve que pedirle una vez que detuviese el coche para vomitar. Corwin vivía con mi tía y el juez Coutts, y decía que ambos habían cambiado su vida y le habían proporcionado seguridad en sí

mismo. Cuando se mudó con ellos al principio, no había dejado del todo el consumo o el tráfico de drogas (por supuesto ninguno de los dos sabía nada de esto), pero cuando ingresé en el hospital psiquiátrico reflexionó sobre esa forma de comercio y decidió dejarlo definitivamente. Añadió que ya no se desviaba del camino recto, lo que me dio pie a decirle:

—Pues yo sí. Soy lesbiana.

Dijo que eso era imposible, que no me vestía como una tortillera.

—Tú qué sabrás.

Mantuvo que sí lo sabía, que había visto mucho mundo.

—Visten como yo, sí, sí.

Siguió conduciendo en silencio durante un rato largo.

—Siento de veras haberte dado ese ácido, tía —dijo—. ¿Te jodió, ya sabes, la cabeza?

—¿Quieres decir que si me hizo ser lesbiana?

Asintió.

—No lo creo.

El coche siguió avanzando. Nos habíamos visto colocados, enfermos y borrachos. Nos habíamos pegado en la escuela católica, de modo que el silencio entre nosotros resultaba cómodo, incluso un alivio. Miré por la ventanilla rajada: el mundo que bordeaba la carretera era hermoso. Algunos de los campos semejaban inmensos espejos de agua derretida. Una luz dorada centelleaba en la superficie pulida. Empecé a encontrarme mejor. Estar sentada en un coche con el chico cuyo nombre había escrito un millón de veces en mi cuerpo, y además con sangre, y contarle lo de Nonette y que se lo tomara con tanta calma borró parte del oscuro barniz de mis sentimientos.

—¿Conoces a alguna lesbiana de verdad? —pregunté.

—A ninguna con quien poder hablar —respondió. Y tras una pausa, añadió—: Ni tampoco a ninguna a quien presentarte, si es eso lo que pretendes.

Un progresivo sonrojo me subía por la clavícula.

—Oye —dijo Corwin al cabo de un rato—, no tienes por qué hacer nada con todo eso ahora mismo. Tranquila.

No respondí, pero me vino bien pensar que no tenía por qué salir corriendo del armario y hacer algo respecto a mi lesbianismo. Podía convivir con ello e irme acostumbrando durante el tiempo que quisiera. Nadie podía darse cuenta sólo con mirarme. Tenía más o menos el mismo aspecto de antes, sólo que más débil. Y una mirada triste. Lo sabía porque mi madre había dicho que mi tristeza la hacía llorar. Pero estar sentada en el coche sabiendo que se advertía mi abatimiento me puso conscientemente triste, aunque en realidad no era tristeza.

Cuando alcanzamos la reserva, reparé en que las zanjas estaban ardiendo. Habían

prendido fuego para eliminar los rastros de la primavera y el tenue humo planeaba sobre la carretera en una incesante nube. Después de que Corwin me dejara en casa, me senté fuera con Mooshum, bebiendo agua fresca en latas grandes. Al cabo de un rato pensé que me pondría bien. Había algo en esas latas, tal vez el metal galvanizado, que le daba un rico sabor al agua.

Mientras el sol se ponía, la luz fue filtrándose a través del humo tiñendo el aire que nos rodeaba, hasta el oeste, de un dorado anaranjado. Un extraño e inquietante resplandor empezó a trepar sigilosamente por los troncos de los árboles y las paredes de las casas. Mooshum y yo observamos la escena hasta que la luz empezó a desvanecerse. El aire se volvió fresco y azul. Hacía mucho frío, pero permanecimos sentados ahí hasta que la oscuridad perfiló un ribete negro y mi madre se asomó a la puerta.

—Vosotros dos, entrad en casa —dijo con voz suave.

Caminando por el aire

Unos días más tarde llamaba al timbre del convento de Saint Joseph. Un perro había arañado tantas veces unos sesenta centímetros de la puerta para entrar que había dejado estrías blancas en la madera. Esperé, volví a llamar al timbre y escuché un sordo tintineo en el interior. A continuación, sonaron unos pasos firmes y entonces Mary Anita abrió la puerta. Ya no vestía el estricto hábito negro, sino ropa de calle. Ropa de monja: un jersey ancho de color crema y una falda larga, acampanada y azul. Flexibles zapatos de cordones en lugar de botas de monja. Me llamó la atención su cabello: castaño oscuro con algunos rizos y mechones canas, fuerte y hermoso, aunque lo llevaba muy corto. Me escudriñó detenidamente. Sus ojos flaquearon, tal vez, y pestañeó detrás de sus gafas redondas. Después se las quitó y abrió la puerta.

—¡Evelina Harp!

Su imponente rostro se iluminó, pero sus ojos no se inmutaron. Me invitó a pasar con un gesto y entré tras limpiar con cuidado los zapatos en el rugoso felpudo. Las paredes tenían un tono tostado muy relajante y todo el lugar olía a limpio, como si allí no hubiera cosas viejas o inútiles. La seguí hasta un pequeño recibidor, en el que había un sofá y un sillón con una caja de pañuelos desechables en equilibrio sobre el brazo. En la pared destacaba un arreglo de flores secas en una cesta de mimbre roja. Un crucifijo colgaba encima del televisor. Me dijo que se alegraba de verme y me pidió que me sentara. Ahora parecía mucho más alta y el peso de su mandíbula había tirado de su cara hacia abajo y cambiado el ángulo de su cuello, de modo que se encorvó para observarme por debajo de sus delicadas cejas, dando a su mirada una gravedad penetrante.

Permanecimos en un silencio incómodo y después me preguntó cómo estaba.

—No muy bien —respondí.

Se produjo un nuevo silencio, esta vez más largo, y me arrepentí de haber ido.

—¿Qué ocurre?

Su mirada era dulce y se quedó un largo rato observándome. Se alegraba mucho de mi visita —podía darme cuenta de ello—, y ahora estaba preocupada por mí, una oveja de su innumerable rebaño. No tenía fuerzas para contarle la verdad, así que dije otra cosa.

—He estado pensando en hacerme monja.

—¡Vaya!

Aplaudió con sus manos lechosas. Tenía la piel pura y limpia, casi transparente. Una alegría aterradora manó de ella antes de apagarse.

—Sería magnífico que tuvieses vocación —dijo con voz vacilante.

—Lo estoy pensando muy en serio.

—¿De veras?

Replegó las manos como las alas de un pájaro. Ambas miramos sus manos, y me acordé del Espíritu Santo, la paloma que se disponía a dormir, silenciosa e inmaculada.

—Creo que no —dijo de pronto, levantando la vista hacia mis ojos—. La verdad, no te veo en el convento —prosiguió suavemente—. ¿Has tenido alguna experiencia especial que te gustaría compartir conmigo?

Sonreí, atónita, sin tener la menor idea de lo que iba a salir de mi boca.

—He estado ingresada en un hospital psiquiátrico.

Me miró con severidad cuando dije eso, pero cuando sonreí se echó a reír, con ese tintineo musical que llamaba la atención a la gente.

—Sí, sí... ¿Estás curada?

—Supongo que sí —hice una pausa, ahora menos incómoda—. Puede que tenga razón acerca del convento. El problema es que ya no creo en Dios.

Entrecerró los ojos por debajo de sus suaves cejas. Su mirada, aunque fuera tranquila y neutral, me puso nerviosa.

—A veces yo tampoco —dijo—. Es más difícil cuando no crees.

—Me imaginaba que usted, quiero decir, de todas las personas...

—No —aseguró—. No tengo una fe firme.

—Entonces el motivo por el que se hizo monja... —hablaba ahora en voz baja. Pensé que tal vez la estaba presionando demasiado, pero quería saber— ¿es porque es una Buckendorf? ¿Porque un Buckendorf colgó al tío abuelo de Corwin?

Ocultó su reacción detrás de una mano alzada y tardó en contestar.

—¿Para vivir mi vida expiando el pecado de otro? —dijo al fin, con un hilo de voz rasgada—. No habría tenido fuerzas para eso. Pero, por otro lado, es indudable que el linchamiento tuvo algo que ver con mi decisión: el hacerme mayor y descubrirlo. Saber que uno podría ser capaz de algo así.

—¿Podría ser?

—Cualquiera, quizá. Mi padre decía que su abuelo era muy bueno, el más cariñoso de los hombres. Y sin embargo siempre supo que había sido uno de los hombres que tomaron parte en el linchamiento. Mi padre era incapaz de imaginarle en esa situación. Un par de veces dijo que hablaba de ello. Hablaba de tu abuelo.

—¿Mooshum?

Me incliné hacia delante y esperé, pero la mujer titubeó.

—No estoy segura..., pero tú has preguntado. Quieres saber —sus lúcidos ojos me escudriñaron—. Está bien, querida, te lo contaré. Tengo entendido que tu abuelo solía beber en aquella época. Tu Mooshum le dijo a Eugene Wildstrand que él y los demás habían estado en la granja. Mooshum le contó cómo habían encontrado a esa pobre familia.

De pronto, ya no pude mirarla a la cara. Sólo podía ver a Mooshum. Sentí un rubor brotando de lo más hondo de mi ser, un fogonazo de angustia absoluta.

—Tenía que estar completamente borracho para hacer eso —dije.

En ningún momento en el relato de los hechos Mooshum se había hecho responsable. Jamás confesó que había sido él quien había traicionado a los demás, y sin embargo enseguida supe que era verdad. Por eso los demás no le dirigieron la palabra en el carromato. Ésa fue la razón por la que cortaron la soga antes de que muriera.

Aunque sabía que Mary Anita decía la verdad, no podía evitar discutirlo y levanté la voz.

—¡Si le pusieron una soga al cuello! Casi se muere. Le intentaron colgar a él también.

Mary Anita movió las manos con nerviosismo.

—Sí, querida. Wildstrand cortó la soga en el último momento, sí. Por lo que me han contado, no obstante, nunca tuvieron intención de matarle. Pretendían aterrorizarle, para intimidarle. Un falso ahorcamiento lo consigue.

La hermana Mary Anita se tocó suavemente la barbilla con los nudillos, luego miró por encima de mi cabeza, al crucifijo, pensé yo. Miraba la cesta de mimbre con flores secas —rubdequias, pequeños capullos pardos de equinácea angustifolia, coloradas castillejas y espadañas—, todas recogidas recientemente de las zanjas y los prados.

—El muchacho tejió esa cesta —dijo Mary Anita.

Me levanté, crucé la habitación y examiné la cesta: las varitas, firmes y viejas, estaban más espaciadas que en las cestas de mejor factura, y un poco flojas; estaban entrelazadas con holgura y un diseño irregular. Era una cesta que podía haber hecho un niño. La hermana Mary Anita salió de la habitación arrastrando los pies por el suelo con inseguridad, y mientras estuvo fuera me senté, me incliné y hundí la cabeza entre mis manos. *Mooshum*. Cuando volvió, llevaba una bolsa de papel marrón con la



parte de arriba doblada. No se sentó y, cuando me levanté para coger la bolsa en mis brazos, me di cuenta de que estaba cansada y quería que me marchara. En la puerta, recordó:

—Rezaré por tu vocación —dijo—. Y por tu salud mental también —se animó y se atrevió con una pequeña broma—. No son términos excluyentes.

Volví andando colina abajo hasta casa. Joseph y yo todavía conservábamos nuestras diminutas alcobas, aunque la suya estaba ahora llena de todas sus cosas además de la costura de nuestra madre. Mooshum seguía durmiendo en la pequeña despensa que daba a la cocina. Me fui a mi habitación, me senté en la cama, abrí la bolsa de papel y miré en su interior. Había un par de botas sin cordones, con las lengüetas colgando, el cuero oscuro y curtido por los años. Saqué las botas de la bolsa y las abracé. Sabía que si cogía una y le daba la vuelta para ver la suela, descubriría una cruz clavada.

Al entrar en casa, había despertado a Mooshum y ahora oía sus inseguros pasos de anciano cruzando el pasillo hasta mi habitación. No había nadie más en casa.

—¿Quieres jugar a las cartas? —preguntó, asomándose a la puerta.

Me di la vuelta sujetando las botas, una en cada mano. Mooshum me dirigió una mirada extraña, perplejo ante mi actitud. Pasó los dedos por su pelo desgreñado y se tocó la rala barba de varios días, blanca sobre su piel, pero por supuesto no reconoció las botas de Sendero Sagrado.

—¿Evey?

Agité las botas ante sus ojos. Ladeó la cabeza, abrió la mano con sus largos dedos y cogió las botas cuando se las arrojé.

—Dales la vuelta —dije.

Obedeció y, mientras examinaba las suelas, se inclinó levemente hacia delante, como si se hubiesen vuelto muy pesadas. Dio media vuelta en silencio y se alejó por el pasillo hasta el sofá, donde se dejó caer con las botas todavía en las manos. Pensé que quizá le había matado. Pero miraba hacia la pared con el ceño fruncido. Me senté a su lado en los cojines llenos de bultos. Con mucho cuidado dejó las botas entre los dos.

Al cabo de un tiempo habló.

—Perdí el conocimiento enseguida, así que no sé cuándo me cortaron la soga. No sé cuánto tiempo permanecí allí en el suelo. Cuando volví en mí, alcé la mirada y ahí estaban esas malditas botas con las malditas cruces, caminando. El muchacho seguía caminando, por el aire.

—Le dejaron balanceándose ahí, asfixiándose hasta morir, sin dejar de mirarle.

Mooshum se encogió de hombros y se llevó las manos a los ojos.

Me invadió una sensación de mareo. Me levanté de golpe.

—Sólo quedaste tú —dije.

—*Tawpway* —asintió Mooshum, resentido—, y ahora tú también me has matado un poco. Estoy demasiado enfermo para mirar esas viejas botas y pensar en Sendero Sagrado.

—¡Fuiste tú quien se fue de la lengua!

Hurgó en sus bolsillos, sacó su pañuelo sucio y arrugado e intentó dármelo. Lo rechacé.

—Me mantuve sobrio durante mucho tiempo después de aquello, vaya...

Bajamos la vista sobre las botas zarrapastrosas.

Al cabo de un rato, Mooshum las recogió y me pidió que le llevase a un lugar. Cogí las llaves y le ayudé a salir de casa y subir al coche.

—¿Adónde voy?

—Al árbol.

Sabía dónde se hallaba el árbol. Todo el mundo sabía dónde estaba el árbol; seguía creciendo en las tierras de Marn, donde solían vivir los seguidores de Billy Peace. La gente había dejado de acudir allí durante un tiempo, pero habían empezado a volver ahora que los adeptos se habían esfumado. El árbol ocupaba el rincón más al noroeste del terreno y siempre estaba repleto de pájaros. Mooshum y yo recorrimos los kilómetros en silencio; después aparcamos el coche en un desvío para tractores. Cuando cerramos las puertas del coche dando un portazo, miles de aves levantaron el vuelo a la vez. El sonido reverberó como un arco al ser disparado. Volaron como flechas y desaparecieron, engullidas por el aire.

Caminamos por la hierba polvorienta y aplastada por el invierno hasta llegar a la sombra del árbol. Solo en el campo, el árbol atrapaba la luz de todos los puntos cardinales y había crecido extendiendo sus ramas como los gráciles brazos de un candelabro. De las ramas colgaban nuevas banderas de oración, rojas, verdes, azules y blancas. El sol brillaba bajo en el cielo, tiñendo de oro las ramas, y ya brotaban las primeras hojas verdes.

Mooshum ató los cordones y me tendió las botas. Las lancé al aire. Necesité tres lanzamientos para engancharlas en una rama.

—Esto es sentimentalismo y no justicia —le dije.

La verdad es que, durante todo el trayecto hasta allí, había estado pensando en pronunciar esas palabras.

Mooshum asintió con la cabeza, escrutando la fina película verde de las ramitas negras, y parpadeó.

—*Awee*, hija. Las palomas siguen ahí arriba.

Alcé la vista y no tuve nada que decir sobre las palomas, pero odié el suave vaivén de aquellas botas.

## Día de Difuntos

Después de todo, Mooshum vio en los cielos de Dakota del Norte un infinito número de palomas que abarrotaban el aire y llenaban el cielo de una eternidad de pequeños graznidos. Imaginó que el manto de palomas se había elevado alegremente hasta la estratosfera y no había sido extinguido aquí en la tierra. Mediante ese revuelo de plumas, se relacionaba con el gran escritor francés cuyo libro volví a retomar tras abandonar a Anaïs Nin. Lo leo tan a menudo que a veces pienso en el juez Coutts como el juez penitente, que hizo honor al nombre de mi madre y esperó en un bar de *Ámsterdam* por alguien como yo. No sabía lo que iba a hacer ahora. Albert Camus había trabajado una vez en una agencia meteorológica, por lo que siempre confié en sus observaciones del cielo.

Era una cálida noche de Halloween y había vuelto a casa desde la universidad para ayudar a celebrar la fiesta favorita de Mooshum. Con el fin de tenerlo todo dispuesto para el «truco o trato», rocié las palomitas con sirope de maíz caliente, me unté las manos con manteca y preparé pequeñas bolas de palomitas hasta que tuvimos aproximadamente unas cien amontonadas en un gran cuenco de acero inoxidable. Teníamos algo en reserva: dos grandes bolsas de galletitas con mantequilla de cacahuete. Nuestra casa era la primera de la calle y toda la gente que vivía en las afueras bajaba al pueblo en la noche de Halloween. Mooshum observó las golosinas con tristeza. No le gustaba la mantequilla de cacahuete, y las bolas dulces de palomitas también le darían problemas, pues nunca había conseguido acostumbrarse a la dentadura.

—No podría arrancarle el hígado a nadie con estos inútiles dientes —refunfuñó.

Saqué una bolsa de caramelos de menta rosas y blancos. Cogió uno, se lo puso en la lengua y cerró los ojos. Los pequeños mechones de su pelo se movían con la brisa que entraba por la puerta.

—Echo de menos a mi hermano —dijo Mooshum mientras se tocaba la oreja mutilada—. Incluso echo de menos cómo me disparó.

—¿Qué?

—Oh, sí —continuó—, esta oreja, ¿no lo sabías? Me lo hizo él.

Mooshum me contó que un día de otoño, tras su regreso a la reserva con Junesse, siguió a su hermano cuando salía a cazar. Mooshum había escondido en algún lugar del bosque la piel de oso que solía cubrir el sofá de la familia. Se envolvió en la piel y orquestó así una convincente emboscada, al emerger repentinamente desde detrás de

unas matas de frambuesas silvestres y arremeter contra su hermano con toda su fuerza. Shamengwa huyó mientras Mooshum le perseguía. Huía con una escopeta cargada, pero se dio la vuelta y disparó con un grito desgarrador al tropezar y caer al suelo.

—Aquella bala se llevó mi oreja por delante —explicó Mooshum, llevándose el filo de la mano a la sien como si le diera un corte—. Me hizo un buen tajo.

Mi madre se sentó con nosotros y removió el azúcar en una taza de té.

—Mi hermano se meó en los pantalones ese día. ¿Lo sabías? —preguntó Mooshum.

—¡No!

Se pusieron a gimotear.

—Debería darte vergüenza, papá —dijo mamá—. Fuiste tú quien se meó.

Se quedaron callados. Mooshum se balanceó sobre las patas traseras de la silla. Había encogido tanto que su vieja y gastada ropa le colgaba como un saco y su cuerpo no era más que juncos amarrados unos a otros.

Mi madre terminó su taza de té, se levantó y echó un par de bolas de masa de pan en la tabla de cortar. Empezó a amasarlas, golpeándolas con fuerza con la palma de la mano, con un movimiento ensayado mil veces. Dejó la masa para que subiera antes de salir con mi padre. Iban a acudir a algún acontecimiento patrocinado por la iglesia, que supuestamente debía ser una alternativa a la inspiración del demonio del «trato o truco». El padre Cassidy seguía ocupándose de la familia, aunque más por costumbre que porque albergara alguna esperanza.

Mooshum masticó y escupió: su nuevo tarro de café era una lata roja de Folger's.

—¡Siguen negándose a darme un sello! —bufó entre dientes detrás de mi madre.

—Dame la carta —dije—. Yo te la echaré al correo.

Mamá se marchaba, con un pañuelo de encaje al cuello de su impecable abrigo azul marino. Mi padre llevaba una camisa almidonada verde y una chaqueta de cuadros. Tenía el semblante cansado y resignado.

—Preferiría quedarse aquí con nosotros —comentó Mooshum cuando salieron por la puerta.

—Necesita un poco de alivio —dije.

Ese curso, la clase de mi padre estaba dominada por dos de los inestables y enormes chicos de los Vallient, que eran indomables. La mayoría de los días, mi padre tenía conflictos. Decía que no podía seguir enseñando y tomó la decisión de vender su colección de sellos y jubilarse. Por supuesto, todos pensamos que no hablaba en serio, pero había puesto en marcha una subasta por correo. Empezaron a llegar al buzón cartas con membretes de coleccionistas de sellos.

Después de que se marcharan, Mooshum y yo nos sentamos junto a la puerta. Mi madre había envuelto cada bola de palomitas en papel cebolla y había retorcido los

extremos para cerrar los envoltorios. Abrí uno y empecé a comer. Sonó un nervioso golpe en la puerta y llegaron los primeros niños disfrazados. Nos tocó la habitual mezcla de vagabundos y piratas, algunos astronautas de aspecto penoso, unos pocos vampiros sacados de alguna serie de terror, fantasmas debajo de viejas sábanas, indescritibles monstruos y desaliñadas princesas con coronas de cartón. Muchos de los niños mayores iban disfrazados de variopintos hombres lobo o rugarus, con pieles de verdad pegadas a la cara y las muñecas.

—Esto aún no es divertido —observó Mooshum.

Cuando llegaron los siguientes, me había escondido detrás de la puerta mientras Mooshum permanecía sentado en la oscuridad con el cuenco de palomitas en el regazo y una linterna iluminándole desde debajo de la barbilla. Los niños debían acercarse y coger el dulce del cuenco, pero sólo los más pequeños tenían cierto miedo de Mooshum. Un par de chicos mayores incluso se rieron. Mooshum intentó gruñir y poner los ojos en blanco.

—¡Se han hecho muy duros! —comentó cuando se marcharon.

—No es fácil asustar a los niños hoy día con todo lo que ven —traté de consolarle, pero estaba abatido.

Intentamos el mismo número con el siguiente grupo, pero no obtuvimos un grito de terror lo bastante satisfactorio hasta que Mooshum mordió una bola de palomitas mientras se aproximaba un niño pequeño, y cuando se le quedó enganchada la dentadura, sacó la bola y la acercó al niño con dientes y todo.

Después de aquello, cada vez que se acercaba un niño, yo alumbraba a Mooshum con la linterna mientras él mordía una bola de palomitas, dejando la dentadura en el pegajoso sirope. Los niños tenían que deslizarse hasta la mano que sujetaba la bola con la dentadura. Seguimos con la broma hasta que una madre, que llevaba a un hijo de dos años en un trozo de sábana blanca, le espetó:

—¡Eso es antihigiénico, abuelo!

Aquello hirió los sentimientos de Mooshum. Enfurruñado, guardó su dentadura y entregó con cicatería galletitas de mantequilla de cacahuete a los tres siguientes grupos. Se produjo una breve interrupción y me comí una galleta, que sabía poco a mantequilla de cacahuete y mucho a pegamento. La dentadura de Mooshum se había aflojado tanto que chasqueó y escupió.

Terminé de repartir las golosinas, cerré la puerta y volví con el cuenco de dulces. Mooshum había desaparecido.

—¡No mires todavía! —gritó desde la cocina.

Me dirigí rápidamente a la cocina para ver qué tramaba y casi me caí redonda. Estaba totalmente desnudo, salvo por unos calzoncillos de algodón fino, y se estaba extendiendo por la cabeza un trozo grande y húmedo de la masa de pan fresca y blanda que había preparado mi madre, que ya había subido. La había dejado caer

sobre su cabeza y ahora le corría por la cara, el cuello y los hombros de forma horrible. Sus orejas sobresalían de aquella máscara chorreante. Hilos de masa le colgaban por los brazos; cogió más masa de pan y se la echó por el pecho, el estómago y los muslos. Sus ojos brillaban en medio de esa pasta blanquecina, rojos y voraces como los de un pájaro carpintero. Se había llenado la boca de *ketchup*. Al sonreír, le chorreaba por la boca desdentada y la barbilla. Vio mi cara, dio media vuelta rápidamente y salió corriendo por la puerta trasera. Había un clamor de voces gritando «truco o trato». Solté el cuenco y salí corriendo tras él por la puerta trasera, pero ya se había esfumado. Me estaba acercando sigilosamente a la parte delantera de la casa cuando le vi surgir detrás de un tejo, iluminándose la cara con la linterna desde abajo. Gritó: un aullido estremecedor, apenas humano. Avanzó tambaleándose hacia los niños y supe cuándo había esbozado la sonrisa llena de *ketchup* porque los cinco niños gritaron aterrorizados y rompieron filas. Se sobresaltaron y huyeron despavoridos como liebres. Uno corrió unos metros antes de tropezarse. El último cogió una piedra y la lanzó.

El guijarro golpeó a Mooshum en plena frente. Mi abuelo cayó de bruces, soltando la linterna, justo en el momento en que mis padres llegaban y bajaban corriendo del coche. Cogí la linterna del suelo e iluminé el cuerpo de Mooshum mientras mi padre le daba la vuelta. Mi madre se arrodilló. Mooshum tenía los ojos abiertos de par en par, con la mirada perdida, y de su frente chorreaba sangre que le caía por la nariz y las mejillas. Mi madre cogió a Mooshum por los hombros y le sacudió para que recobrar el sentido. Me agaché junto a él e intenté tomarle el pulso, pero ya me costaba encontrar el mío, así que era incapaz de saber si estaba vivo o muerto. Pegué la oreja a su pecho.

—Hay que llevarle al hospital —dijo mi padre.

Mooshum volvió en sí y dirigió la mirada hacia mi madre con gran cariño.

—Ésa sí que ha sido buena.

Después, cerró los ojos y se durmió. Roncó una vez.

—¿Qué es eso que lleva encima? —preguntó mi madre.

—Masa de pan —respondí.

Esperamos a que roncara de nuevo, pero no lo hizo. Papá se inclinó sobre Mooshum, le tapó la nariz, le echó la cabeza hacia atrás y le abrió la boca con el dedo pulgar. Insufló una larga respiración en el cuerpo de Mooshum. Un poco de *ketchup* salió burbujeando de la boca del anciano cayendo por su cuello.

—¿Se le ha movido el pecho? —preguntó mi padre, limpiándose la salsa de tomate de la boca. Ni siquiera preguntó por el *ketchup*.

—Sí.

Volvió a inclinarse sobre él y sopló otras cuatro veces en la boca de Mooshum. Después, Mooshum se removió y tosió hasta que recobró el conocimiento.

Decidimos llevarle hasta el coche y, con el alivio del momento, nos pareció que no nos costaba el menor esfuerzo cargarle hasta el vehículo. Me senté en el asiento trasero sujetándole la cabeza entre mis brazos y, mientras nos dirigíamos raudos al hospital, sentí cómo el aire salía de su cuerpo sin volver a entrar, hasta que comenzó a respirar de nuevo, como un motor fueraborda que se ahoga.

En urgencias, Mooshum causó un gran revuelo. Las enfermeras llamaron a todo el personal para que le vieran cubierto de masa de pan, hasta que mi padre se enfadó y dijo:

—¡Ya basta de mirarle como idiotas! ¡Se supone que son ustedes profesionales! —y cerró la cortina a nuestro alrededor.

El médico de guardia tardó cinco minutos en llegar a la sala de urgencias. Se trataba de un médico joven que saldaba su deuda con el Gobierno trabajando en el Instituto de Sanidad Indio. Apareció tras la cortina mientras terminaba de ponerse la bata blanca. Por lo visto, las enfermeras no le habían contado lo del *ketchup* o la masa de pan, pero el médico reaccionó bien. Torció los labios, pero con una risa contenida. Mooshum frunció la boca bajo la máscara de masa de pan, con la salsa de tomate cayéndole como una baba desde la comisura de los labios hasta el cuello. Mi madre le acarició las manos suavemente y con cariño, y se las cruzó sobre el pecho. Mientras le mirábamos, ahí de pie a su lado, su rostro fue cambiando lentamente, hasta relajarse y mostrar una mueca de satisfacción. Mi padre resopló y le limpió la cara. Las enfermeras ya estaban de vuelta, escuchándonos. Permanecimos así una eternidad, en un expectante zumbido.

—Se le ve feliz —dijo mi madre—. Parece que vuelve en sí.

Mooshum empezó a respirar con normalidad.

—Ahora me voy a morir —suspiró.

—No es verdad, papá.

—Sí que lo es. Y quiero que mi amada venga a verme. Aquí, al hospital. ¡Llamad a Neve! Es mi última voluntad.

—Ni siquiera te van a ingresar, papá. Nos dejan llevarte a casa.

—No, hija mía, me muero.

Dio la impresión de perder el conocimiento y mi madre le sacudió, pero en ese preciso instante se asomó el padre Cassidy por la cortina. Le brillaban los ojos y llevaba la Biblia en la mano. Mi madre no quiso apartarse, de modo que el sacerdote tuvo que estirar el cuello para mirar a Mooshum a la cara.

—¿Todavía estoy a tiempo? —preguntó en voz alta—. Una de las enfermeras me avisó.

Mooshum frunció el ceño y abrió los ojos.

—¡Hay tiempo! ¡Qué suerte!

El padre Cassidy susurró una oración ferviente. Traía los santos óleos en un

pequeño estuche. Los sacó y empezó a colocarlos afanosamente en la mesilla de acero inoxidable que había junto a la camilla. Mooshum soltó un gruñido de fastidio y se incorporó.

—Si no me va a dejar morir en paz, pues viviré, aunque no lo quiera. No me va a pillar esta vez, Brinco Alegre. ¡Prolongaré mi vida!

Mooshum bajó las piernas por un lateral de la camilla y se levantó tambaleándose. Mis padres le sujetaron, uno a cada lado. Un último hilo de *ketchup* le caía por la boca.

—Me han contado que en el paraíso indio vivimos con los búfalos. Eso me satisface. Además, usted ya habló de mí en la iglesia. No podría haber deseado una despedida mejor.

—Me he disculpado por ello una docena de veces —respondió el padre Cassidy. Empezó a recoger sus santos óleos con su dignidad herida y guardó con cuidado las pequeñas servilletas blancas y almidonadas que contenía el estuche.

Mi madre ayudó a Mooshum a ponerse el abrigo de mi padre. Cobraba fuerzas por minutos. Seguía desprendiendo masa de pan, pero ahora en copos secos. El padre Cassidy reparó en ello y preguntó qué había ocurrido.

—Se cubrió de masa de pan —expliqué.

El padre Cassidy sacudió la cabeza y cerró la tapa de su estuche de cuero. Todavía seguía conversando amistosamente con las enfermeras cuando nos marchamos. Un año más tarde abandonaría el sacerdocio, volvería a casa, se dejaría barba y se convertiría en empresario. Vendería ternera de Montana, que exportaría a Japón y al resto del mundo. Aparecería en vallas publicitarias y en anuncios de televisión. Sus característicos brincos, sus maneras de becerro y su enérgica vitalidad se convertirían en las señas de identidad de la industria de la carne bovina, haciéndole muy rico.

Antes de que regresara a la universidad ese fin de semana, Corwin vino a casa a buscarme. Nos subimos al coche y me llevó a un lugar desierto y alejado en medio de un descampado, donde podíamos ver las luces acercarse desde muy lejos. Nos pasamos al asiento trasero, con las ventanillas medio abiertas —era una noche inusualmente cálida para el mes de noviembre—, y nos besamos. Un beso extraño, íntimo, fraternal. Después, fue un beso doloroso y hambriento. Nos arrancamos la ropa, pero de repente nos detuvimos en seco, confusos, sobrecogidos por una tímida aversión. Nos quedamos sentados, dándonos la mano, hasta quedarnos medio dormidos. Clareaba y el suelo reflejaba vetas de fuego. El sol saldría pronto. Escudriñé a Corwin bajo la suave luz grisácea. Su rostro parecía hinchado y amoratado. Teníamos el cuerpo entumecido tras dormir encogidos el uno junto al otro. Tal vez había estado llorando en secreto. Me acarició la cara, me colocó el pelo



detrás de las orejas y luego deslizó su mano entre mis piernas.

—Oye, Evey —dijo enseñando sus dientes—. Se supone que tú y yo nos vamos a casar. Se supone que nos debemos amar hasta la muerte, hasta que la muerte nos separe.

Tenía el gesto muy serio y emocionado, mientras la luz se filtraba alumbrándole el cuello y la boca. Sus ojos se mantenían ocultos en una mancha de sombra.

—Iremos a París —anunció—. Iremos a ver a Joseph a la universidad y cogeremos un avión desde allí. París, como siempre has querido. Follaremos en las calles, follaremos en la catedral, follaremos en las putas cafeterías, ¿sabes?

—¿Qué catedral? —pregunté.

—La más hermosa de todas —respondió Corwin—, la que tenga las mejores estatuas.

—De acuerdo —dije—. ¿Qué cafetería?

—Una que esté abierta toda la noche y tenga mesas muy altas. Podría ser.

—¿Y las calles, qué calles?

—Todas las calles. Nos llevaremos un plano.

Yo había estudiado el callejero en las guardas de mi manual, un asombroso laberinto.

—Será mejor que vayamos allí cuanto antes —continuó Corwin—. Es muy probable que estén construyendo nuevas calles en París justo en este instante.

—¿Qué pasa si no quiero, puesto que soy lesbiana?

Corwin se quedó callado. Al cabo de un rato, habló de nuevo.

—¿O sea que crees que podría ser algo permanente?

Mientras regresábamos lentamente a casa, nos cruzamos con un anciano que caminaba arrastrando los pies, con el abrigo ondeando y el pelo revuelto. Era Mooshum. Detuvimos el coche un poco más adelante, dimos media vuelta en la carretera vacía y volvimos a toda velocidad a su lado. Seguía avanzando con torpeza, así que me bajé rápidamente del coche y lo arrastré hasta el vehículo.

—Vamos, sube.

Me miró, ausente.

—Vaya, eres Evey.

—Sube al coche, Mooshum. ¿Adónde vas?

—De visita.

Dejó que le empujara dentro del coche y, una vez en el interior, dijo con voz grandilocuente:

—Llévame a casa de mi amada.

—De acuerdo —dirigí una mirada cansina a Corwin, que miraba al frente—. Es mi tía Neve. Quiere ir a verla.

—¿Y por qué no? —respondió Corwin, cambiando de marcha con una mueca de

resignación.

Mientras nos dirigíamos a Pluto, caí en la cuenta de que en ese momento mi madre estaría probablemente hablando con la policía tribal. Se ponía histérica con Mooshum. Así que, en cuanto la tía Neve abrió la puerta —en albornoz, sin maquillaje y con el cabello aplastado—, le dije que necesitaba utilizar su teléfono. Mooshum y Corwin se sentaron en el sofá mullido y dorado de la tía Neve y esperaron mientras la mujer salía de la habitación para preparar un poco de café. Mooshum movió las manos hacia Corwin, indicándole que se marchara. Me alejé de ellos con el teléfono y tapándome un oído con la mano.

—¿Mamá? Mooshum está conmigo y estamos en casa de la tía Neve.

Mamá soltó un par de improperios, pero sobre todo parecía aliviada. Dijo algo a mi padre y luego añadió:

—Espera, tu padre quiere hablar contigo.

—¿Evey? ¿Estás en...?

—En casa de la tía Neve.

—¡Ah!

Su voz sonaba tensa y crispada, más nerviosa de lo que le había oído nunca.

—Mira —dijo—, ¿tienes alguna forma de echarle un vistazo a su correo?

—¿Qué?

Mi padre me explicó que Mooshum asaltaba su colección de sellos cada vez que mi madre se negaba a enviar sus cartas y había pegado varios sellos muy valiosos, «extremadamente valiosos» (la voz de mi padre tembló un poco), en un sobre que había echado a hurtadillas al correo hacía dos días. Abrí la boca para confesar que había sido yo quien había enviado la carta de Mooshum, pero me lo pensé dos veces.

—Anoche me alteré un poco —continuó mi padre—. Esta mañana decidió marcharse...

Y en ese momento, alguien llamó a la puerta.

—¿Puedes abrir, cielo? —la tía Neve hablaba desde su habitación y su voz sonaba como un melifluo gorjeo. Estaba segura de que cuando emergiera de nuevo, estaría impecablemente arreglada.

Dejé el teléfono y abrí la puerta. Era el cartero con una carta con insuficiente franqueo entre el resto del correo. Pagué el franqueo con monedas de mi propio bolsillo y me guardé el sobre en el sujetador. Cerré la puerta, dejé el resto del correo en la mesa auxiliar y cogí de nuevo el teléfono.

—Ya la tengo. La carta tiene un sello de un centavo, azul, con la efigie de Benjamin Franklin.

Oí cómo mi padre luchaba con un zarpazo de emoción al otro lado.

—Se le llama Z Grill, cariño. Si me traes ese sello de vuelta a casa sano y salvo, te prometo que te mando a París.

Colgué el teléfono. Mi padre nunca me llamaba «cariño», ni a mí ni a nadie. Y era la segunda vez en esa mañana que me prometían un viaje a París. Miré fijamente a Mooshum. Tenía el cabello plateado, recogido en una cuidadosa cola de caballo. Llevaba puesta la dentadura, como una hendidura blanca en su rostro arrugado. Se había afeitado a conciencia. Su ropa estaba impecable y los zapatos bien lustrados. Había sacado el pañuelo para limpiarse la punta de la nariz.

Mooshum me dirigió una mirada muy expresiva que tradujo enseguida como un «largo de aquí», de modo que cogí a Corwin de la mano y salimos rápidamente. Nos subimos al coche, arrancamos y volvimos a la carretera. Una vez en el asfalto, intentamos hablar de nuevo, pero no nos salía nada. Puse la mano en la pierna de Corwin, pero él la dejó ahí y ambos permanecemos callados. Era una situación incómoda y pronto mi brazo me empezó a doler de la tensión.

—Será mejor que nos pongamos a ahorrar para los billetes de avión —dijo antes de que me bajara del coche. Estábamos aparcados en la calle enfrente de mi casa.

Le di un beso y me marché. Cuando miré por la ventana de mi casa unos diez minutos más tarde, el coche seguía allí. La siguiente vez que miré ya no estaba.

La tía Neve invitó a Mooshum a pasar esa noche en su casa. Justo cuando me disponía a marcharme a la universidad a la mañana siguiente, apareció en su Buick amarillo. Observé desde el umbral de la puerta cómo Mooshum bajaba con cierta dificultad del asiento del copiloto y rodeaba la parte delantera del coche, ágil como un muchacho, pasando la mano por el capó y dirigiendo una mirada de halcón a la tía Neve, sentada detrás del parabrisas. Mientras la tía Neve se alejaba, Mooshum la despedía con la mano lentamente. El Buick desapareció, pero Mooshum no se movió. Mantuvo la mano en el aire hasta que se encogió y volvió a ser un anciano. Cuando por fin dio media vuelta y se arrastró hasta la casa, bajé las escaleras y le cogí del brazo.

—*Awee!* —su rostro rebosaba emoción mientras subíamos los escalones—. Por fin, cielo. Ojalá estuviese aquí Brinco Alegre. Casi lo desearía. Por fin tengo algo que confesar.

Me pusieron mi nombre por el primer amor de Louis Riel, una muchacha que conoció al poco tiempo de que le dieran el alta en el centro psiquiátrico de Beauport, cerca de Quebec, en 1878. Lo habían encerrado allí para seguir un tratamiento tras sufrir un ataque de risa incontrolable durante una misa. La Evelina de Riel era rubia, alta, humilde y amante de las azaleas. Fue Mooshum quien sugirió a mamá que me pusiera el mismo nombre que el amor perdido de Riel, y siempre se sintió muy orgulloso de que le hiciera caso.

Durante varios meses, de hecho todo el invierno, mi padre le guardó rencor a Mooshum por haber estado a punto de sabotearle su jubilación al robarle no sólo el Z Grill sino además un sello sueco de tres chelines emitido en 1855 e impreso en naranja en vez de en azul. Éste fue devuelto por franqueo insuficiente. Al menos Mooshum había añadido un remite, advertí al examinar el sobre durante las vacaciones de Navidad.

—No bromees con eso. Es el futuro de nuestra familia —dijo mi padre.

Mooshum había empleado una inofensiva pasta de harina mezclada con saliva para pegar el sobre. La estampilla no llevaba siquiera un matasellos ni un sello de cancelación, porque el cartero de Pluto no había sabido cómo resolver el error de otro modo que no fuera llamando a la puerta para pedir el franqueo correcto. Mi padre había humedecido los sobres para retirar con cuidado sendos sellos y los guardó de nuevo en sus respectivas páginas del álbum. Me enseñó sus sellos preferidos. Hasta que no llegase a un acuerdo sobre un precio por correo, había decidido guardar toda la colección en una caja fuerte que no estuviera en el banco de su hermana.

A finales de marzo, mientras viajaba en coche a Fargo con toda la colección, mi padre patinó sobre una mancha de hielo negro, se salió de la carretera y dio varias vueltas de campana hasta detenerse en el borde de un campo de remolacha. El coche se quedó quieto, pero fue una quietud engañosa. Mi padre estaba solo e inconsciente, por lo que los álbumes de sellos se quedaron atrás. Los cristales y las lunas se habían roto por completo y gran parte de lo que se hallaba en el coche había salido volando mientras el coche daba vueltas de campana con las puertas abiertas. Los álbumes se quedaron en algún lugar bajo la lluvia fría y torrencial que empezó a caer al poco tiempo de volver en sí en el hospital de Saint John. Lo primero que hizo fue preguntar por sus sellos, pero, por supuesto, lo último que les preocupaba a los médicos era una colección de sellos.

Después de que llegáramos al hospital y comprobáramos que papá se encontraba bien, Joseph y yo salimos en busca de los sellos. Encontramos los álbumes a unos trescientos metros del lugar donde el coche se había detenido tras el accidente. Los libros encuadernados en cuero estaban abiertos de par en par, combados y deshechos. Recogimos sellos de las espadañas y despegamos otros de los húmedos terrones de barro. Cuando llevamos todo lo que habíamos encontrado a la cama del hospital, el semblante de mi padre se alteró. Fingió que se quedaba dormido. Nuestra madre nos dijo:

—Está desesperado.

No sabíamos que los sellos fueran tan valiosos.

Pasaron semanas antes de que papá estuviera lo suficientemente repuesto como para volver a casa. La mayoría de los sellos que encontramos se hallaban en un estado de fragilidad tal que, una vez secos, se desintegraban en minúsculos confetis

en cuanto intentaba manipularlos. Vi con mis propios ojos cómo trató de reconstruir el Z Grill de Benjamin Franklin. Había encontrado esa estampilla en el campo de remolacha, pegada a una raíz podrida. Tal vez los fertilizantes químicos de la tierra habían dañado el papel. Fue inútil. Cuando levantó el timbre con unas pinzas, se deshizo en un montón de polvo increíblemente precioso, que recogió mientras caía.

    Mi padre inspiró hondo y me miró.

    Pasó un minuto. Me pidió que le acompañara a la puerta trasera para contemplar cómo se evaporaba medio millón de dólares.

    —¿Lista? —preguntó.

    Y nos quedamos al sol mientras soplaba en la palma de su mano.

## Un camino en el cielo

El día en que al fin la tía Geraldine se casó con el juez Coutts, ante la presencia de todos nosotros, había una estela de nubes en forma de espiga que corría de este a oeste y semejaba un camino polvoriento. Creo que reparé en él antes de que nadie lo mencionara y se lo señalé al juez.

—Andaré ese camino con Geraldine —dijo enseguida el juez, y se le humedecieron los ojos.

No se casaron por la Iglesia católica (para gran desilusión de Geraldine y mi madre). Además de su prolongado escándalo en el malogrado panegírico de Shamengwa, mi madre mantenía que el juez Coutts se negaba a confesarse y ser absuelto de sus pecados. Le contó a Brinco Alegre que no podía arrepentirse de haber mantenido relaciones sexuales fuera del matrimonio y se negó a pedir perdón, aunque autorizó al sacerdote para que le absolviera si quería. El padre Cassidy dijo que no solemnizaría sus votos en semejantes condiciones. Por ello, se desposaron ante el juez tribal que había precedido al juez Coutts, en una pequeña elevación del terreno que dominaba un campo de trigo a medio crecer donde se mezclaban salvia y alfalfa: la vieja parcela de Mooshum.

Pronunciaron sus votos matrimoniales y fueron declarados marido y mujer. El juez Coutts besó a Geraldine y todo el mundo se fundió en abrazos. Pudimos notar, por la cara del juez, que sentía un alivio inmediato, como si fuera un hombre recién salido del quirófano, todavía medio anestesiado, pero consciente de que sobreviviría.

Nuestras familias respectivas se habían acostumbrado a tener entre sus filas a alguna pareja no casada viviendo en pecado. La tía Geraldine se había mostrado dispuesta, muy sorprendentemente, a aceptar su papel de oveja negra de la familia, y el juez Coutts siempre había temido que, en el fondo, a ella le gustara demasiado ese papel como para renunciar a ello. Ahora no desviaba la vista del cielo, mientras apretaba la mano de Geraldine y le señalaba las alturas.

—Ahora ya no tendré que andar solo por ese viejo y polvoriento camino —oí que le decía, en lo que me pareció un ligero ataque de sentimentalismo algo cursi.

La mujer le acarició el rostro con el pañuelo y le dijo:

—¡Ánimo, juez!

Las lágrimas le corrían por las mejillas y no sabía por qué. Su madre todavía seguía viva para acompañarle: el cuerpo diminuto y encogido de una señora en una silla de ruedas.

—Mira —dijo Geraldine, haciéndole señas para que se acercara—, no llores. No

puedes permitir que la gente piense que eres un debilucho.

Pero sonreía; todo el mundo sonreía. Flotaba en el aire una vertiginosa sensación de buenos propósitos. La aprobación formaba una bóveda sobre ellos como un arco iris de globos. Por supuesto, Corwin tocó para nosotros; era la única diversión. Cuando somos jóvenes, las palabras se dispersan a nuestro alrededor. A medida que se van ensamblando con la experiencia, también nosotros lo hacemos, frase a frase, hasta que la historia va tomando cuerpo. No quería marcharme. No sabía lo que me iba a pasar, malo o bueno, ni si sería capaz de soportarlo, fuese lo que fuese. Pero la música de Corwin, una melodía sin palabras que mi tío abuelo le había enseñado, animó el ambiente. Mientras me alejaba, seguía oyendo esa música.

## **El juez Antone Bazil Coutts**



## El velo

Después de la boda, nos subimos al coche decorado con un cartel de «recién casados». Unos globos blancos, varias latas y una orla de plástico colgaban del parachoques. Cogí la mano de Geraldine y la sujeté entre los dos en el asiento mientras el coche traqueteaba de camino al salón de fiestas de Knights of Columbus. Nos habían permitido alquilar el local a pesar de no ser una boda religiosa y, ahora, sabía que estaban llevando a la mesa del bufé, desde los fogones de la cocina del KC, grandes pucheros de sopa de carne, alubias en salsa de tomate, panecillos fritos, patatas y pollo asado. Pasaríamos delante de ella y llenaríamos nuestros platos, y comeríamos en una emocionada, jovial y distorsionada alegría. Nuestra tarta nupcial consistía en cuatro pisos blancos adornados con brillantes rosas de azúcar. Cuando llegó el momento de cortarla, coloqué mi mano sobre el puño de Geraldine mientras ella cogía el cuchillo. Sonreímos para las fotos cuando la hoja del cuchillo hendió la base de la tarta.

Clemence quitó el piso de arriba con las figuritas para que nos lo lleváramos a casa. Al novio de plástico le habían pintado la toga de juez y la novia llevaba un traje blanco. El pelo negro y ondulado le llegaba a los hombros como a Geraldine. Evelina había hecho las figuritas.

—Me gustaría guardarlos en mi escritorio —dije mientras despegaba la diminuta pareja de la tarta y me la guardaba en el bolsillo.

Y de ese modo empezamos Geraldine y yo nuestra vida de casados, al fin.

Habíamos decidido ahorrar nuestro dinero para una luna de miel de verdad y viajar a algún lugar exótico más adelante; nos bastaba con que nos permitieran reanudar nuestra vida doméstica. Teníamos el fin de semana por delante. Alguien, posiblemente Evelina, había pegado un cartel en la puerta principal de la casa: «Se prohíben las visitas». Dejamos el cartel y entramos en casa; cerramos la puerta y nos quedamos de pie en el pequeño vestíbulo. Retiré el tocado blanco de Geraldine con su precioso velo de tul, pero se lo volví a poner enseguida, bajé el velo para cubrirle el rostro y la besé a través del encaje. Los firmes agujeritos dejaron una huella en su boca hasta que el velo quedó atrapado entre nuestros labios y nuestras lenguas. En ese momento nos deseamos con tanta ansia que nos dirigimos directamente al dormitorio y no volvimos a aparecer hasta última hora de la tarde, mareados y tranquilos. Geraldine se acordó de la pequeña tarta nupcial y fue a buscarla. La congelamos para

comérmola en nuestro primer aniversario de bodas. Preparamos unas tostadas y un poco de té y llevamos los platos y las tazas a la habitación, que mostraba un inusual desorden. El traje de Geraldine estaba arrugado sobre una silla, con la chaqueta abierta desvelando el brillante forro de raso. Su pequeño tocado de novia había volado hasta una esquina de la habitación y el velo parecía haberse disuelto como azúcar glaseado. Geraldine dio un bocado a la tostada y unas migajas se esparcieron por el canesú de su *negligé* y su clavícula desnuda. Me incliné hacia delante y le quité las migajas suavemente con la mano; mis dedos se detuvieron y luego descendieron bajo la ropa hasta su oscuro pezón.

—No me parece... —empezó Geraldine—, no me parece...

Pero después me dirigió aquella sonrisa, muy cerca, y se deslizó sobre mí, abriendo el *negligé*.

Me preguntaba si abandonaríamos algún día esa cama. No quería hacerlo. Viejo amor, amor maduro, el tipo de amor que se conoce a sí mismo y sabe que nada perdura eternamente; es un estado salvaje, desesperado y compartido. Me quedé tumbado a su lado en la oscuridad. Dormía sin hacer ruido, solemnemente y con el ceño fruncido en medio de sus sueños adustos. Como hago a veces para conciliar el sueño, me imaginé planeando sobre nuestros cuerpos, elevándome después hasta atravesar el techo para emprender un oscuro viaje por la reserva y los pueblos vecinos. Esta vez no funcionó, sino que produjo el efecto contrario. Mi cerebro se espabiló. La adrenalina y las caprichosas cabezadas me habían acelerado. Los pensamientos me daban vueltas en la cabeza. La vida se inmiscuyó de lleno, tanto la vida con minúsculas como con mayúsculas. Pensé en todas las personas que habían venido a nuestra boda. Me volvió a conmover la manera en que la familia Milk había acogido nuestro matrimonio. Su felicidad era sincera, no reprimieron ningún sentimiento, no hubo nada de la sutil desaprobación que había temido, ni siquiera por parte de Clemence. Sin duda conocían la larga relación que había mantenido con una mujer casada de Pluto, que no pertenecía a la reserva. No albergaba ninguna ilusión de que mi primer amor, condenado al fracaso, se hubiera mantenido en secreto para la gente, salvo para el marido de C. Sin embargo, parecían haber borrado mi pasado. Al fin y al cabo, Geraldine había conseguido que demostrara mi valía.

En cuanto a Geraldine, si ella estaba al tanto de lo que yo había hecho y de a quién había amado, nunca habló de ello, y yo siempre se lo he agradecido. Pero si bien nunca le he contado la verdad acerca de mi pasado, de lo que ocurrió en Pluto, estoy seguro de que sabía por qué había permanecido soltero tanto tiempo y había vivido tranquilamente con mi madre durante todos esos años hasta que la conocí. Nunca le conté que todo empezó cuando yo era un muchacho que aún no había terminado el instituto. Nunca le hablé de mi primer amor ni le expliqué el poder que

ejerció sobre mí. Nunca le hablé de C.

Ojalá pudiese decir que en la noche siguiente a nuestra boda sólo pensaba en Geraldine. Pero las migas en nuestra cama y la miel en el té me recordaron otros tiempos y otra cama. No creo que fuera desleal por mi parte permanecer acostado junto a Geraldine y recordar aquella historia, tan desoladora en muchos sentidos. Al mismo tiempo, me sentía maravillado y abrumado de gratitud. Una vez que me clavó su agujón, nunca imaginé que el amor volvería a cruzarse en mi camino. Nunca creí que pudiera amar a nadie que no fuese C.

## Demolición

La primera mujer a la que amé era un poco más corpulenta que yo. En la cama, C. se movía con la agilidad de una pantera; era increíblemente rápida. Primero se ponía arriba y luego, en una fracción de segundo, debajo, sin interrumpir la fluidez de nuestros movimientos. Cada vez que nos acostábamos era como si estuviéramos viajando a alguna parte, campo a través o en tren. También teníamos problemas con el hambre cuando hacíamos el amor. En algunas de nuestras posturas favoritas me entraba un hambre feroz, lo que me debilitaba. C. me preparaba un bocadillo o dos y llevaba la comida a la cama. A veces dejaba un vaso de leche en la mesilla junto al cabecero de la cama y siempre había un frasco de miel con forma de oso, del que C. bebía como si fuera una botella. Tenía mucha fe en los poderes reparadores de la leche con miel. En alguna ocasión, para vigorizarme, vertía la miel directamente en mi boca, a continuación empapaba un trapo en el vaso de leche fría y me lo pasaba por el cuerpo. En verano la leche se agriaba con el calor, y un día mi madre reparó en ello cuando entré por la puerta de casa. Mi aventura sentimental con C. era clandestina, así que le conté a mi madre sin pensar que había conseguido trabajo con el lechero.

Me oyó mal.

—¿Qué? ¿En el cementerio?

—Sí —sostuve.

Y así fue como acabé trabajando en el cementerio de Pluto. Para que mi mentira no fuera descubierta, al día siguiente me presenté allí con la esperanza de conseguir un empleo. Me contrató un hombre llamado Gottschalk, que había trabajado allí casi toda su vida. Las paredes de su pequeño despacho estaban cubiertas de recortes de periódicos y obituarios. Había dibujado un plano del cementerio y sabía todo de cada persona enterrada allí: cuándo habían llegado al pueblo y qué habían hecho, qué había llevado a la familia a elegir esa particular lápida o panteón, cuáles habían sido la causa y el momento de la muerte y qué propiedades habían legado. Mi abuelo Coutts ya estaba sepultado allí y su tumba aparecía señalizada con un enorme obelisco de piedra caliza con las siguientes palabras grabadas en la base: «Qui finem vital extremum inter munera ponat naturae». Es tan natural morir como nacer. Había un hueco a su lado para su esposa. Pero la mujer se había vuelto a casar y no lo había utilizado. También yacía allí mi padre, con una bonita lápida negra lo suficientemente ancha como para dos personas. También él era aficionado a las citas, aunque no en latín. Le gustaba Thoreau (tal vez por eso se quedó en Dakota del Norte) y odiaba

cualquier tipo de frivolidad. «Benditos sean aquellos que nunca han leído un periódico, pues verán la naturaleza y, a través de ella, a Dios». Mi madre había grabado ya su nombre junto al suyo, así como su fecha de nacimiento. Había dejado un espacio en blanco para la fecha de defunción, algo que a mí me disgustaba pero que a ella la reconfortaba.

Gottschalk me señaló un hueco adicional y comentó que mi abuelo había adquirido una parcela amplia para toda la familia. Había sitio para mí y mi esposa, incluso para un par de hijos. En aquel momento parecía algo lejano e irrisorio, pero con el paso del tiempo me siento cada vez más agradecido de que aquellos espacios junto a mis antepasados permanezcan vacíos, a la espera. También he pensado en Geraldine y me he preguntado si consentirá en ser enterrada a mi lado, pero todavía no he tenido el valor de preguntárselo.

Tenía diecisiete años cuando empecé a cavar tumbas para los muertos de Pluto. Tomaba las medidas con una cuerda y luego utilizaba cuatro estacas para tiendas de campaña para sujetar la soga y formar un rectángulo. Más tarde, compramos un rodillo de tiza, del mismo tipo que se utiliza en los institutos para dibujar los campos de fútbol. Cortaba el césped en secciones, lo despegaba como quien arranca una cabellera y depositaba los cuadrados sobre un trozo de arpillera húmeda. Utilizaba una excavadora que parecía de juguete y terminaba las tumbas a mano con una pala. Después del entierro, cubría los ataúdes de tierra, formando un montículo de modo que el suelo no se hundiera una vez que la tierra se asentara. También cortaba el césped con un cortacésped caprichoso y aprendí a podar los árboles para que crecieran de una forma elegante y natural. Aprendí a mantener los archivos de defunciones en orden y, al cabo de un tiempo, conocía el mapa del cementerio tan bien como Gottschalk. Podía guiar sin dificultad a la gente cuando necesitaban ayuda para encontrar a algún familiar o deseaban ver el monumento conmemorativo de guerra, las ornamentadas cruces de hierro rusas o las sencillas y corrientes piedras del campo que señalaban las tumbas de una familia que había sido asesinada aquí hacía mucho tiempo.

En principio, sólo iba a tratarse de un trabajo de verano antes de que empezara la universidad. Pero una vez que comencé a mantener relaciones sexuales con C. no pude renunciar al sexo ni dejarla a ella ni abandonar el pueblo. Además, una vez que empecé a pasar los días junto a los muertos, me acostumbré a la paz, tal y como me había advertido Gottschalk. Incluso me puse a añadir recortes de periódicos a los suyos, de personas, lugares o acontecimientos interesantes. En aquel momento se desató una polémica acerca de la proliferación en nuestro pueblo de bares con bailarinas de *striptease*. Se produjo un intenso debate en la comunidad para decidir qué grado de desnudez debería tolerarse. Recortamos y pegamos en la pared todos los editoriales sobre la controversia.

—Si la gente pudiera ver las cosas como nosotros... —dijo Gottschalk—. Da igual el tamaño del tanga o de los pompones, al final acabamos todos bajo tierra.

A los seis meses de ese comentario, cavé su tumba. Preparé el lugar de su eterno descanso con un esmero especial, como correspondía a alguien que había cuidado tan minuciosamente el último viaje de sus conciudadanos. No había nadie más realmente para sustituir a Gottschalk, así que, a la edad de veinte años, me convertí en el gerente del cementerio municipal de Pluto, lo cual me ayudó enormemente a mantener mi relación sentimental en secreto: nadie quería salir conmigo.

No quiero decir que mi trabajo desanimara a las mujeres. Al contrario, a menudo parecía fascinarlas. Pero había cierta ausencia de futuro en él y las muchachas lo sabían. En cuanto descubrían que me sentía satisfecho con mi trabajo, dejaban de molestarme, aunque frecuentara bares y lugares de ese tipo. Adopté la postura más radical a favor del *topless* completo, porque me gustaba contemplar a Candy, que se sacaba piruletas de su tanga reglamentario y las arrojaba a los parroquianos del local. Los caramelos estaban envueltos higiénicamente. En cierta ocasión, un cliente habitual se tragó el palo de la piruleta, obnubilado quizá por uno de los novedosos contoneos de Candy. No había tenido que enterrarle, pero casi. La muchacha repartía el mismo tipo de chupachús que las tiendas de ultramarinos dan a los niños; de hecho, allí los conseguía: gratis. Con el tiempo conocí muy bien a Candy y deseé que su negocio prosperara; además estaba encantado de despertar los suficientes celos en C. como para que se peleara conmigo.

Mientras yo me veía con Candy, o simplemente coqueteaba con ella, C. restauraba su vieja casa para estar cerca de mí.

En una época, el cementerio se levantaba en el extremo occidental del pueblo, pero el vecindario ha crecido y ahora está rodeado por manzanas de casas, todas dando la espalda, por respeto o temor, a las tumbas y panteones. Después de la pelea a causa de mi amiga, la bailarina de *striptease*, C. trasladó la consulta a su casa, cuyo patio colindaba con el cementerio. Remodeló las salas de estar y convirtió el porche en recepción. Dejó la parte trasera frondosa y reservada para su uso privado. Podía abandonar la vieja oficina de Gottschalk, que ahora era mía, o ir andando desde el cobertizo donde guardábamos todo el material, que se encontraba en la linde de un macizo de pinos, y entrar por la puerta trasera de C. sin que nadie me viera. El problema era que nos resultaba completamente imposible separarnos, aunque C. perdía peso y encogía considerablemente, hasta que al cabo de un tiempo no era mucho más grande que yo.

Mi vida siguió su curso tranquilamente durante los cinco años que siguieron a la muerte de Gottschalk. Un día a principios de junio, cuando las lilas y las celindas acababan de replegarse, empecé a trabajar, como siempre, en medio de rosas, lirios y

luego peonías. Esta sucesión de colores y fragancias siempre me ha sacado de mi ensimismamiento y me ha producido cierto vértigo. En cuanto me levantaba por la mañana, me ponía a trabajar en los jardines que rodeaban la casa. Las abejas revoloteaban, en un número inusual en nuestro patio, y me hallaba rodeado de sus pequeños y vibrantes cuerpos. Me seguían mientras trabajaba, pero me gustan las abejas. Parecen saber que respeto su naturaleza, admiro su industria y comprendo que son esenciales para todo cuanto crece. Las espantaba con suavidad, como hago siempre. De hecho, sólo me han picado dos veces en toda mi vida. Cuando terminaba de arrancar las malas hierbas y regar, me dirigía tranquilamente a la habitación de mi madre, donde dormía erguida con una botella de oxígeno. La gravedad de su estado la había vuelto arisca y amargada durante un tiempo, pero incluso cuando se encontraba fatal, seguíamos disfrutando de nuestra mutua compañía. Era una mujer chippewa enjuta y huesuda. Le gustaba bromear, había entregado su vida a mi padre y ahora se volcaba en mí.

—¿Adónde vas? —su voz sonaba ronca por entonces. Por supuesto sabía adónde iba, pero quería soltarme su monserga.

—A trabajar.

—¡Pronto cavarás una tumba para mí!

—No es verdad.

—¡Claro que sí!

Gritó esto último con una macabra alegría en la voz. Empujé su silla de ruedas hasta la puerta del cuarto de baño y se levantó, apoyándose en la barandilla que yo había instalado.

—¡Fuera!

Cerré la puerta. Ambos temíamos el día en que incluso este último rescoldo de intimidad nos fuera arrebatado. Ambos pensábamos en la residencia de ancianos de Pluto, pero para poder ingresarla allí tendríamos que vender la casa, que era una vieja, preciosa y reconfortante edificación, en una parcela doble cuyo jardín había cuidado toda mi vida. Mi madre quería dejarme la casa a mí. Y con ese fin, intentaba morir alegremente. Se debilitaba voluntariamente dejando de comer; esperaba ahogarse mientras dormía prescindiendo de la botella de oxígeno. Pero su fuerte naturaleza no se dejaba engañar por esas artimañas.

—Ya está, estoy lista —dijo en voz alta.

En la cocina, comió una tostada y sorbió despacio una taza de café. Intenté que bebiera un poco de agua, pero también procuraba deshidratarse. Como cada día, me preguntó qué haría por la noche. Le preocupaba que apenas saliera ahora.

—Voy a jugar al póquer contigo, mamá. Después veré las noticias y apagaré las luces.

—Necesitas una esposa, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

—No vas a encontrar ninguna quedándote en casa con tu madre.

—Ya sé a cuál quiero.

—¡Olvídate de esa vieja y reseca mujerzuela! —dijo, asestándome un golpe. Había descubierto lo mío con C. hacía ya algún tiempo—. Búscate una jovencita y dame un nieto, Bazil. Te curó el cáncer, pero no es buena para ti en nada más.

De niño, me salieron unos extraños bultos en la cabeza. Aparecían y desaparecían hasta que C. logró curarlos del todo milagrosamente, de una manera indolora, recuerdo, y que no dejó cicatriz alguna. Mi madre siempre había estado convencida de que había tenido un tumor cerebral, aunque seguramente no fuesen más que quistes o verrugas. Pero no la corrijo, dado que cree que le debo la vida a C. y eso embrolla la discusión sobre nuestro amorío. A veces, cuando mi madre empieza a darme la lata, incluso suelo resaltar que estaría muerto sin ella.

Siempre me sentía ansioso por llegar al cementerio a principios de verano. Moría muy poca gente en esa época del año. Acudían visitantes principalmente. Cuando yo trabajaba allí, teníamos el cementerio más pintoresco del Estado. Salíamos en los folletos. A plena luz del día, las peonías eclosionaban de sus capullos compactos para convertirse en flores perfumadas con multitud de pétalos rosas en forma de confeti. Llevaba un jarrón que llenaba de flores para C. Solía acercarme a su casa después de las cinco de la tarde, cuando se marchaba la secretaria. Siempre me cuidaba mucho de cruzar el patio trasero a toda prisa, bordeando la valla.

Recuerdo aquel día en concreto porque fue el día en que me anunció que se iba a casar con el hombre que había reformado su consulta.

—Es la única manera de acabar con todo esto —dijo.

Estaba atónito.

—Ya soy lo bastante mayor. ¿Por qué no te casas conmigo?

—Conoces la respuesta. Te llevo demasiados años.

Yo tenía veinticinco.

—Pensé que eso dejaría de importar algún día.

—Yo también solía pensarlo.

—¿Crees que me importa lo que piense la gente? ¡No me importa lo que piense la gente!

—Ya lo sé.

Dijo que tenía que pensar en su profesión, en su posición y en la confianza que depositaban en ella sus pacientes. Volví a escuchar todo eso una y otra vez.

—¿No podemos dejarlo ahora? —preguntó con voz cansada.

—No —respondí. Mi voz era tan fuerte como débil sonaba la suya.

Y no lo dejamos, aunque se casó con Ted Bursap, un constructor. Ted sólo era



cinco años más joven que C. Estaba convencido de que Pluto tenía futuro y su esposa acababa de fallecer muy oportunamente. La había enterrado yo mismo en un sencillo ataúd de madera de pino. Había interpretado ese detalle como una muestra de la mezquindad de Ted, aunque es posible que fuese lo que la mujer deseaba. El matrimonio de C. me afligió tanto que empecé unos cursos a distancia en la profesión de mi padre y mi abuelo, y descubrí que me gustaba el derecho. Por supuesto, contaba con una impresionante biblioteca en casa: dos generaciones de libros de derecho y filosofía. Sin hablar de los volúmenes de ficción y poesía, pero éstos ya los había leído. Desaparecía todas las noches. Eso ocurrió cuando descubrí los papeles de mi abuelo y cuando, por su culpa, empecé a leer a Lucrecio, Marco Aurelio, Epicteto y Plotino. Durante un tiempo, todo lo escrito después del año 300 a. de C. me parecía carente de interés, salvo la jurisprudencia, que me fascinaba y me mostraba que nada había cambiado desde los tiempos en que esos hombres habían escrito.

Ahora que procuraba progresar, a mi madre le parecía bien que no saliera por las noches. Durante un año tras su boda, C. y yo dejamos de vernos. Intenté no desviar siquiera la mirada hacia su casa, pero no podíamos vivir separados. Una calurosa noche de verano, contemplaba desde el cementerio cómo el sol se volvía blanco del bochorno y luego enrojecía. A través de los pinos, seguí a la enorme bola de fuego hasta que se hundió en el horizonte. Dirigí la mirada hacia donde había rehuido mirar, y descubrí a Ted alejándose de la casa en su camioneta. Avancé entre las tumbas y crucé el patio trasero, como solía hacer, y allí estaba ella, esperándome en las escaleras traseras de la cocina. Había estado esperándome allí cada tarde a las cinco en punto durante todo ese año. Dijo que no podía evitarlo, pero se había jurado a sí misma que nunca me lo haría saber y que me dejaría continuar con mi vida.

Por lo visto, Ted había ido a Hoopdance a negociar un contrato para una pequeña obra y tardaría al menos una hora en ir y otra en volver. Esas dos horas fueron diferentes de todas aquellas que habíamos disfrutado antes. Durante todo el tiempo en que hicimos el amor, bajo una luz cada vez más densa, nos escrutamos el rostro el uno al otro mientras los gestos iban y venían. Vimos placer y ternura. Vimos una profunda impotencia. Vimos la necesidad que suponía el sublime vértigo que se abría entre los dos.

El único problema de esos viejos filósofos, pensé mientras volvía a casa entre las tumbas, es que no otorgaban la suficiente trascendencia al insoportable peso del amor sexual humano. Era algo que, sin embargo, consideraban correctamente como una obstructiva deliberación, en guerra con la razón y capaz de mancillar el honor de un hombre, algo que yo aceptaba, por supuesto.

Ted nunca se enteró, pero me dije a mí mismo que tal vez ni siquiera le habría importado. Por lo que pude ver, nunca mostró un gran interés por el amor y los sentimientos.

Ted había construido la mayoría de las casas nuevas de Pluto, aquellas que sólo daban al cementerio por el patio trasero. También era responsable de muchos de los edificios más feos del pueblo. Ya odiaba a Ted antes de que se casara con la mujer que amaba, pero después, claro, pensé a menudo en lo feliz que me haría enterrarle y en lo rápido que cavaría su tumba. Más tarde, cuando empecé a verme de nuevo con C., mientras volvía a casa sabiendo que Ted pasaría toda la noche a su lado, imaginaba la satisfacción que sentiría al cubrir a Ted por completo de tierra y colocar una piedra sobre su cabeza. Una lápida barata y tosca. Sin un solo epitafio. Junto a su pobre mujer en su ataúd de pino. También odiaba a Ted Bursap por la forma en que destrozó este pueblo. Compraba las propiedades más viejas: majestuosas mansiones que empezaban a decaer e iglesias que habían consolidado a sus feligreses o los habían perdido con el paso del tiempo. Les arrancaba sus marcos de madera de roble, sus puertas talladas y sus vidrieras para vender todos esos vestigios a la gente de las ciudades. Tiraba abajo los armazones y levantaba edificios de apartamentos espantosos, revestidos de aluminio o de ladrillo de imitación, con tejados de listones a dos aguas o endebles balcones empotrados. Resultaba incomprensible que el ayuntamiento no se percatara de ello. Pero no había manera. Pluto no tiene conciencia de sus señas de identidad. Lo nuevo siempre es mejor, por muy barato o feo que sea. Ted Bursap demolió la vieja estación de ferrocarril y levantó un galpón semicilíndrico de chapa. Siempre estaba sonriente y alegre. No amaba a su mujer como yo; tampoco ella le había salvado la vida... Sólo le había curado una hernia. C. me contó que no había pasión entre ellos, aunque Ted era un hombre paciente y la trataba bien.

En cuanto nos reconciamos, tuve que evitar a Ted, así como a la secretaria de C. y a todos sus pacientes; a todo el pueblo, a decir verdad. Pero C. era el grito y yo el eco. La amaba todavía más. Había ocasiones en que éramos tan felices... Una tarde, me llevó por el oscuro pasillo que separaba el garaje de la cocina. En el interior, las persianas estaban bajadas.

—¿Te apetecen unos huevos? —preguntó—. ¿Café?

—Tomaré un poco de café.

—¿Un bocadillo?

—Suena bien. ¿De qué?

—A ver... —abrió el frigorífico y se inclinó hacia el resplandor ronroneante—. Sardinas y macarrones.

—Sólo de sardinas.

Se echó a reír.

—Un bocadillo de sardinas.

Me preparó el bocadillo con esmero, colocando las sardinas tal cual en el pan, con un poco de lechuga encima, y untando ambas rebanadas con mostaza con un cuchillo

de carne. Puso el plato delante de mí. Esta parte del día —de cinco a seis de la tarde — siempre tenía lugar en su cocina, con las persianas bajadas y la luz encendida, ya hiciese sol o estuviese el día oscuro. Y aunque era posible que Ted entrara por la puerta en cualquier momento sin hallar nada que objetar a nuestra conversación o conducta, seguíamos siendo amantes. Pero no tan a menudo como antes. Tanto para ella como para mí no había relación más íntima que la nuestra: nos comprendíamos. Le contaba a C. todo lo que me sucedía, desde mis sueños hasta los libros que leía o cómo estaba mi madre, y C. hacía lo mismo conmigo. Ya nunca hablábamos del futuro: ella se negaba a hacerlo y yo lo había aceptado. El presente nos bastaba, aunque mi trabajo en el cementerio me recordaba todos los días lo que ocurre cuando uno deja que un presente insatisfactorio se alargue mucho tiempo: acaba convirtiéndose en toda su historia.

Ya había elegido mi epitafio: «El universo es transformación».

Observé cómo el cabello de C. iba cambiando desde un rubio claro hasta un tono que iba oscureciendo a medida que traía un niño tras otro al mundo en Pluto. La vi con el pelo muy corto y después dejándolo crecer hasta convertirse en una melena ondulada que vibraba en su cuello cuando cocinaba, giraba la cabeza, caminaba, yacía a mi lado, se deslizaba sobre mí o me agarraba desde abajo. Unos mechones canos brotaban de sus sienes entremezclándose con su cabellera suelta. Después volvió a lucir el cabello rubio claro, cuando empezó a teñírsele. Se lo dejó más largo. Para entonces había perdido su brillo sedoso. Vi cómo sus ojos pasaban de un azul oscuro y sincero, el color de la porcelana china, a un tono más triste y apagado. Su mirada perdía intensidad a medida que se curaba y enfermaba, enfermaba y se curaba. Incluso vi cómo se transformaba su ropa: las camisetas recién compradas que le sentaban como un guante se fueron desgastando con los años, perdiendo presteza; los vestidos que se ponía para ir a la iglesia acabaron siendo la ropa manchada de pintura que usaba para regar el césped. Vi cómo su piel se marchitaba, su cuello se ensanchaba, sus dientes se resquebrajaban, sus labios se arrugaban. Tan sólo sus huesos no cambiaron; su magnífica estructura ósea permaneció recia y robusta. Sus huesos encajaban de maravilla bajo su piel nerviosa.

Aquel día, puesto que Ted se encontraba de negocios en Fargo, decidimos aprovecharlo y bajamos al sótano. Había una puerta trasera y otra lateral que daban acceso al mismo. Había una salida en la habitación que solíamos utilizar y una especie de alarma: su perro Pogo, que ladraría a cualquiera que entrara en la casa, incluido Ted. Éramos muy cautelosos. No rompimos el equilibrio de las cosas. Nunca nos pillaron. Pero dado que nuestros momentos de goce estaban tan espaciados en el tiempo y nos mostrábamos tan precavidos, la intensidad de esos encuentros fue en aumento.

Si antes era como dar un paseo, ahora hacer el amor se convertía en una fiesta de

bienvenida. Nos dimos cuenta de que andábamos perdidos en el mundo cotidiano. Tan perdidos que ni siquiera lo sabíamos. Y cuando hacíamos el amor, teníamos la impresión de haber recorrido una gran distancia, como si durante todos esos días y semanas que habíamos estado separados hubiésemos estado viajando, manteniendo el desánimo a raya, y por fin hubiéramos llegado. Cuando estábamos en casa, el uno en los brazos del otro, yaciendo en la frescura del sótano, parecía como si el mundo se hubiera puesto en su sitio a nuestro alrededor. Nuestra armonía debía de reflejarse en el orden de la casa, en el patio y en el pueblo. Pero cuando me marchaba, comprobaba que tan sólo el cementerio parecía seguir perfectamente ordenado, tal y como yo siempre lo dejaba. Sólo los muertos estaban en paz.

Mientras volvía andando a casa, pensaba en la piel de C., en sus diminutas pecas y en el aroma a detergente de sus manos, en el aceite de las sardinas, el pan blanco, la urgencia animal cuando se abría de piernas. Estaba acostumbrado al sofocante vacío, a la lacerante añoranza que padecía cada vez que nos separábamos. Con las semanas iba atenuándose, hasta desaparecer a veces. «El universo es transformación». Pero para nosotros nada cambiaba.

En cuanto entré por la puerta, noté algo distinto. Algo había pasado... a mi madre. Reinaba un silencio extraño. Una suspensión. Como si se tratara de un juego en el que ella esperaba a que yo la encontrara. Atravesé una habitación tras otra, llamándola. Como ya he dicho, era una casa hermosa y grande. Al fin la descubrí encogida en el suelo al pie de las escaleras que bajaban al sótano. Las luces estaban apagadas. Se había tropezado o, más probablemente, se había tirado adrede. Gimió levemente y busqué el teléfono para llamar a una ambulancia. Después, me agaché a su lado, apretando y estirando cada uno de sus miembros en busca de alguna fractura.

No se había roto nada, pero estaba tan frágil como unos juncos secos y la caída la había trastornado mentalmente. Entraba y salía de la realidad. Debido a su buena salud, podía vivir muchos años todavía, según me explicaron, o apenas unas horas, dado que deseaba morir. En los días que permaneció en el hospital, nadie pudo ser más preciso, de modo que al final hice la llamada. Decidí que había llegado el momento de vender la casa y llevarla a un lugar seguro donde pudiera hablar con otras personas mayores y vivir más cómodamente, y donde tal vez su salud mejorase.

—Todo está bien —dije.

Tenía la mirada vacía. Sus pupilas se habían dilatado tanto que tenía la impresión de estar mirando directamente a la oscuridad de su mente.

Llamé a la inmobiliaria desde el mismo hospital y dispuse lo necesario para que mi madre fuese trasladada a la residencia de ancianos de Pluto. Había una habitación doble libre y nos inscribimos en la lista de espera para una habitación individual. La furgoneta de la residencia vino a buscarla al hospital y yo les acompañé con una

maleta de cuero marrón con sus pertenencias. La maleta había sido de mi padre, y recordaba cómo mi madre le preparaba el equipaje cuando viajaba a Bismarck. Durante todo el trayecto hasta la residencia, mi madre no habló. Mientras la acomodábamos en la habitación, de repente espetó:

—¡Esto no es lo que yo tenía en mente!

Estaba tremendamente frágil. Si me la hubiese llevado de vuelta a casa, estaba seguro de que habría conseguido matarse; tal vez, incluso en la residencia se dejaría morir de hambre de todos modos. Miró la bandeja del postre con desdén. Bebió un pequeño sorbo de café y volvió a decir:

—Desde luego, ¡esto no es lo que yo tenía en mente!

Fue sorprendente lo rápido que se acostumbró al lugar. En los meses siguientes, entabló amistad con su compañera de habitación y empezó a unirse a las demás para jugar a las cartas y ver programas de televisión que siempre le habían gustado. Incluso ganó unos kilos, se arregló el pelo y se hizo la manicura con la peluquera que prestaba sus servicios gratis un día por semana. Debo reconocer que mi madre tenía buen aspecto, que había tomado la decisión correcta. Había olvidado lo sociable que era antes de su declive. El problema era que la casa no se vendía y ya había bajado el precio.

—Nadie que tenga los ingresos necesarios se muda aquí —explicó el agente inmobiliario—. Y los médicos, abogados, etc., están construyéndose casas en las afueras del pueblo.

—Tal vez podamos venderla al pueblo. Podría convertirse en un museo. ¿Se ha fijado en cómo la he cuidado?

—Ha hecho un trabajo excelente. Ojalá pudiese comprármela yo mismo. Bueno, tenemos a alguien interesado, pero he dudado en mencionárselo porque habla sin rodeos de demolerla.

—Ted.

Lo sabía. Ya se me había pasado por la cabeza que iba a querer la casa. Jamás se la vendería.

—Ted Bursap —asintió el agente—. Le dará el precio que pide.

—El rey de la demolición. Me parece que no.

—Bueno —dijo el agente encogiéndose de hombros—. Al menos lo tenemos en la recámara.

—Ya, pero olvídense de ello. William Jennings Bryan se quedó en esta casa cuando vino para dar un discurso durante la campaña electoral. Las ventanas han sido fabricadas en el este y llegaron aquí empaquetadas en inmensas cajas con serrín. Las molduras y la carpintería son de caoba, los paneles de la biblioteca...

—Le tiene mucho apego, ya lo sé.

Estaba demasiado encariñado con la casa como para renunciar a ella, era verdad.

Podía imaginarme cosas y engañarme, pero lo cierto es que la casa era lo único que habíamos tenido nunca. El sueldo que ganaba en el cementerio apenas alcanzó durante esos años para mantenernos, pagar las facturas médicas y mis estudios, y conservar la casa en buen estado, aunque yo mismo hiciese las reparaciones y hubiese entregado el muro trasero a las abejas. Sabía que estaban allí. Durante todo el invierno, la casa estaba en silencio puesto que dormían. Yo ya había terminado mis estudios de Derecho mientras esperaba a que se vendiera la casa, y decidí presentarme al examen de habilitación estatal. Tal vez intentaría pedir un crédito. Solicitaría un préstamo hipotecario y lo devolvería cuando colgara mi placa de abogado. Por las tardes, me sentaba en el porche trasero y estudiaba como un loco, mientras escuchaba a las abejas que recogían el último dulzor del día antes de irse a dormir. El zumbido despertaba a toda la casa y yo era incapaz de abandonarlas. Cuando ya oscurecía, me instalaba en la biblioteca revestida de madera y disfrutaba de la paz y el olor a limpio de las habitaciones impolutas. Pensaba en lo maravilloso que sería vivir allí con C. Me lo imaginaba; me perdía imaginándomelo. Soñaba con ello cuando me quedaba dormido en la silla. De pronto despertaba en la oscuridad, consciente de una desoladora verdad.

En ese momento supe lo que saben quienes se matan por amor; vi lo que desfilaba ante los ojos de los hombres moribundos que habían luchado en un estúpido duelo. Había desperdiciado mi vida con una mujer. Lo único que tenía era esa casa. Llamé al agente.

—Está bien —le dije—. Venda la casa a Ted.

Al día siguiente, deposité todo lo que nos había pertenecido a mis padres y a mí en un almacén y abandoné la casa para instalarme en un motel. Pronto me enteré de que Ted había empezado las obras. Sabía cómo trabajaba. Su cuadrilla desmantelaría el interior, levantando incluso el revestimiento de madera de la despensa, arrancando los apliques de luces, echando abajo las baldosas doradas de la chimenea, desmontando la elegante escalera y amontonando todas las vidrieras. Una vez destripado el interior, Ted alquilaría una nueva y colosal excavadora con una enorme cubeta dentada para romper el entramado de madera y convertirlo en astillas.

Me quedé en mi habitación en el Bluebird, intentando leer. Me tocaba presentarme al examen de habilitación esa semana, pero era incapaz de concentrarme. Era como si la casa me llamara, me dijera que me quería y que su destrucción era un remate cruel e innecesario a mi decisión de romper todos los vínculos con C. No podía ver lo que le ocurría a la casa, pero podía sentir lo que Ted hacía como si me sucediese a mí. La triste habitación de motel, tan vetusta, con un papel pintado de golondrinas revoloteando, un colchón hundido en una cama desvencijada, el desconchado lavabo de porcelana gris y, lo peor de todo —un intento de alegrar la

habitación—, un pájaro de papel en un marco sin cristal, no hizo más que llenarme de zozobra. Me sentía partido en mil pedazos, vaciado, roto, destruido. Al final, el tercer día, reducido a un montón de huesos o vigas, decidí reaccionar.

Abandoné el pájaro azul y caminé a través del cálido aire de verano hasta la casa de C. Por primera vez, entré por la puerta principal, la puerta de la consulta, sin llamar. La secretaria me dijo que C. estaba ocupada con un paciente y soltó un alarido cuando hice caso omiso y entré ante sus narices en la consulta, que estaba vacía. Cerré la puerta y me dirigí a la parte trasera, a la cocina, donde la sorprendí mientras cargaba un flamante lavavajillas. Se había quitado la bata blanca y llevaba un fino jersey de algodón anaranjado como la pulpa de un melón. Sus pantalones eran verde manzana. Sus pendientes de cristal y su collar combinaban con ambos colores.

Nos quedamos mirándonos y el sol se ocultó tras una nube. La luz cambió en la cocina y pasó de ámbar a gris. El tono de su ropa se intensificó hasta convertirse en un fuerte óxido y un amargo salvia.

—¿Te ha contado Ted que le vendí la casa?

A juzgar por la conmoción de su rostro, supe que no lo había hecho, y también supe, dado que le había contado repetidamente la situación que vivía con mi madre, que entendió enseguida lo que había sucedido.

—¿La está...?

—Por supuesto.

—¡Lo detendré!

—Déjale.

—¿Que le deje?

—Recoge tus cosas —dije—. Nos marchamos. Nuestra edad ya no será un problema en el pueblo y puedes montar una nueva consulta. Deja la casa a Ted. Vámonos.

A su espalda, el lavavajillas se puso en marcha; el agua llenó la máquina y se calentó. Apartó la mirada y se volvió hacia la encimera.

—Me he olvidado de meter las tazas —dijo.

Una nube de vapor salió del aparato cuando lo abrió para incluir dos tazas de café, pero cuando cerró la portezuela y me miró, volví a amarla y no pude renunciar a ella.

—Cómprale mi casa a Ted. Te devolveré el dinero y podremos vivir allí.

—¿Está trabajando allí en este momento?

—Sí.

Se limpió las manos con esmero, como hacen los médicos.

¿Qué decisión había tomado? Salió por la puerta principal y la seguí. El trayecto hasta mi casa tenía aproximadamente un kilómetro y medio, y ésa era la primera vez que se nos veía juntos en público, lo que, por un momento, me hizo feliz. Después,

cuando estábamos a punto de llegar, comprendí que el hecho de que se dejara ver conmigo significaba que nuestro amor se había acabado para siempre.

Cuando llegamos, vi que uno de los obreros echaba abajo las columnas del porche y otro había empezado a demoler el muro trasero de la casa. Ted estaba detrás, en los jardines, e intenté reprimir un grito ahogado por la forma en que permitía que los obreros aplastaran las floridas verdolagas y los todavía verdes macizos de sedum sobre el mantillo. Las abejas revoloteaban por todas partes, más numerosas que nunca, y me invadió un terrible sentimiento de culpa por haberlas traicionado. Les pedí perdón en un susurro y eché un vistazo a la parte de atrás, cuando descubrí a Ted en la excavadora que iba a utilizar para derruir el muro trasero de la casa.

C. le gritó que parase. Ted apagó el motor y C. se acercó y empezó a hablar con él, dándome la espalda. Pero veía a Ted de soslayo y me di cuenta de que, si bien escuchaba lo que C. le decía, me estaba mirando a mí. Me miraba como si yo le hubiese quitado algo suyo. Una mirada feroz, sin un solo pestañeo. Aunque estaba acostumbrado a ver a Ted con ella, comprendí que lo sabía. A un cierto nivel, no a nivel consciente, sino muy en el fondo: sabía, como un hombre sabe. Apartó la mirada de C. y arrancó el motor de nuevo. Embistió el muro con fuerza. La pala produjo un boquete y retrocedió para dar una nueva embestida. Pero antes de que pudiera avanzar de nuevo, sonó un zumbido todavía más fuerte que el ruido del motor. Una masa oscura manó de la casa. Un cuerpo vibrante pasó hendiendo el aire. Un dulzor estalló desde el muro trasero y Ted y C. se vieron envueltos en un enjambre de abejas.

Sólo me habían picado en dos ocasiones, y creo que fueron abejas jóvenes que no me conocían.

Saqué a C. del enjambre y la llevé directamente al garaje. Cuando regresé a por Ted, había caído bajo una nube movediza que le había picado hasta dejarle mudo. La miel rezumaba del boquete que había provocado en la pared; la miel chorreaba por la excavadora. Me acerqué y permanecí allí de pie, observando a las abejas que avanzaban por su espalda. Parecía que ya habían terminado de descargar toda su furia. Algunas levantaron el vuelo para ir a recomponer las colmenas. Mientras esperaba a que Ted se moviera, extendí la mano y probé la miel de la pala de la excavadora. El panal era oscuro e intenso, debido al mimo con que yo había tratado a las flores. Cogí un trozo de panal más grande, aparté un par de abejas y me metí la cera chorreante en la boca. C. se asomó a la puerta del garaje, me vio haciendo aquello y dijo que era el acto a sangre fría más terrible que había presenciado jamás: verme comiendo miel mientras observaba a Ted que yacía inconsciente bajo un enjambre de abejas.

Siempre he sabido que, a lo largo de su vida, había sido testigo de cosas mucho



peores; sin embargo, fue el simple hecho de verme saborear la miel lo que la llevó a permitir que Ted prosiguiera con su destrucción en cuanto se recuperó y volvió al trabajo. Lo más curioso de todo fue que, a pesar de haber sobrevivido ese día a un número ingente de picaduras de abejas, una sola acabaría con su vida casi un año más tarde. Su garganta se cerró y murió antes de poder pedir auxilio.

Aprobé el examen de habilitación de abogacía y decidí especializarme en la ley india. Recuperé unas tierras para una tribu, me fui a Washington, ayudé en un caso que trataba sobre la religión tribal, hice esto y aquello, hasta que aproveché al vuelo la oportunidad de volver. No sólo a Pluto, sino a la reserva donde me casaría con Geraldine y donde la verdad había estado esperando desde siempre.

Aunque le pedimos a mi madre que se viniese a vivir con nosotros, la mujer se negó e insistió en quedarse en Pluto. Cuando iba a verla, cruzaba el pueblo a pie e, invariablemente, pasaba por delante del solar donde antaño se levantaba nuestra casa. Ted había muerto antes de decidir qué horrorosa construcción erigiría allí, y la parcela se había ido cubriendo de maleza.

Un día en que merodeaba por allí, un coche pasó delante y se detuvo. Una mujer de avanzada edad en un holgado vestido de verano se bajó y empezó a caminar hacia mí. Su vestido, con un estampado de flores rosa chillón, me echó para atrás. A medida que se acercaba, reconocí a C. Nunca había llevado un vestido de flores antes, sólo colores lisos, y se había dejado el pelo blanco. Asimismo, caminaba encorvada como una anciana de huesos frágiles. Pareció alegrarse al ver la expresión de mi cara.

—¿No te decía yo que me haría vieja?

—No te creía —respondí.

C. no parecía en absoluto molesta por mi incomodidad. Al contrario, supongo que la reafirmaba en lo que creía y me dijo con voz burlona:

—¿Acaso creías que seguiría siendo siempre guapa, que envejecería con elegancia?

Observé su cara y vi sus expresiones: vergüenza, desafío, quizá satisfacción, pero ninguna ternura que pudiese reconocer.

—Hiciste lo que hiciste —dije al fin.

—Tuve que hacerlo para que te fueras.

Di un paso hacia ella, pero se alejó de mí y regresó con paso decidido a su coche. La observé mientras se alejaba. Al cabo de un momento, subí los escalones de piedra caliza y crucé las puertas fantasma de roble y cristal de la casa donde me había criado. Recorrí el vestíbulo, entré en el largo rectángulo del comedor, puse una mano en la repisa de cerezo tallado y entré en la cocina. La casa parecía tan real a mi alrededor que pude percibir el olor del lino húmedo del armario de cedro, la emanación de gas que desprendía uno de los fogones, el perfume penetrante de los geranios que había plantado en macetas de barro. Me tumbé en el lugar exacto donde

habíamos empujado el sofá del salón debajo de las ventanas de vidrio emplomado. Cerré los ojos y todo volvió a rodearme. Las librerías atestadas, los paneles de madera, el suave ruido de las cartas de mi madre sobre la mesa.

Podía ver, desde la casa de mi mente oscura, la entrada, y desde la entrada, la calle que conducía hasta la salida del pueblo, sus límites más lejanos, el silencio lúcido de los muertos. Entre las tumbas, mi camino, y por ese camino, su puerta trasera, su rostro, su cama eterna y la arquitectura perdida de sus huesos. Me di la vuelta y me puse cómodo en el lecho de bardana silvestre. Un par de abejas zumbaban en la atmósfera somnolienta. El enjambre había abandonado los escombros y había construido su hogar bajo tierra. Ahora estaban entretenidas en el cementerio, llenando los cráneos de panales y los ataúdes de miel negra.

Aproximadamente un mes después de nuestra boda, estaba sentado junto a Geraldine. Entre fragmentos de noticias nacionales, conversábamos sobre alguna enfermedad que ella había padecido en el pasado, o que había sufrido yo. El nombre de C. salió a relucir y Geraldine comentó:

—Ah, esa doctora que no quiere atender a los indios.

—¿Qué?

En todo el tiempo que conocí a C., en todos los años que había hecho el amor con ella, nunca lo había sabido. Y ahí estaba yo, un miembro de nuestra tribu —lo que demostraba lo despreocupado que había sido respecto a las cuestiones de la reserva—, madurando de golpe. Pero también me resultaba extraño no haberme enterado de aquello por mi condición de juez o por mi madre. Después, recordé los bultos de mi cabeza.

—¿Estás segura?

—Desde luego que no los atiende.

—¿Y eso?

Geraldine apagó el televisor y volvió a sentarse a mi lado. Al hablar de C., ya habíamos violado nuestra tácita regla de no mencionarla. Y habíamos ido más lejos aún. Geraldine no me creía.

—Seguro que lo sabías.

Era la primera vez que se reconocía abiertamente mi relación con C. Una parte de mí deseaba abandonar ese tema para siempre, pero la otra insistía en que defendiera su inocencia.

—No lo sabía.

Mis palabras sonaron falsas, incluso a mis propios oídos. Se produjo una repentina sensación de distancia entre nosotros. Mortificado, dije algo de lo que siempre me he arrepentido.

—Pero a mí me atendió.

Geraldine me miró a los ojos y luego apartó la mirada. Pude sentir su disgusto.

—Siempre necesitan alguna excepción —respondió.

Entonces me contó varios casos en los que, a lo largo de los años, la doctora se había negado a atender a personas, aunque se tratara de una urgencia, y cómo había dejado correr la voz de que, por regla general, no asistiría a nuestra gente. Todos sabían por qué. Iba más allá de la intolerancia común. Tenía que ver con el pasado, explicó Geraldine. Entonces comprendí que lo había sabido todo y nada sobre la doctora. Sólo más adelante lo entendí de verdad: aunque hubiese tenido la misma edad que C., no habría cambiado nada. A pesar de que me había curado los bultos de la cabeza y había sido mi amante, yo siempre habría sido su única excepción. O peor aún, su absolución. Cada vez que la tocaba, se sentía redimida. Lo analicé despacio. Tal y como Geraldine había sugerido, procuré asimilar la historia. Tuve que digerirla antes de admitir por qué Cordelia me amaba y por qué no podía soportar amarme. Por qué no quería que la vieses conmigo. Por qué demoler mi casa había sido su única elección. Por qué, hasta el día de hoy, vivía sola.

## **La doctora Cordelia Lochren**

## Los sellos de catástrofes de Pluto

Los muertos de Pluto superan ahora en número a los vivos y el cementerio se extiende por la suave colina que diviso desde mi cocina, formando un despliegue irregular de piedras blancas. No queda un solo bar, ni un teatro, ni una ferretería, ni un garaje, tan sólo una gasolinera. Incluso el cura sólo visita la iglesia un día por semana. Apenas se corta la hierba a tiempo para su visita y, por supuesto, ya no se plantan flores, de modo que cuando llega el verano la maleza rebosa de los viejos macizos. Pero cuando el párroco viene, al menos hay una persona más a quien alimentar en la cafetería del pueblo.

Que haya una cafetería resulta sorprendente, y no se trata de ningún edificio vetusto y en ruinas. Cuando el banco abandonó el pueblo, la familia cuyo autorrestaurante había sido destruido por vientos huracanados adquirió un local con el dinero del seguro y le puso el nombre de 4-B's. La fachada de granito, los arcos de las ventanas y los techos de siete metros dan un aspecto sólido e incluso lujoso a nuestra cafetería. Hay una pizarra para anotar las especialidades del día y una caja de puros junto a la caja registradora, para que la gente que lo desee done unas monedas para la operación quirúrgica y el tratamiento hospitalario de un muchacho del pueblo a quien hubo que amputarle la mano tras un accidente de trabajo. Al igual que la mayoría de los que quedamos aquí, yo pasaba gran parte del día sentada a una mesa de la cafetería. Desde que ya no hay necesidad de mantener en funcionamiento los edificios municipales, la cafetería hace las veces de oficina para el ayuntamiento, sede de los miembros del club social, lugar de reunión de la comunidad religiosa y los jugadores de cartas. Es una parada informal para las excursiones al centro comercial más cercano —ciento diez kilómetros al sur—, y un lugar donde las pocas madres jóvenes del pueblo pueden encontrarse para conversar, moviendo con el pie la sillita de paseo con capota mientras se ríen a carcajadas y sueltan palabrotas con el mismo énfasis que sus maridos, que se encuentran al otro extremo de la hilera de mesas. Aquellas que no tienen hijos o, como yo, no tienen marido por culpa de la guerra, la distancia o el tiempo, comen aquí, así como los divorciados y los solteros que, por una u otra razón, acabaron con una casa en Pluto, Dakota del Norte, como único patrimonio importante.

Seguimos aquí porque vender nuestras casas por una ínfima fracción de su valor original nos condenaría a vivir de alquiler para el resto de nuestras vidas en el mundo exterior. Sin embargo, por muy tenazmente que nos aferremos a nuestros patios, salones y garajes, cada año uno o dos de nosotros acaba por soltar amarras. Cada vez

quedamos menos. Nuestro pueblo se muere. Tengo sobre mis espaldas mucho más de lo que esperaba cuando, el año en que me jubilé, fui elegida presidenta de la sociedad histórica de Pluto.

En aquel momento parecía que sobreviviríamos, o incluso prosperaríamos, hasta bien entrado el nuevo milenio. Pero entonces la fábrica de fertilizantes quebró y la concesionaria de máquinas agrícolas se trasladó al otro extremo de la reserva. Nos quedó sólo la agricultura, pero el transporte barato que facilitaron las autopistas interestatales ya nos había dejado prácticamente fuera de juego. Nunca se había mejorado nuestra carretera principal, por lo que poco a poco empezamos a menguar, y mientras nuestro número disminuía, me convertí en la depositaria de muchas historias jamás contadas que la gente desvelaba al final, cuando entendían que ya era inútil mantenerlas en secreto o cuando comprendían que todo lo que perdura de un lugar se hallará reflejado algún día solamente en los documentos, y desean que esos documentos describan la verdad.

Mi amiga Neve Harp es una de las últimas personas que quedan de las familias fundadoras del pueblo. Es nieta del especulador Frank Harp, que llegó después de que la primera partida de hombres en arribar al primer asentamiento fracasara en sus mediciones del terreno. Frank acompañaba a los miembros de la Compañía de Topografía y Cartografía de Dakota y del Gran Norte, que establecía una cadena de pueblos a lo largo de los caminos del Gran Norte. Esperaban sacar provecho de ellos. Estos asentamientos eran después plasmados meticulosamente en mapas que servirían a aquellos que se arriesgaran a comprar terrenos para sus negocios u hogares. Granjeros de todas partes se abastecían en el pueblo y frecuentaban los lugares de ocio cuando acudían allí para enviar sus cosechas por ferrocarril.

Ahora, por supuesto, los trenes han desaparecido y nosotros seguimos aquí, varados.

El equipo de parcelación viajaba en carromatos y acampaba allí donde todos coincidían en que el terreno ofrecía las características naturales adecuadas y una distancia prudente respecto a las demás poblaciones para el establecimiento de un nuevo asentamiento. Cuando los hombres llegaron al emplazamiento donde se erige ahora nuestro pueblo, ya llevaban parcelando y dibujando mapas varios años, por lo que, para bautizar las nuevas urbes, ya habían agotado los nombres de presidentes y capitales extranjeras, minerales importantes, grandes hombres de Estado, mamíferos norteamericanos e incluso los nombres de sus propios hijos. Al este se levantaban pueblos con pulcros nombres como Zeus, Neptuno, Apolo o Atenea. Rechazaron el nombre de Venus por ser propicio, quizá, al libertinaje en el futuro. Frank Harp sugirió el nombre de Pluto<sup>[3]</sup> y fue aceptado antes de que nadie cayera en la cuenta de que habían bautizado un pueblo con el nombre del dios del inframundo. Siempre fue

llamado Pluto, pero no le otorgaron el nombre oficialmente hasta el *boom* de 1906, veinticuatro años antes de que se descubriera Plutón. Ahora resulta bastante irónico que Plutón sea el planeta más frío, solitario y tal vez inhóspito de nuestro sistema solar, pero nunca se pretendió que aquello repercutiera en nuestro pequeño municipio.

En Pluto han tenido lugar dramas de la mayor enjundia. En 1911, cinco miembros de una misma familia —los padres, una hija adolescente y dos niños de ocho y cuatro años— fueron asesinados. En un momento de exaltación, una partida de hombres atrapó a un pequeño grupo de indios, y lo que sucedió después pasó a formar parte de lo que se llamó entonces «justicia sumarísima». El pueblo evita cualquier mención al respecto. También yo rehuyo pensar en ello. Al final se descubrió que un joven vecino, trastornado al parecer por el amor que sentía por la hija, había desaparecido, y durante muchos años fue el único sospechoso. Sólo un miembro de aquella familia sobrevivió: un bebé de siete meses que permaneció durmiendo durante toda la barbarie en una cuna situada discretamente detrás de una cama.

En 1928, el propietario del Banco Nacional de Pluto huyó del país con la casi totalidad del dinero del pueblo. Intentó llegar a Brasil. Le siguió su hermano, le convenció para que regresara y la mayor parte del dinero fue devuelta. El hermano fue a ver a los clientes, uno por uno, hasta convencerles de que sus cuentas ya estaban a salvo y el banco sobrevivió. El dueño se suicidó. El hermano se hizo cargo de la presidencia. En la cima de la colina del cementerio del pueblo se erige un monumento conmemorativo de guerra. En 1949, se grabaron diecisiete nombres en una piedra de granito dedicada a los héroes de ambas guerras mundiales. Uno de esos nombres, Tobek Hess, corresponde al muchacho que supuestamente habría asesinado a aquella familia. Había viajado a Canadá y se había alistado al comienzo de la Primera Guerra Mundial. La noticia de su muerte le fue comunicada a su hermana mayor, Electa, que se había casado con un miembro del ayuntamiento y no había querido mudarse como habían hecho los padres del sospechoso. Electa insistió para que el nombre de su hermano fuese añadido a la lista de fallecidos honrados en el monumento. Pero algunos miembros anónimos de la comunidad rascaron la piedra para borrarlo, de modo que ahora sólo queda un espacio desconchado donde se encontraba su nombre, y en el aniversario del armisticio sólo se plantan dieciséis banderas alrededor de la piedra.

También hubo sequías y accidentes extraños y otros crímenes pasionales. El bebé de siete meses que sobrevivió a los asesinatos fue adoptado por los propios Oric y Electa Hoag, quienes criaron al bebé con mucho mimo y, una vez que la niña se hizo mayor, la enviaron a un caro internado del este, de donde nunca pensaron que regresaría. Cuando volvió nueve años más tarde, era médico. El primer médico mujer de toda la comarca. Abrió su consulta y rehabilitó la casa que había heredado, la

misma donde se habían cometido los crímenes: una pequeña granja de madera con mucho encanto que lindaba con el cementerio en el extremo oriental del pueblo. Doscientas setenta y cinco hectáreas de terreno se extendían desde la casa y el establo. Con el dinero de la renta de esas hectáreas, pudo cubrir los gastos de una clínica y una enfermera, y mantener su consulta en funcionamiento, a pesar de que sus pacientes no siempre podían pagar sus servicios.

Sólo una cosa la avergonzaba: una cosa en particular la paralizaba. Era bien sabido que se negaba a atender a los indios; la gente pensaba que era una persona intolerante. En realidad, experimentaba en su presencia una inseguridad que la desestabilizaba. Estaba fuera de su control, lo mismo que otro hecho. Amaba a un hombre demasiado joven para ella, inapropiado también en ese otro sentido, aunque en su presencia sus sentimientos se apoderaban de ella con la fuerza de un destino inexorable. O de una locura equivocada, pensaba ahora.

Al mismo tiempo, aquellos sentimientos eran la única parte de su vida que tenía sentido a veces. Para intentar romper ese vínculo se casó, pero pronto enviudó. Mantuvo una última relación con un entrenador de natación de la universidad, cuyo trabajo le impedía abandonar el campus durante mucho tiempo. Siempre había tenido la intención de mudarse a Pluto cuando se jubilara. Sin embargo, se casó con una estudiante y se fue a vivir al sur de California, para poder disfrutar de piscina todo el año.

El hermano del banquero suicida era Murdo Harp. Era el hijo del agrimensor del pueblo y el padre de mi amiga. Neve es ya septuagenaria, como yo. Las dos nos damos un paseo a diario para mantener nuestras articulaciones engrasadas. Neve Harp estuvo casada en tres ocasiones y secuestrada en una, pero logró sobrevivir a los cuatro acontecimientos. Ha recuperado su nombre de soltera y ha vuelto a vivir en la casa que heredó de su padre. Es una mujer alta, algo encorvada por falta de calcio en su dieta, aunque ahora, siguiendo mi consejo, ingiere grandes cantidades. Es una de las personas más interesadas en devolver la autenticidad a la historia del pueblo. Tanto Neve como yo hemos sido personas muy activas, y cada día, haga el tiempo que haga (salvo en caso de tormentas de nieve), nuestro paseo de tres o cuatro kilómetros nos lleva a recorrer el perímetro de Pluto.

—Giramos alrededor de Pluto como un par de lunas viejas —me comentó un día.

—Si viviese gente en Pluto, pondrían sus relojes en hora guiándose por nosotras —respondí—, o nos rendirían culto.

Nos reímos ante la idea de considerarnos diosas de la Luna.

La mayoría de los patios y las parcelas estaban vacíos. No ha habido dinero en las arcas municipales para arreglar las calles y la mayoría han sido abandonadas a su suerte y convertidas en grava. Sólo la calle principal se halla asfaltada ahora, pero no



nos importaban las superficies desiguales. Ofrecían un suelo más rugoso. No queríamos resbalar. Nuestro mayor temor era rompernos la cadera. Cuando una se queda sin poder moverse a nuestra edad, es el fin.

—Quiero contarte por qué Octave, el hermano de Murdo, intentó huir a Brasil — empezó un día, como si el escándalo acabase de estallar—. Quiero que escribas toda la historia en el boletín histórico del pueblo. Me gustaría que la verdad constara ahora en los archivos oficiales.

Pedí a Neve que esperara a que termináramos el paseo y nos sentáramos en la cafetería, para que pudiera tomar notas, pero estaba tan emocionada con la historia que palpitaba en su interior, viva e insistente aquella mañana por alguna razón, que tuvo que hablar mientras caminábamos.

—Como recordarás —prosiguió—, Octave se ahogó cuando las aguas del río estaban en su nivel más bajo, en tan sólo setenta centímetros de agua. Prácticamente sólo tuvo que arrojar al charco y aspirarlo todo. Se pensó que solamente una mujer podía ser capaz de llevar a un hombre a buscar una muerte tan espantosa, pero no fue por amor. No murió por amor —Neve hizo una pausa y siguió caminando unos cien metros, meditabunda. Después retomó el relato—. ¿Recuerdas las colecciones de sellos? ¿Lo importantes que eran? ¿El furor que había?

Respondí que sí, me acordaba. Y añadí que la gente seguía coleccionándolos.

—Sí, sí, se aficianan un poco, como mi hermano Edward —continuó—. Pero para Octave, los sellos lo eran todo. Guardaba su colección en la caja fuerte principal del banco. Uno de los secretos mejor guardados del pueblo es el valor exacto de esa colección. Incluso yo lo desconocía hasta hace muy poco. Cuando robaron nuestro banco en el 32, como bien sabes, los ladrones forzaron la caja fuerte. Se llevaron todo el dinero en efectivo que encontraron e ignoraron por completo los cincuenta y nueve álbumes y los veintidós estuches de terciopelo y ébano, fabricados especialmente para ese fin. Esa colección de sellos valía varias veces lo que los ladrones se llevaron. Valía casi tanto dinero como el banco entero, a decir verdad.

—¿Qué pasó con ella? —pregunté, muy intrigada, dado que sólo había oído confusos rumores al respecto.

Neve me miró de soslayo, con malicia.

—Mi hermano se fue llevando pequeñas piezas de la colección, pero no tenía ni idea de lo que contenía realmente. Yo me quedé con la mayoría de los sellos cuando el banco cambió de dueño. Me gusta contemplarlos, ¿sabes? Es mejor que la televisión. Guardo la colección en la sala de estar. Amontonada en una mesa. Has visto los álbumes, pero nunca has hecho el menor comentario. Nunca miraste en su interior. De haberlo hecho, te habrías quedado maravillada, como yo, ante la delicadeza, el detalle y la variedad infinita de los timbres, en un primer momento. Después, habrías querido saber más acerca de los sellos mismos, y la necesidad de

conocer y entender sus historias se habría apoderado de ti, como le ocurrió a mi tío, y como me está sucediendo a mí últimamente, pero en menor medida. Por supuesto, tú tienes tus propios intereses.

—Sí —respondí—. Gracias a Dios.

Al pasar delante de la iglesia, reparamos en que el cura estaba allí haciendo su ronda. El pobre hombre nos dijo adiós con la mano cuando le saludamos. Como a nadie se le había ocurrido cortar el césped, lo estaba haciendo él. Tenía el semblante triste y agotado.

—Tratan a los buenos como a simples bestias —comentó Neve. Después, se encogió de hombros y apresuró el paso—. Leyendo las viejas cartas de mi tío, mientras revisaba sus archivos, he hecho un descubrimiento. Su especialidad, ya que todo coleccionista de sellos empieza en algún momento a seguir una dirección concreta, era lo que podría llamarse el lado oscuro del coleccionismo de sellos.

Miré a Neve y pensé que ya me había percatado de algunas de sus tendencias oscuras, pero seguía sorprendida por lo de los sellos.

—Después de que adquiriera los santos griaes de la filatelia (el sello magenta de un centavo de la Guayana Británica, el sello sueco de tres chelines emitido en 1855 que es de color naranja en vez de verde azulado, así como numerosas estampillas del servicio postal Thurn und Taxis y soberbios ejemplares de los muy cotizados sobres Mulready), la melancolía de mi tío le condujo directamente a lo que se denominan errores. Creo que el sello sueco de tres chelines fue el desencadenante de todo.

—Claro —respondí—, incluso yo conozco el sello con el avión al revés.

—El avión invertido rojo y azul de veinticuatro centavos. ¡Sí! —estaba exultante—. He leído todas sus notas y he peinado toda la colección en busca de esa estampilla. Él explica que empezó a coleccionar sellos que presentaban un error en el color, como el sello sueco, una pieza muy rara; y luego sellos con sobreimpresiones, sin dentar, en los que faltaba el valor o se omitían las viñetas, así como otras rarezas. Menciona un álbum entero dedicado a Frank Baptist, un joven de diecisiete años que imprimía sellos en una vieja prensa manual para el gobierno confederado. Todavía tengo que descubrir cuál es, pero daré con él.

Neve alargó el paso en un tramo cubierto de gravilla de la carretera, eufórica por compartir aquella historia, y tuve que acelerar para no quedarme rezagada y perder el hilo. Se detuvo para recobrar el aliento, se apoyó en un árbol y me contó que, unos seis años antes de que se fugara con el dinero del banco, Octave Harp se había especializado en las catástrofes: es decir, en sellos y enteros postales (sobres o similares) que habían sobrevivido a los pavorosos acontecimientos que nos ponen a prueba y nos destruyen. Estas piezas de correo, marcadas por la tragedia, obtenían su valor de la gravedad de su condición. Estaban desteñidos por el agua, hechos jirones e incluso manchados de sangre, explicó Neve. Esos daños formaban parte de su

encanto.

Para entonces habíamos llegado a donde se encontraba el antiguo banco y actual cafetería, y yo me alegraba de poder sentarme y tomar algunas notas de las revelaciones de Neve. Pedí unas hojas de papel y un lápiz al dueño y encargamos café y unos sándwiches. Siempre pido un mixto con huevo, y Neve uno completo, pero sin beicon. Es una vegetariana estricta, la única en todo Pluto. Tomamos nuestros cafés.

—Acabo de leer un libro sobre filatelia que había encargado —dijo Neve— en el que explican cómo las colecciones de sellos ofrecen un refugio a las personas confusas y proporcionan nuevo ímpetu a los espíritus abatidos. Creo que Octave esperaba conseguir algo así. Pero cuanto más pensaba en los sellos de catástrofes, peor se sentía, según mi padre. Sólo se animaba cuando conseguía una pieza valiosa para su colección. Se escribía con gente de todo el mundo; era extraordinario. Tengo carpetas y carpetas llenas de su correspondencia con marchantes de sellos. A veces tardaba años en descubrir la pista de una estampilla o un sobre que hubiera sobrevivido a una catástrofe particular. Guerras, por supuesto, desde la guerra de la Independencia hasta la guerra de Crimea o la Primera Guerra Mundial. Los soldados a menudo llevaban cartas encima, claro. Nadie quiere pararse a pensar en cómo esas cartas acabaron en manos de coleccionistas. Pero él prefería las catástrofes naturales y, en menor medida, accidentes causados por el hombre —Neve dio unos golpecitos en el lateral de su taza—. Le habría fascinado el *Hindenburg* y, desde luego, habría habido algún que otro sello implicado, en algún lugar. Y, por supuesto, nuestras catástrofes modernas.

De repente supe en qué estaba pensando: en aquellas cartas enviadas el día en que perdimos a nuestro trigésimo quinto presidente, o en el correo —me imaginé las notas de agradecimiento de la Casa Blanca— que tal vez había estado aguardando en el bolso de Jackie Kennedy. Sentí un escalofrío de consternación al pensar en cuántos de aquellos trocitos de papel se encontraban ahora en manos de coleccionistas y en venta por todo el mundo, a disposición de personas como Octave. Neve y yo tenemos una forma de pensar muy parecida, y vi que estaba a punto de echar azúcar a su café, un signo de ansiedad puesto que tenía algo de azúcar en la sangre.

—No lo hagas —dije—. No pegarás ojo en toda la noche.

—Lo sé —puso azúcar de todos modos y dejó el azucarero en la mesa—. Pero es curioso cómo el tiempo transforma el horror de los acontecimientos, cómo dejan de afectarnos de la misma manera, ¿verdad? Pero empecé a contarte todo esto para explicarte por qué Octave huyó a Brasil.

—Con tanto dinero. Empiezo a pensar que salió a la caza y captura de algún sello.

—Tienes toda la razón —dijo Neve—. Ayer estaba conversando con mi hermano y, curiosamente, se acordaba de que nuestro padre nos había contado lo que buscaba

Octave. El objeto de su deseo había entrado a formar parte de los bienes de una brasileña muy acaudalada. En las notas de su colección, menciona una carta que había sobrevivido a la explosión de Krakatoa en 1883: un sello pegado a una carta escrita justo antes del desastre y que había salido de la isla en un barco de vapor. Poseía otra carta procedente del saco de correos que se había congelado en la espalda de un cartero de New Hampshire que murió en la tormenta de nieve de la costa este de 1888. También tenía una carta autenticada del *Titanic*, pero debió de recuperarse bastante correo por alguna razón, dado que alude a otras estampillas. Sin embargo, no le interesaban las catástrofes marítimas. No, el trofeo que buscaba era una carta que databa del año 79 d. de C.

Yo no sabía que existiese en aquellos tiempos un servicio postal, pero Neve me aseguró que los correos eran algo extremadamente antiguo y que fue Heródoto quien acuñó el lema «Ni la nieve ni la lluvia ni la oscuridad ni la noche...», más de quinientos años antes de la fecha a la que acababa de referirse, el año en que el monte Vesubio entró en erupción y enterró Pompeya bajo un manto de cenizas volcánicas.

—Como tal vez sepas —prosiguió—, el lugar fue saqueado y arrasado por buscadores de tesoros durante un siglo y medio tras su descubrimiento, antes de que se tomaran medidas para su conservación. Para entonces, un buen número de objetos habían terminado en manos de coleccionistas. Una carta de Plinio el Viejo, tal vez dirigida a Plinio el Joven, apareció, por lo visto, en Londres en un momento muy tentador. Pero cuando Octave pudo contactar con el marchante, el pergamino había sido robado. El marchante localizó, no obstante, a través de una oscura reventa a manos de la esposa de un magnate del caucho portugués, a una mujer con obsesiones similares a las de Octave, aunque ella no coleccionaba sellos. Le interesaba todo lo relacionado con Pompeya. Tenía las paredes de su casa pintadas con reproducciones exactas de los frescos de Pompeya, con mujeres fustigando a otras mujeres y cosas por el estilo.

—Imagínate eso. En Brasil.

—No resulta más extraño que un banquero de un pequeño pueblo de Dakota del Norte amasando una colección de sellos de categoría mundial.

Estaba de acuerdo con ella e intenté recordar el mayor número de cosas acerca del tío de Neve.

—Octave, por supuesto, era soltero.

—Y además llevaba una vida muy humilde. Aun así, no le alcanzaba el dinero para soñar siquiera con comprar la carta de Plinio. Intentó abandonar el país con el dinero del banco y su colección de sellos, pero por culpa de las estampillas le retuvieron en la frontera. Creo que los agentes de aduanas indagaron en el asunto de la colección para saber si debían autorizar su salida del país o no. Por ejemplo, los sellos de Frank Baptist eran una interesante acotación a la historia de Estados Unidos.

Murdo dio con su hermano en la ciudad de Nueva York. Octave había sufrido una crisis nerviosa y se había quedado paralizado en una habitación de hotel. Estaba aterrorizado ante la posibilidad de que le fueran a confiscar su colección. Cuando regresó a Pluto, empezó a beber mucho y nunca volvió a ser el mismo.

—¿Y qué pasó con la carta de Pompeya?

—Hubo una carta de aquella señora brasileña, que todavía esperaba vender esa pieza a Octave, una carta desesperada llena de tachones y borrones provocados por las lágrimas.

—¿Una carta catastrófica?

—Sí, supongo que podría decirse así. Su hijo de tres años de edad se había hecho con la misiva de Pompeya de alguna manera y, jugando, la había hecho añicos. Así que, de algún modo, fue la carta de una mujer lo que le destrozó el corazón.

No había nada más que añadir y ambas nos quedamos muy pensativas. Teníamos los sándwiches delante y nos los comimos.

Neve y yo pasábamos las noches en casa sosegadamente, leyendo o viendo la televisión, escuchando música y tomando nuestras frugales cenas en soledad. Si un volcán decidiera entrar en erupción desde el fondo del lago y desparramar repentinamente sobre nosotras su lava asesina, nos convertiríamos en formas tranquilas, conservadas en posición sedente con la misma gravedad del destino, con la mirada detenida en una imagen o una palabra. He visto otros moldes de escayola en los libros. Sé que los de Pompeya fueron considerados al principio ausencias misteriosas en la lava solidificada. Cuando los huecos se rellenaron de yeso y los detritos volcánicos se escamaron, quedó al descubierto la dolorosa naturaleza de aquellos últimos momentos humanos. A veces creo que me asemejo más a esa ausencia anterior a la sustancia. Me parezco menos al gesto último que al vacío que lo precede. Ya me he desvanecido, como suele ocurrir cuando nos acostumbramos a nuestra propia soledad.

Sin embargo, el tiempo que transcurre desde el amanecer hasta la medianoche me parece maravilloso. No me siento sola. Sé que no me queda mucho tiempo para disfrutar de los placeres de la intimidad y la soledad y atesorar mi familiar entorno. Neve, en cambio, echa de menos a sus dos hijastros y nietastros de su último matrimonio. Pasa muchas noches colgada del teléfono, aunque viven en Fargo y los ve muy a menudo. Tanto a Neve como a mí nos resulta extraño ser viejas, y a ambas nos asombra lo rápido que han pasado nuestras vidas: Neve con su secuestro y sus múltiples matrimonios y yo con mis propias y lacerantes pasiones. A menudo nos quedamos atónitas cuando nos vislumbramos a nosotras mismas.

Como me recuerdo frecuentemente, soy afortunada de poder disfrutar, a mi edad, de una buena compañía como la de Neve, aunque a veces se recrea en pensamientos lúgubres.

Esta noche atraviesa un episodio de decaimiento, provocado por el azúcar vertido en su café, aunque no se lo digo cuando respondo a su primera llamada telefónica. Me habla, como suele hacer a veces, de la turbadora belleza de su secuestrador, y de lo que ella le enseñó, o de lo que él le enseñó a ella, en el colchón del cuarto trasero de su casa. Se convirtió en un ex combatiente condecorado y, cuando regresó de Corea, desarrolló un perverso carisma hasta convertirse en el líder de una religión marcada por leyes inextricables. Unos pocos remanentes emigraron, agotados y trastornados, uniéndose con el tiempo a las parroquias locales. Pero he oído hablar demasiadas veces del pene insaciable de Billy. La distraigo y termina por colgar. Más tarde, hace un extraño descubrimiento.

Flanqueada por dos brillantes flexos, me encuentro sumida en la lectura reposada de una novela algo empalagosa que me ha enviado un club de libros al que estoy suscrita cuando suena de nuevo el teléfono. Neve me cuenta, jadeando, que lleva examinando los álbumes de sellos con una lupa toda la tarde. Acaba de entender algo que debió comprender hace mucho tiempo.

—Mi hermano tiene la colección verdadera —dice, con un chillido de enorme angustia—. Yo me llevé el dinero y dejé que él revolviere entre los sellos. En aquellos tiempos, yo no lo sabía. No tenía ni idea de que él supiera tan bien lo que buscaba. El resultado es que los míos no valen nada. Y los suyos valen... —no puede hablar. Se atraganta y se le quiebra la voz. Tiene los labios pegados al teléfono—. Un millón. Tal vez. Me engañó.

Reprimo una risa y no le digo: «¡Todo el mundo sabe que le engañaste tú a él!».

Tras hurgar en los papeles y las cartas de Octave, ha descubierto otra cosa que la llena de angustia. En una carpeta que no había abierto nunca, ha encontrado un conjunto de ocho o nueve cartas, todas dirigidas a la misma persona, con los sellos anulados y el papel deteriorado como si se hubiese mojado —la caligrafía se había corrido—; cada carta variaba levemente una de la otra en algún pequeño detalle del matasellos o por un leve desgarró. Las ha examinado con cierta perplejidad y ha reparado en que una de las cartas presenta un sello violeta de cincuenta centavos con la efigie de Benjamin Franklin, emitido dos años después de la fecha del matasellos que databa justo de antes del hundimiento del *Titanic*.

—Me está costando mucho asumir lo evidente —dijo—, porque me había hecho una opinión tan favorable de mi tío... Pero creo que utilizaba cartas de catástrofes falsificadas, y lo que he encontrado no es más que la prueba de ello —sonaba furiosa, como si el hombre hubiera intentado venderle él mismo el sello. (Se me ocurre que quizá lo haya intentado ella.)—. Estaba ofreciendo su falsa carta autenticada a un marchante de Londres. También lo intentó con certificados que fueron rechazados.

Procuro tranquilizar a Neve, pero cuando su ánimo se excita de este modo toda su rabia y su pena vuelven a surgir y parece que tiene que reprender al mundo entero o

llorar por él. Es cierto, tiene parientes indirectos fuera de la zona y no se quedará atrapada aquí como yo. Pero no quiero que lo diga. En cuanto puedo, cuelgo y abandono también mi insípida novela. Los estados de ánimo de Neve son contagiosos. Intento librarme de un repentino miasma de turbulenta angustia pero, antes de darme cuenta, estoy en mi habitación abriendo la cómoda que se encuentra al pie de mi cama y revolviendo entre la ropa de mi familia —destruyeron o se llevaron todo lo demás, pero el enterrador lavó y guardó estas prendas (amablemente, creo) y me las entregó cuando me mudé a esta casa—. Encuentro el siniestro sobre con el membrete de los servicios fúnebres Jorgenson y extraigo del interior una tarjeta de San Valentín, dentro de su propio sobre, que debió de haber estado escondido en algún bolsillo. Es horroroso, cursi y lleno de cenefas. Me doy cuenta por primera vez de que el sobre lleva un sello conmemorativo del monumento Huguenot de Florida. Vaya un acontecimiento histórico más sangriento para pegar en una tarjeta de San Valentín, pienso, y, sin embargo, involuntariamente tan apropiado.

A veces me pregunto si los sonidos del miedo y la angustia —la detonación del disparo— se ocultan de mí en alguna zona de mi cerebro, en el rincón más oscuro. Podría haber muerto deshidratada, dado que tardaron tres días en encontrarme, pero tampoco recuerdo aquello —en absoluto—, y nunca he sentido miedo a pasar sed ni he estado obsesionada con la comida o el agua. Por lo visto, según me han contado, me alimentó uno de los indios a los que colgaron posteriormente. No, mi infancia fue feliz y tuve de todo: un columpio, un perrito y unos padres que me mimaron. Sólo me ocurrieron cosas buenas. Me encantaba sacar buenas notas y tener amigos. Fui elegida reina de mi promoción. No sufrí una conmoción cuando un día me revelaron mis orígenes, pues me contaron la historia siendo muy joven y acepté quién era. Lo único malo fue que me dejaron creer que los indios linchados habían sido los culpables. Lo creí hasta que Neve Harp me aclaró las cosas y me enseñó todos los recortes de los periódicos. Me mostró todos los puntos de vista. Y ahora creo que mi madre adoptiva llegó a sospechar que en alguna parte de nuestro entorno quizá aún viviera el verdadero asesino, no Tobek sino otra persona, invisible y presa de los remordimientos. Pues encontrábamos pequeños billetes, cuidadosamente doblados, escondidos en lugares fuera de la casa donde con toda seguridad Electa o yo los hallaríamos —debajo de una maceta, en mi casita del árbol, en el manillar hueco de mi bicicleta—, y siempre levantábamos el billete apretujado y decíamos: «Santa Claus ha vuelto a pasar por aquí». Pero sinceramente me cuesta mucho citar algún momento triste más allá de los previsibles en la vida de cualquier persona. Es como si la extrañeza de mi supervivencia me llenara de gratitud. O como si mi familia hubiese absorbido toda la desgracia que se hubiera cruzado en mi camino. He amado intensamente. He vivido una vida sencilla y satisfactoria y he tenido el privilegio de servir a la gente. A la mayoría de la gente. No existe una persona por la que llorar

hasta la locura y nada que volvería a hacer.

Entonces, ¿por qué cuando me acaricio la mejilla con la tarjeta de San Valentín de mi hermana, cuando toco el suave forro de su chaqueta, cuando extendiendo la mano hacia los petos de mis hermanos y el delantal con el que murió mi madre ese día, y envuelvo todo eso en la ropa vieja y limpia de mi padre, que huele a heno, y lo abrazo contra mi vientre, cuando estrecho a mi familia entre mis brazos, por qué contengo la respiración ante una violenta conmoción, como si una ráfaga de aire me sublevara, un ala negra e invisible? ¿Y por qué, cuando eso sucede, vuelo hacia un conjunto de rasgos borrosos e indelebles que parecen alejarse de mí como las estrellas? A una velocidad cegadora, sin detenerse jamás.

Cuando Pluto se quede vacío al fin y esta casa vuelva a la tierra, cuando el monumento conmemorativo de guerra se venga abajo y el banco-cafetería se halle despojado de sus elementos de bronce y granito, cuando todo lo que quede de Pluto no sean más que nuestros boletines históricos completos, recopilados en volúmenes donados a las colecciones locales de la Universidad de Dakota del Norte, ¿entonces qué? ¿Qué habré contado? ¿Cómo habré relatado la verdad?

La tarjeta de San Valentín siempre me ha confirmado que el nombre del muchacho no debía borrarse del monumento conmemorativo de guerra. No sólo se había ahorcado a personas inocentes, asesinadas de una forma brutal sin hacer justicia a nadie, sino que el muchacho tampoco había sido el asesino después de todo, puesto que mi hermana muerta le correspondía en su amor, o no habría llevado su carta encima. Y si le amaba, seguramente el joven huyó preso del dolor y la desesperación. Tal vez había estado allí. Tal vez llegara a ver a los muertos. Pobre Tobek. Pero si no había sido el muchacho, ¿quién lo hizo? ¿Mi padre? No, le mataron por la espalda. No hay a quién culpar. En alguna parte en este pueblo o en el mundo, entonces, ha existido ese ser que acechó a mis hermanos y los mató mientras huían hacia el establo, que contempló la belleza de mi hermana y de mi madre y las disparó. ¿Y con qué provecho? Nadie robó nada. Nadie ganó nada. ¿Con qué fin fue causada tan misteriosa pérdida?

Hace cerca de veinte años me llegó un caso extremadamente delicado. El paciente era un viejo granjero que vivía en un terreno colindante con los límites más remotos de nuestras tierras. Warren Wolde era un cascarrabias taciturno, que sin embargo tenía buena mano con los animales. Según me cuentan, mantenía ciertas creencias peculiares acerca del Gobierno de Estados Unidos. Algunas cuestiones nunca se mencionaban en su presencia, como las referentes al Congreso y todas las enmiendas de la Constitución. Llegó a tal punto que se evitaba consultarle su opinión por miedo a que estallara en una furia enfermiza y destructiva. Incluso si uno se ceñía a temas de conversación seguros con él, clavaba los ojos en la gente con una mirada penetrante que resultaba un tanto inquietante. Pero Warren Wolde no estaba en condiciones de



inquietarme el día en que acudí a su granja para atenderle. Dos semanas antes, el valioso toro de pura raza de la granja le había embestido y pisoteado, centrando la mayor parte del daño en una cadera y una pierna. Se había negado rotundamente a ver a un médico, y ahora había desarrollado una infección febril y había necrosis en la herida. Era un hombre muy fuerte, y se resistió a ser trasladado al hospital con tanta virulencia que su familia decidió llamarme a mí para ver si podía salvarle la pierna.

Podía y lo hice, aunque el proceso fue doloroso y terrible e implicó dos visitas diarias, que me resultaban muy difíciles de encajar en mi apretada agenda. Cada vez que había que cambiarle las gasas y limpiar la herida, intentaba dar a Wolde una dosis de morfina, pero se resistía. Todavía no se fiaba de mí y temía que, si perdía el conocimiento, despertaría sin su pierna. Poco a poco conseguí curar la herida y también tranquilizarle. La primera vez que le atendí, reaccionó al verme con un gesto de horror sin precedentes en mi experiencia médica. Era una mezcla de miedo y pánico que sólo gradualmente fue convirtiéndose en una silenciosa cautela. A medida que su pierna iba cicatrizando, fue aceptando mejor mis visitas, y cuando ya había logrado moverse con dificultad apoyado en unas muletas, parecía aguardar mi presencia con una ansiedad tan tierna y patética que dejaba perplejos a cuantos le rodeaban. Según contaban, el hombre sólo se sacudía de encima su carácter hosco y huraño en mi presencia, y volvía a sumirse en una rabia paralizante en cuanto me marchaba. Nunca se curó del todo como para poder desempeñar las tareas que antes hacía, pero se las arregló lo suficientemente bien como para seguir adelante durante unos años antes de volverse completamente senil e ingresar en el hospital del Estado. Falleció de muerte natural a una edad ya avanzada, mientras dormía, de una trombosis. Para mi sorpresa, un abogado se puso en contacto conmigo varias semanas más tarde.

El hombre me explicó que su cliente, Warren Wolde, había dejado un paquete para mí y le pedí que me lo enviara por correo. Cuando llegó, con la dirección escrita con una torpe caligrafía que sin duda era de Wolde, abrí la caja enseguida. En el interior se amontonaban cientos de billetes de distinto valor (principalmente pequeños) doblados cuidadosamente, y por supuesto reconocí la forma de plegarlos, pues era idéntica a la de los billetes que había ido encontrando a lo largo de mi infancia. Llamé al abogado, que me puso en contacto con la enfermera que había descubierto el cuerpo de Wolde, y le pregunté si podía arrojar algo de luz a su estado mental.

Respondió que le había matado la música.

Le pregunté a qué música se refería y me contó que a Wolde le había dado un colapso cuando un visitante llamado Peace ofreció un breve concierto de violín en la sala de estar de los pacientes. Murió esa misma noche. Le di las gracias. El apellido

Peace me alteró profundamente. Tal vez podía creer que los regalos pecuniarios y el legado no fueran más que la muestra de compasión que Wolde sentía por la trágica estrella de mi pasado y, posteriormente, de gratitud por lo que había hecho por él. Podría haberme inclinado a pensarlo, de no haber sido por tantas pequeñas y extrañas verdades. El nombre, el violín que había pertenecido a ese nombre, la música que pronunció el nombre. Y recordé cómo, las primeras veces que atendí a Wolde, el hombre me rehuía con un pavor que parecía demasiado personal y lastimoso. Su rostro reflejaba algo similar a una pesadilla de pronto recordada —ya me lo había parecido entonces— y no me sentí conmovida más tarde ante su notable cambio de personalidad. Al contrario, me había provocado un escalofrío.

Aquellos de ustedes que han estado suscritos con fidelidad a este boletín saben que la menguante lista de abonados nos obliga a reducir la longitud de nuestros artículos. Por ello, he de terminar aquí. Pero de todos modos, y dado que sólo la tesorera de la sociedad histórica, Neve Harp, y yo nos hemos reunido para tomar cualquier decisión respecto a la conservación y el mantenimiento de nuestra pequeña colección, y dado que, asimismo, sólo quedamos dos personas para aportar más material a este archivo, nuestra asociación cierra sus puertas. Declaramos disuelta la sociedad histórica. No obstante, seguiremos recorriendo el perímetro de Pluto hasta que nuestros pasos desgasten una órbita en la tierra. Mi última acta como presidenta de la sociedad histórica de Pluto es la siguiente: me gustaría declarar un día festivo municipal para conmemorar el año en que salvé la vida al asesino de mi familia.

El viento soplará. Los demonios se alzarán. Todos aquellos que lo celebren serán fantasmas. Y no habrá más que una danza eterna, polvo sobre polvo, dondequiera que se extienda la vista.

Ay, demasiado apocalíptico, pienso mientras salgo de mi domicilio para ir a casa de Neve a ayudarla a soportar su noche en vela. ¡Polvo sobre polvo! Existen muy pocos pueblos donde las mujeres ancianas puedan salir por la noche y disfrutar de la brisa nocturna, así que al menos eso de bueno tiene Pluto. Cojo mi bastón para reconocer el camino, pues la noche es tan oscura que ya me parece que somos invisibles.

## Agradecimientos

Deseo expresar mi gratitud a: Terry Karten, editor de esta novela; Trent Duffy, editor de mesa; Deborah Treisman; Jane Beirn; y Andrew Wylie. También quiero manifestar mi agradecimiento a Sandeep Platel, M. D.

La autora agradece sinceramente a los editores de las revistas y antologías que han publicado fragmentos de esta novela en distintos formatos: «The Plague of Doves», *The New Yorker* y *The O. Henry Prize Stories 2006*; «Sister Godzilla», *The Atlantic Monthly*; «Shamengwa», *The New Yorker* y *The Best American Short Stories 2003*; «Town Fever», *North Dakota Quarterly*; «Come in» (con el título de «Gleason»), *The New Yorker* y *The Best American Mystery Stories 2007*; «Satan: Hijacker of a Planet», *The Atlantic Monthly* y *Prize Stories 1998: The O. Henry Awards*; «The Reptile Garden» y «Demolition», *The New Yorker*; y «Disaster Stamps of Pluto», *The New Yorker* y *The Best American Mystery Stories of 2005*.

Como ocurre en todas las obras de Louise Erdrich, la reserva, los pueblos y los personajes descritos son lugares y seres de ficción, con las siguientes excepciones: Louis Riel y también el nombre de Sendero Sagrado. En 1897, a la edad de trece años, Paul Sendero Sagrado murió ahorcado a manos de una partida de linchamiento en el condado de Emma, en Dakota del Norte. El capítulo «La fiebre de la ciudad» se inspira en la especulación promovida por Daniel S. B. Johnston en 1857 por el asentamiento de un pueblo cerca del río Rojo.

Cualquier error en la lengua ojibwe o michif es responsabilidad única y exclusiva de la autora y en absoluto debe repercutir en sus pacientes profesores.

Parte de los beneficios de esta novela, así como de todas las obras de Louise Erdrich, contribuye al fondo Birchbark Books, una librería independiente, y Birchbark Press, una editorial en el idioma ojibwe con sede en Minneapolis, Minnesota ([www.birchbarkbooks.com](http://www.birchbarkbooks.com)).



LOUISE ERDRICH (Little Falls, Minnesota, 1954), novelista, poeta y escritora de libros para niños, descende de la tribu india ojibwe y es nieta de un ex dirigente de la reserva Turtle Mountain Band of Chippewa, en Dakota del Norte, de la que sigue siendo miembro activo y en cuyas proximidades creció. Vive en Minneapolis, Minnesota, donde es propietaria de la librería independiente Birchbark Books. Ha publicado también las novelas *Filtro de amor*, *La reina de la remolacha* y *Huellas*. Su obra ha sido galardonada con numerosos premios literarios.

# Notas

[1] Jefe de los metis y héroe durante la rebelión de Louis Riel. (*N. de la T.*) <<

[2] Bull significa «toro» en inglés. (*N. de la T.*) <<

[3] Plutón en inglés. (*N. de la T.*) <<